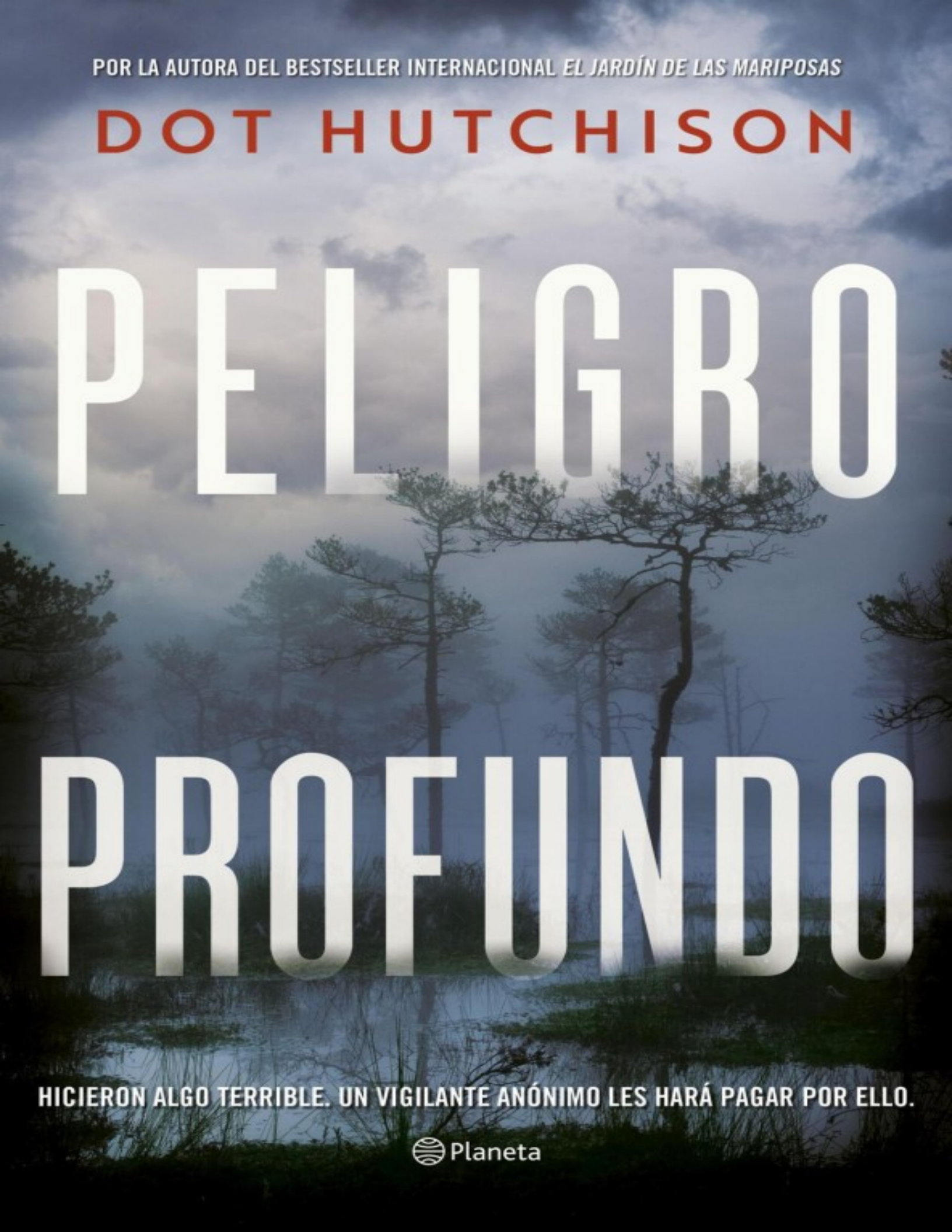
POR LA AUTORA DEL BESTSELLER INTERNACIONAL *EL JARDÍN DE LAS MARIPOSAS*
DOT HUTCHISON
PELIGRO
PROFUNDO
HICIERON ALGO TERRIBLE. UN VIGILANTE ANÓNIMO LES HARÁ PAGAR POR ELLO.
Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
29
30
31
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

La estudiante Rebecca Sorley es como cualquier otra que puedas encontrar en la Universidad de Florida: intenta mantenerse al día con sus estudios, sus amigos y sobre todo con su compañera de habitación Ellie, muy propensa a buscarse problemas con la ley…

Cuando aparece el cadáver flotando de uno de los estudiantes en el agua en un área infestada de caimanes, la universidad aconseja a los estudiantes permanecer alejados de los reptiles. Pero cuando encuentran un segundo cuerpo la policía tiene claro que no ha sido un accidente, además los dos jóvenes pertenecían a una misma fraternidad, de reputación dudosa pues siempre estaba en el punto de mira por atacar y herir a mujeres. Las amigas de Ellie recuerdan cómo ésta en múltiples ocasiones había amenazado con matar a todos aquellos hombres que no aceptaran un NO por respuesta, pero pensaban que formaba parte de su fuerte carácter… Ahora poco a poco empiezan a sospechar de ella, pues está claro que hay un asesino en serie suelto por el campus…un asesino que conoce muy bien a sus víctimas, alguien dispuesto a salvar a las mujeres de crímenes horribles…Un asesino anda suelto, y no es quien imaginas.

PELIGRO PROFUNDO

Dot Hutchison

Traducción de Graciela N. Romero



Tanto para las chicas que susurran
como para las que gritan,
y para las que se encuentran a medio camino,
ardiendo de ira.

1

De pequeña, mi abuela juraba que las luciérnagas sabían cuándo se aproximaba una tormenta. Cuantas más luciérnagas había, cuanto más parpadeaban y brillaban, peor iba a ser la tormenta. Nunca supe si de verdad lo creía o si solo disfrutaba contándomelo.

Lo cierto es que se pueden creer cosas peores.

Ahora me cuesta dejar de pensar en lo mismo: mi abuela meciéndose despacio en su porche trasero, rodeada por una nube de humo, mientras se fumaba sus dos cajetillas diarias y me pedía con la voz quebradiza que contara las luciérnagas en las tardes húmedas del verano. Esta noche habrá tormenta, un chaparrón, de acuerdo con mi teléfono, y el aire está cargado de humedad y luciérnagas; una primavera más cálida de lo normal ha adelantado su llegada este año.

Cojo aire y siento cómo la densa humedad se desliza hasta mis pulmones. La ropa empapada de sudor se me pega al cuerpo con una sensación desagradable. A juzgar por esta primavera, se avecina un verano largo y de lo más caluroso. A estas horas de la noche, el área de descanso está desierta; estamos demasiado cerca del pueblo para que los viajeros decidan hacer una parada, e incluso los camioneros prefieren seguir por otra ruta. Puede que la mayoría esté una o dos salidas al sur, en el Café Risqué, y se acerquen aquí de madrugada en busca de prostitutas, que saben dónde pueden esperar blancos fáciles. Pero da la casualidad de que ahora hay un coche en el aparcamiento, uno deportivo de dos puertas que parece demasiado caro para estar aquí.

Está aparcado a buena distancia de los edificios, donde no lo alcanza la tenue luz amarilla de las farolas. Hay un par de luces más pequeñas a intervalos para que la gente vea los pabellones y sepa

que el espacio con hierba para pícnics queda interrumpido por el hormigón y la madera en ciertas partes, aunque no deben usarse por las tardes. Esas luces están ahí para señalizar, no para iluminar. Por suerte para mí (y por desgracia para la seguridad en general), eso también significa que los pabellones no tienen cámaras de seguridad.

Me apoyo en el poste de madera y observo el bosque que hay más allá del aparcamiento. Esta área de descanso se construyó cerca de la cima de una montaña, pero no en lo profundo del bosque; un canal los separa. Hay carteles por todas partes que advierten que no hay que adentrarse en el bosque, ya que la visibilidad es escasa y el terreno, irregular. Algunos letreros tienen una frase añadida debajo: CUIDADO CON LOS CAIMANES .

—Recuérdame por qué estamos aquí.

Me doy la vuelta hacia la voz y veo al chico ebrio tambaleándose por el camino. Al parecer, le cuesta un esfuerzo extraordinario mantenerse relativamente erguido. Pero claro, ya estaba superborracho antes de ir a buscarlo con una botella de vodka barato.

—Aún nos falta un tramo en coche, cielo —le respondo—. Dijiste que necesitabas hacer una parada.

—Sí. —Me mira confundido bajo la luz de la luna, entre las sombras—. Sí, necesito mear. Pero ¿por qué hemos bajado hasta aquí?

—Los baños están cerrados por mantenimiento. —Señalo hacia el bosque con un movimiento de la mano—. Eres un hombre. Te las puedes apañar con el plan B.

—¡Claro que sí! ¡A mear en el bosque se ha dicho! —Casi parece que se esté animando. Podría ser gracioso, pero sobre todo es triste; esta es la mejor conversación que he tenido con él.

Jordan avanza con torpeza. Cuando el camino se convierte en un montón de hierba entre el fango, se resbala, cae a cuatro patas y se echa a reír.

—Mierda, se me va a llenar todo de barro. ¿Te importa?

—Creo que podremos lavártelo en mi casa —respondo.

—¿No quieres hacerlo ahora mismo?

—¿Que si quiero meterme en la boca barro y pis? Pues no, la verdad. Vamos, cielo, haz lo que tengas que hacer en los árboles y así podremos seguir con el resto de la noche.

Se vuelve a reír, pero se levanta y se adentra tambaleándose en el bosque, más allá de la arboleda, hasta perderse en las sombras. Cerca del suelo, unas luces rojizas demoniacas se reflejan en lo que parecen unos ojos, desaparecen y vuelven a aparecer. Entre el crujido de los pasos de Jordan y el quebrar de las ramitas logro escuchar un profundo croar, grillos cantarines y, de vez en cuando, el sonido de un coche que se dirige al otro lado de la colina por la carretera. En este silencio relativo, el ruido que hace su cinturón es sorprendentemente estridente.

Por suerte, un trueno que estalla sobre nosotros ahoga el sonido de su orina y hace que mi cuerpo vibre con tal fuerza que siento un cosquilleo que me recorre los dedos de los pies dentro de mis zapatillas. Aún queda tiempo antes de que rompa a llover; las nubes aún se concentran en el sudoeste y tardarán en llegar a cubrir el cielo.

De pronto se oye un gruñido apagado, el crujido de un hueso al romperse y un grito aterrado y lleno de dolor. Tras sacar la pequeña linterna de mi bolsillo, la enciendo y la apunto hacia los árboles. El alcance de la luz solo me permite ver a Jordan cayendo al suelo y el centelleo bermejo de un par de ojos. El caimán se mueve pesadamente hacia atrás, llevándose a Jordan hasta que lo pierdo de vista. Sus gritos son entrecortados y tensos, pues el alcohol y el susto atenúan su reacción.

Por lo general, la gente no corre mucho peligro con los caimanes; esos bichos de cuatro patas nos tienen por lo menos tanto miedo como nosotros a ellos. Hay más probabilidades de que a los humanos nos muerda un tiburón que un caimán. Pero es abril y los caimanes están más animados y hambrientos, ya que se acerca la temporada de apareamiento y se les ha comenzado a quitar el sopor de los meses de invierno. El año pasado también hubo problemas con ellos en el canal, pero en invierno la gente se convenció de que el peligro había pasado.

Por regla general, la gente no es muy inteligente, que digamos.

Más gruñidos y unos cuantos bramidos se unen al coro de gritos de Jordan, hasta que un repugnante sonido seco seguido de un chapoteo acaba con los alaridos. ¿Y si Jordan se ha golpeado la cabeza con una roca? Ni de broma voy a ir a averiguarlo. Además de haber resultado muy calurosa, la primavera también ha sido húmeda; días y días de lluvia que mantienen la humedad por las nubes y hacen aflorar los nervios de algunos meteorólogos al pensar en la temporada de huracanes. El agua del canal debe de ser lo bastante profunda para que los caimanes puedan dejar el cuerpo de Jordan pudriéndose ahí un buen tiempo.

Dato curioso: estos animales pueden morder pero no masticar. Dejan que el agua descomponga la comida hasta que esté lo bastante tierna como para poder arrancarle pedazos y tragárselos enteros.

Mantengo la linterna fija en el punto en el que Jordan ha desaparecido, y no porque crea que sirve para alejar a los bichos, sino para poder ver si vienen hacia mí. Pero la luz no revela el reflejo de ningún ojo ni logro ver escamas. Es probable que pueda moverme sin peligro.

Me alejo del poste, y mientras me dirijo hacia el camino principal, me tropiezo con algo en el suelo: las llaves de Jordan.

He conducido yo hasta aquí porque él había bebido demasiado. Como medimos más o menos lo mismo, no ha hecho falta que ajustara el asiento ni los espejos, y me he ocupado de hacer desaparecer cualquier indicio de que he estado en el coche antes de devolverle las llaves. Llevo el pelo recogido en una gorra y, pese a lo tarde que es, el capó de los coches se calienta tanto que llega a quemar; puede que los guantes no sean el último grito pero son prácticos. En más de un sentido. Hasta me he llevado la botella de vodka en la mochila para deshacerme de ella más tarde, así ningún policía intrépido podrá descubrir quién compró esa marca en concreto durante los últimos días. Aunque no serviría de mucho en la investigación; si bien la Universidad de Florida ya no está entre los diez campus con más fiestas, se sigue bebiendo mucho y esta botella es de las más baratas en la tienda.

Pero las llaves... Si se las devolví a Jordan, es por algo. Es importante que parezca que condujo él mismo hasta aquí. Incluso me he asegurado de aparcar peor que él. Y no ha sido tarea fácil. Suelen multarlo con frecuencia por ocupar dos plazas en los aparcamientos de la universidad porque es un imbécil al que le importa más su coche tremendamente caro que cualquier otra cosa. Por supuesto que esa no es una razón para matarlo, pero sin duda es un motivo para no tenerle piedad.

Recojo las llaves por el llavero para evitar que los dientes se marquen en los delgados guantes de piel. Supongo que podría lanzarlas al bosque con la esperanza de que parezca que se le cayeron del bolsillo durante el ataque. El problema con eso es lograr que su ubicación encaje con la ruta de la matanza, lo que implicaría acercarme al canal más de lo que quisiera. Hago sonar las llaves con las manos mientras valoro cada opción.

Tras un rato, vuelvo al coche y me detengo junto a la puerta del conductor como si acabara de bajarme y de cerrarla. Las llaves caen haciendo un sonido metálico sobre el asfalto y, con una patada casi accidental, terminan medio metidas bajo el coche. Al chico borracho se le cayeron sus llaves. Perfecto.

Tengo que contener el impulso de silbar mientras camino hacia el otro lado del aparcamiento, hasta la rampa que lleva a la carretera interestatal, a buena distancia de las cámaras situadas en el edificio principal. Espero a que pase un coche solitario y luego cruzo corriendo los tres carriles hasta la cuneta. La suerte está de mi lado y no se acerca ningún coche por el sentido contrario, así que puedo atravesar el resto de los carriles sin detenerme. Cuando al fin llego al otro lado, protegida por las sombras del área de descanso, y aún fuera del alcance de las cámaras, me acuclillo y me quito la mochila.

Cuando me aceptaron en la universidad, mi padre y yo nos pusimos a sopesar los pros y contras de intentar comprar un coche. Mi beca cubre casi todos los gastos académicos, pero los coches son caros. Incluso uno destartalado sería un gasto importante teniendo en cuenta las reparaciones, el mantenimiento y la gasolina. Al final decidimos que con la red de autobuses de Gainesville me sobraba, así que me compré una bici. Eso sí, no una cualquiera; la mía está

diseñada para poder guardarse doblada, lo cual la convierte en una opción perfecta para estudiantes que disponen de poco espacio. Dos años y medio después, soy capaz de abrirla con los ojos cerrados.

En menos de cinco minutos pedaleo por el arcén hasta la próxima salida, que me lleva a los atajos que conducen a casa. Los truenos que estallan en el cielo me provocan un cosquilleo que me hace temblar. Cuando miro atrás, hacia el área de descanso desierta, noto el destello de un relámpago en una nube, un brillante resplandor rosa y lila, aunque más que los colores en sí, solo se aprecia su reminiscencia, y se desvanece tan rápido como las manchas solares que causa el sol a través de los párpados.

Es hermoso.

Mi abuela siempre contaba que las luciérnagas saben cuándo va a llover. Sé que no es verdad, pero en una noche como esta es fácil creerlo.

2

Rebecca observa cómo el camarero prepara sus bebidas mientras juega con un par de posavasos delgados. A la mujer que estaba ahí una hora antes no le importó que pidiese copas sin alcohol; de hecho, hasta la invitó a una al ver la señal de color morado escrita en el dorso de la mano de Rebecca que la designaba como conductora esa noche. El nuevo camarero, en cambio, la ha mirado con lascivia cuando se ha acercado, se ha burlado de ella por no emborracharse y luego ha intentado convencerla de que tomase algo de alcohol, como si valiera menos por no querer empinar el codo.

A veces se pregunta si hay ciertas palabras que los hombres están genéticamente incapacitados para entender, sobre todo el «no».

Observa con cuidado las manos del camarero, que hace un gesto cuando se da cuenta.

—Relájate, princesa —le dice, casi gritando por encima de la música—. No te voy a poner alcohol.

—Si solo tuviese que preocuparme por el alcohol... —responde—. Uno de tus compañeros ya drogó a una compañera de la universidad la semana pasada y no hay noticias de que lo hayan despedido o arrestado, así que prefiero estar atenta.

Él la mira con gesto sorprendido. Acto seguido, con las manos a la vista, termina de preparar las copas. Con un golpe sobre la barra, las sirve y le derrama algo de bebida encima.

—No lo han despedido.

—Qué sorpresa —comenta ella, impasible.

—No hay pruebas.

—Claro. Los testigos que hablaron con la policía y la foto de las drogas que usaba detrás de la barra no cuentan. —Tapa las bebidas

con los posavasos para evitar que se viertan al llevarlas. Nota que el gesto molesto del chico ha desaparecido, dejando en su lugar el ceño fruncido, que refleja más preocupación que ira.

¿En serio creía que la historia no iba a correr por el campus? Coge los vasos y se va, abriéndose paso entre la multitud.

Hay gente empujándola por todos lados, gritando y riéndose, incluso hay quien llora, y a pesar de no ser un club, en el bar hay gente intentando bailar al ritmo de la música repetitiva y los televisores están a todo volumen. Le parece que la mayoría son universitarios o, por lo menos, beben como si lo fueran. Al estar tan cerca del campus, y en especial tratándose de un bar barato que tiende a no pedir carné de identidad, los estudiantes han ahuyentado prácticamente al resto de los clientes.

Rebecca avanza entre la muchedumbre que baila y da un rodeo para evitar a un grupo de chicos de la fraternidad que vitorea y anima a dos de sus compañeros, que compiten por ver quién tarda menos en beberse una jarra entera de cerveza. La esquina donde ha logrado instalarse con sus amigas no podría definirse como un rincón tranquilo, pero al menos no es caótico. Se acomoda en su silla junto a la pared y le entrega la otra bebida a su compañera de piso.

—No le has quitado los ojos de encima —señala Hafsah, y luego retira el posavasos y huele su bebida.

—Debería estar limpia. —Pero eso no evita que analice la forma en que el líquido se mueve contra el cristal en busca de cualquier anomalía en el color o restos sin disolver.

Rebecca siempre ha tenido mucho cuidado con lo que bebe, pero reconoce que con lo que le pasó a su compañera está más paranoica de lo normal. Preferiría haber ido a otro bar, a uno en el que últimamente no hubiesen drogado a nadie, pero Ellie quería ir a este. A juzgar por la mirada de su amiga, le da la sensación de que Ellie busca pelea.

Son cinco en la mesa. Las dos compañeras de piso de Ellie, Luz y Keiko, pusieron de pretexto que tenían que hacer un trabajo en grupo. Debería haber una más, la amiga de Ellie, para ser exactos, pero Kacey lleva en coma desde el ataque que sufrió la primera

semana del semestre de otoño. Ninguna quiere reemplazarla en el piso, así que Ellie se ha encargado de aterrorizar a las compañeras nuevas hasta que han salido huyendo y los que asignan las habitaciones han tirado la toalla.

En general, Rebecca está en contra del acoso, pero nunca se ha metido en que Ellie quiera mantener la habitación de Kacey como si se tratara de un espacio sacrosanto.

Susanna y Delia comparten una zona de estudio con Rebecca y Hafsah, y hay un baño para las siete. Que Dios las ampare.

De hecho, la idea de ir de copas ha sido de Susanna y Delia, como automedicación después de sus presentaciones y el estrés que les ha conllevado, pero el lugar ha sido decisión de Ellie. Ella, que se ha embutido en unos pantalones de cuero y un top ceñido y escotado, quien se ha pintarrajeado con un maquillaje de colores tan brillantes como los de un animal en celo; Ellie, quien ya va por la tercera copa porque la primera se la ha echado en la cara a un tipo del bar que le ha agarrado el culo; Ellie, que mira con odio por encima de las gafas a una pareja cercana, al hombre, que está invadiendo tanto el espacio de la mujer que ella casi se cae de la silla en un intento de alejarse todo lo posible.

—Ellie.

—La está acosando —suelta su amiga.

—Sí —reconoce Rebecca.

—¿Y no vas a hacer nada?

—No le voy a romper la nariz, si eso es lo que quieres saber —responde ella con tono neutral.

Delia apoya el mentón en su puño, o por lo menos lo intenta. Tiene que repetirlo un par de veces antes de lograrlo. No es alguien que tenga facilidad para emborracharse, pero cuando se estresa se le olvida comer.

—A esa nariz le vendrían bien unos golpes —anuncia con tono un poco más fuerte de lo esperado—. Es demasiado fina y respingona. Le falta carácter.

—Y si algo le sobra a Ellie es carácter —agrega Hafsah, y Delia se echa a reír.

Rebecca le da un codazo suave a su compañera.

—No le des más ideas. Lo último que necesitamos es que nos echen de otro bar.

—¿Sabes qué? Técnicamente... —comienza a decir Susanna, y las otras sueltan un lamento—. Técnicamente —continúa sin inmutarse— nunca nos han echado a nosotras de un bar, solo a Ellie. Y nosotras nos hemos ido con ella porque somos muy consideradas.

Rebecca ladea la cabeza con gesto pensativo.

—Creía que lo hacíamos para evitar que atacara a la gente de la calle.

—Solo a los que sueltan piropos por la calle sin venir a cuento —aclara Ellie encogiéndose de hombros.

Delia niega con la cabeza.

—¿Has visto qué culo te hacen esos pantalones? Hasta el Papa de Roma te tiraría los tejos.

Hafsah cierra los ojos y susurra algo entre dientes. Rebecca no logra oírlo, pero, por lo bien que la conoce, está segura de que se trata de una oración pidiendo perdón. Es la respuesta habitual de Hafsah cada vez que alguna de ellas suelta una blasfemia.

Rebecca vuelve la mirada al blanco de la ira de Ellie y ve que el hombre tiene rodeada con el brazo a su compañera e intenta hacer que se vuelva a sentar cerca de él. La mujer no parece contenta y su mirada recorre el bar con desesperación.

—Yo me encargo —dice Rebecca.

—¿Segura?

—Hay un concepto del que tal vez no has oído hablar: se llama discreción.

—¿Te refieres a la cobardía? Claro, me han hablado de ella. —Rebecca hace un gesto de fastidio y se levanta de la mesa.

—Ahora vuelvo.

Pero no va directa a la otra mesa. Se mueve entre las sombras junto a la pared, hacia los baños. Cuando llega al pasillo, camina sin preocupación hacia la mesa, entrecerrando un poco los ojos para dar la impresión de que está a punto de entrar en pánico. Da unos golpecitos nerviosos en la mesa, cerca de la mano de la mujer, para llamar su atención.

—Disculpa, pero ¿por casualidad no tendrás un tampón? Me ha bajado la regla, no llevo en el bolso y en la máquina del baño se han agotado.

El hombre, que visto de cerca queda claro que es mayor, mucho más que la chica a la que está intentando ligarse, hace un gesto de asco, pero ella parece aliviada por la interrupción.

—¿Tienes donde guardarlo? —pregunta.

Rebecca extiende las manos y señala hacia la delgada tela de su falda. En realidad sí tiene bolsillos, pero es casi imposible verlos si están vacíos.

—Lo siento, no.

—No te preocupes. Voy contigo —dice la chica, alejándose con brusquedad de las manos del tipo—. Así no tendrás que andar paseando un tampón hasta el baño.

—Muchas gracias. Qué vergüenza me da haberme olvidado los míos.

—A todas nos ha pasado. —La chica se coloca el bolso al hombro y le da una patada a la silla, lo que provoca que el hombre se aleje un poco más—. ¿Vamos?

Caminan juntas al baño, saltándose la larga fila. Algunas se quejan, pero mientras no se metan en alguno de los compartimentos, no cuenta como colarse. Cuando llegan a los lavamanos, la otra chica acomoda su bolso para buscar el tampón.

—Déjalo —le dice Rebecca—. En realidad no me hace falta.

—Ay, Dios. —La chica se apoya en el lavabo con sus ojos color café llenos de angustia—. ¿Tan obvio era?

—Parecía que estabas buscando la salida de emergencia más cercana.

—Ay, Dios —repite.

—Perdón por meterme donde no me llaman, pero parecía que buscabas una excusa para irte.

—Sí, la necesitaba. —Se incorpora y aprovecha el espejo para arreglarse el cabello rubio ondulado. Lleva un jersey de punto sobre un vestido ajustado y botas Dr. Martens hasta la rodilla—. Las tontas de mis amigas deberían haber llegado hace más de media hora, pero la única que ha llegado a tiempo me ha dejado tirada para ir a

montárselo con un chico entre los contenedores. —Saca el móvil para comprobar si tiene algún mensaje y luego niega con la cabeza —. Yo ni siquiera quería venir. Tengo examen mañana a primera hora.

—Y ¿por qué no te vas a casa? Ellas no están aquí, así que no se pueden quejar.

—Buena idea. —Abre una aplicación para compartir trayectos en coche, pero acto seguido duda—. ¿Y si el chico me sigue?

—Tenemos que quedarnos aquí hasta que el coche esté cerca. Con suerte, él ni siquiera te verá salir.

—De acuerdo. —Pide el coche y apaga la pantalla del móvil, pero no lo vuelve a guardar en su bolso—. Gracias por salvarme.

—No hay de qué. Quizá dentro de algunos siglos ya no necesitaremos rescatarnos unas a otras.

—Eso sería maravilloso.

Maravilloso, sí, pero lamentablemente improbable. Sobre todo si nos basamos en experiencias pasadas.

Rebecca y la chica, quien se presenta como Ashton, se quedan cerca de los lavabos, charlando de todo un poco con tranquilidad. Ashton ayuda a algunas chicas a maquillarse mientras espera un mensaje de su conductor. Por suerte, los conductores de esa aplicación suelen andar cerca de los bares del centro cuando van libres. Al volver al bar, no hay ni rastro del chico, tampoco afuera, y Rebecca agita una mano para despedirse de Ashton mientras ella se instala en el asiento trasero del vehículo.

Rebecca se queda afuera unos minutos más, inhalando un aire que no apesta a cerveza barata y calor humano. No es exactamente fresco, más bien resulta denso y cargado de humedad, con el hedor a pantano que deja la lluvia. Media ciudad está encharcada por la cantidad de lluvia que ha traído la primavera.

Vuelve al bar, donde la recibe más estruendo del que había al salir, con el ruido de madera al romperse y la imagen de una pelirroja alta pateándole la entrepierna a un tipo.

Un día más en la vida de Ellie.

3

Rebecca piensa que al menos no era uno de sus lugares preferidos. Sería peor que las vetaran de un sitio que sí les gustara. Mete el bolso de mano de Delia en la bolsa de Susanna y se la cuelga, seguida de su propia bolsa. Hafsah lleva la suya con la cartera de Ellie. Hafsah nunca bebe, y Rebecca solo lo hace cuando está en un espacio seguro, así que siempre terminan siendo las únicas responsables cuando salen.

Hafsah está escandalosamente ruborizada por la angustia de que las echen del bar. Es increíble que aún no se haya acostumbrado. O quizá sí que está acostumbrada, pero es muy optimista. Sus manos retuercen nerviosas los bordes de su hiyab, como suele hacer cuando está avergonzada y quiere ocultar con la tela sus mejillas al rojo vivo.

Ayudan a Susanna y a Delia a salir con pasos torpes detrás de su amiga, quien está soltando insultos y golpes al aire sobre el hombro del camarero. Pese a que antes se ha portado como un imbécil, la sostiene con cuidado, con un brazo sobre su espalda y el otro en las rodillas para controlar sus piernas. Es bueno que cuide dónde pone las manos, ya que Ellie no dudaría en golpearlo si tiene oportunidad, sin importarle caerse al suelo desde casi dos metros.

Rebecca ignora las risas y los insultos ebrios que las rodean. Pasa tan a menudo que ya ni le molesta, y no echan del bar de Gainesville solo a Ellie. Si fuera de la clase de chicas que se avergüenzan por lo que hacen sus amigas, no se juntaría con ella. Aunque debe reconocer que todo era más sencillo cuando Kacey estaba con ellas para poner paz.

Afuera, el camarero deja a Ellie de pie, dándole un empujoncito para que se apoye en la pared y no en él para recuperar el

equilibrio.

—Un mes —le dice, con un dedo apuntando hacia el rostro de Ellie, peligrosamente cerca de su boca—. No aparezcas por aquí en un mes, y no creas que no vamos a poner tu fotografía donde todos puedan verla.

Ellie suelta un mordisco y el dedo del camarero apenas se salva.

—¿También colgáis las de los violadores? —suelta ella—. ¿Las de los que ponen drogas en las copas de las chicas para manosearlas?

—Un mes —repite el hombre—. Si no obedeces, presentaremos cargos.

No aclara si esos cargos serán ante la ley o si serán un tema de dinero. Eso sí, Ellie ha roto tres sillas, varios vasos y puede que una mesa. Siempre comienza con una patada a la entrepierna, y el caos parte de ahí.

Cuando el camarero desaparece dentro del local, Rebecca se acomoda los dos bolsos contra la cadera y observa a su amiga. Estaría menos harta de las peleas si alguna vez hubieran logrado algo.

—¿Te sientes mejor?

—¡Le metió la mano bajo el vestido! ¡Después de que ella le dijese que no le interesaba!

—Las amigas con las que vino fueron a buscarla —dice Hafsah en voz baja—. Espero que no las molesten los amigos del otro.

Ellie suelta un gruñido y se va dando pasos furiosos.

—¡No es por allá, borrachina! —grita Susanna, y se echa a reír. Dijo la sartén al cazo.

Hafsah aprieta el paso para alcanzar a Ellie y le hace darse la vuelta.

—¿Nos vamos a casa? —pregunta con tono esperanzado.

—¡Otra ronda! —grita Delia. Las luces amarillentas de fuera dibujan sombras extrañas sobre su piel oscura.

—Nosotras nos vamos —confirma Rebecca, y entrelaza su brazo con los de Susanna y Delia para llevarlas en la dirección correcta. Aceptó salir tres horas y no más, y si no han pasado ya, considerará la pelea como tiempo extra—. Risitas y Sonrisitas querían beber... y

ya lo han hecho. Todas tenemos clase mañana. Eso y que nos echen de un bar es mi límite por esta noche.

—¿Así que tenéis límites? —pregunta una voz masculina—. Bueno es saberlo.

Delia suelta un gruñido y levanta su espray de pimienta. El hombre, situado bajo la farola al lado del aparcamiento, levanta las manos como respuesta, alejándolas del cuerpo para parecer lo menos amenazante posible.

—¡Inspector Corby! —exclama Rebecca con alegría, intentando controlar el rubor en la cara—. ¿A quién has hecho enfadar para terminar patrullando a estas horas?

Ellie se da la vuelta. Y luego repite el movimiento, pues su fuerza le gana a su conciencia espacial.

—¡Inspector Corby!

El hombre les sonríe.

—¿Ya puedo bajar los brazos?

Delia le lanza una mirada a Rebecca, que asiente.

El inspector Patrick Corby, del Departamento de Policía de Gainesville, sigue sonriendo mientras mete las manos en los bolsillos de sus pantalones negros. Es uno de los más jóvenes del equipo con ese cargo, apenas ha cumplido los treinta, y, de acuerdo con tres encuestas no vinculantes de Twitter, es sin duda el más guapo. Debido al calor y la humedad, que están por las nubes a pesar de que ya se ha puesto el sol, va sin chaqueta y lleva las mangas remangadas hasta los codos y el cuello desabrochado con la corbata suelta, con la esperanza de que eso le dé algún alivio. El arma y la placa le cuelgan del cinturón.

Ellie y Rebecca lo conocieron en clase, durante el otoño del segundo año de carrera, cuando una herida lo dejó confinado a un escritorio un par de meses y aceptó dar un seminario para los estudiantes de Criminología. Hace mucho de aquellas clases, pero varios estudiantes siguen en contacto con él, especialmente para tratar temas de otras asignaturas y proyectos. En algún momento pasó de ser el profesor guapo al amigo guapo, o al menos así ha sido para Rebecca, y su amor tan platónico como desafortunado para él. Aun dejando de lado la pregunta de si él está interesado en

ella o no, Rebecca está casi segura de que es el tipo de hombre que no sale con estudiantes.

Y eso le parece bien, en teoría. Pero en la práctica, en ese caso específico, es algo que la deprime un poco.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta Ellie, inclinándose sobre la espalda de Rebecca. Su mentón se encaja en el hombro de su amiga, pues no logra sostener su propio peso—. Creía que te daba miedo la oscuridad.

—El Departamento de Policía de la Universidad está reunido en una junta y nos han pedido que nos encarguemos del centro.

—¿Una junta? —Rebecca busca el móvil en su bolso para abrir el correo—. Ay, no. La universidad ha mandado un correo masivo.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta Susanna. Se apoya en el hombro de Delia, pero como es doce centímetros más bajita que ella y unos cuarenta y cinco kilos más pesada, lo único que las mantiene más o menos de pie es que Hafsah las empuja contra la pared. Parece que Susanna ni siquiera lo nota—. Ay, madre mía, dime que no va a haber un simulacro de incendio esta noche. Espero que no.

—No, los caimanes han vuelto a atacar a alguien.

—No me digas. —Delia las mira y su labio inferior empieza a temblar. Cuando bebe se vuelve muy sensible; los sentimientos se le intensifican al trescientos por ciento—. ¡Ah! ¡Pues que hagan con ellos unos zapatos! ¡Eso les dará la oportunidad de vivir de nuevo! —Pero dichos sentimientos son tan intensos como fugaces.

—Un estudiante de la Universidad de Florida murió en la parada de las prostitutas —informa Rebecca, leyendo el correo.

—En el área de descanso —la corrige el inspector con un gesto amargo—. Es un aparcamiento para coches.

—Es una parada para las prostitutas —replican a coro las chicas. Hafsah no lo dice pero asiente.

Cuando la abrieron tras una remodelación completa, los arrestos por prostitución se dispararon, dada su cercanía al Café Risqué de Micanopy, y los baños limpios y bien iluminados hacían que las prostitutas se sintieran más a salvo. Con el tiempo se redujeron los arrestos, pero los policías estatales prefieren no aclarar si ello se debe a que disminuyeron las prostitutas y su demanda o si

simplemente están haciendo la vista gorda. Es un tema que les encanta discutir con los estudiantes de Derecho Penal, más que nada porque incomoda a sus profesores.

—Llevaba un carné de estudiante de la universidad, pero su nombre no se dará a conocer hasta que se verifique su identidad y se notifique a la familia —continúa Rebecca—. Ellos... eh.

—¿Qué pasa? —Ellie entrecierra los ojos ante el brillo de la pantalla—. Vamos, lee rápido.

—El coche llevaba ahí desde el viernes o el sábado —dice—. Eso dio lugar a una búsqueda en el bosque de detrás del área de descanso. No había informes de desaparecidos.

—Pero es miércoles.

—Martes.

—Pero es martes.

Ambas miran al inspector Corby, quien pese a lo mucho que lo ha intentado en los dos últimos años no ha logrado convencerlas de que lo llamen Patrick o, por lo menos, Corby a secas.

—Es competencia de la policía estatal —comenta, encogiéndose de hombros—, y esta tarde han encontrado el cadáver. Nos pidieron que les echáramos un cable esta noche para que los policías del campus pudieran repasar los protocolos de seguridad y organizar nuevos equipos de vigilancia.

—Claro, hace dos semanas tuvieron lo del fiambre flotando en el lago.

Rebecca le da un golpecito en las costillas. Ellie hace un sonido al soltar el aire, pero fuera de eso no reacciona.

—Esta primavera ha habido más de una docena de muertes por caimanes, y esas son solo las que conocemos. —Se toca la frente y se coloca con los dedos el cabello castaño rojizo oscurecido por el sudor—. Hasta hace poco no había más de tres en un año.

—¿Y qué esperabais? —dice Susanna con tono burlón—. La invasión de su hábitat estos últimos años casi no tiene precedentes. Si los caimanes se ven forzados a adentrarse en áreas urbanas, es normal que las muertes aumenten.

—Y de qué manera.

—Y de qué manera están destruyendo su hábitat —replica con un tono sorprendentemente serio para alguien que está tan borracha como ella—. Me sorprende que no haya habido más muertes en los alrededores del río St. Johns, con lo sucio que está en muchos tramos.

—En los ríos Crystal y Santa Fe hay más caimanes este año —agrega Delia. Se escapa del brazo de Ellie y camina con torpeza hacia su compañera de piso. Y también hacia la pared—. En el lago Alice también hay muchos más.

—¡Ah! —Susanna mira con gesto de sorpresa al inspector—. ¡Claro! ¡Por eso es la junta! ¡Por el lago Alice!

—Y por los otros más pequeños, que también podrían atraer a los caimanes —acepta, y luego lanza una mirada hacia el bar—. Ninguna de vosotras va a conducir, ¿verdad?

Ellie recorre el brazo de Rebecca hasta que encuentra su mano para levantarla y mostrar las enormes letras en su dorso.

—Conductora designada —anuncia, marcando las palabras con exageración.

—Bueno, nadie va a conducir —agrega Rebecca—. Hemos venido a pie. Pero los camareros se ponen menos nerviosos si saben que al menos una persona del grupo no va a terminar como una cuba.

El inspector Corby lanza una ojeada suspicaz a la calle, llena de tráfico pese a lo tarde que es, y luego mira hacia las luces intermitentes del campus a lo lejos.

—¿Queréis que os pida un taxi?

—No hace falta. —Rebecca sonríe con la esperanza de que su rubor no sea tan evidente como a ella se lo parece. O si lo es, que al menos parezca consecuencia de la humedad y el calor—. Solo necesitamos asegurarnos de que Ellie no se vuelva a pelear.

El inspector suelta un lamento y niega con la cabeza.

—¿Otra vez, Ellie?

—Ese tipo se lo merecía.

—¿Y la mesa también? —pregunta Hafsah entre dientes.

—Estaba en medio.

—Todo se te pone en medio cuando vas por la quin...

—¡Basta! —El inspector Corby levanta las manos con un gesto imperativo—. No me digáis cuánto habéis bebido, que sé muy bien que ninguna de vosotras ha cumplido aún los veintiuno.

—Mi carné de identidad no dice lo mismo —suelta Ellie.

—Por favor, no sigas.

Rebecca hace un gesto de pesar. Los carnés falsos y beber siendo menor de edad son una parte inexorable de la experiencia universitaria. Hasta la policía parece reconocerlo. Si eres demasiado descarado o te pasas de la raya, te arrestarán, pero aparte de eso parece que se limitan a hacer unas cuantas apariciones para meter el miedo en el cuerpo a los estudiantes con la esperanza de que eso mantenga las intoxicaciones etílicas al mínimo.

Encontrarse con el único policía que sabe, sin lugar a dudas, que Ellie no es mayor de edad, porque el año pasado les dio una clase sobre cómo distinguir un carné falso de uno verdadero, es un problema. Y dado que aún están en el aparcamiento del bar...

Rebecca piensa que es una suerte que ellas le caigan bien y se niega a ahondar más en el tema. Revisa el resto del correo y luego guarda el móvil. La universidad no ha parado de mandar mensajes sobre cómo estar alerta y protegerse de los caimanes a lo largo del semestre, pero estas últimas semanas han sido especialmente insistentes. Claro, es lo que pasa cuando encuentras lo que queda de la cena de uno flotando en el lago más popular del campus horas después de que una tormenta haya revuelto las aguas.

El inspector Corby las observa un momento y luego suelta un suspiro.

—Os acompaño una parte del camino.

—¡Estamos bien! —dice Ellie casi gritando.

—Dejadme ayudaros, aunque solo lo hagáis por mí. Me daría pena que os terminaran atropellando en la avenida de la universidad. Además, mejor que equilibremos la proporción de sobrios y borrachos. —Hace una reverencia y le ofrece el brazo a Susanna, pero luego tiene que atraparla cuando la genuflexión con la que ella, borracha, le responde casi la hace caer. Para ayudarse a mantener el equilibrio mientras camina, se acomoda en su brazo y apoya una mejilla contra el bíceps de él, tarareando con alegría, con un tono

que quizá ni nota lo sugerente que es. Un rato después, el tarareo se convierte en una versión errática y bastante desafinada de Nessun Dorma.

El hermano mayor de Susanna es aspirante a tenor de ópera; las chicas siempre saben qué obra está ensayando por lo que Susanna canta (mal) cuando está borracha.

A Rebecca le impresiona que, pese a las carcajadas disimuladas del inspector Corby, el hombro que sostiene a Susanna no se mueve para nada.

Avanzan con lentitud por un paso de cebra, lo cual, a decir verdad, no hubieran hecho si el inspector no las acompañara. Delia y Hafsah se sostienen mutuamente por la cintura; son de una altura lo bastante similar como para que eso las ayude a mantener el equilibrio sin grandes problemas. Delia tiende a irse hacia la izquierda cuando está borracha, y todas saben que deben colocarse de ese lado para guiarla con más facilidad. En la retaguardia del grupo, Rebecca se pasa el brazo de Ellie sobre los hombros y coge con fuerza el otro por encima del codo para evitar que se lance contra los chicos que están fuera de los bares y les gritan cosas entre carcajadas. Ellie se queja a gritos del machismo, el patriarcado y las mujeres en peligro, y solo logra darle una patada a uno. La pelea le ha mejorado el humor.

Al otro lado del paso de peatones, Corby les sonríe y deja a Susanna en manos de Hafsah con movimientos cuidadosos.

—¿De verdad estaréis bien si os dejo aquí, señoritas?

—Siempre estamos bien —responde Ellie.

—Estaremos bien —dice Rebecca—. Ya no nos queda tanto camino.

—De acuerdo. La junta de la Policía Universitaria debe de estar a punto de terminar, así que si necesitáis ayuda, por favor, llamadlos. —Extiende una mano hacia Rebecca, pero ella tiene ambas ocupadas con Ellie. Con una sonrisa, el inspector le da un golpecito en la punta de la nariz, provocando que ella bizquee. Luego se despide del resto agitando una mano y cruza la calle antes de que el semáforo se lo impida.

Rebecca lo mira, sintiendo un cosquilleo en la nariz, hasta que desaparece en uno de los bares. Cuando se da la vuelta, se sobresalta al encontrarse con la cara de Ellie casi pegada a la suya.

—Espacio personal. Es algo que sigue siendo necesario, aunque no puedas caminar sin ayuda.

—Te guuuuusta —canturrea Ellie—. Te gusta el inspector Coooooorby.

—Shhh.

—Te gusta muuuuuuucho.

—Te voy a soltar.

—Me gusta la idea —anuncia—. Puedo ser tu cupido. ¿O cupida? Bueno, lo que sea.

Rebecca aprieta los dientes e intenta no ruborizarse. Otra vez.

—Dime la última vez que coqueteaste con alguien sin que la otra persona terminara en el hospital, y entonces hablamos.

—¿Quién necesita a los chicos? No necesitas a los chicos. Así estás bien.

Susanna y Delia sueltan una carcajada. Hafsah suspira; lo hace mucho cuando las otras han bebido.

—Volvamos a casa —dice Rebecca—. Y mucho ojo con los caimanes, supongo. Por lo visto, a la universidad le preocupa.

Ellie se tira hacia delante, arrastrando a Rebecca con ella.

—¡Adelaaaante, caimanes! ¡Venid y comeos a todos los chicos estúpidos!

Rebecca maldice y echa a correr detrás de Ellie para evitar que termine estampada en un poste. O en un árbol. O en un edificio.

Otra vez.

4

Rebecca revisa despacio el último correo de la universidad protegiendo con una mano tanto sus ojos como la pantalla. Con sus gafas de sol, que lleva en la cabeza para aguantarse el cabello rojo anaranjado, le costaría leer, pero el brillo del sol tampoco ayuda. En las ocasiones, que cada vez son más pocas, en las que logran convencer a Ellie para quedarse a beber en sus habitaciones en vez de salir, las quejas de siempre se terminan convirtiendo en bromas. En una de esas noches, Ellie se pasó horas discutiendo que ambas eran pelirrojas. Solo para que siguiera discutiendo y riéndose, Rebecca dijo que ser «castaña rojiza» no era lo mismo que ser «pelirroja», por las pecas, y desde entonces eso se convirtió en una especie de clave en su habitación para la clase de conversaciones que solo tienen lugar cuando Ellie está rodeada de chicas.

Rebecca suele preguntarse qué le pasó a Ellie que la hace vivir siempre enfadada. Es algo que empeoró con lo de Kacey, pero ese no fue el detonante. Nunca se lo ha preguntado. Hay cosas que solo se pueden compartir por iniciativa propia, y Ellie no le debe a nadie ninguna explicación sobre sus traumas. Así que Rebecca se esfuerza por encontrar esas burbujas de simpleza en las que puede hacerla reír sin que salga su furia. Cree que eso ayudará a su amiga a vivir más.

Ellie ha logrado controlar su resaca y ha asistido a sus clases de la mañana, pero se ha rendido tras el almuerzo y, en vez de ir a clase de Historia de la Justicia Criminal en Estados Unidos, ha vuelto a su habitación a echarse una siesta. Lo cual significa que, pese a su interés, tal vez no ha visto el nuevo correo masivo.

—¿Otra vez leyendo pornografía en el móvil? —pregunta Hafsah, parándose junto a Rebecca.

—Eso es más de Delia —responde de forma automática. Termina el correo y se guarda el móvil en el bolsillo, dándole vueltas a la información en su cabeza—. ¿Estás lista?

—¿Dónde está Ellie?

—Durmiendo.

Su amiga hace un gesto de fastidio y se acomoda la mochila sobre el hombro.

—No entiendo cómo saca esas notas si falta a tantas clases.

—Comprueba en qué asignaturas importan la asistencia y la participación para la nota final, y son a esas a las que va.

Hafsah se queda sorprendida por un momento, y luego niega con la cabeza.

—¿Qué estabas viendo?

—Han mandado otro correo; ya han publicado el nombre del estudiante al que encontraron en la parada de las putas.

—¿Quiero saber en qué estado lo encontraron?

—Creo que no —reconoce Rebecca—. Además, no han dado esa información. Se llamaba Jordan Pierce, era del último curso de Contabilidad.

—¿Por qué no informaron de su desaparición?

Rebecca se impulsa con la pared para incorporarse y empieza a caminar. El aire acondicionado de la residencia es nefasto, pero hasta eso es mejor que este calor insoportable. Tras un momento, Hafsah la alcanza.

—Dice que vivía en Fraternity Row, quizá estaban acostumbrados a que saliera a todas horas. O quizá tenía una habitación para él solo, sin compañero. Algunas casas tienen ese tipo de dormitorios, ¿no?

—Pues no —le dice Hafsah—. ¿Sabes cuánta gente vive en esas casas? Seguro que compartía habitación, y aun así nadie informó de que había desaparecido. Qué miedo pensar que alguien pueda estar perdido durante días sin que nadie se dé cuenta.

—Era fin de semana.

—Al principio, sí. Luego empezó la semana, y nadie notó su ausencia.

—O quizá la notaran pero no lo vieran como algo preocupante.

—¿Es eso preferible?

—No —responde Rebecca—. Solo es diferente. —Se quita con cuidado las gafas del cabello y sacude los rizos, que le llegan hasta la barbilla, sintiendo cómo el sudor le baja por la cabeza. Tras liberar un mechón de una de las bisagras de las gafas, se las pone como es debido. El mundo color ámbar le controla un poco el dolor de cabeza que ha comenzado a sentir detrás de los ojos—. Si desaparecieras, no tardaría días en notarlo; te lo prometo.

—Lo mismo digo. ¿Esto significa que al fin me vas a decir adónde te has estado escapando por las noches?

—¡Ay, Dios! —Aprieta el paso, y sus largas piernas de inmediato marcan una buena distancia respecto a ella, que está supercontenta.

Hafsah se limita a reír y a correr para alcanzarla.

—Me da ternura tu discreción.

—No tengo ningún romance secreto con Corby.

—¿En serio? —Hafsah se planta frente a Rebecca, obligándola a elegir entre detenerse, rodearla o pasarle por encima. Rebecca no se considera una mala persona por sentirse tentada por la última opción. Aunque solo haya sido durante un instante. Hafsah le clava un dedo en el estómago con la fuerza suficiente para que suelte un gritito—. Entonces ¿adónde vas?

—A caminar si está lo bastante fresco. A pasear en bici si necesito aire.

—¿Y sientes la necesidad de ocultar eso? —pregunta, cruzándose de brazos. Para ser alguien que mide veinte centímetros menos que Rebecca, Hafsah es extrañamente intimidante.

Rebecca suspira. Tal vez no haya salida.

—No duermo bien. O sea, nunca. Y sé que tú sueles dormir como si estuvieras muerta, pero yo no puedo pasarme la noche dando vueltas en la habitación o el piso. Tú ni te enterarías, pero molestaría a Susanna y a Delia. Y no quiero pasear por el pasillo o la sala. Salgo a caminar o me voy en bicicleta y vuelvo cuando ya tengo sueño o al menos puedo quedarme quieta.

—Pero ¿por qué quieres que sea un secreto?

—Porque no quería que me recriminaras que no me tome nada para dormir.

Hafsah pone los ojos en blanco y niega con la cabeza antes de darse la vuelta para que puedan seguir caminando.

—Habérmelo dicho antes. En la recepción hay una auxiliar en el turno de noche, me quedaría más tranquila si hablaras con ella. La verdad, es una pena —añade—. Nosotras que pensábamos que te escabullías a hurtadillas para encontrarte con el inspector. El insomnio es mucho menos sexy.

—En especial cuando eres tú quien lo padece.

—¿No será que tus paseos nocturnos pasan por su...?

—Cállate.

—¿Te has ruborizado o es que te está dando un golpe de calor?

—Sí —masculla Rebecca.

—¿Por qué te molesta tanto que hablemos de él? Es guapo. Es joven. Parece ser de los buenos. ¿Qué tiene de malo que disfrutes de lo que sientes?

—¿Que vosotras os burléis?

—Solo un poco. Salvo Ellie, claro.

Rebecca suspira.

—No tienes ni idea de cómo se burla Gemma.

Hafsah se ríe.

—Bueno, es comprensible. Cosas de familia. Necesito estar presente cuando Ellie y Gemma al fin se conozcan.

—¡No! ¡No las pienso presentar jamás! —Por Dios, casi se me sale el corazón de solo pensarlo.

—¿Por qué no? Sería la bomba.

—Claro, ¡porque seguro que harían explotar algo!

Rebecca quiere a Gemma más que a nadie en esta vida, lo cual es mucho decir viniendo de una familia numerosa tan unida, pero también sabe que cuando se mete en problemas, sus padres siempre creen que de una forma u otra es culpa de Gemma. Ellie ya tiene suficiente con sus propios malos hábitos; por más horrible que le parezca el mundo casi todos los días, Rebecca está bastante segura de no merecerse lo que Ellie y Gemma podrían provocar si se juntaran.

Hafsah se echa a reír con tal fuerza que casi se cae. Rebecca masculla algo mientras coge a su amiga por el codo para

enderezarla y evitar que choque con un chico que está agachado en medio de la acera, recogiendo unos papeles que se le han caído. Las carcajadas se van dispersando pese a que vuelve a darle un par de ataques de risa.

—Entonces, podemos dejar de hablar sobre Corby, ¿verdad? —pregunta Rebecca al fin.

—De acuerdo. Amargada.

Rebecca le saca la lengua. Quizá, si hubiera alguna posibilidad de que pasara algo con el inspector en un futuro cercano, no intentaría esconder tanto que le gusta. Pero no basta con que le guste a ella, y ni siquiera con que sea recíproco, si es que lo es, claro; la edad de Rebecca y el trabajo del inspector dan carpetazo a esa posibilidad. Cree que es racional no querer aguantar burlas sobre una relación imposible.

Caminan entre grupos de estudiantes en Turlington Plaza, y esquivan a un tipo que está soltando discursos de odio y a alguien que posa con pintura corporal, ya corrida por el sudor, en lo que parece ser un intento de *performance* artística. Hace casi un mes de los exámenes parciales, y para las entregas de proyectos y tareas finales aún queda otro mes, lo cual significa que el ambiente de pánico apenas contenido que se apodera del campus en esos tiempos ya casi ha desaparecido por completo. Pero Rebecca oye por aquí y por allá a grupos hablando sobre los correos de la noticia.

Mientras esperan para cruzar la calle, observan a un grupo de chicas alrededor de una estudiante de primer año que está llorando. Todas llevan letras griegas en alguna prenda, ya sea en la blusa o en sus enormes bolsas, y la chica de en medio se está riendo a carcajadas entre lágrimas. Hafsah se acerca a una de las que está más afuera del grupo y la toca con suavidad en el codo para llamar su atención.

—¿Se encuentra bien? —susurra.

—Más o menos —dice la chica—. Solo está en shock.

—¿Por lo del caimán?

—Por el imbécil.

Antes de que Rebecca pueda preguntar a qué se refiere, o decidir si lo quiere saber, la chica que está llorando les sonríe.

—Está muerto. Yo... ¡Está muerto! ¡Ya no le podrá hacer daño a nadie más!

Hafsah y Rebecca comparten una mirada alarmada antes de volver a ver a la chica.

—¿Le hizo daño a alguien? —pregunta Rebecca con tacto.

—Jordan es un desgraciado —les informa una de las chicas del grupo.

—¡Era! —la corrige la que está llorando, y luego se echa a reír alegremente hasta que vuelve a estallar en sollozos.

—Era —reconoce la otra, acariciando el cabello trenzado de su amiga—. Hizo un tablón donde colgó las bragas que había «conquistado» en su fraternidad, y a él y sus amigos les gusta acompañarlas con nombres y fotografías, a veces incluían hasta números de teléfono. No les importa si a la chica le parece bien o no.

—¿Si no le parece bien el tablón? —pregunta Rebecca—. ¿O la manera en la que consiguen las bragas?

La respuesta es una sonrisa retorcida. Rebecca frunce el ceño y se mira los pies. Se imagina varias formas en las que una chica puede perder su ropa interior sin desearlo. Y al parecer algunas de las que están ahí no necesitan imaginárselo.

—Llamé a la policía durante la fiesta —les cuenta la chica que está llorando—. Fui con amigas de clase, no con mis hermanas de la sororidad, y necesitaba ayuda para ir al hospital. Y luego el..., bueno, el examen y el kit. Me dijeron que se encargaban de crímenes, no de borrachas universitarias que se sentían culpables por no haber sabido cuidarse.

—¿Y fue Jordan? —pregunta Rebecca. Supone que pudo haber sido alguno de sus hermanos de fraternidad pero la fuerza de la reacción de la chica sugiere que probablemente sí que fuera él mismo.

La chica asiente.

—Y no fue solo a mí. Algunas de mis compañeras, algunas chicas de clase, y me han hablado de otras. Él... él se limitaba a hacer daño por capricho, y nunca recibió castigo. Siempre se salía con la suya.

—Pues hasta aquí ha llegado —dice Hafsah con tono suave—. Ya no podrá hacerle daño a nadie más.

Rebecca mira de soslayo a su amiga. A ese cretino no le hace falta estar cerca, ni siquiera vivo, para seguir lastimando a la chica; los recuerdos se encargarán de eso. La sociedad se encargará de eso.

—No. —Las risas se van perdiendo entre los sollozos—. No, pero tampoco va a responder por lo que hizo. ¿Qué hay de nosotras? ¿Qué justicia tendremos?

—Es más de lo que hubierais tenido si siguiera vivo —señala una de sus compañeras—. Los tipos como él están exentos de justicia. Terminan formando parte del Tribunal Supremo o siendo presidentes.

Todas las chicas responden con sonidos de rabia, y Rebecca no es la excepción. Al estar estudiando Criminología y Periodismo, le gustaría creer que las cosas no están tan mal. Vaya, como parte de una familia enorme en la que más de la mitad de sus miembros forman parte del sistema judicial, solía creer que no era así. Pero tuvo que descubrir a las malas que así era.

Y a una de sus primas le fue peor.

Por instinto, se revisa el tobillo para asegurarse de que el brazalete tejido siga ahí. Hay personas que no reciben justicia ni nada que se le parezca.

—No sé qué estaba haciendo Jordan allí —dice una de las chicas de la sororidad—, pero le doy gracias a Dios. No sabía que los milagros podían llegar en forma de reptil.

—¿Los caimanes se comen al hombre? —sugiere una de las chicas.

—¡Y la mujer hereda la tierra! —responden las demás a coro, y se echan a reír. Pero detrás de la risa permanecen el dolor y el miedo, la rabia y la amargura. Tras un instante, la del medio se echa a llorar de nuevo.

Rebecca mira alrededor, ya que no quiere meterse en un momento tan íntimo. El semáforo se pone en verde y, con un codazo a Hafsah y una inclinación de cabeza para despedirse de las demás, se van. Las chicas se quedan en la acera. El sonido de sus sollozos sigue a Rebecca mientras cruza la calle.

—Eso no se parece en nada al obituario que escribió la universidad —señala Rebecca, mirándose los zapatos.

—*Quelle surprise* .

Rebecca patea una hoja de palmera para apartarla a una parte de la acera donde sea menos probable que provoque un tropiezo.

—Me pregunto cuántas chicas más están sintiendo alivio.

—¿Y dolor?

—También. —Kacey tampoco tendrá justicia, piensa Rebecca, y por el gesto de aflicción de Hafsah puede ver que piensa lo mismo.

Tres muchachos con un enorme flotador en forma de cocodrilo van corriendo y soltando rugidos hacia un par de chicas, quienes gritan sorprendidas y se caen sobre el césped. Los tipos se marchan riéndose en busca de su próxima víctima.

—¿Sabes qué? Es raro —dice Rebecca de pronto.

—¿El qué?

—La universidad nos dio un número de teléfono para informar de los avistamientos de caimanes, y han estado desbordados. Llevan dos semanas bombardeándonos con advertencias y consejos de seguridad, y la mayoría de los profesores ya se han cansado de poner retrasos a quienes van a clase por rutas alternativas para no tener que acercarse a ninguna zona de agua que sea más grande que un charco. Y ahora hay un muerto, y... —Se detiene un momento, buscando las palabras que puedan expresar esos sentimientos que aún no logra identificar del todo—. Un caimán acaba de matar a alguien, pero esas chicas no tienen miedo..., tienen rabia. Y no contra el caimán. Es una reacción extraña, ¿no crees?

—Sí —contesta Hafsah, con tiento—. Puede que estén conmocionadas.

—Claro.

En parte, quizá. Cuando se les pase, ¿la alegría seguirá superando al miedo? Decide fijarse en la gente que pasa para ver sus reacciones. Alguien, en alguna parte, debe de estar triste. En alguna parte debe de haber personas que le tengan más miedo al caimán que al hombre.

¿Puede ser?

Para cuando llegan a su dormitorio, Rebecca ya puede sentir cómo el sudor le corre por la espalda y hace que la blusa se le pegue a la piel. Se recuerda a sí misma que solo están a principios de abril. Los próximos meses será peor. Saca la cartera y coge su carné de estudiante, que es la llave para entrar al edificio. La puerta muestra una luz verde y suelta un pitido antes de abrirse y que el aire fresco del interior reciba a Rebecca. A veces se pregunta cómo pueden seguir teniendo un sistema inmunitario funcional con esos cambios tan drásticos y constantes de temperatura.

Aunque ya se están acercando al tercer piso, la mayoría de las conversaciones procedentes de los pasillos siguen girando en torno a Jordan Pierce y el caimán que ha resultado ser casi un servidor público. Hay algo triste en eso, piensa. Está segura de que las cosas deben de ser distintas en la fraternidad de Jordan; supone que sus compañeros estarán de duelo, igual que su familia, pero qué desperdicio de vida si una muerte es recibida con tanto alivio. Es triste y, bueno... terrible.

Hafsah saca sus llaves para entrar al estudio y ambas dejan sus mochilas sobre el escritorio con un gemido. La zona de estudio está hecha un desastre, lo cual no sorprende a nadie si se tiene en cuenta que la tienen que compartir cuatro estudiantes. Como ya han terminado su presentación, a Rebecca le parece razonable pedirles a Susanna y Delia que ordenen un poco. En general, no le molesta un poco de caos, pero hay que sacar la basura y fregar los platos. Los insectos de Florida siempre están más que dispuestos a visitarte, no hay necesidad de, encima, enviarles una invitación.

—Me voy a dar un baño de agua fría. Esto es un horno —dice Hafsah, despegándose su túnica de tela delgada.

—Espérate a julio.

—Claro, pero para entonces ya estaré de vuelta en Minnesota, en un infierno distinto de calor, humedad y mosquitos.

—Has hecho que me entren ganas de visitarlo. —Rebecca coge dos botellas de agua de la nevera con la que Delia contribuyó a la sala común y se pasa una por la frente en una especie de saludo militar hacia Hafsah, sintiendo la frescura de las gotas frías que se le

quedan en la piel—. Voy a ver cómo está Ellie y a asegurarme de que se hidrate.

—Sí, mejor que lo hagas tú. Yo no la soporto cuando está de resaca.

—Es complicada —reconoce—. Pero al menos no tenemos pene. Entonces sí que nos haría sufrir.

Hafsah la mira con un gesto que podría ser de reproche por tal vulgaridad o por el recordatorio de que Ellie en general es intratable.

Rebecca sonríe y se va al baño, que huele un poco a humedad y moho pese a que el personal de aseo lo limpia cada viernes por la mañana. Las chicas procuran no ensuciarlo, secan la ducha después de bañarse y cuelgan sus toallas. Al parecer, ese olor lleva décadas ahí y por más que se esfuercen no lograrán sacarlo de entre los mosaicos.

En la habitación de al lado, la zona de estudio de Luz y Keiko está llena de restos de su proyecto y una cantidad sinceramente alarmante de envoltorios de galletas. La parte de Ellie, en cambio, está muy ordenada y limpia. Hasta los libros de sus clases de esa mañana se encuentran en la repisa, organizados por materia y tamaño. Su habitación está igual: no hay ni un calcetín perdido ensuciando la escena.

Al menos hasta que te fijas en las paredes. El espacio está lleno de artículos impresos de blogs, periódicos y revistas digitales, pegados con trozos de cinta adhesiva azul por las esquinas. Unas cuantas páginas son brillantes y se nota en sus bordes que están arrancadas de revistas impresas. Las partes subrayadas saltan a la vista entre las notas garabateadas con furia y tinta roja. Son los titulares los que muestran más correcciones iracundas.

MUJER QUE RECIBIÓ LOS DISPAROS DE SU EX SE RECUPERARÁ está tachado y corregido para que diga HOMBRE VIOLENTO Y DEPENDIENTE LE DISPARA A UNA MUJER EN LA CARA; LAS CICATRICES SERÁN PERMANENTES.

MIEMBRO DEL EQUIPO DE NATACIÓN PIERDE SU BECA Y ES SENTENCIADO A TRES MESES se ha convertido en VIOLADOR CONVICTO ES SENTENCIADO A UNA COLLEJA Y MIRADAS DE DECEPCIÓN.

En un sentido periodístico, los «nuevos» titulares no son los mejores, pero sí más honestos.

Aparte de las ventanas y las puertas corredizas del armario, lo único que interrumpe la decoración mórbida y furiosa está sobre la cama, en el lado derecho, donde una foto de tamaño póster cuelga sobre una pequeña repisa con dos velitas. La chica de la foto tiene una brillante sonrisa que le marca unas arruguitas en las comisuras de los ojos, y lleva una corona de flores anaranjadas sobre el cabello, naranja como un atardecer, que le cae sobre un hombro.

Kacey Montrose.

La cama está cubierta por la montaña de almohadas en las que Kacey, al volver de clase, siempre se dejaba caer, y entre las que se hundía, como si se estuviera enterrando en la arena de la playa. Tras el ataque que hizo que Kacey terminara ingresada, Ellie se llevó los cojines a su casa durante las vacaciones de invierno y los trajo de vuelta cuando comenzó el siguiente semestre para preservar el espacio de Kacey. Muchas chicas del estudio eran simpáticas, o bastante simpáticas, pero Kacey era buena. Kacey era muy buena.

El anuario nacional de agresiones no existía cuando Kacey estaba con ellas. Rebecca toca los bordes de la foto enmarcada y cierra los ojos, rezando una oración por Kacey y su familia. «Por favor, que despierte. Por favor, que se recupere.» Luego exhala despacio y se gira para darle la espalda a la foto y quedar de frente a Ellie.

Su amiga está tirada en la cama del lado izquierdo del cuarto, bajo una sábana azul celeste y con la manta hecha una bola a sus pies. A juzgar por la ropa muy bien doblada en la silla que hay cerca de la cama, Rebecca está casi segura de que su amiga está prácticamente desnuda, aunque prefiere no pensar en ello. Deja ambas botellas de agua en una de las mesitas de noche y pasa junto a su amiga dormida para rebuscar en el armario y las cestas de ropa.

Lo maravilloso de medir lo mismo y tener una complexión similar a la de Ellie es que se pueden prestar la ropa. La parte mala es que pueden robarse la ropa. Mientras que a Rebecca le sabe mal no devolverle la que toma prestada en cuanto la lava, Ellie tiene la costumbre de guardarla junto con la suya. Por eso, Rebecca ya se ha acostumbrado a hacer redadas periódicas para recuperar sus cosas.

Para su sorpresa, esta vez no está tan mal: cuatro blusas, dos pares de *shorts* , un par de vaqueros, siete calcetines, una sudadera delgada y dos pares de bragas que va a dejar ahí porque no es algo que le guste compartir. Tras ponerlo todo sobre la cama de Kacey, se gira para ver a su amiga.

El pelo de Ellie le cubre toda la cara, enredado y encrespado, y por suerte, un par de tonos más oscuros que la sangre, para que se confunda cuando se extiende por su espalda desnuda o en la cama. La sábana está arrugada a la altura de su cintura y tiene un brazo sobre la cabeza y el otro doblado sobre el cuerpo, donde sostiene una botella casi vacía. Frunciendo la frente, Rebecca le quita la botella y lee la etiqueta que la humedad ya casi ha hecho que se desprendiera del cristal.

Nunca le ha gustado la idea de tener alcohol en las habitaciones; otra cosa es traerlo para bebérselo al momento. Aunque eso también está tanto contra las normas como contra la ley, pero es poco probable que las pillen a largo plazo porque las inspecciones, que de por sí son muy poco frecuentes, suelen hacerse durante el día. Pero tener el alcohol guardado es buscarse un problema. Ella prefiere no arriesgarse a que las expulsen de la universidad o de la residencia solo porque su compañera de estudio está experimentando con el alcohol. Hace un gesto de desagrado viendo la etiqueta y deja la botella sobre la mesita de noche. Está bastante segura de que la gasolina debe de saber mejor. Si Ellie se va a arriesgar a que la pillen, al menos podría hacerlo con algo que sepa bien.

Abre una de las botellas de agua, vierte un poco del líquido frío en la tapa y luego la rocía sobre la espalda desnuda de Ellie, quien se incorpora, se retuerce y maldice, y se enreda tanto en la sábana que termina cayéndose de nuevo en la cama antes de lograr siquiera abrir los ojos. Acto seguido, mira a Rebecca con pereza y espera a que sus ojos logren enfocar bien.

—Qué crueldad, tía —se queja.

—Lo sé —responde Rebecca con una sonrisa de satisfacción—, pero ya has dormido suficiente y seguro que estás deshidratada. —Le ofrece la botella.

Ellie se impulsa para sentarse en la cama y hace un sonido de hartazgo, pero coge la botella y comienza a beber.

A una parte de Rebecca le maravilla la absoluta falta de pudor de Ellie.

Quizá hasta le dé un poco de envidia. No tanta como para querer andar por ahí desnuda, pero sí que admira su confianza. La seguridad de sentirse tan cómoda en su propia piel es muy distinta a la de saberse las respuestas a las preguntas de clase. Coge la otra botella y se acomoda en la cama de Kacey para tomársela. El agua está tan fría que hace que le duelan la garganta y el estómago.

—¿Has oído lo que le ha pasado a un tal Jordan Pierce? —pregunta cuando Ellie aparenta estar un poco más despierta.

—Es uno de esos gilipollas que roban bragas —responde con el ceño fruncido—. ¿Te acuerdas de la redada de bragas de septiembre?

—No, porque no estuve ahí, pero sí que me acuerdo de que fui a buscarte a comisaría por colarte ilegalmente en una de las casas de Row.

—Nos atraparon desmantelando su tablero de puntuaciones. ¿Sabes lo del tablero?

Recuerda la mezcla de shock, culpa, alivio, alegría y furia de la chica de la sororidad que encontraron llorando.

—Sí —dice con pesar—, algo he oído al respecto. Te voy a hacer la pregunta que no le pude hacer a la chica que estaba llorando: ¿cómo terminan unas bragas en ese tablero?

Ellie frunce aún más el ceño y Rebecca se prepara para recibir una respuesta que sabe que no le va a gustar.

—El tablero está dividido en filas y cada una representa un rango. En función del rango, los chicos reciben un número determinado de puntos. Acostarse sin más con alguien es lo que menos puntos da. ¿Que la chica es virgen? Más puntos. ¿Lo hacéis en público? Más puntos. ¿En tríos o grupos? Más puntos. Es asqueroso, pero posiblemente algo consensuado.

—¿Y qué más? —pregunta Rebecca, con el estómago revuelto.

—Hay una fila para menores de edad. Y todo lo que aparece por debajo es inmoral o directamente ilegal. Drogar a una chica o

emborracharla. Hacerle fotos o vídeos. Tener público. Violarla. Y más cosas.

Rebecca no quiere preguntar qué son esas otras cosas.

—Luego, con un rotulador, ponen su nombre y el de la chica de las bragas, su teléfono y a veces hasta su dirección. Muchas veces también grapan una foto de la víctima. Al final del semestre, quien tenga más puntos gana un premio. Colgaron el tablero en una puerta corredera para esconderlo con facilidad cuando tuvieran visitas, pero de todos modos salió a la luz. —El plástico de la botella crepita por la fuerza que ejercen los dedos de Ellie. Su mano aún no forma un puño, pero lo formaría si la botella no se le estuviera interponiendo.

Rebecca observa cómo sube el nivel del agua por la presión de la mano de su amiga.

—O sea que Jordan era uno de los que participaban en ese juego.

Ellie suelta un resoplido burlón.

—Jordan se inició en el juego cuando pasó a segundo curso. Supongo que pensó que como ya no era de los nuevos, podía imponerse en la casa.

—¿Necesitaba imponerse en la casa para eso?

—Con los de la vieja escuela, sí. Durante algunos años los veteranos intentaron evitar a toda costa cualquier tipo de escándalo, ya que la mayoría de las divisiones del estado se habían metido en problemas graves. Los que fueron con cuidado se graduaron, y los que quedan son cretinos e imbéciles. Si te invitan a una de sus fiestas, no vayas.

Rebecca asiente. En realidad no es de las que van a fiestas, y menos a las de Row. Sabe que varios de los que llevan letras griegas, quizá incluso la mayoría, son bastante decentes, pero también son muy dados a sucumbir bajo la presión social y las influencias del grupo. Solo se requieren un par de manzanas podridas para que toda la casa se convierta en un lugar tóxico y peligroso para la gente de fuera. Sobre todo en las fraternidades. Debe de tener alguna relación con la testosterona y el patriarcado.

—Pero ¿por qué me preguntas por Jordan?

—Es el cadáver de la parada de las prostitutas.

—¿En serio? —Ellie se ríe y se apoya en la pared, con la botella de agua fría contra el pecho—. Me pregunto qué diablos estaba haciendo allí.

—Bueno, no quisiera señalar lo obvio, pero... ¿ir a esa zona?

Pero Ellie niega con la cabeza.

—Lo dudo. En Teoría Criminal hay un par de tipos de la fraternidad, y, según ellos, a Jordan le gustan las prostitutas como le gustan los coches: despampanantes, caros y llamativos.

—La verdad es que no he visto su coche.

—Claro que lo has visto —dice Ellie—. Esa mierda cuadrada que parece un tomate y siempre está ocupando dos plazas en Gerson Hall.

Rebecca no suele prestar mucha atención a los coches, más que nada por el gusto de molestar a varios de sus primos que están obsesionados con ellos. Se encoge de hombros y da otro trago de agua, esta vez más pequeño, y lo mantiene en la boca hasta que está lo bastante tibio como para tragarlo sin molestias.

—Sea como sea, está muerto. ¿Alguna razón en particular por la que estés bebiendo al mediodía?

—La resaca da asco.

—Para eso tienes agua —dice con tono regañón.

—Claro. Y el alcohol ayuda mientras espero a que el agua haga efecto. —Se rasca la cabeza y se incorpora justo lo suficiente para echarse hacia atrás el cabello que le cae sobre los hombros—. La verdad es que funciona mejor cuando no me quedo dormida antes de beberme el agua.

—Y tal vez también hubiera estado bien que te tomaras algo que no pudiera servir también como insecticida.

Ellie mira la botella casi vacía sobre la mesita de noche y sonríe con picardía.

—Sabe a culo, pero no tiene precio. —Disimula un bostezo tras su mano—. Si no tienes planes esta noche, podemos conseguir algo mejor.

—Tenemos examen mañana.

—¿Y?

—Y voy a estudiar por la noche —dice Rebecca con firmeza—. Estás invitada a acompañarme a la biblioteca.

—Estudio mejor con tequila.

—Ya te he visto con tequila. No hay nada que hagas mejor con tequila.

Ellie solo sacude una mano para desestimar las palabras de su amiga.

—Que lo disfrutes, pues —comenta Rebecca—. Yo me voy a llevar mi ropa y a leer un poco antes de ir a la biblioteca. Si cambias de parecer, la invitación sigue en pie. —Se levanta y coge su pila de ropa. Uno de los calcetines se le escapa al levantarse. Cuando se agacha a recogerlo, la mano de Ellie la sujeta por la muñeca. Levanta la vista y se encuentra a su amiga estirada sobre la cama.

—¿Qué?

—¿Por qué lo haces?

—¿Por qué hago el qué?

—Obsesionarte tanto con los deberes, los exámenes y todo eso. Una vez terminada la clase, ¿qué más da?

—Ya, pero primero hay que terminar la clase. —Descansa la barbilla sobre el colchón, cerca de la rodilla de Ellie—. Tus notas en ciertas clases influyen en tus posibilidades de entrar a otras. Lo mucho o poco que te esfuerces afecta a tu relación con los profesores, sus recomendaciones y referencias, por no hablar de las becas. Pero más que eso... —Se lame los labios y busca las palabras que quiere usar—. Fui yo quien eligió esas asignaturas —dice al fin —. Fui yo quien las aceptó como pasos necesarios para llegar a hacer lo que quiero, y me estoy dejando bastante dinero para tener esta oportunidad.

—No inventes tanto, tienes becas —contesta Ellie—. Te estás gastando el dinero de otra gente.

—Más motivo aún para tomármelo en serio. Si no me voy a esforzar, si no voy a dar lo mejor de mí, ese dinero estará mejor invertido en las metas de otra persona. Al aceptar ese dinero, he prometido merecérmelo.

—¿Has pensado que estás trabajando con más fuerza que inteligencia?

—Si no estuviese dispuesta a hacerlo bien, no debería estar aquí. —Se mueve para darle un golpecito en la rodilla a Ellie con la nariz —. Pero entonces ¿tú por qué estás aquí?

—Porque mis padres no me dieron otra opción —responde Ellie entre risas—. ¿Qué más iba a hacer?

—Conseguir un trabajo, aprender un oficio, casarte, viajar...

—Si viajara sin un tutor legal, me arrestarían. Y sobre lo demás: paso.

—Entonces ¿no te importa nada?

—Solo las cosas importantes, lo cual excluye casi todas las chorradas que nos sueltan en las clases.

Rebecca la mira con gesto confundido, intentando comprender sus palabras. La universidad es muy cara y exigente y, aunque puede entender que alguien no pueda o no quiera ir, se pregunta por qué está ahí alguien que solo la va a desperdiciar. A su familia le importan menos las notas que el esfuerzo; sea cual sea el resultado, hay que dar lo mejor de uno mismo. La quemarían viva si se saltara clases a menudo o no se esforzase de verdad.

Suelta la mano de Ellie con el ceño fruncido, se estira para recoger su calcetín y mete el meñique hasta sacar un zapato de debajo de la cama.

En la punta afilada de la bota de ante gris se observan unas salpicaduras de color café rojizo. Rebecca las contempla, intrigada.

—Ah, sí. —Ellie coge la bota y la lanza hacia la puerta, haciéndola volar hasta el estudio—. Me tropecé con la nariz de un imbécil en la fiesta de cumpleaños de Kentaya.

—Y ya me imagino qué pasó cuando ibas caminando inocentemente por ahí.

—Tan inocentemente como él estaba metiendo la mano bajo la blusa a una chica.

Rebecca suspira y se gira en busca del lugar donde ha caído el zapato.

—¿Te conformaste con romperle la nariz?

—Casi.

Pese al número de veces que en este curso han llamado a Rebecca desde la comisaría para que fuese a recoger a su amiga, le sigue

sorprendiendo que nunca la hayan arrestado.

—Por favor, limpia la bota antes de que atraiga insectos —dice al fin.

—Qué obsesiva.

Curioso, viniendo de alguien que ordena su colección de DVD por el apellido de los directores.

—Cualquier insecto que encuentre será dispuesto de la manera más humana posible dentro de la funda de tu almohada. Tómate el agua.

—Sí, mamá.

Rebecca sonríe y se levanta, le planta un beso en la frente a Ellie y coge el montón de ropa entre los brazos.

—Y cómete las verduras.

Pero al volver a su habitación no puede evitar hacerse esta pregunta, considerando la cantidad de problemas en los que se mete Ellie cuando ella es testigo: ¿en qué otras historias se meterá cuando Rebecca no está presente?

5

Gainesville es un pueblo que florece y se marchita de manera cíclica. Una zona muere mientras otras partes de la ciudad se desarrollan y crecen; cada cierto tiempo, se renueva la calle de tiendas que están a punto de cerrar y de restaurantes vacíos para revitalizarlos; y el ciclo empieza de nuevo. La fiesta de esta noche es en una de esas áreas que se mueren, un aparcamiento maltrecho y lleno de maleza que antaño era una gran superficie por la que se accedía a un centro comercial que contaba con un cine de cuatro salas. Al fondo aún quedan algunas tiendas y oficinas que abren tarde y cierran temprano, pues no pueden pagarles a sus empleados para que trabajen más horas, pero ese lado lleva años vacío. Un gimnasio intentó ocupar el espacio del cine, pero su cierre fue casi instantáneo; si el vecindario apenas puede mantener vivo un colmado con sus ingresos, ¿cómo va a ser viable un gimnasio pijo?

Todo esto ha propiciado que el aparcamiento se convierta en un buen lugar para aprender a conducir durante el día y hacer fiestas durante la noche, incluso entre semana. Los árboles de las aceras filtran la mayor parte de la luz exterior, así que en la fiesta hay un montón de sombras iluminadas solo por las luces de unas cuantas camionetas y unos coches viejos que asumen el riesgo de quedarse sin batería. No es una *rave* , pero hay cientos de barras de neón que se usan como brazaletes, collares, cinturones y coronas sobre unas pelucas de plástico de colores imposibles. Es algo bastante anónimo.

Con una peluca corta azul neón con flequillo largo y unos mechones que cuelgan a los lados, además de una corona brillante acomodada sobre la cabeza de tal modo que me ensombrece aún más la cara, podría ser cualquiera. Supongo que eso es lo atractivo de este tipo de fiestas. Es difícil saber con quién estás bailando, a

quién estás besando, con quién te estás metiendo en un coche, y a la mañana siguiente tienes un misterio del cual arrepentirte junto con la resaca. Quizá sea valor.

O estupidez.

Sí, tal vez sea estupidez.

Me abro paso entre la multitud, observando un montón de figuras que se mueven de aquí para allá. De sus cinturones cuelgan unas estrellas brillantes; quizá ni siquiera las han notado aún. Es difícil darse cuenta de cuándo te tocan en una fiesta como esta; la forma en que las manos recorren las cinturas y las costillas, y se aferran a las caderas y al culo para bailar. Es casi imposible notar que alguien te está colgando un mosquetón en las trabillas de los pantalones, y aunque lo notes, pensarás que se trata de un regalo.

El suelo irregular está pegajoso por la cerveza derramada que se va secando poco a poco. El ruido de zapatos al despegarse del suelo casi parece formar parte de la música, que sale a todo volumen de unos altavoces situados en la caja de tres *pick-ups* aparcadas cerca de lo que queda de la gran superficie. Unos cables corren hasta una ventana rota y desaparecen en el interior del edificio, donde sigue habiendo electricidad; el propietario no la puede cortar por si algún día hubiese una emergencia.

Dos de los que llevan estrellas están con una chica muy maquillada que parece demasiado joven. No solo para la cerveza que se derrama de su vaso rojo mientras baila, sino para estar aquí; demasiado joven para la universidad y para este tipo de fiestas. Con gesto confundido, alterna la mirada a uno y a otro, que se agachan para hablar con ella desde más cerca. Uno pone la mano sobre el vaso de la chica, como para sujetarlo. Bajo la luz de su brazalete neón, el polvo que echa en la bebida brilla como los copos de nieve al caer. Él se aproxima aún más a la chica y ella da un paso hacia atrás, lo cual la pega más al otro tipo.

Puede que sea joven y esté borracha, pero no es tan estúpida; su expresión está cambiando rápidamente, dejando paso a la preocupación. Como si pudieran oler la sangre en el agua, los chicos se le acercan aún más, hasta estar casi tocándose de hombros, y le

tapan la cara a ella para evitar que los demás se percaten de lo que ocurre.

Separo con un empujón a los chicos y rodeo los hombros de la chica con el brazo, provocando que su vaso se caiga y nos salpique los tobillos y los zapatos.

—Nunca te vayas con dos chicos —le digo, casi gritando para que me oigan por encima de la música—. Si necesitan ir en pareja para lograr lo que quieren, seguro que son un cero en la cama.

—¡Oye! —protesta uno de ellos—. ¡No necesito a este imbécil para conseguir un polvo!

Su compañero suelta una risita.

—Cállate, cagado. Sabes que en comparación conmigo eres un picha corta.

—¡Para corta la tuya!

—¡Ya lo estás retirando!

Mientras se pegan unos empujones que anticipan los golpes, me llevo a la chica a una zona mejor iluminada frente a un semicírculo de coches con los faros encendidos. Ella no deja de lanzar miraditas hacia los chicos que se están peleando, y tiembla pese al calor asqueroso que hace. Cuando nos detenemos, doy un paso atrás y la sujeto por los hombros.

—¿Has venido sola?

—¿Qué?

Va demasiado borracha.

—¿Has venido con alguien? ¿Alguien en quien confíes para que te lleve a casa?

Se limita a mirarme.

Saco el móvil de su bolsillo, marco el 911 y luego se lo pongo en la mano. Tras un instante, le llevo la mano hacia la oreja. La voz metálica de la operadora le hace una pregunta, y la chica responde por reflejo. Con eso basta.

Me alejo, buscando las estrellas fosforescentes. La mayoría de los chicos que las llevan han estado bastante tranquilos esta noche. Quizá no siempre sean unos desgraciados; aunque eso en realidad no importa. Pero ese par..., ellos son la razón principal por la que vine a esta fiesta. No han logrado drogar ni abusar de nadie en las

fiestas en las que me los he encontrado, pero no porque no lo hayan intentado. Sería una persona horrible si no hiciera nada por salvar a sus víctimas en cuanto dan el primer paso y dejan al descubierto sus intenciones.

Siguen peleándose entre las sombras. Les está bien empleado. La policía llegará pronto para poner fin a la fiesta y, con suerte, acompañarán a la chica a casa de sus padres. Es hora de que me vaya para no terminar involucrada en todo esto. Miro por última vez a los chicos y me alejo con la cabeza llena de planes en potencia. Sé quiénes son, dónde viven y qué coches conducen. Casi siempre andan juntos; haga lo que haga, debo tenerlo en consideración.

Mientras corro en medio de la oscuridad, oigo el aullido de las sirenas seguido de los gritos de pánico que provienen de la fiesta y que llenan la noche. Llego a donde está mi bicicleta, encadenada y asegurada a un poste junto a lo que algún día fue una heladería Dairy Queen y que, por mucho que se empeñen en cambiarla, nunca logran que deje de parecer una Dairy Queen remodelada a medias. Tiro las barras fosforescentes y la peluca en el contenedor de detrás del edificio, me subo a la bici y me voy mientras hago planes, con la conciencia tranquila. Los rumores no bastan, pero ya he perdido la cuenta de las veces que he visto a esos chicos echando algo en la copa de varias mujeres.

Se acabó lo que se daba.

6

Pese a que quería pasar una noche de viernes tranquila, algo que no requiriera más que galletas y quizá una pizza para darle un descanso a su mente tras un examen importante, Rebecca termina metida en la butaca de un bar deportivo con todas sus compañeras de estudio salvo Hafsah, quien se ha quedado en su habitación porque quería llamar a su casa y felicitar a su abuela por su cumpleaños. Le tiene mucha envidia. Hafsah puede irse a la cama cuando le parezca mejor. Hafsah no tiene que intentar descifrar conversaciones a gritos entre la media docena de partidos de béisbol que están dando por la tele, una selección musical espantosa y los parloteos de un centenar de personas.

Al padre de Rebecca le gusta decir que su niñita nació con alma de vieja. En noches como esta, la misma Rebecca cree que su padre podría tener razón. Preferiría ser una abuelita e ir en pijama que estar «disfrutando su juventud» y yendo, bueno..., lleva uno de los vestidos de Ellie, y no tanto por gusto como por resignación. Cuando intentó ponerse su propia ropa, su amiga se plantó frente al armario y se negó a moverse hasta que Rebecca se pusiera el vestido que le había dejado sobre la cama. Ahora se lo está ajustando a tirones en un intento desesperado por dejárselo a una altura un poco más cómoda.

Pero se le vuelve a subir solo en cuanto suelta la tela.

Suspira y se cruza de brazos sobre la mesa, dejando que su frente descanse sobre ellos. De haber sabido que estaría en peligro de enseñar las bragas con cada movimiento, se habría preparado. Se hubiera puesto crema. Y se habría depilado mejor. O se hubiera ido a la biblioteca al salir de clase para no volver a la residencia hasta que Ellie se hubiera ido. Una mano le acaricia la espalda, que lleva

demasiado desnuda para su gusto. La mano es pequeña, así que debe de ser de Delia, quien tiende a ofrecer consuelo aunque no sepa el motivo, pero siempre se sorprende un poco cuando alguien le hace lo mismo.

Luz y Keiko celebran haber terminado con éxito su proyecto del semestre en una de sus clases de arte multimedia. De vez en cuando, Keiko vuelve a tomar conciencia de que lo han terminado y presentado, de que nunca tendrá que volver a preocuparse por él, y se echa a llorar. Las demás ya han dejado de hacerle caso, salvo Luz, su novia, quien sigue ofreciéndole servilletas aunque no interrumpa su conversación.

Puede sentir que alguien más, tal vez Susanna, a juzgar por el ángulo, palpa el borde de la enorme pegatina que tiene pegada en el dorso de la mano. Ese alguien lee lo que hay escrito en voz alta:

—Hola, me llamo Sobria. —Y Rebecca confirma que se trata de Susanna—. ¿Qué tiene de malo escribirte «C» para que sepan que eres la conductora, como solías hacer?

—Me preocupa que la tinta no se borre —dice Rebecca, sin levantar la cabeza de los brazos, y luego se acomoda para apoyar en ellos la mejilla en vez de la frente—. Y ya estaba harta de los chistes sobre tetas.

—No creo que los hombres sepan lo que significan las tallas de sujetador —comenta Susanna con un suspiro.

—Pero eso no evita que hagan bromas y comentarios fuera de tono.

—Porque los hombres no son más que bromas y comentarios fuera de tono —le informa Ellie, pronunciando cada palabra con cuidado, lo cual indica con claridad que no ha comido, que no ha bebido agua y que tal vez ha echado mano a otra de sus botellas de aguarrás que hace pasar por vodka antes de venir. Dado que Ellie está tan comprometida con su alcoholismo, Rebecca no logra entender por qué está dispuesta a meterse un alcohol que cuesta menos por litro que la gasolina.

—Me prometiste que habría comida —le recuerda Rebecca.

—Ya la hemos pedido. A menos que quieras que invada la cocina, no hay nada más que yo pueda hacer.

Rebecca suelta un gruñido y mira hacia la barra. Nadie parece estar particularmente interesado en los partidos, pero el baloncesto ya ha terminado, el fútbol también, y a la gente se le olvida cuántos años la Universidad de Florida ha tenido un equipo de béisbol decente. Aunque, claro está, ella tampoco tiene ni idea de si este año es así. Hay una despedida de soltero, o al menos la primera etapa de una, en una de las áreas reservadas. Destacan un grupo de chicos de la fraternidad con camisetas iguales que están rodeando a los que parecen ser los miembros más jóvenes, los cuales compiten por ver quién se termina más rápido su jarra entera de cerveza rubia. Rebecca ni siquiera intenta identificar las letras griegas que llevan en la camisa; nunca logra recordar cuál es cuál.

Ellie los mira con odio.

—¿Por qué no los arrestan por hacer eso? —pregunta con asco.

Rebecca se incorpora un poco y levanta una mano para señalar a las que están en su mesa.

—Todas en esta mesa. Menores de edad.

Las otras la hacen callar con tono desesperado y miran a su alrededor con un gesto nada sospechoso, intentando asegurarse de que nadie más la haya oído.

Ellie solo muestra su enojo a Rebecca.

—Lo nuestro es diferente. No estamos obligando a nadie a beber. Podrían terminar fatal.

—Se nota que nunca te has conocido con resaca —responde Rebecca—, o no hablarías de lo mal que se puede poner alguien si bebe.

—Sobria aguafiestas.

—Alcohólica criticona.

Keiko suelta una carcajada y luego pone una cara ligeramente avergonzada.

Un camarero se acerca a la mesa y sirve con cuidado una bandeja de aperitivos. Luz suelta un hurra y coge uno de los platos.

—¡Mozzarella! —canturrea, pronunciando la «zz» como «s» y la «ll» como «y». Ha bebido lo suficiente como para no saber si lo dice en broma o no.

Cuando el camarero se va, Rebecca coge un pedazo de quesadilla y se lo mete a la boca para masticarlo mientras se sirve un pequeño plato con cosas que Luz no se ha agenciado, incluyendo la segunda remesa de palitos de queso.

—¿Famélica? —pregunta Ellie entre risas.

Rebecca solo asiente y coge otro trozo de quesadilla. Se ha saltado el desayuno y el almuerzo para estudiar para el examen y está lista para atacar a alguien si con eso deja de sentir que tiene el estómago pegado a las costillas.

Solo se quedan el tiempo que tardan en devorar los entrantes. Casi todas las chicas tienen tantas ganas de coquetear como de beber, y los hombres aquí presentes están demasiado concentrados en sus propios amigos como para dar pie a nada parecido. Ahora que ya tiene comida en el estómago, a Rebecca no le molesta tanto cambiar de bar. Igual preferiría irse a su casa a ver Netflix, pero ahora que no se muere de hambre al menos está un poco más animada.

Al menos hasta que llegan al lugar que ha elegido Ellie.

—No —dice Rebecca, yendo hacia atrás para evitar que Delia y Susanna la metan a rastras en Tom and Tabby.

—¿Cómo que no? —pregunta la pelirroja.

—Te han prohibido entrar durante un mes, ¿es que no te acuerdas?

—Eso fue hace siglos.

—¡El martes pasado!

—¡Pero el cretino del camarero no trabaja hoy! Ya me he asegurado de ello. —Saca el móvil de su bolsa y lo sitúa frente a Rebecca, como si eso significara algo.

—Tienen tu foto en el tablero de personas no gratas —dice Rebecca, con las manos sobre la cadera. Su postura seria se ve un poco frustrada cuando el vestido se le sube y tiene que volver a tirárselo hacia abajo.

Ellie solo se encoge de hombros.

—Sí, pero ¿quién se fija en eso?

Los empleados. Los empleados se fijan en eso.

Y Rebecca también cuando las otras logran meterla. Más vale asegurarse de que solo Ellie esté ahí y no todo el grupo. Cuando encuentra la foto de su amiga, resopla. La otra empleada la tomó en un momento precioso: cuando el camarero tenía a Ellie colgando sobre su hombro, y Ellie iba cogida a su espalda para poder seguir discutiendo. Coge el móvil y saca una foto de la imagen para enviársela a Hafsah, quien le responde con una foto suya en pijama.

A diferencia del bar deportivo, donde había una mezcla de edades, este lugar está lleno de estudiantes y tiene más gente de la que permitiría el jefe de bomberos. Rebecca tiene que abrirse paso entre la multitud para alcanzar a sus amigas. Una mano le agarra las nalgas y se las aprieta. Ella gruñe, pero se lo piensa dos veces y sigue adelante en vez de reaccionar; podría recibir la persona equivocada. No quiere que su foto termine junto a la de Ellie.

Durante la siguiente hora, las cinco chicas tienen que arreglárselas para evitar que Ellie se meta en tres peleas distintas, incluida una con el camarero, quien les ha lanzado miradas lascivas al llevarles las bebidas. Ellie rebosaba ira ya antes de que Rebecca la conociera, y sí, también es violenta, pero antes no estaba tan desbocada. No era tan insensata. Hasta que pasó lo de Kacey. A veces, Rebecca piensa que si hubiera conocido esta versión de Ellie en primero, su grupo sería muy diferente ahora. Y tal vez no incluiría a Ellie. Pero la lealtad es una droga dura, al igual que el dolor compartido en una amistad. Pese a que muchas veces Ellie la agote, no va a dejarla tirada.

Rebecca observa su bebida, la huele, sopesa su aspecto inocente con la mirada perversa del chico y decide no arriesgarse.

—Cobarde —dice Ellie.

—Es obvio que nunca te han puesto droga en la bebida.

—¿Y a ti sí?

Rebecca asiente y mantiene los ojos puestos en las partículas que dan vueltas en la bebida. Podría ser simplemente azúcar o aromatizantes sin disolver, pero más vale prevenir.

—En bachillerato. Jugaba al fútbol y hubo una gran fiesta para ambos equipos del instituto. El equipo de los chicos convenció a una de sus fans para ponernos algo en la bebida.

El grupo se queda en silencio. Rebecca puede sentir la atención como si fuera algo vivo, algo desagradable que repta sobre ella pese a sentirse en confianza con sus amigas. Piensa que esa es la sensación que precede a la lástima, y por eso nunca lo había contado. Por eso y porque no quería hablar de lo peor que ocurrió esa noche.

—¿Qué te pasó?

—La chica no logró drogar a todo el grupo. Mis amigas nos ayudaron a volver a la casa donde teníamos planeado pasar la noche. —Cruza las piernas y se desliza bajo la mesa hasta que alcanza con las yemas de sus dedos la tobillera tejida que lleva puesta. Pero no basta con eso para evitar que sus manos tiemblen.

—¿Qué pasó con ella?

—Hicimos que se supiera lo que había hecho, y ninguna chica volvió a confiar en ella en todo el bachillerato. —Suspira y cubre el vaso con una servilleta para no beber sin darse cuenta—. Cuando se te pasa el efecto, estás desorientada y tienes lagunas en tus recuerdos..., es una sensación horrible. Y a mí aún me fue bien. Desperté entre amigas, en un lugar que reconocía, con la promesa de que estuvieron conmigo todo el tiempo y que no me pasó nada. Aun así, es aterrador saber que hay una laguna en la que pudo haber pasado cualquier cosa.

Ellie se queda callada un buen rato con el ceño fruncido y un gesto de rabia. El ruido del bar lucha por romper la solemne burbuja de su conversación.

—¿Qué les pasó a los chicos?

Rebecca la mira con una sonrisa triste.

—¿Tú qué crees?

—Nada —dice Ellie, con asco.

—Exactamente. Primero dijeron que había sido una broma. Cuando se dieron cuenta de que no los iban a castigar, dijeron que no tuvieron nada que ver. Las mayores sabían que tenían que ir con pies de plomo en las fiestas donde ellos estaban, pero siempre había estudiantes nuevas listas para aprender la lección de la peor manera. Es difícil protegerlas a todas. Y también conseguir pruebas. Que todos lo sepan no significa que alguien pueda probarlo.

Ellie sostiene su vaso contra el foco que se mece casi al ritmo de la música y observa el líquido. Lo pidió solo y sin hielo, así que no debería tener nada. Rebecca se pregunta si su amiga sabe siquiera en qué debe fijarse. Ella y sus primas tuvieron la ventaja de crecer en una familia de policías que se lo enseñaron ayudándose de material confiscado. Pero sin verlo de primera mano, los tutoriales de YouTube y los sermones sobre este tema no son de gran ayuda.

La conversación acaba con la poca alegría que le han dado los aperitivos, y no pasa mucho tiempo antes de que ser la única persona sobria en la mesa se vuelva más molesto que divertido. Por eso ella y Hafsah suelen mantenerse sobrias juntas. Tras guardar el clip que sostiene su dinero en efectivo, carné y tarjeta de débito en el sujetador, en la copa en la que no guarda el móvil, se levanta de la mesa.

—Voy a tomar aire —anuncia.

—¿De qué sabor? —pregunta Susanna.

—A pantano y humedad con una pizca de combustión de gasolina y, si hay un poco de brisa, quizá un toque de *eau* de contenedor.

—Ah, no, a mí que no me echen de eso, gracias.

Rebecca pone los ojos en blanco y sale con parsimonia del bar abarrotado. Pese al aire acondicionado, entre la puerta que se abre de manera constante y el calor humano, no halla gran diferencia entre el interior y el exterior. Con todo, en el aparcamiento Rebecca siente que al menos puede respirar. Elige un lugar en un lateral del edificio, iluminado tanto por la entrada como por la tenue luz de una farola del propio aparcamiento. El ladrillo le pilla los rizos cuando echa la cabeza hacia atrás, permitiendo que la poca brisa que sopla seque su sudor del cuello y el pecho. Cierra los ojos y, nerviosa, toma aire para luego dejarlo salir lo más despacio que puede.

No le gusta pensar en esa fiesta. No le gusta recordar cómo se despertó confundida, intentando abrirse paso hacia la claridad y los recuerdos sin éxito. Sus amigas estuvieron con ella todo el rato y eso la ayudó un poco a saber qué había pasado, pero no le quitó el pánico del cuerpo por esas horas desaparecidas. Porque en la fiesta hubo cerveza y ponche, porque todas habían bebido alcohol aunque

no las hubieran drogado. Por todo aquello sus amigas tuvieron miedo de llamar a su familia o llevarla al hospital.

Si lo hubieran hecho, la policía habría acudido a la fiesta para localizar el alcohol y las drogas, y también habrían encontrado a la prima de Rebecca, Daphne, quien llegó poco después de que el grupo de Rebecca se fuera. Daphne acababa de entrar en el equipo de bachillerato y tenía todos los números para terminar con Rebecca en el equipo principal al año siguiente. Como jugadora, Rebecca era leal y de fiar, pero Daphne tenía esa clase de talento por el que conceden becas. Ella y sus amigas del equipo decidieron presentarse en la fiesta, que se suponía que era exclusiva para jugadores del equipo y sus parejas, pero en realidad era como todas las fiestas de los equipos: abierta a todo el mundo.

Rebecca se lleva una mano al estómago para contener el revoltijo de sentimientos que siempre la agita cuando piensa en aquella noche. O peor aún, en el día siguiente.

Las amigas de Daphne no fueron tan protectoras como las de Rebecca. La mayoría iban a segundo curso y estaban divididas entre la admiración y el resentimiento por el talento de su prima. Querían captar la atención de los chicos mayores, que las invitaran al baile. Llegaron a la fiesta y se fueron cada una por su lado, y ninguna se dio cuenta de que Daphne empezaba a tropezarse. Una de las chicas de último curso, que no sabía que habían drogado a Daphne, pensó que había bebido demasiado ponche e hizo que se acomodara sobre un montón de paja en el granero donde se celebraba la fiesta, de acuerdo con lo que esa misma chica le contó después a Rebecca.

Nunca nadie ha contado la verdad sobre lo que pasó después de eso. Rebecca llamó a sus padres desde la casa de su amiga para pedirles que la llevaran al hospital. Una hora después de llegar, su tía, la madre de Daphne, la llamó para decirles que su prima aún no había llegado. El doctor ya le había tomado una muestra de sangre para lo que hiciese falta, así que Rebecca se fue del hospital con su padre y le dio indicaciones de cómo llegar a la granja. El terreno pedregoso que la noche anterior estaba lleno de coches se encontraba ahora vacío, salvo por el equipo de la fiesta, que seguía en una esquina. Entraron en el granero, acompañados de policías

que, por los motivos que fuesen, no eran de su familia. La basura de la fiesta aún seguía ahí, latas y vasos rojos por doquier. Bolsas, cajas y platos de papel esparcidos sobre mesas plegables a punto de desbordarse, e incluso había un gato dormido sobre un plato de queso casi vacío; su hocico grasiento y su panza abultada eran una buena pista de adónde había ido a parar el queso que faltaba.

Un agente encontró la bolsa de Daphne sobre la paja, con el móvil y la cartera intactos. Gritaron su nombre una y otra vez y, al ver pasar los minutos, Rebecca esperó junto a su padre, jugando nerviosamente con el brazalete de plástico amarillo del hospital. Luego oyeron un gemido que hizo que se callaran en el intento de descifrar de dónde venía, y la cabeza de Daphne se asomó desde un desván al que no se les había permitido subir durante la fiesta. El policía pronunció el nombre de Daphne, quien se dio la vuelta para intentar verlo...

Y se cayó.

Hay veces que Rebecca aún puede oír sus gritos, el sonido de Daphne al estrellarse sobre la mesa con los cuencos de ponche. Aún puede ver a los policías corriendo hacia su prima, la voz ahogada y temblorosa de su padre al pedir una ambulancia. Sabe que no es justo, pero Rebecca nunca ha logrado perdonar a las compañeras de equipo de su prima por su egoísmo. A casi nadie le hubiera molestado que los menores de edad estuvieran bebiendo, pero ellas eran conscientes de los peligros de aquella fiesta. Si tan solo se lo hubieran contado a alguien, a quien fuese, a la policía o sus padres, la habrían encontrado antes de que se la llevaran al desván. Antes de que la violaran. Antes de que la dejaran ahí como si fuera basura, tan cerca del borde.

Antes de que se cayera. Antes de que los doctores tuvieran que decirle que debido a la lesión de su columna se había quedado paralizada, que la violación, con botellas y latas y herramientas de granja —cualquier cosa que estuviera a mano para no dejar el ADN de su atacante o atacantes—, la había lastimado tanto que sería necesario hacerle una histerectomía completa. Daphne pasó el resto del curso en el hospital. Cuando llegó el momento de volver al

instituto, en otoño, tanto Daphne como Rebecca se quedaron en casa, donde les dio clase una de sus tías.

Nunca les pasó nada a los atacantes de Daphne. La investigación no avanzó porque los miembros del equipo decidieron apoyarse entre ellos. Todos lo sabían, pero nadie pudo demostrarlo y Daphne nunca obtendrá justicia por lo que le hicieron.

Rebecca piensa en la chica de la sororidad con sus compañeras riendo, llorando y sintiendo todas las emociones al mismo tiempo porque la acción que permitiría que ella y las demás chicas se sintieran un poco más seguras les robó también la oportunidad de que se hiciera justicia. Es fácil compararla con Daphne, que se pasa las noches despierta enhebrando joyas cuando las pesadillas no la dejan dormir; toda la familia lleva algo hecho por ella. Rebecca entiende que no hay una solución correcta. Ni siquiera la prisión borraría el daño que se hizo. Las multas, el encarcelamiento, la muerte... no hay consecuencia posible que sea equivalente al daño. Y entonces ¿qué es la justicia?

—Vaya, qué bonita...

—No —interrumpe ella. La rabia hierve en su interior, y requiere un gran esfuerzo para controlarla. Es la clase de rabia peligrosa para una chica sola, al contrario que la de Ellie.

—¿Qué?

—Lo que sea que fueras a decir —le responde a la voz masculina —. No me interesa oírlo.

—Pero no tienes por qué ponerte tan borde.

—Pues no te has ido, o sea que creo que sí tengo que ponerme borde. —Abre los ojos y se incorpora, obligándose a no hacer un gesto de dolor al sentir que el ladrillo no quiere soltar algunos mechones de su cabello.

El tipo, que está más cerca de lo que ella quisiera, viene solo, o al menos no está rodeado de amigos que la intimiden por su número. Tiene el cabello rubio peinado hacia atrás y su colonia llena el aire, ya denso de por sí. Si no la estuviera mirando con ese gesto despreciable, hasta podría considerarse guapo. Una vocecita dentro de la cabeza de Rebecca dice que no va a aguantarse.

—Solo quería lanzarte un piropo —se queja él.

—He salido para estar sola y disfrutar de un poco de silencio. Sea cual sea tu intención, me estás molestando.

—Mira, tía borde, deberías estar...

—¿Agradecida? —suelta ella con tono burlón—. Para nada.

—No todos son tan amables como yo, ¿sabes?

—Amable, claro. Ya me has llamado borde dos veces.

El tipo pone un gesto algo más feo que el de simple arrogancia. Quizá Rebecca tendría que haberle seguido la corriente hasta que pudiera volver a entrar al bar, dejarlo creer que sus piropos eran agradables. Hubiese sido lo más sensato. Pero está cansada y abrumada por los recuerdos y solo quiere estar en su casa en pijama. Así pues, en general no tiene ganas de darle nada de lo que busca. No debería estar obligada a hacerlo. La rabia vuelve a hervir en su interior y se mezcla con el miedo y la molestia, su respuesta estándar para tantos chicos de la universidad que creen que sus penes son la llave que les abrirá las puertas del mundo. Observa sus botas Dr. Martens rosa, intentando encontrar la mejor salida al problema.

Se sobresalta al ver con el rabillo del ojo esa mano que, pese a intentar atinarle al cuello, termina aferrándosele al escote del vestido.

—Suéltame —le gruñe.

—Deberías ser más agradecida con la gente que gasta su tiempo en hacerte un cumplido —ordena él, agarrándola por el vestido para acercársela.

—¡Suéltame! —le grita Rebecca, intentando llamar la atención de cualquier persona que esté fuera del edificio. Oye cómo su vestido se empieza a rasgar mientras ella lucha por librarse de las garras del chico. Se apoya en la pared con una mano para no perder el equilibrio. Entre el golpeteo de los latidos de su corazón retumbando en sus oídos, oye en la lejanía unos pasos que van corriendo hacia ellos, pero quién sabe si son para ayudar. Y si es así, a quién. ¿Llevará un arma? Si Rebecca se defiende, ¿se pondrá más en peligro?

—Te voy a enseñar...

Rebecca lanza una patada y la placa metálica dentro de la punta de su bota conecta con la entrepierna del chico con un sonido seco. Él exhala, dolorido, y su rostro se pone casi púrpura mientras su cuerpo se dobla, pero no suelta el vestido. El ruido que hace la tela al rasgarse produce un escándalo aterrador pese a la música que sale del bar. Los dedos de él se le clavan en la piel a Rebecca cuando su mano cae con el resto de su cuerpo. Ella se lleva el brazo libre al pecho para cubrirse el sujetador. Intenta alejarse, pero sus pasos arrastran al tipo, que sigue con la mano aferrada a la tela.

—Te vas a arrepentir, guarra.

Ella recupera el equilibrio y levanta el pie para darle otra patada.

—Suéltala —ordena una nueva voz, masculina y seria.

Rebecca se arriesga a desviar la mirada para encontrarse con el inspector Corby junto a un policía de la universidad uniformado. Ninguno ha sacado su arma, pero el oficial tiene la mano izquierda sobre la porra que le cuelga del cinturón, detrás del arma.

—¡Esta guarra me ha atacado!

—Díselo a alguien que no lo haya visto. Suéltala.

Aunque no parece muy convencido, abre la mano para soltar el vestido rasgado.

Ella se aleja de inmediato, acercándose al inspector Corby y la seguridad que representa, y se sujeta la tela desde el cuello hasta la cintura. Observa en un movimiento de hombros del inspector el reflejo de quitarse una chaqueta que no lleva para ofrecérsela. Con cuidado, coloca una mano sobre el codo de ella para alejarla aún más, dejando que el policía de la universidad continúe con la conversación.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Ella se mira el vestido y el sujetador con estampado de cachemira y encaje que asoma pese a los esfuerzos de sus manos temblorosas por ocultarlo.

—Ellie me va a matar. El vestido es suyo. —Parpadea, sorprendida, bastante segura de que eso no era lo que quería decir. Odia el efecto de la adrenalina al desaparecer cuando el peligro se ha ido. Odia sentirse tan débil y aliviada. Joder, con lo fuerte que es ella, pero ya está a salvo.

Él se ríe un poco y le suelta el codo sin retirar la mirada de su rostro.

—¿Algo más aparte del vestido?

—No, el sujetador sí que es mío. —Solo cuando ve el rubor en las mejillas del inspector Rebecca entiende que no era eso lo que le estaba preguntando—. Ah. Eh, sí. Quería cogerme por el cuello, pero solo alcanzó el vestido. Fuera de eso, no me ha tocado.

Corby le lanza una mirada a su colega, que sujeta el carné del chico en una mano y el móvil en la otra; luego suspira y niega con la cabeza.

—Me alegra que estés bien, pero...

—Pero eso significa que no hay motivos para arrestarlo —agrega ella con pesar—. Lo sé.

Pues ¿por qué esta vez sería diferente? ¿Por qué castigar a alguien por el daño que quería hacer si puedes simplemente regañarlo un par de veces? Cierra los ojos y deja su frente descansando sobre el hombro del inspector Corby. Su mano está tibia y firme en el codo de ella, sosteniéndola sin utilizar la fuerza. No es su culpa que no pueda llevarse al tipo. Los problemas son mucho mayores que eso. Rebecca se concentra en calmar el ritmo de su respiración desbocada, intentando seguir el suave movimiento del dedo de él sobre su brazo.

Sospecha que esa podría ser la razón por la que lo está haciendo. Él no se acerca más, no intenta tocarla fuera de eso, solo permite que ella use su hombro para recobrar el equilibrio y respirar, y Rebecca se siente patéticamente agradecida por ello.

Le da la impresión de que conoce al policía de la universidad al escuchar sus preguntas tranquilas y las respuestas truculentas del chico. El oficial Kevin, como se lo conoce en el campus, siempre está ahí para acompañar a los estudiantes, en especial a las chicas, de vuelta a sus coches o habitaciones cuando ya es de noche. Siempre parece encantado de que se lo pidan.

—Fue una buena patada —murmura el inspector Corby—. Ellie estará orgullosa de ti. Quizá hasta te perdone por lo del vestido.

Ella sonríe con dificultad, lo máximo que puede.

—Está dentro.

—Me lo imaginaba —dice él—. Este no es un lugar al que vendrías sola. ¿Quieres que vaya a buscarla?

Rebecca niega con la cabeza y se incorpora, aunque sin ganas. Estaría bien, pero preferiría que él no viera a sus amigas menores de edad bebiendo. Por lo general está dispuesto a pasar por alto las cosas que puede ignorar, pero es probable que verlas bebiendo o comprando alcohol rebase los límites de su buen rollo.

—Les voy a mandar un mensaje.

Luego recuerda dónde lleva el móvil y sus mejillas se acaloran y se ruborizan casi con dolor.

—Voy a ver cómo van Kevin y el imbécil ese —dice el inspector con alegría, y así lo hace.

Rebecca saca el móvil a toda velocidad, limpia el sudor de la pantalla con el vestido y le dice a Hafsah que ignore los próximos mensajes. Luego abre el chat grupal. En vez de mandar un solo mensaje, escribe varios, con la esperanza de que la repetición de notificaciones llame la atención de alguien, pues una sola podría ser fácilmente ignorada.

Estoy fuera.

Necesito irme a casa.

Un imbécil me ha atacado.

Por favor, llevadme a casa.

Por favor.

Por favor.

Por favor.

Por favor.
Escuchad, le he pateado
los huevos a un tío.

Ese es el que consigue una respuesta. De Ellie, lo cual no la sorprende.

¡Qué bien! No lo del imbécil.
Lo de la patada. Buen trabajo.

Y luego, otra de Delia:

Vamos en 2 seg.

Con eso basta. Se guarda el móvil de nuevo en el sujetador, mira al inspector Corby y busca algo que decir, algo que los distraiga del tipo que la acaba de atacar.

—Tus horarios son algo raros últimamente. ¿Te van a cambiar de turno?

—Tuve una junta —responde él, no con desdén o brusquedad, pero hay algo en su tono que indica que no debe preguntar más al respecto. Ella murmura y se reacomoda, pues no sabe qué más decir. Un segundo después, él suspira y niega con la cabeza—. Perdón. Ha sido un día largo.

—Y que lo digas.

—Lo dirán mañana por la mañana —dice él en voz baja—, pero ya hemos identificado el cuerpo del lago Alice.

Rebecca cruza un brazo bajo su pecho para sostenerse el vestido y se lleva la otra mano a lo que queda de los tirantes para mantenerse lo más decente posible.

—¿Consiguieron identificar su ADN? ¿O al fin encontraron la cabeza?

—Ambas cosas, de hecho —responde él con un gesto de pesar—. Aunque la cabeza fue la segunda confirmación. El informe de la desaparición mencionaba que la familia había comprado uno de esos kits para rastrear la ascendencia, por si necesitábamos comparar las muestras.

El imbécil que está con el oficial Kevin de pronto suelta una grosería a todo volumen y Rebecca se sobresalta. Aunque odia haber reaccionado así, la mano del inspector vuelve a su codo, apretando lo justo para hacer que recupere la calma.

—¿Desaparición? —pregunta, porque es más fácil enfocarse en eso que en el calor de su mano o en el imbécil que sigue demasiado

cerca como para que ella se sienta cómoda—. ¿Lo han comunicado antes o después de que encontraran el cuerpo?

—Después. —Su tono es lúgubre—. No volvió a clase después de las vacaciones de primavera, pero lo vieron por aquí y por allá durante la siguiente semana y media. Aparentemente, su familia y amigos creían que estaba intentando pasar desapercibido.

Lo cual plantea la pregunta obligada.

—¿Por qué?

—Tuvo algunos problemas legales durante las vacaciones.

Rebecca reconoce esa frase formada con cuidado por los cientos de conversaciones que ha tenido con su familia de policías. Se le ocurren dos razones posibles: la primera es que, sea cual sea el problema en el que el tipo se haya metido, podría estar relacionado con su muerte, de modo que la policía no puede hablar de eso; la segunda es que la familia es demasiado propensa a los litigios y está dispuesta a demandar a quien se atreva a difamar a su niño... O pueden ser ambas.

Sea como sea, no viene al caso insistir en la pregunta si no hay más información.

—Entonces ¿era estudiante? —dice al fin Rebecca.

—¿Qué?

—El fallecido. ¿Era estudiante? —Se encoge de hombros ante la mirada curiosa del inspector y luego piensa que prefiere no saber si eso ha implicado poner en peligro el ya de por sí precario vestido—. Si un profesor no regresa tras las vacaciones de primavera, sería la comidilla de todo el campus. Si alguien de bachillerato no vuelve, toda la ciudad estaría patas arriba.

—Cierto. Podría tratarse de un administrativo.

—¿Los de administración y el personal de asistencia tienen vacaciones de verano?

El inspector suelta una risita y se pasa una mano por el cabello, que pronto vuelve a caerle sobre la cara.

—La verdad, no lo sé. Y sí, sí que es estudiante. O era, supongo. Por la mañana darán a conocer su nombre.

—¿Estabas en una junta con su familia?

—No, con mi capitán, intentando convencerlo para que abra una investigación. —La sorpresa de Rebecca debe notársele en la cara porque el inspector la mira con un gesto tan apenado como desafiante—. Desde el punto de vista estadístico, el hecho de que en menos de dos semanas dos estudiantes varones de la Universidad de Florida, casi de la misma edad, hayan sido matados aparentemente por los caimanes es más que extraño. Conozco la teoría ecologista, pero aun así es improbable.

—Teoría ecologista —repite ella despacio—. ¿Te refieres a la invasión a su hábitat?

El inspector Corby asiente.

—La pérdida de su hábitat es algo que lleva pasando desde hace años. Si ese fuera el único factor, habríamos visto un aumento en los casos cada año, no un pico repentino.

—O sea que crees que... ¿Qué?

—Para ser sincero, aún no lo sé. Quizá haya un nuevo reto entre los de la fraternidad, como hacerse una foto con un caimán o alguna estupidez del estilo. Quizá solo estaban borrachos y fueron tontos.

—¿O quizá...? —pregunta ella con tiento.

—O quizá no sea ni una coincidencia ni una estupidez. —Casi parece que se está preparando para recibir la respuesta de Rebecca, lo cual le da una idea de cómo ha recibido su hipótesis el capitán.

Ella lo piensa una y otra vez, calculando.

—Parece... complicado —dice al fin.

—Esa es la versión más amable de la opinión general. —El inspector no parece enojado, pero tampoco se lo ve feliz—. En un año normal, el estado tiene un promedio de tres muertes por caimanes. En todo un año. Ni siquiera los ataques no fatales de caimanes son tan comunes. Y por alguna razón, este año tenemos media docena en el estado, cuando la temporada de apareamiento apenas ha empezado, y dos de ellos han sido a dos personas bastante similares en la misma universidad... Las anomalías estadísticas existen, pero suelen tener una explicación.

—Y tu explicación es que se trata de un asesino en serie. —Pese al tema, Rebecca no logra evitar una pequeña sonrisa. Parece una

locura. Los asesinatos con caimanes suenan como algo sacado de una película de James Bond, no de la vida real.

—No te olvides de las teorías de que ha sido un accidente o una estupidez —dice él, con pesar—. De momento, sigo teniéndolas en mente.

—¿Eso te hace sentir un poco menos bobo?

—Sí —confiesa él con una carcajada—, pero puede que solo sean mis ganas de creer en algo.

Las amigas de Rebecca salen por la puerta del bar montando una escandalera, y luego rodean a Rebecca hasta hacer a un lado al inspector Corby, quien sonríe y levanta las manos como quien se rinde y se aleja hacia donde están el oficial Kevin y el tipo agresivo.

Mientras Delia y Susanna expresan su sorpresa por el vestido rasgado, Ellie se agacha para revisar las botas de Rebecca.

—No hay sangre —señala.

Por qué tendría que haber...

—Le di en la entrepierna, no en la nariz o en la boca —aclara Rebecca.

—Aun así.

Rebecca la observa, intentando no visualizar cómo podría haber pasado algo así.

—Me perturba un poco pensar en la fuerza con la que tendría que darse la patada para terminar sangrando de ahí.

—La fuerza suficiente para que no vuelvan a atacarte.

—La fuerza suficiente para que termines pagándole un testículo nuevo.

Ellie hace un gesto de desinterés ante eso.

—No te pueden cobrar algo así sin una orden judicial. Vamos, te acompañaremos a casa para que te cambies y luego volveremos. No dejes que los gilipollas te arruinen la noche.

—Me voy a poner el pijama y a quedarme en casa —afirma Rebecca con tono decidido—. No está abierto a discusión, ni a acuerdos, ni a súplicas. Cuando entre a la habitación, ya no volveré a salir.

—Os puedo llevar, si queréis, señoritas —ofrece el inspector Corby, que ya ha vuelto junto a las chicas—. Kevin se va a quedar para ver

si puede meterle miedo a Santos.

Las seis chicas lo miran fijamente, y luego se dan la vuelta para ver al atacante, que cada vez está más asustado.

—¿Santos? —pregunta Delia al fin. Rebecca se muerde el labio inferior, pero de todos modos se le escapa una risita.

—Según su carné, así se llama.

Rebecca al fin estalla en risas, lo cual provoca la misma reacción en las demás. Si sus carcajadas están un poco mezcladas con histeria, es comprensible, ¿verdad? Tiene en la punta de la lengua la pregunta sobre si el carné es real, pero no lo dice porque eso lo invitaría a comprobar los de sus amigas.

Pero Ellie, claro, no es tan prudente.

—Por favor, es tan ridículo que no puede ser mentira, ¿verdad? Con ese nombre tan elegante y distinguido, debe de tener las puertas abiertas en las mejores universidades.

En vez de intentar responder, Rebecca ahoga la risa, le da las gracias al inspector y acepta el favor. Ninguna de las chicas lleva jersey ni chaqueta, y no quiere volver a pie a la residencia sujetándose el vestido con las manos. Y tampoco es tan confiada, o quizá estúpida, para dejar que la parte de arriba le cuelgue sobre la cintura y fingir que le da igual. Ellie sí que lo haría. Bueno, Ellie lo vería como una medalla de honor. «Si crees que voy mal, deberías ver cómo lo he dejado a él.» Rebecca está más acostumbrada a rebajar la tensión en dichas situaciones que a lucir los restos de las prendas con orgullo. Solo quiere llegar a casa, donde al menos hay una puerta con pestillo que la separa del resto del mundo y salir del estado de superalerta que hace que analice cada sombra y cada movimiento en el aparcamiento.

—Mi coche está a un par de manzanas —anuncia el inspector—. Dadme unos minutos.

Cuando vuelve, en una berlina azul marino que podría ser suya o del Departamento de Policía, Rebecca se acomoda en el asiento de delante mientras las otras se sientan detrás. De inmediato, Ellie comienza a quejarse por que las están tratando como si estuvieran detenidas.

El inspector Corby hace un gesto de fastidio y luego le pasa a Rebecca una sudadera azul con el logo de los Royals en la parte delantera en celeste y blanco.

—Te prometo que está limpia. La lavé hace apenas unos días.

Rebecca se la pone sin soltarse el vestido hasta que está totalmente cubierta por delante.

—¿Eres un fanático obstinado o solo te gusta seguir las modas?

Él se ríe y empieza a conducir.

—Ninguna de las dos cosas. La regla en la familia Corby es que tu equipo es el del lugar donde vivan tus padres. Los míos se mudaron a Kansas City hace un par de años.

Ella se ajusta la sudadera por la espalda, saca el cabello y esconde los dedos en las mangas. Es raro que una sudadera que solo huele a detergente pueda darle la misma sensación de seguridad que su habitación. O quizá, piensa mirando de soslayo la sonrisa tranquila del inspector, no es tan extraño, sino satisfactorio.

7

Como Rebecca se niega a volver al bar y Hafsah se niega a salir en toda la noche, a las otras cinco no les queda nadie sobria para que evite que terminen muertas en alguna cuneta. A ninguna le hace especial gracia, pero parecen resignarse cuando Ellie recuerda que tiene otra botella de su veneno para ratas escondida bajo la cama. Las chicas vitorean y se van a su habitación para seguir bebiendo.

Hafsah niega con la cabeza.

—¿Estás bien?

—Un poco asustada, pero más allá de eso, sí.

Se quita el vestido y lo observa. Probablemente una buena costurera podría arreglarlo, pero siempre se verá remendado. Lo tira a la cama y suelta un suspiro molesto. Ni siquiera quería ponerse ese maldito vestido, y ahora tendrá que comprar uno nuevo con un dinero que preferiría no gastar. Sus becas cubren casi todo lo que necesita y sus padres por lo general pueden mandarle un poco más para ayudarla con otras necesidades y su vida social, pero no le gusta meter mano a su colchón económico para reemplazar un vestido que la han obligado a usar.

—Me voy a bañar.

—Prepararé chocolate caliente para cuando salgas.

Con una sonrisa de agradecimiento a su compañera, se va al baño con el pijama en los brazos. Aunque el agua está fresca, revela los rasguños rosados en su pecho, donde los dedos del tipo se le enterraron antes de arrancarle el vestido. Rebecca frunce el ceño y los toca con cuidado. ¿Se van a amoratar? Pero, claro, quizá sea algo bueno. Al tener el recordatorio físico del ataque, tal vez pueda sentirse menos avergonzada por estar nerviosa durante los próximos días. Si el ataque deja marcas visibles, es menos probable que las

personas le digan que «debe superarlo porque no ha sido para tanto».

Nunca ha creído que los ataques necesiten un mínimo indispensable de violencia para merecer empatía, pero se ha dado cuenta de que quienes piensan así son minoría.

Como nadie está haciendo cola para usar el baño ni le grita por gastar el agua caliente, se apoya en la pared y deja que el agua se lleve el sudor y el olor de la colonia de ese tipo. La presión está un poco mejor que otros días, tal vez porque no hay mucha gente duchándose a esas horas de la noche.

Una parte de ella quiere gritar de rabia ante las injusticias de esa noche, por el horror de no poder castigar a ese imbécil de ninguna manera. No puede poner una denuncia y, aunque pudiera, no llegarían a nada. ¿Quién se molestaría en abrir un juicio por una agresión que solo terminó en miedo y un vestido roto? En especial cuando él pretendió ignorar el hecho de que dos policías fueron testigos de lo que había pasado y se atrevió a asegurar que ella lo había atacado primero. Rebecca actuó con inteligencia y cuidado, estaba sobria, y aun así nada de eso marcó una diferencia cuando un hombre decidió que tenía derecho a su tiempo y atención.

Pero no puede quedarse para siempre en la ducha. Cuando termina de secarse y se pone cómoda con sus pantalones cortos de algodón y una camiseta de manga larga, vuelve al estudio, pasándose la toalla con cuidado por sus rizos mojados.

La silla rechina cuando se deja caer sobre ella. La sudadera del inspector Corby está doblada encima de su escritorio, junto al contenido no anatómico que llevaba en el sujetador. Coge el móvil, lo enciende y se queda un momento con el dedo sobre la pantalla.

¿A quién debería llamar primero? Su instinto le dice que a Gemma, quien sin duda querrá que Rebecca se lo cuente antes de que le llegue a través de la red de cotilleos de la familia Sorley, pero Gemma se acuesta temprano. Ya debe de llevar un par de horas en la cama, con el móvil apagado. Es obvio que debería llamar a sus padres, por muy tarde que sea. Pero antes de eso, abre el chat con Daphne.

Su prima está en Pensilvania, cursando su segundo semestre de Trabajo Social en Bryn Mawr. Un ochenta por ciento de su comunicación desde octubre ha tratado de quejas sobre el frío y la nieve. Eso ya es bastante difícil para una chica de Florida, pero aprender a moverse por aceras congeladas en silla de ruedas ha sido el tema de varias conversaciones furiosas. Definitivamente, no debería enterarse del incidente por la familia.

Primero que nada, estoy bien. He salido con las chicas y un tipo me ha atacado en el aparcamiento, pero te prometo que, salvo por un moratón en el pecho, no me ha hecho daño y estoy bien.

¿Me lo juras?

La respuesta llega de inmediato.

Sí. Unos policías andaban cerca, me han oído gritar y se han acercado. Ya estoy en mi habitación.

¿Ya se lo has contado a la familia?

Eres la primera.

¿Antes que a Gemma?

¿A estas horas de la noche?

Cierto. Gracias por tenerme en cuenta.

Se mandan mensajes durante unos cuantos minutos más. Por lo que parece, Pensilvania se ha saltado la primavera y ha pasado directamente del invierno al verano, lo cual significa que Daphne al fin se siente en casa. Luego, sus compañeras de residencia la han presionado para que vuelva a la partida que estaban jugando. Rebecca llama a sus padres, pero tanto con su madre como con su padre salta el buzón de voz, así que termina dejándoles un mensaje a ambos. Estrictamente hablando, no necesita hablar con ellos, pero sigue sintiéndose un poco triste, así que llama a Gemma, sabiendo que también saltará el buzón, y le deja un mensaje parecido al de sus padres aclarando que puede llamarla a cualquier hora loca de la mañana cuando lo escuche.

Aún con el móvil en mano, Rebecca se aleja del escritorio y cruza la habitación. Se detiene en la puerta y suspira al ver a Ellie tumbada sobre su cama individual.

—Tienes cama propia —le dice—. Al parecer, hasta cuenta con alcohol.

—No cuenta con alcohol —responde la pelirroja con un puchero—. Ya me había terminado la botella que creía tener. Y solo queda una cerveza asquerosa.

—¿Por qué tienes cerveza asquerosa?

—Porque era barata y no pedían carné.

—¿Has pensado en que quizá no piden carné para las peores bebidas con la esperanza de que al tomarlas te sepan tan mal que dejes de beber?

—Pero una vez que me emborracho con lo bueno, puedo seguir bebiendo lo asqueroso porque ya no me sabe a nada.

Rebecca se rinde. Si ya es bastante difícil discutir con Ellie sobria, cuando está borracha solo da vueltas sobre lo mismo para no llegar a nada, y esta noche no puede lidiar también con eso. Se sienta al pie de la cama de Hafsah en vez de intentar mover a Ellie y comienza a secarse las orejas y el cuello.

Hafsah le da una humeante taza de chocolate en polvo; el vapor sale en volutas que rodean el mango de la cuchara. En la habitación, con dos puertas cerradas que la separan de los no *mahram* , no lleva su hiyab y sus muchas trencitas le cuelgan sobre los hombros, algunas de ellas con cordones de neón entretejidos en el cabello.

Ellie tiene una fuerza que todos pueden ver, que se manifiesta en gestos, en insultos y en sus puños, listos para atacar. Pero a Rebecca siempre le ha impresionado más la fuerza de Hafsah, que anda por el campus, y la vida en general, en unos tiempos que suelen ser poco agradables o simplemente peligrosos para las mujeres negras y musulmanas. La fuerza de Hafsah es más discreta, pero igual de obstinada. A Rebecca le parece que es más difícil ser valiente que solo vivir sin que nada te importe.

Sostiene su taza mientras Hafsah se acomoda en la cama junto a ella.

—¿Te acuerdas de dónde compraste el vestido, Ellie?

—Sí, ¿por?

—Para comprarte otro.

Ellie suelta una risa burlona y quita el vestido de la cama a patadas y lo deja sobre la alfombra convertido en un charco de tela brillante.

—No.

—Pero lo he roto.

—Santos el Imbécil lo ha roto. Tú te lo pusiste porque yo te obligué. —Se acomoda de espaldas y sus brazos se mueven con la falta de coordinación suficiente como para que a las otras les quede claro por qué ya no está bebiendo. Por más que a Ellie le guste sentirse embriagada, no le gusta perder el conocimiento o no aguantarse de pie, y casi siempre deja de beber justo antes de llegar a ese punto—. Si de verdad se llama Santos, debe de ser fácil encontrarlo. Ya me comprará él otro vestido.

—No lo va a hacer.

—Yo creo que puedo obligarlo.

—¿Vale la pena? —pregunta Hafsah. Ellie la mira con gesto confundido.

—Ese vestido me ha costado ochenta dólares. Ochenta dólares, Hafsah, ¡y estaba en oferta!

—Y ¿qué crees que va a hacer él? ¿Darte un cheque?

—Puede que no, pero el abogado de su papi quizá sí lo haga. Los tipos así dan muchos cheques, ¿no?

Rebecca y Hafsah se miran entre ellas poniendo los ojos en blanco. A una parte de Rebecca le maravilla la capacidad de Ellie de decir «papi» sin un ápice de vergüenza. Recuerda que alguna vez llamó así a su padre, pero está muy segura de que empezó a decirle «papá» ya en segundo de primaria. Es del sur, pero no tanto, no tan del sur como Ellie. Tras envolverse el cabello con la toalla, se apoya en la pared para tomarse su chocolate.

—Perdón por no haber estado contigo —dice Ellie tras unos minutos de silencio, con una voz inesperadamente suave.

—¿Por qué tendrías que haber estado?

—Porque no hemos debido dejarte salir sola. No es seguro, lo sabemos muy bien y debimos haber estado contigo.

—Yo he elegido salir sola, ir a tomar aire.

—Y eso no debería ser peligroso.

—Lo sé —dice Rebecca, suspirando—, pero lo es, y no es culpa tuya.

Es culpa del tipo y de la sociedad. Consciente de la culpa irracional que carga por la agresión a Daphne, Rebecca va con mucho cuidado a la hora de responsabilizar a los demás.

Ellie se acomoda de lado y abraza una almohada contra el pecho.

—Nos estabas haciendo un favor al acompañarnos, tú no querías salir. Tendríamos que haberte cuidado más.

—La próxima vez, volvamos al sistema de andar en parejas —sugiere Rebecca—. No debimos dejar de hacerlo. —Espera que Ellie no empiece a llorar. Casi nunca es una borracha sentimental, pero a veces pasa, y pone de los nervios a quienes lo ven.

—¿En serio? ¿Volverás a salir con nosotras?

—Aún nos queda un poco de curso por delante; estoy bastante segura de que encontraréis la manera de sacarme de nuevo. Además —continúa, entre risas—, *illegitimi non carborundum* , ¿no?

Ellie se ríe y hunde la cabeza en la almohada.

—Oye, ¡esa es mi frase! —se queja con la voz ahogada por la tela.

Hafsah niega con la cabeza.

—No solo no es así la cita, sino que ni siquiera es latín real.

—A mi tía no le gusta la palabra *cabrón* —dice Rebecca. Hafsah pone los ojos en blanco.

Mientras Rebecca y Hafsah se beben su chocolate caliente, ya que a Ellie, la filistea, no le gusta el chocolate en ninguna de sus formas, la conversación vira hacia las clases de Geología y Oceanografía de Hafsah. Su meta es entrar en la NASA y, a ser posible, ir a Marte, si lo logran antes de que se le pase la edad adecuada. En el último cumpleaños de Hafsah, Rebecca le regaló un osito de peluche con un traje de astronauta de la NASA y roció las botas con pintura en aerosol a una cierta distancia, de modo que parecía que estaban manchadas del polvo de Marte. El peluche está en la mesita de noche, junto con el planeta Marte de tela que le dio Susanna.

De vez en cuando, Rebecca se lleva la mano al cuello y a la piel dolorida de más abajo. Las marcas rosadas que oculta su blusa han empezado a oscurecerse. Está segura de que va a despertarse con moratones. Aunque una parte de ella esté furiosa, lo que siente en mayor medida es gratitud de que no haya sido nada peor. Lo cual, extrañamente, solo le infunde más furia. Es probable que Santos el

Imbécil la haya olvidado mañana. ¿Por qué ella tiene que recordarlo? ¿Por qué tiene que cargar con el peso de lo peor que podría haberle pasado?

Cuando Hafsah comienza a bostezar, Rebecca se levanta de la cama y lleva las tazas al baño para lavarlas. Tal vez debería haberlo hecho hace una hora, antes de que el poso se secara, pero no quería irse a media conversación. Ya que está ahí, aprovecha para lavarse los dientes y considera cepillarse el cabello, pero con sus rizos casi secos se convence de que no vale la pena hacerlo. Hafsah ya está acostada y casi dormida cuando vuelve a la habitación. Duerme más profundamente que cualquier persona que Rebecca haya conocido, lo que le provoca un poco de envidia.

Ellie, que sigue con la almohada abrazada a su pecho, está al borde de la cama de Rebecca y la mira, con toda la cabeza despeinada.

—¿Me puedo quedar? —pregunta en voz baja.

Es un eco de la Ellie que vivía con Kacey, la Ellie que convivía a diario con alguien tan buena y llena de luz que era casi imposible tenerla cerca y no buscar algo de esa luz dentro de ti misma. Todas la echan de menos, pero Rebecca está segura de que Ellie es la que más la extraña, o al menos la que más la necesita.

—¿Quieres el lado de la pared o el borde?

Ellie sonríe, mete las piernas bajo la sábana de la Capitana Marvel y se arrastra con rapidez hasta quedar contra la pared. Rebecca apaga la luz, conecta el móvil a tientas y se mete a la cama. Ellie se le acerca, dándole calor en la espalda de Rebecca, pero no se lo impide. A duras penas la cama es lo bastante ancha para una persona; no está hecha para acoger a dos. Aceptarlo implica aceptar que se va a despertar acalorada, sudorosa, tal vez de mal humor y, encima, con el horrible aire acondicionado. Y todo por no haberle dicho que no. No sabe bien cuál de las dos necesita la compañía, es probable que ambas, pero le trae recuerdos de su vida compartiendo camas, colchones inflables y sacos de dormir con su horda de primos cercanos y lejanos, solo por diversión. Porque hacía que se sintieran menos solos en el mundo. Un poco menos asustados.

—Qué horror —susurra Ellie.

—Ha sido idea tuya —le responde Rebecca, con la cara contra la almohada.

—No, no me refiero a eso, sino a... esto.

—¿Qué «esto»? Sé más específica.

El resoplido de frustración de Ellie retumba en el oído de Rebecca y la hace retorcerse.

—Me refiero a lo de esta noche. Odio que no estemos seguras. Odio que aunque estemos bien, aun cuando no pasa nada, nunca nos sintamos seguras, porque no lo estamos. Odio que tengamos que fijarnos en todos los hombres a nuestro alrededor, que no podamos confiar en nuestras bebidas, que no podamos salir un par de minutos sin que nos agredan. Odio que pasemos la mitad de la noche intentando proteger a otras chicas de la manera en que nos educaron a todas.

—¿Cómo nos educaron?

—Para ser amables. —Suelta la palabra como si fuera una maldición—. Tú también lo haces; a todas nos enseñaron a ser así. Amables, aunque quieras huir con todas tus fuerzas. Intentamos distraerlos mostrándonos halagadas sin que se piensen que nos interesan. Intentamos no dañar sus egos para que no nos dañen ellos a nosotras. Odio a los hombres. Odio lo que les enseñan, cómo los crían y las razones por las que siempre se salen con la suya.

—No siempre —protesta Rebecca, sintiéndose extrañamente a la defensiva. Quizá por su familia, o por su propio sueño tonto de un mundo más justo.

—Pero casi. No le va a pasar nada a Santos el Imbécil, pero tú te has llevado un vestido roto y otro mal recuerdo, y eso es... —Abraza a Rebecca por la cintura y sigue hablando con la boca muy cerca de la piel de su amiga—. Los odio a todos. Hay tantos que hacen cosas tan horribles y se salen con la suya, y todos se benefician de ese privilegio. Todos. ¿Cómo es que no nos hemos organizado para matarlos a todos?

A Rebecca se le pone la piel de gallina.

—¿Porque va contra la ley?

—La ley no siempre tiene la razón.

—No —reconoce—, pero hay una diferencia entre no respetar leyes injustas y organizar una matanza.

—A veces es difícil verla.

Visto en perspectiva, no es tan complicado. Pero Ellie siempre ha sido una persona más bien corta de miras.

Se quedan en silencio. Rebecca escucha la respiración pausada de Hafsah al otro lado de la habitación y se va perdiendo en sus pensamientos hasta llegar a un punto en el que no termina de estar dormida, pero tampoco despierta.

Y entonces Ellie vuelve a hablar, con una voz más suave, pero no menos amarga.

—Estoy harta de que todo el mundo elogie al maldito Jordan Pierce. Era un violador. Le hizo daño a mucha gente una y otra vez, y labró un camino para que sus amigos hicieran daño a otras personas a cambio de puntos, pero nadie habla de eso.

—Sí que se habla de eso —señala Rebecca. Se pregunta cuánto tiempo tendrá grabado en la mente el recuerdo de las risas y llantos de la chica de la sororidad. Ni siquiera sabe cómo se llama—. Puede que no se escriba, pero sí que se habla de eso.

—Y ¿qué dura más? Las historias que pasas entre susurros, de boca en boca, no sirven para nada si nadie las registra. Las cosas que ve la gente, las cosas que los desconocidos llegan a conocer sobre él, vienen de su familia y su fraternidad, y se están imprimiendo las palabras de esas personas sin intentar averiguar si son reales o no. Dentro de cinco años ¿qué se va a saber? Nadie ha hablado en público sobre las chicas a las que hizo daño. Solo se menciona su gran potencial y la terrible tragedia que constituye haberlo perdido, como si fuera alguien que mereciera la pena. Como si el mundo sin él valiera menos, cuando la verdad es que estamos más a salvo desde que murió. Todas estamos más a salvo cuando se muere la gente como él.

Hay cosas que son más fáciles de decir en la oscuridad, pero otras simplemente no deberían decirse. Rebecca pone una mano sobre el brazo de Ellie y siente sus músculos tensos y convulsos por la rabia.

—¿Cuál es tu historia? —susurra, rompiendo su propia regla—. Antes de la universidad, digo. ¿Quién te hizo daño?

Ellie se queda callada durante tanto tiempo que Rebecca cree que no le va a responder, así que la risa ahogada que sale de su amiga la coge por sorpresa.

—Somos chicas guapas, Rebecca. ¿Qué es lo que nos pasa siempre? —Hunde la cara en el cabello de Rebecca y comienza a roncar, con esos ronquidos falsos y escandalosos que la hacen creer que ya no escuchará nada de lo que le digan.

Está bien. De cualquier modo, Rebecca se ha quedado sin palabras. Quizá no haya más palabras por decir.

8

Tiene la intención de estudiar.

Pero claro, Ellie cuenta con la increíble habilidad de ponerlo todo patas arriba aunque no esté, así que no es ninguna sorpresa que Rebecca se haya pasado las últimas horas observando la pila de libros y deseando poder estudiar como tenía planeado, pero no se ha podido quitar de la cabeza ese problema tan particular que es Ellie.

—Si no estás haciendo nada, ¿vamos a cenar? —pregunta Hafsah.

Rebecca hace un gesto sorprendido y aparta la mirada de los libros. Tarda un momento en lograr enfocarse en su compañera.

—¿A qué?

—¿A cenar? ¿Y quizá charlar un poco?

Suspirando, señala hacia sus libros.

—Tengo que estudiar. —Y si pudiera plasmar sus ideas en palabras, tal vez ya no estaría tan distraída.

—No vas a poder estudiar hasta que hables de lo que te reconcome.

—¿Tú no estudias?

—Ya lo he hecho. —Hafsah se levanta y empieza a guardar sus cosas en la mochila con orden, como siempre—. Además, a diferencia de ti, yo no tengo los exámenes la semana que viene. ¿Adónde vamos a ir a cenar?

Rebecca se rinde. Quizá su cruz en la vida sea estar siempre rodeada de personas mucho más obstinadas que ella. A veces es bueno; al estar lejos de su familia y de su manada de primos, suele necesitar que le recuerden que debe relajarse de vez en cuando. La escuela es su obligación, pero ella se la toma demasiado en serio. Exageradamente en serio, según Ellie. Pero otras veces se ve

atrapada entre Hafsah la Imperturbable y Ellie la Inamovible, y se pregunta qué va a ser de ella.

Guarda sus libros y cuadernos y se cuelga la mochila, dando dos saltitos para que se acomode bien. No se lleva el pequeño paraguas que suele guardar en un bolsillo de la mochila, sino uno de los grandes, que la hacen sentir como si cargara una porra. Sabe que sigue un poco afectada por lo de anoche, y si eso se traduce en estar más a la defensiva y más propicia a la violencia, pues ¿qué se le va a hacer? Por más ligero que sea el paraguas, su peso la reconforta.

En la biblioteca no hay silencio, sino que está llena de murmullos; las conversaciones se mantienen en un volumen tan bajo como el rumor del aire acondicionado. La diferencia entre la biblioteca principal y la entrada es evidente, como si se prohibiese el paso a la humedad y el calor. Las chicas se detienen en una fuente para llenar sus botellas de acero inoxidable. A veces en Florida parece imposible salir ganando en nada. Dentro, el aire es frío y seco por el aire acondicionado; fuera, caliente y húmedo. Así que estás en un estado constante de deshidratación por motivos opuestos.

Hace no mucho, Rebecca se pasaba todo el verano corriendo por el rancho a todas horas con sus primos y amigos, y casi ni notaba el calor, aunque estaban a un par de horas al sur y a la misma distancia del mar. ¿Qué ha sucedido en la última década que la ha vuelto más sensible al tiempo?

Hafsah inspira hondo mientras salen del edificio.

—Echo de menos el invierno.

—¿Qué invierno?

—Mi invierno. Cuando regreso con mi familia y hace frío, hay nieve y hielo y temperaturas soportables.

—O sea, ¿cuando tienes que dejar encendido el coche para evitar que el motor se congele y se estropee?

—También hay verano en Minnesota, ¿sabes? Igual de húmedo y sofocante que aquí.

—Sí, pero los nueve meses restantes son de nieve —se burla Rebecca.

—Cuando tengo frío puedo ponerme más ropa. Si estás desnuda y te sigues muriendo de calor, ¿qué se le puede hacer? —Hafsah rebusca en su mochila y saca un abanico de plástico con rosas pintadas de colores brillantes. Lo abre de golpe, con una firme sacudida al nailon que sostiene las varillas. No crea una gran brisa, pero hace tanto calor que cualquier movimiento de aire es un alivio. Rebecca sonríe al recordar las horas que pasó una de sus primas intentando aprender el lenguaje antiguo de los abanicos con un artefacto muy parecido al de Hafsah. Su lucha terminó cuando el plástico barato se rompió contra la cabeza de otra prima, y la primera decidió que la esgrima era un lenguaje mucho más directo.

—¿Dónde te apetece comer?

—El restaurante de Moe está bien y no queda lejos.

—Y está abierto.

—También.

Todo está muy tranquilo para ser un sábado por la tarde, al menos en su zona del campus. Siempre se hacen cosas, pero algunos eventos son mucho más discretos que otros. Pasan junto a un edificio de ladrillo visto con un tablón de anuncios en la parte superior de la escalera. Las patas que lo sostienen están rodeadas de flores y velas, y hay un par de rotuladores colgados con cuerdas para que la gente escriba mensajes alrededor de la enorme fotografía de Harrison Mayne, el chico al que encontraron en el lago Alice. Se ha dado a conocer su nombre esta mañana, tal como dijo el inspector Corby, y en menos de una hora se ha montado eso. Sobre su rostro, con enormes letras rojas y en mayúsculas, alguien ha escrito «violador y pedazo de mierda».

Al parecer, su familia y amigos no han sido los únicos en enterarse de sus problemitas legales durante las vacaciones. O, si los rumores que corren por el campus son atinados, quizá es solo un resumen conciso de su vida. Tras estar toda la mañana ocupada con tareas domésticas, recados y recibiendo mensajes de apoyo de su familia, Rebecca ha pasado el resto del día en la biblioteca, así que aún no le han llegado los detalles del asunto.

Se pregunta quién habrá escrito eso en la fotografía. ¿Alguna víctima suya? ¿Alguien que lo amó y a quien le hizo daño? Aunque

sea sábado, esa parte del campus es muy transitada, en especial durante las últimas semanas del semestre. Quien sea que haya garabateado el homenaje, alguien ha tenido que verlo. Ver, que no detener. No han reemplazado la imagen; no hay nadie haciendo guardia ni merodeando para vigilar el sitio.

En general, los estudiantes pueden ser groseros, irreverentes y hasta soeces, con un sentido del humor colectivo que suele ser propio de niños de catorce años, pero acostumbran a respetar los homenajes. O al menos los dejan en paz; por supuesto que ha habido discrepancias, en especial cuando se trata de figuras públicas controvertidas, pero Rebecca no recuerda ningún otro homenaje en el campus que haya terminado tan pintarrajeado como ese.

¿Sería raro si se detuviera a leer el resto de las notas en el cartel? Tal vez. Pero le pica demasiado la curiosidad. Cuando alguien tiene el valor, o la furia, o el dolor suficiente para decir algo sin tapujos, siempre le siguen comentarios más discretos.

Ella y Hafsah avanzan en un cómodo silencio. Solo cuando se acercan al restaurante de Moe empiezan a ver a más de una persona perdida por ahí. Casi todos los locales de comida del campus cierran temprano, en particular durante los fines de semana, lo cual significa que los que permanecen abiertos tienden a abarrotarse. Hafsah retoma la conversación hasta que les sirven su comida y se instalan en una esquina razonablemente tranquila del lugar.

—¿Por qué se te ve tan distraída?

Rebecca le da un enorme mordisco a su quesadilla para ganar tiempo y poder pensar en su respuesta. Tal vez debió hacerlo durante el camino, pero, claro, la mitad de sus pensamientos se centraban en quitárselo de la cabeza.

—¿No te preocupa Ellie, a veces? —pregunta cuando ya no puede seguir masticando más.

—Siempre —responde de inmediato Hafsah—. ¿O te refieres a algo específico?

Rebecca hunde un nacho en el queso, toma aire y lo suelta con lentitud.

—¿No te preocupa que un día se le vaya la pinza y nos mate a todas?

—No.

El queso gotea del nacho cuando su mano se queda inmóvil sobre el plato.

—¿En serio? —Hubiera querido que la respuesta de Hafsah solo le trajera alivio, pero también le despierta bastante incredulidad.

—Claro. Cuando se le vaya, solo va a matar a hombres. Prácticamente solo va a matar a los hombres —aclara Hafsah—. Puede que se cuelen algunas mujeres por apoyar de manera voluntaria el patriarcado. Pero las demás vamos a estar bien. Cómete tu nacho.

Rebecca obedece, pero sigue sobresaltada, viendo cómo Hafsah muerde con tranquilidad su burrito.

—Ellie es así —continúa Hafsah cuando acaba de masticar—. Su ira tiene un blanco.

—Odia a todos los hombres.

—Exacto. A todos los hombres. No es ambiguo ni arbitrario. Odia a todos los hombres y, por tanto, cuando se le vaya la pinza...

—Noto que dices «cuando» en vez de «si se le va la pinza».

—Va a cargar contra ellos. Mientras las mujeres se mantengan fuera de su camino, estarán bien.

—Por lo menos hasta que todos los hombres estén muertos y las mujeres que apoyan el patriarcado ocupen el mismo espacio tóxico en las nuevas jerarquías —señala.

—Bueno, sí. Pero ese es un problema para el futuro. Primero tendrá que matar a todos los hombres, y como hay más de quinientos millones en el mundo hoy en día, le va a tomar un buen tiempo.

Rebecca apoya la barbilla sobre su mano grasienta, hace un gesto de asco y coge una servilleta.

—Me preocupa lo tranquila que te veo con esto.

—He tenido casi todo un curso escolar para pensarlo —reconoce. Coge un poco de queso y lo pone en un borde de su burrito—. Sé que siempre hemos bromeado con que Ellie va a estallar, pero este año es algo que me parece inminente.

¿Desde lo de Kacey? Rebecca observa el rostro de su amiga buscando alguna señal de que está bromeando, algo que indique

que bromea, pero Hafsah tiene la misma expresión de serenidad atenta que mantiene en cualquier conversación con sus amigas.

—¿Y eso no te molesta?

Hafsah no responde de inmediato, y Rebecca no insiste. Las conversaciones serias con su amiga tienen cierto ritmo: una oleada de palabras seguida de un silencio tan inexorable como la marea. Cuando se habla de temas importantes, Hafsah no acepta que le metan prisa. Siguen comiendo en silencio, compartiendo los nachos y el queso. Hay una larga cola en el mostrador y cada vez hay más mesas llenas con estudiantes que se preparan para beber y bailar. La mayoría de los que planean estudiar saben que deben tomarse su comida e irse hacia esta hora; hay demasiado ruido y gente para que tenga sentido quedarse ahí.

—Creo que casi todo el mundo es capaz de matar a alguien en las circunstancias correctas —dice Hafsah al fin, y se limpia los dedos con una servilleta—. La persona correcta, la razón correcta, el detonante correcto... Todos somos capaces de hacerlo. Y no hablo solo de matar a alguien, me refiero a un asesinato de verdad.

Rebecca piensa en la diferencia entre una cosa y otra, la intención, y asiente.

—Pero hay una línea que separa el ser capaz de cometer un acto y que sea probable que lo cometas. La mayoría estamos lejos de ese punto, me parece. Por ejemplo, se necesitarían muchos factores para que tú o yo la cruzáramos.

Rebecca sonríe y levanta su vaso para brindar con Hafsah, quien le responde con el mismo gesto.

—Pero eso no nos hace menos capaces —continúa Hafsah—, solo que es menos probable que suceda. La furia constante y explosiva de Ellie la mantiene mucho más cerca de esa línea que la mayoría. Ya es violenta de por sí, y está dispuesta a moler a golpes a cualquiera que la haga enfadar, lo cual, francamente, no es muy difícil. Y se pone todavía más violenta cuando quiere proteger a alguien que no sea ella misma.

—¿En serio?

—¿Te acuerdas del tipo que manoseó a Keiko el año pasado?

Rebecca apenas se acuerda de lo que pasó la noche anterior. Los magreos en un bar son algo inevitable, el coste social de salir. Si intentara recordar cada vez que un imbécil la manoseó, le faltaría espacio en el cerebro para las cosas de la universidad. Pero, por como lo dice Hafsah, por el peso de sus palabras, supone que ese momento debió de ser memorable.

—¿Después del partido de Georgia, al salir? —pregunta, dudosa—. El que terminó en el hospital con la mano rota. Kacey llamó a la madre del chico y lo acusó cuando intentó levantarle cargos a Ellie.

Hafsah asiente.

—A Ellie también le habían metido mano un poco antes, con tanta fuerza que le salió una marca en la cadera, pero a ese solo le dio una patada.

Teniendo en cuenta la fuerza de las patadas de Ellie y adónde las apunta, Rebecca no sabe si un hombre clasificaría esa experiencia con un «solo», pero supone que ese no es el tema. Más allá de que el chico terminara en posición fetal, sigue estando a años luz de pillarle la mano a alguien con una puerta, exclamar un «¡uy!» y repetirlo dos veces más.

—Es fácil pasar por alto la violencia diaria de Ellie, junto con su irritabilidad generalizada y su mala actitud. Como lo tenemos en la cara y las consecuencias reales nos parecen algo tan disparatado, es fácil pensar que eso es todo. Pero es en los momentos en que Ellie está tranquila, pese a su rabia, cuando da miedo.

—¿Cómo?

—Porque ahí es cuando empieza a pensar. Cuando solo reacciona a algo, se queda satisfecha con facilidad. Alguien manosea a una chica, Ellie patea al chico, el chico ya no puede manosear a nadie más y Ellie vuelve a beber, bailar y divertirse. Y asunto zanjado. Claro que no lo olvida, pero pasará a formar parte de una lista increíblemente larga de situaciones similares y no tendrá ningún significado especial. Es como una multa de circulación. Cometes una infracción menor, pagas la multa y prácticamente te olvidas del asunto, salvo por quienes bromean con el tema para molestar. Pero raramente llega la sangre al río. —Rebecca hace una mueca, pero no se opone a la metáfora—. Pero anoche fue distinto, ¿verdad?

—Anoche no tocó ni un pelo al tío, ni siquiera le dirigió la palabra —aclara Rebecca—. Estaba concentrada en mí.

—Te llevó a casa.

—Sí.

—Te ayudó a calmarte.

—Supongo.

—Y ¿cuánto tiempo tardó en susurrarte que quería matar a todos los hombres?

—Mierda. —Rebecca gime, dobla los brazos sobre la mesa y se golpea la frente contra la muñeca un par de veces. Suspira y levanta la cabeza para mirar a su amiga—. Esperaba que esa aparente sinceridad fuera un decir.

—No lo creo. —Hafsah le da un trago a su bebida y vuelve a ponerla sobre la pila de servilletas dobladas con una precisión casi obsesiva—. Pasaste mucho tiempo con la familia de Kacey después de que la..., tras su... —Vacila, luego toma aire y exhala lentamente por la nariz—. Después de su agresión —continúa con firmeza—. Entre tus clases, el hospital y luego el centro de cuidados médicos, casi no te vimos el semestre pasado. A nadie, ni siquiera a Ellie, le molestó eso... Los Montrose te echaron encima una carga emocional demasiado pesada.

Durante aquellas navidades, Rebecca sufrió una profunda crisis emocional. Su madre, su padre y Gemma se sentaban por turnos en un borde del sillón para hacerle compañía mientras ella lloraba sobre sus regazos, cubierta con una colcha tejida a mano, y cuando Daphne volvió de Pensilvania, se dieron apoyo la una a la otra, ambas reviviendo los recuerdos del ataque a Daphne. Pero antes de eso, Rebecca se había estado haciendo cargo de los padres de Kacey, de que comieran, durmieran, se bañaran y, en general, que se cuidaran. Hasta que empezaron a sentirse mejor, o al menos un poco más acostumbrados a su nueva y terrible realidad, ella no pudo permitirse desmoronarse.

Si se para a pensarlo, fue entonces cuando Ellie se obsesionó más con arrastrar a Rebecca en sus salidas. Quizá le vaya bien de vez en cuando, aunque no siempre le guste.

—La familia de Kacey te necesitaba —señala Hafsah—, así que ¿cómo enfadarnos por tu ausencia?, pero fue difícil sentir que os habíamos perdido a las dos. Y por eso no estuviste presente cuando las cosas terminaron de enredarse.

—Por el contexto, deduzco que no hablas de uno de los proyectos de punto de cruz de Luz —dice, con la esperanza de sacarle una sonrisa a Hafsah, pero su amiga solo la mira, hasta que Rebecca siente el impulso de disculparse.

—Fue aterrador, en serio —le cuenta Hafsah en voz baja—. Ellie estaba fuera de todo control. Y sí, lo digo en comparación a cómo está ahora. Por los motivos que fuesen, eras una buena influencia para ella, pero como no estabas ahí para controlarla y Kacey tampoco estaba para hacerla querer ser mejor persona... —Mueve nerviosa la bandeja de comida, las servilletas y la cuenta, sin dejar de fruncir el ceño ni un segundo—. Si hubiéramos visto a tiempo algún indicio de la rabia que tenía reprimida, la habríamos internado para que no se intentara quitar la vida. Pero, como lo volcaba sobre los demás, hicimos todo lo que pudimos para mantenerla en el dormitorio y evitar que matara a alguien, y creo que todas nos sentimos aliviadas al irnos a casa durante las vacaciones de invierno. Te puedo asegurar que, desde la agresión de Kacey, no sentí hasta entonces que podía respirar por primera vez. Y al regresar Ellie era... pues como es ahora. Más irritable y temeraria, más predispuesta a pelearse que antes, pero mejor. Más estable. Eso es bueno, ¿no?

Rebecca frunce el ceño, sopesando el tono de Hafsah.

—Hablas como si no te lo creyeras.

—Quería creerlo. Y quizá sí lo hice, al principio.

—¿Qué te hizo cambiar de parecer?

—La semana anterior a los exámenes finales pasaste más tiempo en el dormitorio para estudiar y hacer tus entregas. ¿Te acuerdas del día en que llegó sin camisa? ¿En sujetador y pantalones cortos?

—Claro. Dijo que había perdido una apuesta.

—Me atacó el hombre que predica mensajes de odio en Turlington Plaza. No el de ahora, el que quiere derribar la estatua del parque porque la considera obscena, sino el viejo que estuvo hasta el año pasado. Me arrancó el hiyab y le prendió fuego. Ellie se quitó la

camisa y me la dio para que pudiera cubrirme el cabello de nuevo. En vez de ir contra él, se aseguró de que volviera sin contratiempos al dormitorio. Se quedó conmigo y me examinó para asegurarse de que no me hubiera lastimado con los imperdibles cuando me arrancó la tela. Yo estaba llorando y temblando por el bajón de la adrenalina, pero ella estaba tranquila, confiada y haciéndome sentir segura. —Rebecca empieza a sonreír, pero Hafsah niega con la cabeza—. O eso creí hasta que escuché lo que estaba diciendo y no solo el sonido de su voz.

Rebecca siente cómo su cena se convierte en un peso incómodo dentro del estómago. Espera. Sea lo que sea lo que esté sintiendo, es algo que Hafsah ha cargado durante mucho más tiempo que ella.

—Estaba diciendo que ese tipo no me iba a volver a hacer daño, que no iba a tener la oportunidad de volver a lastimar a nadie. Que ella se encargaría de eso. Que yo estaría segura y que nadie se iba a acordar de él.

Eso suena por completo a algo que diría Ellie, y quizá sería fácil pasarlo por alto como palabras huecas de consuelo, salvo por... Mira la expresión solemne en el rostro de Hafsah, sus ojos café oscuro fijos en los suyos, y piensa que quizá prefiere no preguntar. Pero sabe que va a hacerlo, porque Hafsah es su amiga, y Ellie también, y parece que es algo importante.

—Después de las vacaciones de invierno apareció un nuevo predicador —dice despacio.

—Sí.

—¿Qué le pasó al otro?

Hafsah se encoge de hombros, pero no es un gesto casual, y Rebecca no sabe si es por el tema o porque su amiga puede haber tenido algo que ver.

—Desapareció. Nadie que yo conozca sabía cómo se llamaba ni dónde vivía. Solo era una parte más del paisaje, moviéndose de aquí para allá por todo Turlington con sus carteles, su micrófono y su veneno. Estaba ahí, dejó de estarlo y nunca volvió. Tras unos días de paz y quietud, apareció el que está ahora y se puso a lo suyo.

—¿Y Ellie?

—La primera vez que pasamos juntas por donde estaba el nuevo predicador, sonrió.

—Mucha gente sonrió. Todos odiaban al viejo. Decía que las mujeres están condenadas porque sangramos y cargamos con el pecado original. Una vez persiguió a Luz y Keiko, amenazándolas con su cartel, hasta que se fueron de la plaza, porque se habían atrevido a cogerse de la mano en público.

—Cierto.

Pero eso es diferente porque el contexto es algo que existe e importa, y ambas lo saben.

—¿Estás diciendo que Ellie...? —No termina la idea. Una cosa es tocar el tema de puntillas y otra decirlo de manera directa y en voz alta. Hay muchas cosas que es mejor dar por entendidas sin nombrarlas.

Hafsah se vuelve a encoger de hombros.

—La verdad, intento no pensar mucho en eso. Sé que es capaz. Yo... Es mi amiga. No quiero saber si es algo más que eso. No quiero tener esa seguridad.

Rebecca se muerde un labio y observa a la chica al otro lado de la mesa.

—¿Crees que yo soy capaz?

—Como dije, creo que todos somos capaces.

—Y no se lo dijiste a nadie. —Se acerca a su amiga, cargando casi todo su peso en la mesa más que en la silla—. ¿Por qué no?

—Hasta donde sé, Ellie no ha hecho nada. Hasta que sí lo haga... Tener la capacidad de hacer algo no significa que lo hayas hecho. Seguro que te han hablado al respecto en tu carrera de Criminología.

Sí, pero le cuesta trabajo superar una de las capas de lo que está diciendo Hafsah. «Hasta que» estalle, «cuando» lo haga..., no «si». Como si fuera la conclusión esperada que un día su amiga y compañera sin duda se convierta en una asesina, si no lo es ya. Piensa en todas las entrevistas que ha leído, los documentales que ha visto para sus clases, donde alguien hace una matanza o se descubre que es un asesino en serie desde hace décadas, y todos sus amigos y familia, todos sus vecinos y compañeros del trabajo,

aparecen con gesto triste, negando con la cabeza, confundidos y sorprendidos. Siempre dicen «no lo sabíamos». «Ni siquiera lo sospechábamos.» Rebecca tiene que admitir que antes de mantener esa conversación con Hafsah no se habría atrevido a decir eso sobre Ellie sin reírse.

—Pero sigues siendo su amiga —comenta al fin, intentando encajar todas esas piezas afiladas en su cabeza.

—No hay pruebas.

—No, esto no se trata de pruebas, se trata de amistad. —Levanta un dedo para acallar las protestas de Hafsah—. Estás al menos un cincuenta por ciento segura de que mató al predicador, de otro modo no lo habrías usado como ejemplo. —Mira a su alrededor, observando las mesas más cercanas. Nadie parece estarles prestando atención, pero de todos modos baja la voz—. Llevas tres meses casi segura de que mató a un tipo, pero sigues siendo su amiga. No solo la toleras. No te alejas de ella, no le tienes miedo, no se lo has dicho a nadie. La estás protegiendo. ¿Por qué?

—Es posible que solo lo haya amenazado, ¿sabes? Lo asustó tanto que se fue.

Rebecca se incorpora y deja las manos sobre el regazo, moviendo los pulgares con gesto preocupado.

—Puede ser —reconoce—, pero no lo crees.

Hafsah recoge despacio toda la basura para ponerla en una bandeja y amontona perfectamente las otras debajo de esa. En vez de discutir contra esa señal tan clara, Rebecca va a rellenar las botellas. Cuando se van, con sus botellas metálicas meciéndose sobre los muslos y los vasos de papel sudando entre sus manos hasta que las gotas les caen en la ropa, ya es de noche. Salen a la humedad nocturna y se alejan de las luces y el ruido del restaurante.

Cuando al fin están las dos solas en un punto entre dos farolas, Hafsah se detiene y se vuelve hacia Rebecca, con casi todo el rostro escondido por las sombras.

—Porque me sentí más segura cuando el hombre desapareció. Así fue. El nuevo también está loco, pero está tan centrado en el sexo y la masturbación que no parece importarle si una mujer usa hiyab o no. Es una molestia, pero no una amenaza.

—Hafsah...

—¿Cómo puedo condenar a Ellie por hacer algo terrible, o por quizá haber hecho algo terrible, si estoy tan agradecida por los resultados?

9

Rebecca piensa que hay ciertas cosas que invariablemente llevan a una conversación a su fin con un profundo silencio. El recuerdo de una persona fallecida, por ejemplo, o la confesión de un evento traumático. Preguntarle al resto de los miembros de un equipo si ya tiene su parte del trabajo terminada.

Descubrir que una de tus amigas podría ser una asesina.

O, más precisamente, descubrir que tu compañera de estudio cree que una de tus amigas podría ser una asesina.

Ninguna de las dos intenta hablar mientras caminan de vuelta a la residencia, apretando el paso de modo automático en las partes oscuras, donde las farolas no iluminan. Frente a ellas, una lucecita que le llega a la cintura a Rebecca se aproxima con un movimiento tan firme que no puede ser una linterna manual, y está demasiado baja como para ser la luz de un casco.

—¿Una bicicleta? —murmura.

Hafsah baja la velocidad para detenerse en un espacio bien iluminado.

—Tal vez. No suena como algo motorizado.

Rebecca se lleva una mano a la espalda y coge el mango de su paraguas con la mano libre. Unos segundos después, las tiras reflectantes de la bicicleta, el casco y la ropa de la persona en la bicicleta sueltan destellos mientras se acercan. Pasa casi un minuto antes de que el ciclista entre en la zona iluminada por la farola de la calle y se vuelva reconocible.

—Oficial Kevin —exclama Rebecca. Le alegra que no se las haya encontrado un rato antes, cuando la conversación estaba en la sección de cosas que no hay que decir cerca de la policía.

El oficial no frena, solo deja de pedalear, esperando a que la velocidad se reduzca lo suficiente para poder plantar los pies en el suelo.

—Te llamabas Becky, ¿verdad?

—Rebecca.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien después de lo de anoche?

—Estoy bien —dice ella—. Un poco nerviosa, pero no fue la primera vez... y es probable que no sea la última.

—Es lamentable.

Asiente junto con Hafsah, que está mucho más cerca de ella que antes de que apareciera el ciclista. Al darse cuenta de eso, Rebecca nota también que no hay nadie más a la redonda, y un escalofrío le recorre la espalda. Tal vez están condicionadas por la sociedad y sus propias experiencias; hay un miedo inherente a estar solas con cualquier hombre al que no conocen bien.

El oficial Kevin es un tipo alto y flacucho que va vestido con el uniforme de camisa azul oscuro de manga corta y pantalones cortos de la policía del campus. Unas tiras reflectantes corren por los costados de sus pantalones y por el pecho de su camisa. Un par de centímetros de sus pantalones de ciclista negros se asoman bajo los del uniforme, dando paso a unas piernas largas y bronceadas que desembocan en sus zapatillas negras desgastadas. Rebecca observa por un momento el calzado y concluye que debe de ser difícil ir en bicicleta con botas. Ella lo ha hecho más de una vez con tacones enormes, pero de las mujeres suele esperarse que hagan más cosas ridículas en nombre de la moda que los hombres. La placa e identificación del oficial brillan sobre el bolsillo del pecho y, por encima de ellas, la luz roja de su cámara parpadea.

—¿Te ha molestado hoy? —le pregunta a Rebecca.

—No. Anoche fue la primera vez en mi vida que lo vi, y dudo que vuelva a verlo.

—Y ¿adónde van, señoritas?

Rebecca y Hafsah se miran.

—Creo que nos vamos a descansar —dice Rebecca tras pensarlo un poco más de lo debido, haciéndolo evidente. Espera que parezca un gesto elegante en vez de evasivo. Hasta este otoño, ni siquiera le

había dicho al inspector Corby dónde vivía, y no lo hizo hasta que tuvo que aceptar que la llevara a casa durante una tormenta al salir del centro de cuidados tras su visita a Kacey. Llevaban más de un año conociéndose antes de que ella le permitiera saber en qué edificio estaba su dormitorio.

—¿Alguna de las dos lleva linterna?

—Tenemos linterna en nuestros móviles.

—No iluminan mucho —comenta él, con el ceño fruncido—. Si vivís en el campus, puedo acompañaros hasta vuestro edificio.

—Nos sentimos bastante seguras aquí —responde Hafsah con naturalidad—. Solo hemos tenido problemas en los bares.

—De todos modos, dos chicas bonitas no están a salvo andando solas a estas horas de la noche. No solo por los chicos, los caimanes también podrían veros como un buen festín.

Rebecca aprieta el puño alrededor del paraguas y el mango de plástico rechina, un sonido escandaloso para una zona tan silenciosa del campus. Mientras suelta cada dedo, se obliga a deshacerse del orgullo. Algunos hombres no pueden evitar ser paternalistas.

—Gracias por la oferta, pero estamos bien. Vamos juntas.

—¿Sabéis dónde están las cabinas para hacer llamadas de emergencia? ¿Por si necesitáis ayuda?

—Sí, señor.

—¿Y si veis un caimán?

—Echamos a correr —responden a coro.

—En zigzag —agrega él, y si se siente ridículo al decirlo, no se nota—. Los caimanes son rápidos, más de lo que creéis, y trepar a algo no os va a ayudar. Son más rápidos que vosotras, así que sed más listas.

—Sí, señor —dice Rebecca—. La universidad nos ha estado enviando correos al respecto.

—De acuerdo. —El policía se cruza de brazos, con una mano dando golpecitos sobre las costillas y la otra sosteniéndose el codo. Rebecca no puede evitar notar que ese gesto bloquea la cámara que trae en su uniforme—. A cuidarse, señoritas.

—Sí, señor. Que pase una buena noche. —Las dos se quedan quietas, mirándolo, y pueden ver con claridad el momento en que él

se da cuenta de que están esperando a que se vaya primero. Con una sonrisa, se lleva dos dedos al casco en una especie de saludo militar, patea el suelo y se va pedaleando.

—¿Siempre es así de insistente? —susurra Rebecca.

—Es el oficial Kevin.

—¿Y... esa es una respuesta?

—No todos los policías son como el inspector Corby, Rebecca.

Rebecca creció rodeada de policías; varios tíos y primos por el lado de su madre trabajan en la oficina del *sheriff* y más tíos, un par de tías y aún más primos están en la policía de su ciudad, y todas las reuniones familiares están llenas de amigos y colegas que discuten, casi todos de buena gana, qué cuerpo de seguridad es el mejor, hasta que terminan metiéndose con los pocos parientes que se fueron con los federales. Su tío Mattes siempre le ha dicho que nunca confíe con los ojos cerrados en un uniforme y una placa, que las chicas guapas siempre tendrán que ser un poco más cuidadosas, aun con quienes se supone que deberían protegerlas.

Pero se da cuenta de que, hasta ahora, esa recomendación nunca se ha transformado en miedo. No como, de manera clara y comprensible, le ocurre a Hafsah.

—Vámonos a casa —dice, sin soltar el paraguas.

No sabe bien en qué momento ha comenzado a sentirlo, ese cosquilleo por la columna que podría ser el inicio de una erupción por el calor, pero que siente más pesado. Puede que un par de minutos antes. Se coloca detrás de Rebecca mientras se apresuran para llegar a la siguiente farola y nota una lucecita que se refleja en la señal de stop de la esquina. Al dar media vuelta, ve la bicicleta y a su conductor acercándose a la misma velocidad que ellas, manteniendo la distancia.

—¿Oficial Kevin? —pregunta Hafsah en voz baja.

—Sí.

Las chicas están tan próximas la una de la otra que Rebecca siente cómo Hafsah toma aire y luego lo suelta lentamente. Se paran bajo una farola. La bicicleta se detiene y poco después oyen un jadeo y ven al oficial Kevin caminando junto a su bicicleta hacia la luz. Su expresión es entre tímida y desafiante.

—Es que no es seguro —dice sin más, con una sonrisa amigable que les suplica que lo entiendan.

Hafsah mira primero a Rebecca y luego al oficial con una sonrisa tensa pero agradable.

—Vivimos en Thomas —comenta—. No está nada lejos.

Rebecca parpadea confundida.

—Entonces no será problema para mí acompañaros hasta allá.

Como no tienen más opción, las chicas se lo agradecen entre dientes. Rebecca se asegura de ir entre Hafsah y el oficial Kevin.

—Y ¿qué estáis estudiando, señoritas? ¿Becky?

—Rebecca —lo corrige ella por inercia.

—Parece que vas para..., déjame adivinar. ¿Maestra?

Rebecca apenas puede controlar el impulso de hacer un gesto de fastidio. Si no fuera consciente de la tensión que emana su compañera, lo habría hecho.

—Estudio Criminología y Periodismo. —Y él ya debería saber algo de eso, si es que está enterado de que fue alumna del inspector Corby.

—Vaya, o sea que vas a ser una de esas personas que escriben artículos contra la policía.

Como no le gusta su tono, Rebecca repasa todas las respuestas posibles.

—Ya soy una de esas personas que felicitan a la policía por hacer bien su trabajo y que la señalan cuando las cosas se hacen mal o con malicia. Tengo mucha familia en la policía y no se imagina lo que los respeto, pero eso no significa que no haya margen para mejorar en el sistema.

No parece convencido, pero a Rebecca tampoco es que le importe. Pasó dos veranos como voluntaria en la recepción y en los archivos tanto de la policía de Gainesville como de la oficina del *sheriff* del condado de Alachua, y hasta la felicitaron el jefe de la policía y el mismísimo *sheriff* . Está segura de lo que hace y de lo que quiere hacer.

—¿Y tú? —pregunta, estirando el cuello para ver a Hafsah—. Creo que no te has presentado.

—Bueno, yo estoy en Ciencias de la Tierra —responde Hafsah con alegría.

Rebecca pone cara pensativa. Su tono alegre parece exagerado, sin duda para distraer al oficial.

—Es increíble, ¿sabe? —continúa con tono cantarín—. ¿Sabía que el monte Etna entró en erupción el año pasado y hasta hoy aún no se ha detenido? No ha sido ninguna catástrofe ni ha destruido nada, solo una especie de... Ay, ¿cómo se llama?... ¡Cuando hay un chorrito constante de lava y un año después sigue fluyendo! Resulta increíble pensar en cuántas culturas y civilizaciones han cambiado o incluso han sido borradas del mapa por completo por los volcanes. Conocemos el caso de Pompeya, claro, y luego está la erupción en Santorini, que provocó el colapso de la civilización minoica en Creta, y algunas personas creen que el tsunami que presuntamente destruyó la Atlántida fue causado por el terremoto que se generó tras una erupción. ¡Piense en todas las culturas cuyas ruinas encontraríamos si pudiéramos excavar entre las piedras de lava!

Rebecca tiene que morderse el labio para no reír al escuchar a su amiga parloteando. Mira de reojo al oficial Kevin, que parece tan confundido como sorprendido. Todas las que viven en el estudio tienen la capacidad de hablar largo y tendido sobre sus campos de interés, pero nadie puede convertirlo en un arma como lo hace Hafsah.

Las luces son cada vez más frecuentes y la iluminación se intensifica conforme se acercan a la residencia, igual que el ruido de los coches que pasan por la avenida de la universidad. Hafsah se detiene en una de las puertas de Thomas Hall, suelta una risa y estira una mano hacia Rebecca.

—Si te aguanto la bebida, podrías sacarme la cartera.

Rebecca le entrega el vaso sudado y abre con obediencia el bolsillo frontal de la mochila de su amiga, donde se encuentra con dos carteras. Qué raro.

—¿Has cogido dos carteras por error? —pregunta tras un momento.

—Uy —dice Hafsah como si nada—. Es la rosa.

Rebecca saca la cartera de color rosa claro con un logo de un caimán cosido a la tela y se acerca a la puerta antes de sacar el carné de estudiante. Pasa la tarjeta, oye cómo la puerta se abre y la empuja para que Hafsah entre.

—Gracias, oficial Kevin. Hemos llegado sanas y salvas. —Rebecca sostiene la puerta hasta que Hafsah está dentro y luego la suelta y sigue a su amiga hasta que el oficial les desea buenas noches.

Acto seguido, mira el carné que lleva en la mano.

—¿Quién diablos es Yasmin al-Nasir y por qué tienes su cartera?

Hafsah le intercambia la cartera por la bebida y guarda la tarjeta en su lugar.

—Yasmin está en algunas de mis clases, y ayer se la olvidó en una mesa de la biblioteca cuando terminamos de estudiar. Como salió el fin de semana, le dije que se la guardaría.

—¿Y por qué estamos en Thomas? —pregunta, enarcando una ceja—. ¿O es que nos han echado de Sledd mientras estaba en la biblioteca?

—Rebecca, soy joven, mujer, negra y musulmana, ¿en qué mundo podría sentirme cómoda al estar prácticamente a solas con un policía en plena noche? —Niega con la cabeza y se guarda la cartera rosa en la mochila—. Thomas era lo más cercano.

—Y el oficial Kevin es insoportable, ¿no?

—También eso.

Saludan al hombre en la recepción, que está tras el mostrador bebiendo un refresco; no parece importarle que haya unas desconocidas en el edificio. Las chicas se van hacia la puerta que hay al final del vestíbulo y cruzan la breve distancia que las separa de la puerta lateral, que lleva a Sledd. Rebecca está segura de que podría escupir semillas de sandía más lejos que eso. Y si ella no puede, Gemma seguro que sí.

Cuando llegan a su piso, Susanna y Delia están en su habitación, jugando a algo de coches en la consola de Delia, lo que les ha provocado un ataque de risa. Rebecca va al baño, moja un trapo y se limpia la piel hirviendo para quitarse la capa pegajosa que se le queda al vivir en Florida. Luz está al otro lado del estudio, con una sola luz encendida mientras lee algo de clase, con la mejilla apoyada

en un puño y un rotulador fluorescente dando vueltas despacio en la otra mano. Le sonríe a Rebecca y se lleva un dedo a los labios.

—Keiko está dormida —susurra.

—Apenas son las nueve de la noche.

—Ha sido una semana muy larga.

Rebecca asiente y mira hacia la otra puerta.

—¿Y Ellie?

Luz se encoge de hombros.

—No la he visto desde el almuerzo. Pero no está ahí. Lo he comprobado porque se me ha hecho raro no oír sus quejas cuando Keiko se ha puesto a llorar.

—Eso también se debe al fin del estrés, ¿verdad?

—Sí. Te prometo que no ha habido ninguna tragedia. No sé dónde está Ellie. No nos ha mandado ningún mensaje.

—Con tal de que no me vuelvan a llamar de la comisaría...

Luz se ríe con discreción y se quedan charlando un rato más antes de que Rebecca la deje para que siga con su lectura.

Al volver a su habitación, se sienta en el borde de su cama. Hafsah está en la suya, con el hiyab sobre el regazo, frotándose suavemente un trapo en la cabeza. Rebecca piensa un poco en lo que va a decir y luego se muerde el labio.

—Ellie no está.

—No sabemos nada, Rebecca.

—¿Y eso basta?

Hafsah lanza el trapo hacia donde está su bolsa de ropa sucia y cae haciendo un sonido casi audible; una esquina queda fuera de la bolsa de malla.

—Tiene que bastar. Por ahora. Es nuestra amiga.

—¿Y Santos?

Hafsah se queda inmóvil durante un momento y es evidente que le cuesta trabajo volver a relajarse. Aun cuando lo logra, Rebecca sigue notando su tensión.

—No sabemos nada —repite al fin.

No basta.

Rebecca sabe hasta dónde puede soportar. Le ha llevado mucho tiempo, una terapeuta muy paciente y una Gemma no tan paciente,

para superar las capas de culpa por la agresión a Daphne y entender qué cosas era razonable achacarse y cuáles necesitaba dejar ir. Repitió muchos de esos aprendizajes cuando Kerry, la supervisora de la tercera planta, las despertó en septiembre para decirles que Kacey estaba en el hospital.

Si algo le pasa a Santos, que ellas podrían haber evitado, ¿podrá Hafsah vivir con tal carga? ¿Y Rebecca?

Se toca los moratones con forma de dedos en el pecho y siente cómo sus músculos siguen tensos por la fuerza con la que él la agarró. Veinticuatro horas atrás, la respuesta habría estado mucho más clara.

10

Es difícil reírse cuando el coche va derrapando por el aparcamiento, a punto de perder el control. Forrest está demasiado borracho para conducir, pero cuando su primo Nathan lo ha retado a una carrera, ha insistido en que debía conducir él, y lo he dejado. Nathan está igual de borracho y nos sigue a varios metros por detrás. Su pequeño Pontiac no funciona tan bien en el aparcamiento maltrecho como el fuerte Corolla de Forrest.

Pero me obligo a reír porque Forrest estalla en carcajadas cuando un giro final hace que nos detengamos al lado de un muro, con el coche mirando al resto del aparcamiento. Es increíble lo poco que se necesita, tan solo una sonrisa y un comentario pícaro, para que los chicos estén dispuestos a ir en mitad de la nada con una desconocida. Me acerco a él, con una mano en la parte de arriba de su muslo, pero está muy ocupado asomándose por la ventana como para notarlo.

—¡Conduces como abuelita! —grita Forrest.

Tras aparcar en perpendicular al capó del Corolla, Nathan hace un gesto de enojo y apaga el motor.

—¡Eres un puto tramposo!

—¡Mis padres se casaron antes que los tuyos!

Nathan se pone colorado.

Drama familiar.

Los chicos se bajan del coche para pelearse. Yo me tomo mi tiempo, asegurándome de que no queden cabellos en el asiento ni en el cinturón de seguridad, de que mis zapatos no hayan dejado marcas en la alfombra. Forrest no tiene el coche lo bastante limpio como para que pueda sacudir el asiento, pero no veo nada. Me reviso las suelas para ver si llevo algo pegado: migas de Cheetos o

marihuana, a juzgar por el resto del coche, pero las bolsas de plástico que cubren el suelo han sido una buena barrera. Me ajusto los guantes y contengo las ganas de tocarme el cabello, que llevo cubierto con uno de esos gorros de fieltro que intentan tener un estilo entre *vintage* y divertido, pero terminan siendo feos a la par que horribles. Un montón de clips y pasadores se encargan del resto del trabajo, sosteniendo los mechones rebeldes dentro del gorro y evitando que se enreden en el respaldo, el cinturón y las rendijas del aire acondicionado.

Lo de los guantes es más fácil. Habla del miedo a quemarse con el metal y el vinilo, que llevan todo el día cociéndose bajo el sol de Florida, y nadie te juzga por llevar guantes de ciclista para protegerte los dedos y palmas. Es práctico, aunque casi nadie lo haga. Y si evita que dejes huellas, pues qué mejor, ¿no?

Antes de cerrar la puerta saco las llaves de la ranura de arranque y las lanzo al aire con la mano un par de veces para sopesarlas. Para el montón de porquerías que lleva en el llavero, son sorprendentemente ligeras. Tomo una de las docenas de etiquetas que cuelgan y la doblo para ver qué es.

Vaya, una entrada para un concierto plastificada. Reviso el resto y veo que son más entradas de conciertos, películas, festivales de música, clubes e incluso un par de *ballet* . Eso es..., es algo...

Por Dios, no puedo creer que lo esté pensando, pero la verdad es que es algo dulce.

Los chicos ya van por la fase de los empujones. Forrest se sigue riendo, pero Nathan parece enfadado de verdad; es evidente que a ambos ya se les ha olvidado que hay una chica a la que querían impresionar. Hicieron lo mismo en la fiesta en el aparcamiento, en un club y también en otra fiesta. Los han criado como hermanos más que como primos, y por eso se pelean más como hermanos que como primos. Lo cual, por suerte, es tan útil como molesto.

Me arreglo la falda y me siento en la parte trasera del coche, del lado del conductor para poder verlos mejor.

—Chicos —digo con voz risueña—. ¿No os estáis olvidando de alguien?

Ambos me miran, sorprendidos. Idiotas.

En serio, me impresiona que hayamos llegado hasta aquí enteros, teniendo en cuenta lo borrachos que están.

Forrest se acerca a mí, menos interesado en la pelea y el conflicto que comparten. Siento sus manos calientes y sudorosas sobre la cadera, pese a la falda y los pantalones cortos de ciclista.

—Oye, nena, ¿no vas a darle una recompensa al *campa* ..., al *campón* ... al que ha ganado?

—Alto ahí. Esto solo ha sido la mitad de la competición —le recuerdo, sacudiendo las llaves junto a su oreja—. Acuérdate de que la vuelta también es parte de la carrera.

—Venga —suelta él con tono burlón—, todo el mundo sabe que Nathan no es bueno ni para conducir, ni para darle placer a una chica.

Casi me impresiona que haya logrado decirlo con tanta claridad. Nathan se acerca corriendo y me arranca las llaves de la mano.

Se tambalea un poco al retroceder, pero luego recupera el equilibrio y lanza las llaves hacia el muro. Las llaves caen en el agua que hay al otro lado, que tiene un olor fétido. Es lo que yo tenía planeado hacer, solo que yo no pensaba que fuera el resultado de un ataque de ira. Mi plan era gritar «¡una víbora!» y sacudir los brazos en el aire para lanzar las llaves conveniente y «accidentalmente» en el proceso.

Pero esto también está bien. Funciona.

Forrest me suelta de inmediato y se gira hacia su primo, con los puños apretados a los costados.

—¡Nathan! ¿A qué viene eso, gilipollas?

—¡Has hecho trampa! —suelta el otro—. Me has dejado acorralado detrás de esos viejos lentos, y no lo niegues. ¡He visto cómo reducías la velocidad para que quedara atrapado!

—¡Eso solo lo he podido hacer porque ya estaba delante de ti!

—¡Pero no ha sido una carrera justa!

—¿Cómo diablos vamos a volver a casa, imbécil? —pregunta Forrest—. ¡No cabemos todos en esa mierda tuya!

Nathan gira sobre sus talones para contemplar su Pontiac con gesto confundido, hasta que se da cuenta de que quizá sí que ha sido una mala idea. La luz del aparcamiento más cercana está a

varios metros, pero su reflejo contra la pared basta para dejarnos ver la desazón en su rostro.

—Bueno, vale —dice tras pensarlo un poco—. Vayamos al otro lado del muro a recuperar tus llaves. Por cierto, ¿dónde estamos?

—En una especie de granja —les informo, intentando sonar indiferente—. El camino está bien, y al final hay ese sitio lo bastante grande para aparcar.

Forrest se para junto al muro y levanta la cabeza para ver hasta dónde llega. Debe de medir unos tres metros; no es demasiado alto, pero sí que se requiere algo de esfuerzo para cruzarlo.

O trabajo en equipo.

—Ven para acá —le dice a su primo—. Vamos a tener que hacerlo los dos.

—¿No prefieres dejarme tus llaves, cielo? —le pregunto a Nathan —. Lo último que necesitamos es que se te caigan mientras escalas y que tengamos que buscarlas también.

—Sí, gracias, es buena idea. —Nathan se saca las llaves del bolsillo y me las lanza. Al igual que las de su primo, llevan un montón de papeles plastificados en el llavero. Pero resulta que los suyos son versos de la Biblia en los que han escrito «en la cama» sobre el plástico tras cada frase. ¿Ahora se usan frases de la Biblia para las galletas de la fortuna? Qué locura.

Me cuelgo el llavero de un dedo para que no se me caiga y observo a los chicos discutir sobre cuál de ellos debe trepar primero y por qué. Intento no reírme ante sus argumentos cruzados. Ambos defienden lo mismo y no parecen darse cuenta. Yo me burlo de los dos de forma imparcial. Al fin, Forrest logra convencer a su primo de que, como Nathan ha sido el que ha lanzado las llaves, él debería ser el que se esforzase más. No contento con eso, Nathan se pone contra la pared para que su primo pueda trepar hasta sus hombros y agarrarse al borde del muro.

La pared no es lo suficientemente ancha como para sentarse encima con comodidad, lo cual significa que también es difícil instalarse encima para ayudar a subir a alguien. Forrest logra subir a Nathan, pero ambos pierden el equilibrio y se caen de espaldas al

otro lado entre golpes secos, gemidos y unos cuantos insultos mutuos.

Tengo que morderme la lengua para no soltar una carcajada. Claro, estaba bastante segura de que las cosas me saldrían bien esta noche, pero esto es ideal.

Los chicos maldicen un poco más al ver la siguiente barrera, pero si mal no recuerdo de mis visitas anteriores, esa tapia no debe de llegarles más arriba de la cintura. Inclino la cabeza para escuchar mejor cómo la saltan y luego sueltan un grito al sentir cómo sus pies se resbalan en las algas que cubren ese suelo que está mucho más inclinado de lo que esperaban. Caen en el agua entre salpicones y malas palabras.

Un rugido bajo va llenando el aire, seguido de más movimiento en el agua y, después, gritos. Es la primera vez que los oigo en dueto.

Me gusta. Uno de los gritos es más agudo, pero firme, casi musical entre el terror y el dolor. El otro es un poco más profundo, pero más rítmico, interrumpido por jadeos. Debajo de ambos, por supuesto, se oye el coro de caimanes molestos. Los chillidos se detienen antes que el sonido de los animales, aunque logro escuchar cómo uno de los chicos sigue llorando durante un par de minutos más. Y luego también cesa.

Reviso el llavero de Nathan hasta que encuentro la llave de su coche y voy hacia el pequeño Pontiac. Ay, Dios mío, si no tuviera ya planeado bañarme por el sudor, me habrían obligado esta peste a hierba y a humo del vapeo aromatizado. ¿Cómo podía respirar aquí dentro?

Bueno, al menos ya no volverá a tener este problema.

Salgo del aparcamiento y paso junto al letrero que reza GRANJA DE CAIMANES OLE SUWANNEE Y'ALL Y TIENDA DE CEBO . El camino para volver a la ciudad y el campus es bastante sencillo y no me cruzo con ninguna patrulla. Además, como no estoy conduciendo con exceso de velocidad y obedezco todas las normas de circulación, si me ven policías de paisano, nada en mí les llamará la atención.

Aparco en la plaza de Nathan, reviso un par de veces que no haya dejado nada en el coche, lo cierro con llave y me dirijo hacia el

edificio. Murphree Hall es hermoso, con su ladrillo rojo y molduras blancas. Al pasar junto al lugar, suelto las llaves en el césped, en el límite con la acera, de modo que los plásticos de colores que enmarcan las frases quedan sobre el cemento. No creo que nadie las vea esta noche a menos que se tropiece con ellas por casualidad, pero no pasa nada. Nathan suele perder sus cosas cuando anda borracho. No es poco común que los residentes de Murphree encuentren sus llaves y se las devuelvan.

Suerte que no es así de fácil con todos; sería horrible que el aburrimiento me hiciese tener algún descuido.

11

—Oye, despierta. ¡Ven a ver esto!

—Ven al salón, ¡no te lo puedes perder!

—¡Despierta, despierta! ¡Tienes que verlo!

Rebecca se incorpora en su cama, retirándose los rizos enredados de la cara, y mira con modorra hacia la puerta cerrada, detrás de la cual hay unos tres metros de espacio abierto y luego otra puerta cerrada, con lo que debería impedir que oyera los toques en la puerta del pasillo y a los estudiantes llamando alegremente a lo que parecen ser todas las puertas del lugar.

No sabe cuántas chicas hay en ese piso, además de las que viven en su estudio y un par de conocidas con las que se encuentra en la lavandería, pero ninguna le ha dado la impresión de ser el tipo de persona que despierta al resto para gastar una broma. Uno de los chicos del segundo piso lo hizo al inicio del semestre. Encendió la alarma contra incendios a las tres de la madrugada y provocó que tuvieran que evacuar a todo el mundo, pero lo arrestaron y fue expulsado de la residencia con amabilidad. No parece tratarse del mismo caso.

Rebecca se quita las sábanas de encima, bosteza y se levanta para ir a la cama de Hafsah y sacudirla por el hombro.

—Despierta. Algo está pasando.

Hafsah abre los ojos y la mira molesta.

—¿Qué pasa? —pregunta entre dientes.

—No lo sé. Creo que quieren que vayamos al salón. —Coge la bata amarilla de su amiga, que cuelga en un perchero, y se la pasa—. Deprisa. No me hagas ir sola, por si es otra charla sobre seguridad.

Hafsah sigue mascullando algo, pero se incorpora y coge la bata.

—¿Chicos?

—Quizá. Nunca se sabe quién puede pasar la noche aquí o venir de otro piso.

Hafsah se pone uno de los gorros de algodón que suele usar bajo su hiyab, se ajusta la bata y se pone la capucha sobre el gorro. Cuando está cubierta, abren la puerta y casi se tropieza con Susanna y Delia, que siguen en pijama. Susanna parece preocupantemente desvelada, quizá porque se ha pasado toda la noche en vela tomando Red Bull. Ninguna de las dos parece tener más información que Rebecca, así que las cuatro van hacia el pasillo para unirse al desfile de zombis adormilados que avanza hacia el salón, al otro lado del edificio. La habitación cuenta con sofás y televisores, y está junto a la cocina, que pocos saben usar y todavía menos cómo limpiar. Tal vez se hizo para favorecer la camaradería entre quienes viven en ese piso, pero prácticamente solo se usa durante las olimpiadas, las noches de elecciones y cuando un robo de bragas exige una venganza creativa, o al menos poder quejarse en grupo.

Ahora está llena de estudiantes confundidas, muchas en pijama, pero unas cuantas ya vestidas para las clases de las ocho o aún en toalla porque acaban de salir de la ducha. Los tres televisores están sintonizados en el mismo canal, que muestra las noticias locales de la mañana. Cuando la imagen pasa de los presentadores a una reportera en el lugar de los hechos, un pequeño grupo de estudiantes de Periodismo vitorea; Anike Moss fue alumna del grado y se graduó hará un par de años, así que muchas de las presentes la conocen.

—Mierda —exclama Rebecca, mirando la televisión con los ojos desorbitados—. Es una granja de caimanes.

Un estallido de voces la rodea al pronunciar la palabra *caimanes* . La mayoría parece haber establecido la misma relación que ella, aunque una pobre chica con marcado acento de Boston pregunta que para qué «cosechan caimanes». En una de las primeras clases de Periodismo de Rebecca, el profesor que estaba dando su primer semestre de la asignatura decidió que deberían visitar la granja de caimanes para que los estudiantes vieran cómo se hacían reportajes locales. Aun después de la monserga que supuso conseguir transporte y ponerse de acuerdo con el resto de las clases, el viaje

fue un desastre que empeoró cuando tres numerosos grupos de chicos de dieciocho años que estaban descubriendo la independencia y la rebelión contra la autoridad llegaron a la extraña granja turística. Algunos estudiantes aún tienen prohibida la entrada en ese lugar.

El profesor quedó vetado de por vida por haberlos llevado.

—Ha sido una mañana poco común para los dueños de la granja de caimanes Ole Suwannee Y'all —anuncia Anike, que parece estar cómoda detrás del micrófono. La parte de la mente de Rebecca que tal vez está sobreentrenada por una clase que odia nota que sus ojos se posan directamente en el objetivo de la cámara en vez de en el operador, como suelen hacer los reporteros novatos—. Cuando han llegado, hace poco más de dos horas, se han encontrado un coche desconocido en el aparcamiento. Pese a sus intentos por evitarlo, la granja de caimanes tiene un amplio historial de intrusos temerarios; al principio no había razones para pensar que se trataba de algo más, pero el vehículo estaba vacío, sin rastros de su ocupante. Ha sido entonces cuando Mike Wallace, el fundador y copropietario de la granja, ha encontrado señales de que alguien podría haber saltado el muro de protección.

La reportera va hacia la entrada principal de la granja, que es un edificio bajo con una tienda de regalos, un pequeño museo, taquilla y tienda de cebos, cada lugar con su letrero con caricaturas malogradas. Los policías van y vienen por el fondo de la imagen, y varios de ellos se detienen a hablar con una pareja mayor. El hombre está pálido y rodea con un brazo a su esposa por los hombros, mientras que con la otra mano gesticula nervioso. El rostro de la mujer está hundido en el pecho de él y se puede ver que tiene los dedos sobre la mejilla, como si se estuviera cubriendo la boca. Rebecca siente pena por ellos. Le queda claro que se han encontrado con algo terrible, y ella conoce bien esta sensación.

—La granja de caimanes es una atracción turística y educativa —continúa Anike—, y la mayoría de sus caimanes han nacido y crecido aquí mismo, en la granja. Aunque no se puede considerar como manso a ningún caimán, nunca ha habido ningún incidente en Ole Suwannee Y'all. Pero, dado el reciente aumento de muertes y

ataques de caimanes, los Wallace han llamado a la oficina del *sheriff* del condado de Alachua antes de entrar para encontrarse con una escena verdaderamente aterradora. Aunque no se han revelado sus identidades, la policía cree que al menos dos personas fueron atacadas anoche. También señalan que harán el comunicado oficial cuando... —Aquí, a Anike le tiembla un poco la voz y parece que podría vomitar, pero recupera la compostura tan rápido que muchos quizá ni lo han notado—. Cuando logren localizar y recuperar todas las partes de los cuerpos del estanque principal de los caimanes.

El salón se llena de voces desesperadas a las que obligan a callar quienes están más lejos de los televisores. Rebecca piensa en Harrison Mayne, en lo mucho que tardaron en encontrar su cabeza en el lago Alice. ¿Qué ha debido de ver Anike? Las pantallas se dividen en dos, en una mitad se ve a los presentadores con expresiones profesionalmente preocupadas y en la otra se pasa de Anike a algunas tomas del lugar, incluyendo una en la que aparecen los policías examinando un muro detrás de un Toyota Corolla azul marino. El coche lleva en el morro una placa personalizada en la que se lee ATRÁPAME SI PUEDES , rodeada de una pesada cadena que hace las veces de marco, con unos cuernos de diablo.

—¡Mierda, es el coche de Forrest! —grita una de las once chicas apiñadas en el sofá de tres plazas.

Es imposible saber qué se está diciendo en ese aluvión de reacciones, pero ahora toda la atención recae sobre esa chica en vez de en la televisión. Una de las mayores suelta un silbido ensordecedor para que todas se callen.

—¿Estás segura?

—Sí, no tengo ninguna duda de que es su coche —responde la primera chica—. Es de mi ciudad, él y también su primo Nathan. Siempre le decíamos que su placa quedaría mejor como pegatina en el parachoques, y se enfadaba muchísimo.

Sin duda, la decoración lo convierte en un coche muy particular.

—Han dicho que había dos cuerpos —comenta un chico flaco que está en una esquina de la habitación. Rebecca lo mira, pero no sabe

si vive en uno de los pisos de hombres o si ha venido a visitar a alguien.

—Tengo el móvil de Nathan —señala otra estudiante—. Hicimos juntos un proyecto hace unas semanas y no lo he borrado. —Saca su móvil, abre los contactos y se tapa la otra oreja con los dedos para oír mejor—. Me salta el buzón —dice un rato después.

—¿Sabes dónde viven? —pregunta alguien. La chica de la clase de Nathan asiente.

—En Murphree. No sé en qué habitación. Pero recuerdo que viven en Murphree porque Nathan no lo sabe pronunciar bien. Siempre dice Murphy y le molesta que lo corrijan.

—O sea que se enfadaban por todo —comenta Ellie, apareciendo detrás de Rebecca. Es una de las que van en toalla y su pelo gotea sobre la camiseta de Rebecca, quien hace un gesto de asco y la aleja un poco, al menos lo suficiente para que ya no la salpique. No está segura de si Ellie tiene derecho a burlarse de la gente de mecha corta.

Una chica con el cabello teñido de todos los colores del arcoíris en tonos neón y con unas gafas de pasta gigantes levanta la mano.

—Yo vivo en Murphree. Está delante de Fletcher.

—Pues ve a averiguarlo, tonta, y vuelve para contárnoslo —le ordena la que está junto a ella, y le planta un beso antes de sacarla literalmente a empujones al pasillo.

—¿Alguien más los conoce? —pregunta la mayor. Algunas levantan la mano, pero no muchas.

—Ambos son de primero —dice la chica que ha identificado el coche de Forrest—. Llegaron en otoño y estuvieron a punto de ser aceptados, pero...

—¿Pero qué? —pregunta alguien más con tono insistente.

Rebecca sabe lo que viene después de un «pero» como ese. Lo que siempre sigue a un silencio así.

Junto a la primera chica, una morena que está casi doblada por la mitad se incorpora. No deja de abrazarse el pecho y su rostro parece casi gris por el sobresalto.

—Pero me drogaron, me llevaron a su dormitorio y, cuando me defendí, me echaron desnuda de Murphree Hall —explica con voz

temblorosa—. Los policías del campus me encontraron cuando casi me atropellan en Fletcher, pero cuando ya estaba lo suficientemente despejada para pedir algo y convencerlos de que me llevaran al hospital, las drogas ya no iban a salir en la prueba toxicológica.

—¿Presentaste cargos? —pregunta alguien en voz baja. Ella niega con la cabeza.

—Dijeron que no tenía pruebas que los incriminaran, que terminaría pagando abogados sin que lograran nada.

—También le dijeron que no debería intentar arruinarles la vida a unos chicos solo por haberse arrepentido de lo que hizo —añade otra chica con coraje mientras abraza a su amiga—. Dejaron claro que si intentaba levantar cargos contra ellos, se interpondrían, y por eso no hizo una denuncia formal.

—Nathan y Forrest tienen un tío que fue policía aquí —añade la chica de su pueblo—. Tuvo muy buena fama antes de que lo echaran por uso excesivo de la fuerza. Resulta que no está bien aplicarla contra el hijo de un político. Los chicos presumían de que los amigos de su tío los cuidaban.

—¿O sea que solo tuve mala suerte al cruzarme con esos policías en particular? —pregunta la morena.

—Yo diría que tuviste mala suerte toda esa noche —dice Rebecca, y el resto de la habitación está de acuerdo.

—¿Y la fraternidad? —pregunta una de las de último año.

—Su reputación ya es bastante mala. Está en riesgo de ser clausurada. Por eso decidieron no arriesgarse aceptando a cretinos que, sin duda, los iban a meter en más problemas.

—¿Qué estarían haciendo en una granja de caimanes?

—¿Beber? —dice la primera chica, encogiéndose de hombros—. Esos dos siempre competían por las cosas más estúpidas e irrelevantes del mundo. Uno retaba al otro a trepar por un asta, el otro insistía en que lo hicieran desnudos, y el primero proponía que lo hicieran desnudos y cubiertos de purpurina.

Durante unos instantes, un murmullo recorre el lugar. Es un ejemplo extrañamente específico.

Los televisores casi han quedado en el olvido ahora que tienen información de primera mano, y de cualquier modo en las pantallas

ya solo muestran consejos de seguridad y los teléfonos de control de animales. Si alguien aún lo está viendo, seguro que es con la esperanza de ver los cuerpos desmembrados. Rebecca no tiene ningún interés en eso.

La novia de la del cabello de colores mira la pantalla del móvil.

—Shay acaba de encontrar las llaves de Nathan tiradas.

—¿Cómo sabe que son suyas? —pregunta Rebecca.

—Las pierde muy a menudo cuando va borracho, así que la gente de Murphree sabe que son suyas —responde ella con tono desinteresado—. Dice que estaban en la acera que lleva al edificio, y el de la recepción le ha pedido que se quede para hablar con la policía.

—¿Qué? ¿Ya han llegado?

—No. Espera... ¿Por qué el de la recepción piensa que va a ir la policía? Si ni siquiera han identificado los cuerpos.

Ellie se aclara la garganta y, dado que su reputación es un tanto aterradora, todas las demás se quedan en silencio.

—Atención, estudiante de Criminología al habla; la chica acaba de llegar con las llaves y ha dicho que cree que pertenecen a la carnada más reciente de los caimanes. Cualquiera con un poco de cerebro asumiría que los policías van a querer hablar con ella.

Una joven con un tic provocado por la cafeína y un lado de la cara lleno de marcas de rotulador fluorescente mira a su alrededor.

—¿Creéis que los chicos estarán bien? —Cuando todas se giran para verla, ella les devuelve la mirada, desafiante—. No dijeron que estuvieran muertos, ¡solo que no encontraban sus partes! ¡Tal vez se los han llevado al hospital y han vuelto para recoger los miembros que les faltaban!

—Estoy bastante segura de que si siguieran vivos les sería mucho más fácil dar a conocer sus nombres —dice Rebecca al fin, conteniendo una carcajada muy fuera de lugar.

—Ya. Tiene sentido.

Kerry, la supervisora del tercer piso, llega al salón con una taza de café entre las manos, aferrándose a ella como quien se aferra a la vida. Con la otra mano hace una seña para que las chicas guarden silencio.

—No me lo he perdido. Lo he estado viendo mientras me hacía el café —dice, con la voz rasposa por el sueño.

—Te has perdido algunas cosas —señala una chica.

Kerry le da un trago a su taza mientras las demás le dan los detalles que le faltaban. En algunas partes hay demasiadas voces hablando al mismo tiempo como para descifrar lo que dicen, pero ella logra entender lo más importante.

—Voy a llamar a la oficina del coordinador —les comunica—. Estoy segura de que en algún momento del día tendrán información que querrán dar a conocer. Leed los correos. Y no os saltéis los masivos, porque por algo son masivos, y voy a enviaros uno si hay que hacer una reunión.

—¿Kerry? —pregunta la chica del rotulador fluorescente—. ¿Crees que ha sido un accidente?

—Sé literalmente lo mismo que vosotras —responde la supervisora —. ¿Que si es rarísimo? Sí. ¿Que ha habido muchos más cadáveres relacionados con caimanes y ha aumentado la tasa de mortalidad? Sin duda. ¿Que es un accidente? Quién sabe. Evidentemente, deberíamos sentirnos afortunadas de que ese par haya desaparecido del acervo genético, pero dudo que sepamos pronto lo que ha pasado en realidad. Eso sí, quiero que tengáis esto en mente: hoy habrá reporteros, blogueros y toda clase de gente así merodeando por el campus en busca de información. Sea cual sea vuestra teoría personal, recordad que los nombres aún no se han confirmado, ni a modo de conjetura, y podéis hacer sufrir mucho a sus familias con vuestras especulaciones. No os voy a decir que no habléis de esto. No tengo derecho a hacerlo. Pero pensad en lo que sentirían vuestras familias si escucharan en las noticias que la gente cree que estáis muertas. Sea verdad o no, nadie debería enterarse de esa manera. Dejad que la policía sea quien se encargue de informar.

—Sí, Kerry —responden casi todas.

—Una cosa más: no seáis tontas. No os creáis que solo porque sois mujeres los caimanes no os van a comer si cometéis una estupidez. Si alguien necesita repasar los consejos de seguridad, están escritos en los tablones y en la página web. Es obvio que la muerte de cualquiera es una maldita tragedia, pero tengo muy claro

que no quiero que la próxima víctima sea ninguna de vosotras, joder. Id con cuidado. No seáis estúpidas.

Algunas chicas parecen tan sorprendidas que Rebecca se pregunta si en serio nunca habían considerado que los caimanes no escogen a sus víctimas basándose en el género. La chica de Boston, en especial, parece estar al borde de un ataque de pánico.

Ellie suelta un resoplido burlón.

—Violadores, imbéciles y más violadores e imbéciles —dice, a un volumen no tan bajo—. Al parecer, los caimanes nos están haciendo un favor.

Varias chicas asienten, aunque con distintos grados de entusiasmo, y nadie ve la necesidad de responder a eso.

Rebecca le lanza una mirada a la morena, que sigue entre los brazos de sus amigas. No parece que le hayan hecho ningún favor.

12

Hacia el mediodía se envía un correo masivo con la confirmación de que se han encontrado unos carnés de estudiante en el lugar, pero que la identidad de las víctimas aún no se dará a conocer. Entre clase y clase —e incluso durante ellas, cuando hay algunos osados, o bien los profesores ya se han rendido en sus intentos por mantener a los alumnos concentrados— solo se habla de Forrest y Nathan Cooper. Rebecca escucha más historias como las de la chica asustada de esta mañana. No son exactamente iguales, pero constituyen un indicador de que la conducta de los chicos no fue un hecho aislado debido a la semana de reclutamiento de la fraternidad.

Piensa en el inspector Corby y las coincidencias extrañas, y se pregunta qué pensará él sobre las nuevas muertes. ¿Cuántas personas están de acuerdo con las palabras de despedida de Ellie?

Todos en el comedor están hablando del tema, y a falta de información oficial, los rumores están desatados. En lugar de quedarse a escuchar especulaciones cada vez más locas, Rebecca guarda su almuerzo en la fiambrera que lleva en su mochila, deja su bandeja con los platos donde corresponde y se va hacia donde puede que haya un ambiente más caluroso y húmedo, pero al menos habrá el espacio suficiente para que las conversaciones no la aplasten. Está llevándose el primer bocado a la boca cuando suena su teléfono.

Con un quejido, deja tanto la comida como el tenedor para sacar el móvil.

—¿Hafsah?

—El inspector Corby acaba de venir al dormitorio —dice su compañera—. Quiere hablar contigo, si puedes.

Le extraña que no le haya mandado un mensaje, ya que tiene su número. A menos que la esté buscando por un asunto de trabajo. Puede que no quiera meter un tema así en una conversación casual. Rebecca observa la fiambrera, que contiene, según parece, un taco de ensalada, aunque tiene tan mal aspecto que entiende por qué la servían donde había menos cola, y se encoge de hombros. Por más hambre que tenga, no vale la pena atragantarse con algo que parece tan poco apetitoso.

—¿Sigue ahí?

—Sí. ¿Quieres que vaya él a buscarte?

—No. Comeré algo de la nevera del cuarto. He gastado mis puntos de comida en algo que creo que llevaba hecho demasiados días.

—Sabes que eso no es cierto.

—Lo sé: en serio, Hafsah, tiene una pinta asquerosa.

—Y entonces ¿por qué lo has elegido? —pregunta su amiga.

—Porque era la única cola en la que nadie estaba hablando del festín de los caimanes.

—Si ha sido por eso, te va a decepcionar el tema del que te viene a hablar el inspector —señala. Aunque ya se lo esperaba, Rebecca siente un ligero pesar. Estúpido enamoramiento. La voz ahogada de un hombre se oye de fondo, y cuando Hafsah vuelve a hablar, lo hace con un tono divertido—. Promete que te dará de comer a cambio de que aceptes escuchar más sobre el tema.

—Acepto —dice ella, con gusto—. Llego en un momento.

Se siente culpable por desperdiciar tanto la comida como sus puntos durante los once segundos que tarda en vaciar la fiambrera en la basura más cercana, y luego pasa página. Tras ponerse la mochila, se va trotando hacia los dormitorios, que están delante del campus.

Y pronto se arrepiente, pero eso le pasa por correr en Florida siendo mediodía y, encima, en abril.

Ve al inspector Corby antes de que pueda saludarlo sin gritar, de pie en la salida de Sledd. Lleva pantalones y un chaleco gris oscuro, con una camisa gris azulado con las mangas remangadas por encima de los codos. Rebecca se toma un momento para disfrutar de la vista antes de guardarse la admiración y el gusto en un rincón lejano

de su mente, de donde espera que no pueda salir durante la conversación para dejarla en ridículo.

Él se ríe al verla, con los ojos escondidos detrás de las gafas de sol.

—¿Por qué estás corriendo? —grita el inspector.

—¡Porque me has prometido comida!

Vuelve a reírse y sale del porche para ir hacia ella.

—¿Qué te parecerían unos sándwiches?

—Estaría bien —responde ella, que al fin deja de correr. Hay un lugar más o menos bueno al otro lado de la avenida, así que no tendrán que ir muy lejos. Y, además, no es exactamente el lugar donde se tendría una cita, así que no le costará tanto mantener a raya su imaginación—. Ah, tendría que haber pasado por el cuarto —dice de pronto—. Todavía tengo tu sudadera.

—No hay prisa —señala él—. Es toda tuya mientras la necesites.

Estúpido. Maldito. Enamoramiento.

—Supongo que te has enterado de lo que todos hablaban esta mañana —dice él tras un rato.

Rebecca asiente.

—Al parecer nadie puede hablar de otra cosa. Parecía que Anike fuera a vomitar en cuanto la cámara se apagara.

—¿Anike?

—La reportera. Nos hizo de tutora a algunos en primero.

—No sabía que era de aquí.

—Pues lo es. Creo que este podría ser su primer gran trabajo periodístico.

—¿Eso es lo que querrías hacer tú algún día? ¿Andar trajeada y con un micrófono?

—¿Frente a la cámara? Para nada. —Niega con la cabeza y se acomoda los rizos para que se le despeguen del cráneo horriblemente sudado. La sola idea de aparecer en la pantalla hace que se le revuelva el estómago—. No, me gustaría que mis palabras salieran al mundo, pero sin que nadie me pudiese reconocer.

—Pero te quedarían muy bien las hombreras.

—Estoy bastante segura de que las hombreras son de la generación de nuestras madres.

Él se queda en silencio tras cruzar el paso de peatones al ver al enorme grupo de personas que está en la acera, y así permanece mientras piden mesa y hasta que encuentran una para dos escondida detrás de la nevera de bebidas. En definitiva, no es un lugar para una cita.

Rebecca observa la mesa y las pilas de cajas que tienen a un lado, y se gira para dirigirse al inspector.

—Si es una conversación delicada, podemos ir a comer al jardín —dice.

—Supongo que sería un poco exagerado. —El inspector se sobresalta un poco cuando la nevera hace un ruido chillón, seguido de una especie de gruñido—. De acuerdo. Nos vamos de pícnic.

Tras cruzar de nuevo la avenida, Rebecca lo lleva hacia uno de los letreros de ladrillo que anuncian el nombre de la universidad. Es lo bastante alto como para hacer sombra a quien se siente en la hierba por la parte de atrás. Tras poner una sudadera en el suelo para proteger su ropa, se ruboriza al darse cuenta de lo cerca que tendrán que sentarse para que los dos puedan acomodarse ahí.

Pero el inspector Corby no parece notarlo, así que Rebecca se sienta junto a él y desenvuelve su sándwich, sin poder dejar de notar el calor del inspector a su lado.

—La otra noche —empieza él—, cuando te conté lo de mi junta: ¿se lo dijiste a alguien?

—¿Qué? ¿Que no crees que sea un accidente? No, a nadie. Pero creo que debo decirte que esta mañana todo el piso ha empezado a hablar de esa posibilidad cuando se han quedado sin comentarios sobre los Cooper.

—Los Coo... —El inspector se atraganta con el sándwich y ella desvía la mirada para darle oportunidad de escupir el pedazo—. ¿Todo el mundo lo sabe?

—¿O sea que sí que son ellos? —Rebecca interpreta su gesto resignado como un sí—. Unas chicas de mi planta los conocen. Una hasta ha reconocido el coche.

—Cuando dices que «los conocen»...

—Sí, una de ellas fue víctima suya.

—Presunta víctima —corrige él por inercia, provocando que ella se incomode. El inspector suspira, se acomoda las gafas en la cabeza y se apoya en el letrero.

—A las seis y algo de la mañana, esa chica le ha contado a toda una planta de casi total desconocidas lo que esos tipos le hicieron —comenta Rebecca en voz baja—. No voy a decir que es presunta, y además durante la mañana han llegado a mis oídos muchas historias más. Pero entiendo por qué tienes que actuar así.

Él choca suavemente el hombro con el suyo.

—¿Por casualidad no sabrás cómo se llama esa chica?

—No, pero los policías del campus deben de tener un informe del incidente. La encontraron drogada y desnuda en Fletcher.

—No arrestaron a los muchachos.

—Ya sabes cómo va esto.

Él asiente y engulle casi la mitad de su sándwich.

—Mi capitán aún no está convencido de que las muertes sean algo más que una coincidencia resultante de la invasión al hábitat, pero el *sheriff* y el comandante de las tropas estatales están más de acuerdo conmigo, así que ya se ha autorizado una investigación.

—¿Y eso me lo puedes contar?

—Se anunciará esta noche, cuando den a conocer los nombres. Cuatro universitarios blancos en tres semanas, todos devorados por los caimanes. No podemos permitirnos no investigarlo como es debido.

Ella asiente, pensando en sus palabras.

—Y quieres saber quién podría estar esperándolo.

—Exacto. ¿No se lo contaste ni a Hafsah ni a Ellie?

Rebecca hace una mueca y niega con la cabeza.

—No creo que ninguna de nosotras quiera que Ellie salga a darles una recompensa a los caimanes.

El inspector suelta una carcajada y casi derrama su bebida cuando la golpea sin querer con la rodilla.

—¿Lo dices en serio?

—¿Te sorprende?

—No creo que odie a todos los hombres.

—A todos —confirma Rebecca—, pero aunque no fuera así..., bueno. Ten en cuenta que esto no es para nada una prueba...

—Entiendo.

—Por todo el campus se cuentan muchas cosas sobre esos chicos. No solo de los Cooper, de todos, hasta de como se llame el del lago Alice. Son esa clase de historias que las mujeres nos contamos en los baños porque no podemos contarlas ante un tribunal. —Rebecca ve cómo cualquier vestigio de diversión se esfuma de la cara del inspector y en su lugar solo queda solemnidad y pesar—. Hay un homenaje frente a uno de los edificios. Del ahogado en el lago Alice, no del de la parada de las putas.

El inspector parece estar a punto de corregirla, pero se contiene, y a ella le divierte verlo así.

—Las cosas que se dicen en el tablón junto a la fotografía son muy interesantes, si es que no lo han cambiado.

—¿Te refieres a la fotografía que dice «violador y pedazo de mierda»?

Rebecca se encoge de hombros y se echa una patata frita a la boca.

—¿Por qué no se les ha contado nada de esto a los policías que están haciendo los informes?

—Porque están haciendo informes, no una investigación —responde ella, mirándolo con un gesto extraño—. Están hablando con los seres queridos y una parte selecta de la comunidad que acaba de recibir una noticia terrible. No están buscando información.

—¿Conocías a alguno de los muchachos?

Rebecca niega con la cabeza.

—No que yo sepa.

—¿Que tú sepas?

—Ya sabes cómo son algunas clases de primero; puede haber más de cien estudiantes metidos en un mismo auditorio. No hay forma de conocer a todos por el nombre.

—Y no vas a decir algo que después se pueda demostrar como falso.

—No sé de dónde saqué esas ideas.

El inspector sonríe y se acaba el sándwich; ella apenas va por la mitad del suyo.

—¿Qué cosas has oído sobre ellos?

Rebecca se toma su tiempo para pensarlo, consciente de que hay una línea que separa a su amigo Corby del inspector Patrick Corby. Por el tono, suena como su amigo, pero es el inspector quien la está escuchando en ese momento. Filtra en la mente las historias que le suenan más a rumor, las cosas que tal vez se distorsionaron al pasar de boca en boca. ¿Qué historias tenían nombres o rostros para respaldarlas, en vez de un «he oído que» o «dice que tenía una amiga que se enteró de que» y otros indicadores de que una historia ya lleva varios grados de divergencia con la persona que la contó originalmente?

Despacio y cuidando algunos detalles, le cuenta las historias que tienen más peso, las que de algún modo se sienten reales. Se pregunta si hay alguna manera de prevenir a la chica de su piso de lo que la espera, pero sabe que no la hay. Lo máximo que puede hacer es llevar a todas al salón para la conferencia de prensa y esperar que la chica una los puntos hasta llegar a sí misma.

El inspector la escucha con atención, tomando algunas notas en el móvil. Cuando Rebecca termina, él las revisa.

—Hasta donde sabes... —dice al fin, y ella suelta un quejido.

—Vas a preguntarme algo que es imposible que sepa.

—¿Crees que hicieron eso de lo que los acusan?

—Tu trabajo sería más fácil si así fuera —señala ella.

—¿Por qué lo dices?

—Cualquier factor adicional que los relacione entre ellos es una clave para dar con el asesino, ¿no es así? ¿O mis profesores llevan tres años tomándome el pelo?

Él niega con la cabeza mientras disimula una sonrisa.

—El problema es lo que tienen en común. Universitarios blancos que han agredido a mujeres. Aunque solo pensemos en la Universidad de Florida, hay más de cincuenta mil estudiantes; ¿cuántos crees que encajan en esa descripción?

—Demasiados.

—Míralos, qué gusto —dice una voz, y ambos levantan la vista para encontrarse con Ellie, que se acerca hacia ellos—. Había empezado a creer que el inspector Corby se estaba convirtiendo en vampiro.

—Si ninguna de las dos puede llamarme Patrick, ¿podríais al menos probar con Corby a secas? —pregunta, con un tono lastimero que contrasta con su sonrisa.

—No estoy interrumpiendo una cita, ¿o sí?

Rebecca considera la posibilidad de darle una patada en cuanto se acerque lo suficiente, pero concluye que esa falta de sutileza solo probaría lo que dice, en vez de refutarlo.

—Estamos hablando de las noticias de esta mañana —dice, pues le parece que es una reacción lo bastante neutral.

Ellie resopla burlona y se sienta en el césped cerca de los pies de Rebecca.

—Esos imbéciles dejaron un rastro de sangre, lágrimas y semen a su paso, pero ahora que se cree que son los que han encontrado en la granja, de pronto la gente solo habla maravillas de ellos.

—A nadie le gusta hablar mal de los muertos.

—Mentira —señala Ellie—. A todo el mundo le gusta hablar mal de los muertos, solo que eso no lo hacen en público.

—A ti no parece importarte —dice el inspector Corby.

Ellie le muestra los dientes en un gesto que, con ganas, podría considerarse como una sonrisa. El inspector Corby parece ser uno de los pocos hombres que le agradan, o al menos uno de los que no detesta en su totalidad. De esos seres casi míticos que llamamos hombres buenos.

—Hablo según lo que merezca la persona. Si en vida eran unas mierdas inútiles y destructivas, así voy a hablar de ellos cuando se mueran.

—Con gran tacto y delicadeza.

—Por favor. No sois ni sus amigos ni sus familiares, ¿qué importa cómo hable de ellos con vosotros?

Rebecca piensa que el inspector tiene muy buenas razones para que le importe cómo se habla de los muertos, pero no puede señalarlo.

—¿No deberías estar durmiendo en clase en este momento? —le pregunta a Ellie.

—Se ha cancelado. Supongo que el profesor no tiene ganas de lidiar con alumnos exaltados. Además, ¿tú qué dices, si te has saltado una clase para tener una cita con el policía guapo?

Rebecca lucha por no ruborizarse y evita mirar al hombre junto a ella.

—Hoy solo teníamos que entregar trabajos —indica—. Y yo ya he entregado el mío esta mañana porque ya estaba en el edificio.

—Lameculos.

—Se llama eficiencia.

—Y bueno, ¿la policía tiene algo interesante sobre los primos Cooper? —pregunta Ellie, dando un golpecito a los zapatos bien relucientes del inspector con las Dr. Martens rosa de Rebecca que, en definitiva, no tendría que llevar puestas.

—Aún no se han dado a conocer los nombres de los últimos fallecidos —responde él, con diplomacia.

—Unas almas en pena de Row están escribiendo en un panel los nombres de todos los que han muerto recientemente. ¿Creéis que sería de mal gusto ir por la noche a pintar un enorme caimán con la boca abierta?

—Sí —responden ambos.

Rebecca suspira. Aún no sabe bien qué pensar sobre Ellie la Asesina en Potencia. Como dice Hafsah, no hay pruebas, y tal vez es suficiente razón para meter la cabeza en un agujero e intentar no pensar más en ello. Pero... aun sin considerar al predicador desaparecido, Rebecca debe reconocer que si fuera una inspectora de policía que investigara las muertes recientes, como..., ¡ah, sí!, el hombre que está junto a ella, sin duda tendría a Ellie en el punto de mira. No porque haya pruebas, ni siquiera indicios, hasta donde sabe, sino porque casi todo lo que sale de la boca de Ellie hace imposible no sospechar que ha cometido toda clase de pecados.

Sin saber por dónde van los atormentados pensamientos de Rebecca, Ellie solo se encoge de hombros.

—Lo van a poner junto al muro permanente, lo cual me parece un poco prematuro. —El muro de hormigón de la calle Treinta y cuatro

que llevan décadas pintando, y solo hay un panel que se considere sacrosanto: el que conmemora a los cinco estudiantes asesinados en agosto de 1990. Mientras que el resto del muro lo pintan constantemente, entre publicidad, proposiciones de matrimonio, felicitaciones de cumpleaños y graduaciones, ese panel se conserva en honor a la memoria de los estudiantes caídos.

Rebecca no había pensado en el muro.

—¿Prematuro?

—Claro. O sea, ¿van a dejar espacio? ¿O solo lo volverán a pintar para empezar de nuevo cuando aparezcan muertos más violadores?

El inspector Corby se inclina hacia un lado para guardarse el móvil en el bolsillo, pero no logra disimular del todo la mirada que le lanza a la pelirroja.

Rebecca se llena de angustia.

13

Pese a las muchas invitaciones de Ellie para que saliera con ella y las demás, Rebecca se ha quedado en la habitación, y ahora está cómodamente frente a su escritorio con bocadillos y un refresco en la mano. Una parte de ella está de acuerdo con que quedarse a hacer deberes un viernes por la noche puede ser patético, pero sabe que se acerca el final de semestre y, con él, un huracán de entregas, así que prefiere estudiar en paz para los exámenes finales sin tener que estresarse cuando deba terminar el resto de los trabajos.

Sonríe y coge el móvil para enviarle un mensaje a su padre.

Tenías razón. Nací vieja.

Responde tras un momento.

Siempre lo he sabido. Ahora lo agradezco. Es más complicado que los cocodrilos se metan en los dormitorios a que se coman a los estudiantes borrachos que andan por ahí.

Son caimanes, papá.

Creía que eso solo era la mascota.

No, el animal también. Tenemos caimanes.

¿Y tanto apetito tienen? Si parecen chihuahuas al lado de los cocodrilos.

Papá.

Uy, perdón, no vayas a soltar tus lágrimas de cocodrilo.

PAPÁ.

Le llega otro mensaje, pero esta vez de su madre.

Quiero saber qué le has dicho que le ha hecho reír tanto.

No es cosa mía. Le gustan demasiado sus propios chistes.

Ay, no.

Habla con sus padres durante un rato más mientras ojea los artículos que debería estar analizando para una de sus clases de

Periodismo. Se lleva bien con sus padres, pero se ponen nerviosos si les llama más de una o dos veces por semana porque piensan que ya quiere volver a casa o que no está sacándole provecho a su libertad para pasárselo bien. Aun así, últimamente, con lo mucho que se habla de los ataques de caimanes en las noticias, además de, por supuesto, lo de Santos, no les molesta para nada que hable con ellos a diario. Hola, sigo viva, ¿y vosotros?

Durante los últimos cuatro días, desde el anuncio de la investigación el lunes por la noche, uno de sus tíos policías que cubre el turno nocturno le ha escrito cada mañana a las 6.37 el mensaje de «¡Recuerda moverte en zigzag!». El humor esconde su preocupación general. Varios primos se han quejado de que las charlas en la mesa siempre tratan de cocodrilos. Casi siempre es reconfortante saber que su familia se preocupa tanto por ella.

Y luego está Gemma, quien ha cogido la costumbre de mandarle por correo electrónico fotos de botas, bolsas y maletas de piel de caimán, y además le ha enviado un par de aros de dientes de caimán que Rebecca de inmediato ha enterrado en su joyero antes de que Ellie pudiera verlos. Casi siempre Gemma es reconfortante.

El análisis de artículos es un proyecto semanal, lo cual significa que tiene que ocupar menos de mil palabras. Cuando lo termina, revisa una tarea que debe entregar la próxima semana para la clase de Leyes y Ética en Redes Sociales para introducir algunos cambios finales, y hace un borrador de su trabajo para la clase de Métodos de Investigación en Criminología. Las páginas están llenas de notas, revisiones y cambios que ha ido añadiendo desde el primer semestre, y le encantaría empezar a escribirlo para avanzar, pero está segura de que lo que hagan la próxima semana en clase va a tener un impacto importante en la dirección de su trabajo.

Lo cual le parece una crueldad por parte del profesor, pero ¿quién es ella para juzgar?

Deja el trabajo de Victimología para el domingo. El profesor se ha ido a dar una conferencia fuera de la ciudad y su asistente les ha dejado una tarea de pésimo gusto. Rebecca está bastante segura de que solo ha sido una de las muchas personas que le han escrito al profesor para quejarse. La investigación de las muertes por

caimanes se acaba de abrir; es muy inapropiado pedir a los alumnos que hagan perfiles de sus compañeros, los que acaban de morir, para predecir quiénes están en riesgo. Le queda la esperanza de que el profesor envíe un mensaje cancelando o cambiando la tarea antes de que ella tenga que elegir entre su nota y sus principios.

Dadas las circunstancias, está casi convencida de que sus padres entenderían que aceptase un cero. El esfuerzo significa más que las notas, pero defender tus ideales también es importante.

Le iría bien poder trabajar durante sus noches de insomnio, pero además de no querer molestar a Hafsah, Susanna y Delia, suele sentirse demasiado inquieta como para sentarse a estudiar. Salir a caminar o montar en bici no siempre le aclaran la cabeza, pero al menos la ayudan a relajar el cuerpo.

Desde el escritorio oye a Hafsah mascullando algo de vez en cuando. No sabe con quién está discutiendo. Conociéndola, puede tratarse de un libro o alguien en uno de sus foros de discusión. Hafsah tiene tanta paciencia con los idiotas como Ellie. Pero, a diferencia de Ellie, ella lo sabe gestionar mejor, pone buena cara y explica con detalle por qué la otra persona está equivocada.

Cuando vuelve a su escritorio tras haber ido al baño, Rebecca se asoma para ver qué está haciendo Hafsah. Suelta un lamento al ver la pantalla del portátil y apoya la frente en el hombro de su amiga.

—¿Por qué estás leyendo los comentarios de un artículo sobre el cambio climático?

—¡Porque no tienen razón!

—¡Nunca la tienen! ¡Son comentarios anónimos en internet!

—¡Pero están discutiendo con personas que la tienen!

Rebecca se ríe al no poder hacer más y abraza a su compañera meciéndose de un lado a otro, haciendo que la silla del escritorio se deslice con sus movimientos.

—Ay, Dios, Hafsah. Nunca cambies. O sea, sí, cambia, por favor, porque te va a dar un infarto. Pero nunca cambies.

—Estamos matando al mundo y hay gente que cree de verdad que se trata de una conspiración.

—Hay gente que cree de verdad que la Tierra es plana. Siempre habrá idiotas en el mundo, y discutir con ellos no los va a convencer

de nada.

—Ni siquiera he publicado nada —aclara Hafsah con un suspiro—. Solo discuto.

—¿O sea que te estás haciendo mala sangre sin tener siquiera la posibilidad de ganar?

—Algo así. —Hafsah se apoya en Rebecca y se frota los ojos. Se quedan así durante un par de minutos, en un cómodo silencio. Es impactante pensar que amistades como la suya se crearon en una decisión al azar de la base de datos de nuevos alumnos del coordinador de los dormitorios—. ¿Qué hora es? —pregunta Hafsah al fin.

—Casi la una.

—Necesito comida.

—¿*Bagel* de pizza?

—Dios te bendiga.

Mientras Rebecca va al minibar, Hafsah se estira y se sacude. Aunque saben que probablemente se quedarán despiertas un par de horas más, Rebecca sirve dos tazas de leche en vez de refrescos. No necesitan cafeína tan tarde. Además, con suerte la leche les controlará los ardores provocados por la salsa de tomate barata. Al oír el pitido del microondas saca los minibagels y se quema los dedos al repartirlos en dos platos de plástico con dibujitos que compraron en el pasillo de fiestas de un bazar.

Hafsah acepta su plato con una sonrisa y de inmediato lo deja a un lado para que se enfríe, mirando a Rebecca con gesto acusador. Ella le responde con una sonrisa y se chupa la yema del dedo corazón, sabiendo que eso no la hará sentir mejor, pero no sabe qué más puede hacer.

—¿Las otras no han dado señales de vida para nada? —pregunta Hafsah.

Rebecca mira el móvil para asegurarse.

—No desde las diez. Se han ido del bar para ir a Eight Seconds.

—¿No es ese el bar de *country* ? ¿Con baile en línea y todo eso?

—Sí.

—¿Por qué diablos han ido ahí?

—Porque Ellie ha crecido con ese tipo de bailes y siente nostalgia.

—¿En serio?

—Tiene fotografías. Incluso ha ganado concursos, Hafsah. —Rebecca se ríe y mueve los *bagel* en su plato, pero aún no intenta probarlo—. La pequeña Ellie, con el cabello recogido en dos coletas con tirabuzones, botas y un sombrero de vaquera rojos, camisa de cuadros amarilla y falda vaquera, con sus medallas y trofeos en mano. Es adorable.

Hafsah parece conmovida aunque no quiera.

—Me cuesta trabajo creer que te haya enseñado esas fotos por voluntad propia.

—No lo hizo. —Palpa uno de sus *bagel* para ver si ya está frío y suelta un quejido cuando el queso le quema el dedo—. ¿Te acuerdas del año pasado, cuando intentó robarme el vestido verde porque se había quedado prendada de él y decidió que le quedaba mejor a ella que a mí y que eso era razón suficiente?

—No creo que vaya a tener nunca la suerte de olvidarlo. Y probablemente nadie en este piso.

—Cuando se lo mandó a su madre por correo para que yo no se lo pudiera quitar, escribí a su madre. Ella me lo envió de vuelta, junto con varias fotos adorables y algunas vergonzosas para usarlas como arma o como venganza, lo que me conviniera más. —Claro que la madre de Ellie también mencionó que su hija dejó de participar en las competiciones cuando empezó a desarrollarse. O más bien, cuando uno de los jueces empezó a frecuentar el área donde las chicas se cambiaban y Ellie quedó descalificada por premiarlo con una patada en las pelotas.

Al parecer hasta la adorable versión con coletas de Ellie era muy Ellie.

—Baile en línea —dice Hafsah, negando con la cabeza.

—Oye, el baile en línea es divertido. En la escuela nos ponían a hacerlo en Educación Física.

—Claro, pero tú encajas. Yo no suelo ser la favorita de esa clase de personas.

—Cierto. —Rebecca toca otro *bagel* .

—Deja de hacer eso. Te los podrás comer cuando dejen de echar humo.

—¡Es que tengo hambre!

—Basta.

Un poco después, al fin pueden comer sin quemarse los dedos. Hafsah cambia su portátil por un libro para dejar de maldecir a desconocidos de internet. Rebecca saca sus notas del artículo que uno de los de último curso le pidió que escribiera para su blog de crimen. Tiene una buena cantidad de lectores, y ya le ha pedido otros textos a Rebecca que, por lo general, le han generado algunas propuestas remuneradas por parte de algunos medios pequeños que los leyeron.

Hacia las 2.30 suena el móvil y un número desconocido aparece en pantalla. Rebecca lo observa, pensando.

¿Podría ser un número de la universidad? Es eso, o las chicas se han separado y alguien ha tenido que pedir prestado un teléfono otra vez. Acepta la llamada.

—Rebecca Sorley.

—Estás despierta. Genial —dice una voz conocida—. Soy Kerry. Estoy en la recepción.

—Ay, Dios —gime Rebecca—. ¿Otra vez van demasiado borrachas para subir la escalera? Maldita sea. Ahora bajo.

—No es sobre las chicas —dice Kerry de inmediato—. O quizá sí. No lo sé. Pero ¿estás en el dormitorio?

—Sí, estoy arriba. ¿Qué pasa, Kerry?

—Vístete y baja. Aquí hay un par de policías que dicen que necesitan hablar contigo.

Rebecca se queda petrificada y su corazón late exageradamente fuerte. Entre el golpeteo que rebota en sus oídos, oye la voz de Hafsah preguntándole si pasa algo.

Ay, Dios, la última vez que Kerry las despertó por la policía fue porque Kacey...

Traga saliva.

—Son las dos y media de la madrugada —dice al fin.

—Lo sé. Lo siento.

O sea que, se trate de lo que se trate, es algo importante.

—Ahora bajo.

14

Rebecca observa sus cómodos pantalones cortos de algodón y la camiseta de manga larga de cuando trabajaba haciendo los anuarios del instituto y decide que puede salir así. El miedo le eriza la piel. ¿Y si le ha pasado algo a alguna de las chicas? ¿Y si Ellie ha terminado en comisaría otra vez? ¿Y si es algo peor? Kerry no le ha dicho que la acompañara nadie; la policía debe de haber preguntado por ella en concreto. ¿Por qué?

—¿Qué pasa, Rebecca?

—No lo sé. Unos policías están abajo y quieren hablar conmigo.

En vez de hacer más preguntas, Hafsah asiente y se levanta del escritorio.

—Bajo en cuanto me vista —dice.

—Gracias.

Casi se olvida de sus llaves por la prisa de salir hacia la escalera, donde baja los peldaños de dos en dos y hasta de tres en tres. Cuando llega a la planta baja ve a Kerry detrás del mostrador de recepción, con los brazos cruzados y mirando con el ceño fruncido a los policías uniformados que tiene delante. Rebecca ve que son del Departamento de Policía de Gainesville, los mismos que fueron a hacerle preguntas sobre Kacey.

A unos metros del par uniformado, una versión exhausta del inspector Corby anda de un lado a otro entre la recepción y los buzones. Levanta la vista de golpe al oír los pasos acelerados de Rebecca y alza una mano.

—Las chicas están bien. No venimos por ellas —dice de inmediato.

Rebecca se detiene al instante y se apoya con las manos en las rodillas intentando recuperar el aliento mientras la noticia la llena de alivio.

—De acuerdo —logra decir al fin. El miedo no se le ha ido del todo, pero al menos ya no lo siente tan profundo—. De acuerdo. ¿Qué pasa?

—Deberíamos sentarnos.

Su tono es amable, casi acogedor, pero la expresión y la mirada le dicen a Rebecca que está frente al Corby inspector, no con su amigo. Esto le causa un poco de pesar; sea lo que sea, sospecha que le vendría bien un amigo en este momento. Rebecca asiente, le da las gracias a Kerry por llamarla, por preocuparse por ella, y va hacia los sofás azules que hay cerca de las máquinas expendedoras. Quizá sí que debería haberse tomado el tiempo de ponerse pantalones, pues ahora tiene que mantener las rodillas juntas mientras se sienta en una esquina, al lado del brazo del sofá.

El inspector Corby se sienta en el sofá de al lado, y la mujer policía se acomoda junto a él. El otro policía se queda de pie al final del sofá, y desplaza la mirada entre ellos y la puerta. El inspector saca una fotografía impresa de su bolsillo y se la muestra a Rebecca.

—Queremos hacerte unas preguntas sobre él.

Ella lo mira. Parece una foto de Facebook. Es un joven sin camisa, con cabello rubio alborotado y un vaso rojo en cada mano. Rebecca niega con la cabeza, confundida.

—No estoy segura... Espera. —Coge la foto, la deja sobre el apoyabrazos y presiona los lados de la cabeza del chico con los pulgares para cambiar la forma de su cabello. Si se lo imagina peinado hacia atrás como Draco Malfoy..., se le hace un nudo en el estómago.

—Es Santos, ¿verdad? —Casi dice Santos el Imbécil, pero no lo hace.

Corby asiente.

—Santos Pennington-Cabot III.

—¿Santos es su nombre, no su apellido? —Rebecca se tapa la boca con la mano, apenada, pero ve cómo los labios de la policía esconden una sonrisa.

La mandíbula de Corby se mueve con discreción, un gesto que Rebecca reconoce bien de cuando él quiere sonreír, pero sabe que

no debe hacerlo. Es algo que vio muchas veces cuando él les daba clases.

—Lo hemos encontrado muerto esta noche.

—Ay, Dios. —Ella mira la foto, impactada, observa al chico que le dejó moratones en el pecho, el que hizo que otro lugar más entrara en su lista de sitios donde se siente insegura—. Ha sido... ¿Ha sido otro ataque de caimán?

—No.

Y ahora sabe por qué le están haciendo preguntas en plena madrugada. Mira una vez más la foto y luego la devuelve con manos temblorosas. No se siente mal por no haberlo reconocido, había poca luz fuera del bar, y además su rostro estaba completamente distorsionado por la rabia.

—¿Qué necesitan saber? —pregunta en voz baja y con el corazón acelerado.

—Ten en cuenta —dice la policía— que estas son solo unas preguntas. No estás bajo arresto. Puedes negarte a responder e incluso a dirigirnos la palabra, y puedes llamar a un abogado, si así lo quieres.

Si llamara a sus tías, podrían recomendarle a alguien que estuviese cerca. Quizá incluso a alguien a quien no le molestase que lo buscaran a esas horas. Pero niega con la cabeza.

—Así está bien.

Corby ha dicho que lo han encontrado esta misma noche, pero ¿lo acababan de matar? Con las prisas se ha dejado el móvil en el escritorio, pero tiene la imperiosa necesidad de mandarle un mensaje a Ellie para ver dónde está. Por favor, por favor, que haya estado peleándose en público, en algún lugar muy muy lejos de donde han encontrado el cuerpo.

—Bien. Si en cualquier momento cambias de opinión, avísanos.

Rebecca asiente. Ha estudiado cómo funcionan estas cosas, ha oído las historias de sus tíos y primos, pero es la primera vez que lo vive, y no se esperaba el golpe de la adrenalina, la sensación de que cada uno de sus nervios está sobrecargado de energía.

Corby saca el móvil, abre las notas y se inclina hacia delante, colocando las manos entre las rodillas.

—¿Nos podrías decir dónde has estado esta noche?

—Arriba.

—¿Desde cuándo?

Ella y Ellie se encontraron con Luz y Keiko en el comedor para cenar más o menos temprano. En el camino de vuelta desde Sledd, Ellie empezó a insistir para que salieran por la noche.

—Creo que hemos vuelto un poco después de las seis. No sé a qué hora exactamente.

—¿Y después?

—Casi todas las chicas del estudio se han arreglado para salir. Hafsah y yo hemos decidido quedarnos.

—¿Hafsah?

—Mi compañera. Hemos estado haciendo deberes toda la noche.

—¿Habéis estado juntas todo el rato?

—Salvo cuando teníamos que ir al baño, sí, pero queda justo fuera del estudio —responde—. Así que tardamos un par de minutos cada vez. —Nota que aún le tiemblan las manos, por lo que las esconde entre los muslos y el asiento. Se pregunta cómo murió. Es poco probable que haya sido un accidente de coche porque no estarían hablando con ella.

—Entonces ¿no ha habido ningún momento en el que os separarais durante más de un par de minutos?

—No hasta ahora, que Kerry me ha dicho que bajara. —Quien, por cierto, lo está observando todo con gesto atento y protector desde su escritorio, con Hafsah a su lado, como un apoyo silencioso pero visible. Rebecca se siente mejor por tenerlas ahí. El solo hecho de verlas ya la reconforta; no está sola.

La agente, cuyo nombre Rebecca no logra leer en su placa, pues el hombro de Corby la tapa, se reclina en el sofá, quedando en una postura abierta y acogedora. Rebecca piensa que lo hace para generar confianza e intenta no reírse porque sabe que la situación no es para nada graciosa, y querría que su cerebro dejara de verlo como un ejercicio de la universidad.

—Sé que el inspector tiene más datos sobre Santos, pero ¿podrías hablarme tú de él? No entiendo de dónde os conocéis.

Rebecca piensa que es un truco bastante inteligente, y no puede evitar sentir admiración por la mujer. Animar a alguien que está a la defensiva, o quizá obligarlo a aceptar un grado de cercanía que no existe. Como sea, es una buena manera de coger a alguien desprevenido. Rebecca niega con la cabeza un poco.

—Hasta donde sé, solamente lo he visto una vez, fuera del Tom and Tabby la semana pasada. —¿En serio ha pasado solo una semana?

—¿Nos puedes hablar de ese encuentro?

—Mis amigas estaban dentro —dice—. Salí a tomar el aire y un chico se me acercó, se ofendió al ver que no me interesaban sus halagos y me manoseó. —Por reflejo, se toca el lugar donde estaban los moratones. Ya han desaparecido, pero ahora que habla de lo que pasó casi puede sentirlos de nuevo—. Le di una patada para que me soltara y me desgarró el vestido hasta la cintura. Fue entonces cuando llegaron el inspector Corby y el oficial Kevin del Departamento de Policía de la Universidad.

—Y sobre lo de las patadas...

—Fue solo una vez —confirma, y le lanza una mirada al otro policía —. Entre las piernas.

El oficial hace un gesto de dolor y la mujer sonríe.

—Eso funciona bien.

—Admito que no tanto como yo hubiera querido. El detective y el oficial fueron los que lograron que me soltara.

—¿Habías estado bebiendo?

—No.

—¿De verdad? —insiste la policía.

—No bebo cuando salgo.

Tras pensarlo un momento, les cuenta aquella vez que la drogaron durante el bachillerato y cómo ahora revisa hasta sus bebidas sin alcohol en bares y clubes. También les cuenta lo de Daphne. Si Rebecca bebe, lo hará con personas en las que confía y con botellas sin estrenar y que evidentemente no hayan sido adulteradas. Corby tensa los dedos con los que sostiene el teléfono, pero sigue tomando notas.

—¿Qué pasó después?

—El oficial Kevin se alejó un par de metros con el chico y el inspector Corby se quedó conmigo mientras llamaba a mis amigas. Salieron. El inspector nos ofreció llevarnos de vuelta al dormitorio por lo de..., pues por cómo estaba mi vestido, y ninguna traía jersey ni nada que pudiera prestarme. Él nos trajo hasta aquí y el oficial Kevin se quedó con Santos.

—¿Cuándo supiste cómo se llamaba?

—El inspector lo dijo al ver su licencia. —No menciona que todas se burlaron de eso. No es un detalle necesario, y mucho menos útil.

—¿Y luego?

—Volvimos al dormitorio. Algunas de las chicas todavía tenían ganas de salir, pero yo solo quería bañarme y quedarme en casa, así que decidieron quedarse ellas también.

—¿No pusiste ninguna denuncia?

No puede responderle a esa mujer como lo hace con el inspector Corby, alguien a quien conoce lo suficiente como para hacer comentarios listillos. Incluso honestos.

—No hubiera servido de nada. Fuera de un par de moratones y el vestido rasgado, no hubo suficientes daños para que me tomaran en serio. Simplemente no hubiera servido de nada.

—Y ¿lo volviste a ver después de eso?

—No que yo sepa.

—¿Que tú sepas?

Pese a todo, Rebecca puede ver cómo Corby se lleva una mano a la boca para disimular su sonrisa, y eso la anima un poco.

—Hay muchos estudiantes, y quizá no lo hubiera reconocido con facilidad. Es posible que nos hayamos cruzado durante la semana, pero la verdad es que no podría asegurarlo.

—¿Nada de llamadas? ¿Ni mensajes, ni correos electrónicos? ¿Nada?

Rebecca niega con la cabeza y tensa los dedos de los pies mientras piensa que ojalá se hubiera puesto calcetines.

—No. No sé cómo podría saber mi nombre, y mucho menos mi número de teléfono o mi correo.

—Las otras chicas de tu estudio —continúa la oficial—, ¿son las que estaban contigo esa noche?

—Casi todas —responde Rebecca—. Hafsah no salió esa noche, pero las otras sí que estaban ahí.

—¿Y dónde están ahora?

—¿En la calle? —Se encoge de hombros—. Perdón, no sé dónde están. Dijeron que quizá irían a un bar, y hacia las diez me han mandado un mensaje para decirme que se iban a Eight Seconds, pero no he sabido más de ellas. —Lo cual, si lo piensa, es un poco raro, porque casi todo ha cerrado hace más de media hora. Ya deberían haber vuelto, a menos que se hayan ido con alguien.

—¿Alguna de ellas se enfadó por lo sucedido?

—Somos chicas —señala Rebecca, con tono neutral—. Todas nos enfadamos. Todas tuvimos miedo. Casi siempre estamos así, ¿sabe?

El policía la mira de soslayo, pero su compañera solo asiente. Quién sabe si es porque la entiende o porque está queriendo generar camaradería con Rebecca.

—¿Alguna ha mencionado algo sobre querer buscar a Santos?

Rebecca hace un gesto de dolor al sentir cómo sus uñas se le clavan en el muslo, y es obvio que todos se dan cuenta de ello. Sabe que tienen que hacerle esa pregunta, es normal y es parte de su trabajo. También sabe que algo puede resultar profundamente inocente, pero aun así verse muy pero que muy mal. Toma aire y lo suelta despacio.

—El vestido que llevaba esa noche... —dice al fin, con cuidado, luchando para que no parezca que está construyendo su historia—. Era de mi amiga Ellie. Vive al otro lado del estudio. Tenemos la misma complexión, así que siempre nos prestamos la ropa, y ella insistió en que me lo pusiera. El vestido que terminó destrozado era suyo. Esa noche se quedó conmigo y con Hafsah y dijo en tono de broma que le pediría al padre de Santos que le pagara su vestido.

—¿Conoce a su padre?

—No, pero si te llamas Santos... —Se muerde el labio al ver el gesto confundido de los policías—. Es un nombre extravagante, como de rico. Tal vez su padre podría pagar sin problema el vestido roto.

—¿Ella o alguna de las otras volvió a mencionarlo?

—Da la casualidad de que sí. Hafsah y yo hablamos un poco al respecto, y las otras me siguieron preguntando por ello de vez en cuando, solo para asegurarse de que estuviera bien. Y al día siguiente salió el tema con el oficial Kevin.

—¿Viste al oficial Kevin?

—Hacía guardia en bicicleta por el campus cuando Hafsah y yo volvíamos de cenar fuera. Me preguntó si estaba bien, si el chico me había vuelto a molestar, y luego insistió en acompañarnos hasta nuestro edificio.

Se oye un escándalo fuera de la puerta, fuera del campo de visión de Rebecca, así que mira a Kerry y Hafsah, que están en la ventana que hay junto a la puerta. Ambas suspiran con gesto resignado.

Deben de ser sus compañeras de estudio, y parece que van demasiado borrachas como para lograr abrir la puerta a la primera. Al fin, una lo consigue y entran con torpeza entre risas, insultos y los lloriqueos de Keiko, que sigue padeciendo los efectos del estrés. Ellie se va directa hacia donde da la corriente del aire acondicionado y, ay, no, su vestido.

Hafsah observa a Ellie con gesto intrigado.

—¿Llevabas eso cuando saliste de aquí?

—¡No! —anuncia su amiga pelirroja. Es el vestido de la semana pasada, con la parte delantera sostenida con cinta adhesiva, y definitivamente no ha salido con eso puesto, porque Rebecca la hubiera encerrado en el cuarto hasta que se cambiara de modelito—. Lo llevaba en mi bolsa por si íbamos a Tom and Tabby, para que Santos el Imbécil viera lo que hizo.

El inspector y los policías se dan la vuelta para ver a Ellie, y Rebecca cierra los ojos.

15

Así da comienzo una larga mañana. Los policías hablan con cada una de las chicas. Las cinco que han salido van como una cuba, lo cual dificulta que den respuestas claras. Junto a Hafsah, Rebecca escucha las otras entrevistas y no sabe si solo están confundidas o si en serio se han pasado la noche separándose del grupo en distintas combinaciones.

Al menos Hafsah está tranquila. Piensa en cada pregunta antes de responder y reconoce sin problemas que no estuvo presente aquella noche y que no se enteró de nada hasta que Rebecca volvió. Keiko se pone a llorar, y Luz se mete en la conversación para asegurarles a los oficiales que es su respuesta al estrés y que lo hace siempre. Delia se está quedando dormida y, tras varios codazos de Susanna para que espabile y responda, las dos terminan dándose manotazos en la mesa de centro.

A Rebecca no le sorprende ver al policía alejarse un momento para reírse en privado. Le sorprende más que los otros dos aún no lo hayan hecho.

Y luego le toca a Ellie. Ellie, a quien le dicen que Santos está muerto, lo celebra y luego pide el teléfono de su padre para hablarle sobre lo de su vestido. El vestido que se ha puesto esta noche con la esperanza de encontrarse de nuevo con él. Rebecca quiere creer que Ellie lamentará sus palabras cuando esté sobria.

Pero sabe que casi nunca se arrepiente de nada, esté borracha o no lo esté.

La agente formula la mayoría de las preguntas y Corby solo añade algunas propias unas cuantas veces. Tiene sentido. Después de todo, él las conoce. Es su amigo. Probablemente solo haya venido porque era el único inspector disponible, y se retirará en cuanto

alguien pueda sustituirlo. Para evitar favoritismos, deja que su compañera haga casi todas las preguntas.

De vez en cuando, la puerta se abre y entra otra estudiante. Una de las de último año que vive en el tercer piso ve a los policías y se queda petrificada, con la ropa interior en una mano y una botella de vodka en la otra. Los oficiales miran hacia otro lado para dejar claro que no les interesa; no son policías del campus y, por lo que a ellos concierne, la chica tiene veintiún años. Ella huye corriendo hacia la escalera con la cara colorada.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —pregunta Ellie, con la delantera del vestido caída sobre su cintura. En algún punto de la conversación se ha quitado la cinta para enseñar su estado, y ahora parece estar muy cómoda con toda la copa derecha de su sostén de lunares a la vista.

—Aún no podemos revelar esa información —responde la mujer policía con una sonrisa desganada.

—Bueno. ¿Y cómo ha muerto? Ay, ¿ha sido doloroso? Espero que sí.

—Ellie —masculla Rebecca.

—¿Qué? No me digas que a ti no te provoca curiosidad.

—Claro que sí, pero no puede ser que no te des cuenta de cómo quedas preguntándolo.

Su amiga se echa a reír. Clásico de la Ellie borracha.

Casi a las cinco de la madrugada, los oficiales deciden que es hora de irse y Corby no se opone. Pero volverán en cuanto las chicas hayan superado la resaca. La mujer policía extiende una mano para despedirse de Rebecca, pero antes de que ella se la estreche, la puerta principal se abre para dar paso a una chica en pantalones vaqueros y sujetador que ayuda a caminar a otra que viste un vestido corto. La del vestido, una amiga de Rebecca que va a varias clases de Periodismo con ella, parece asustada, tiene casi todo el maquillaje corrido por las lágrimas y lleva un brazalete de la sala de urgencias del hospital.

Rebecca se levanta de golpe y se apoya en el respaldo del sofá, cerca de la cabeza de Corby.

—¿Estás bien, Jules?

Jules abre la boca para responder, ve a los policías y se echa a llorar.

Su amiga la abraza y se mece suavemente para consolarla. Mira con desconfianza a los oficiales y luego se dirige a Rebecca.

—Ella, eh... Ha tenido una mala noche. Pero ha ido a urgencias por la conmoción, no por, eh... Ha ido por la conmoción.

Rebecca mira los pies descalzos de Jules y su mente cansada intenta conectar las cosas que sabe que están relacionadas. La mirada que les ha lanzado a los policías.

—Has encontrado a Santos. O sea, su cadáver.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —pregunta la mujer policía entre los llantos, que cada vez son más fuertes.

—Porque está conmocionada y no tiene heridas ni está enferma. Y no lleva zapatos.

La policía mira a Corby, quien aparenta más resignación que sorpresa.

—Te fijas en cosas así, ¿eh?

—Tengo un par de tíos inspectores —responde Rebecca—. Siempre hacen juegos de observación con los niños.

—Oh.

Rebecca lo interpreta como un sí, Jules se ha encontrado a Santos. Quiere decir algo, pero aún no sabe qué, cuando ve por el rabillo del ojo que Ellie está a punto de hablar. Se da la vuelta y empuja a Ellie contra los cojines, plantándole una mano en la boca.

—Cállate —ordena.

La respuesta de Ellie no se llega a oír, pero quienes la conocen saben bien lo que ha querido decir.

Rebecca niega con la cabeza, cansada.

—Cállate —repite—. Está conmocionada y tu curiosidad no importa más que su bienestar. Déjala en paz. —Además, joder, los policías están a punto de irse y Ellie parece decidida a obligarlos a que la arresten por puras sospechas.

Ellie protesta. Obviamente. Ellie siempre protesta. Pero Rebecca se sienta encima de ella sin quitarle la mano de la boca hasta que la compañera de Jules logra llevar a su amiga hasta la escalera. Y Rebecca no suelta a Ellie hasta poco después, para estar segura. No

quiere pensar, aún no. Solo quiere que se acabe esta conversación. Keiko está llorando de nuevo, o quizá no ha dejado de llorar en ningún momento, lo cual hace que Luz se sienta en la necesidad de explicar que no solo llora por estrés, sino también por empatía, y que está bien, que no le hagan caso.

Una sombra cubre el rostro de Ellie, y Rebecca levanta la cabeza para ver a Kerry frente a ellas.

—Te acompaño a tu cuarto, Ellie, para que dejes de molestar a gente que no te hace nada.

—Yo no hago nada —masculla Ellie cuando Rebecca le quita la mano de la boca.

Esto logra que Keiko deje de llorar para soltar una carcajada burlona.

Rebecca se apoya en el brazo del sofá para dejar que Kerry se lleve a Ellie. Ambas se quejan y se tambalean hasta que logran mantener el equilibrio.

—¿Podemos pasar por la habitación de Jules? —pregunta Ellie.

—No.

—Qué grosera. —Siguen caminando con torpeza hacia la escalera —. ¿Y si te lo pido por favor?

—Eso estaría bien.

—¿Podemos pasar por la habitación de Jules, por favor?

—Sigo pensando que no.

—Mierda.

Hafsah niega con la cabeza y ayuda a las otras chicas a levantarse. Delia se tambalea hacia la izquierda y Rebecca tiene que correr para sostenerla antes de que se caiga sobre la mesita de centro.

—Gracias —dice Delia con una sonrisa amable—. Ojalá hubieras venido con nosotras. Las cosas se descontrolan menos contigo.

Rebecca la mira.

—Qué miedo, Delia.

—Lo sé.

Hafsah guía a las otras cuatro hacia la escalera.

—Vamos, todas os vais a beber una enorme botella de agua antes de dormir.

—¿Yo puedo tomar zumo de naranja? —pregunta Susanna.

—Si te tomas una botella de agua antes y otra después, sí.

—Es mucha agua.

—Es que has bebido mucho alcohol.

—¡Claro que sí! —grita Susanna alegremente, y se echa a reír entre hipos. Rebecca se toma un momento para agradecer el pragmatismo al Departamento de Policía de Gainesville. Están ahí por lo del asesinato, y por tanto fingen que no se dan cuenta de que ahí hay menores de edad que han bebido, y al menos el inspector lo sabe. Y si eso los hace creer que Ellie solo se está incriminando porque está borracha y confundida, pues mejor para Ellie.

Cuando los ruidos de las otras desaparecen a lo lejos, la mujer policía se dirige a Rebecca.

—No te ha molestado que yo hiciera las preguntas, ¿verdad?

Rebecca niega con la cabeza.

—No hubiera sido apropiado que él se encargara de esto.

—Agradezco tu comprensión.

—Quisiera hacer una pregunta, ¿puedo? —Cuando la policía asiente, Rebecca continúa con cautela—. No voy a pedir detalles, pero Jules no es muy sensible que digamos; quiere especializarse en investigación y cobertura de epidemias. Aguanta mucho. La escena era muy fea, ¿verdad?

—Solo te puedo decir que no era bonita —reconoce la mujer—. Sin dar más detalles, fue un ataque con odio.

Rebecca asiente y reflexiona en las palabras de la policía. A diferencia de Ellie, no necesita ver las fotografías. En realidad no le molestan las escenas sangrientas. Quizá ha visto demasiados documentales, o puede que sea el inevitable resultado de tener una madre enfermera. En circunstancias normales no le agobia, pero esto es... personal, ¿no? No importa que Santos no fuera su amigo ni que la haya atacado; es alguien a quien conoció en persona y que ahora ha muerto, por lo que parece, de una manera terrible y tal vez como resultado de una venganza. ¿En su nombre?

Espera que no sea así.

Se pregunta cuándo recordarán los policías que Ellie se ha cambiado de ropa en algún momento de la noche y preguntarán qué llevaba puesto antes. El vestido se puede enrollar para que quepa en

una bolsa pequeña, pero sería complicado meter en ese espacio los vaqueros y el top de lentejuelas con los que ha salido, o quizá incluso imposible. Pero Ellie es su amiga y Santos es el imbécil que la atacó, así que no lo menciona. Ya se les ocurrirá, o no, y no es responsabilidad de Rebecca hacer su trabajo. En especial si se trata de algo que levantaría más sospechas sobre su amiga.

Corby le da unos golpecitos en la pantorrilla con el móvil para llamar su atención.

—¿Estás bien?

—Estoy... —Ella se mira los pies; lleva las uñas pintadas de naranja y azul, un poco desportilladas, porque Luz ha estado muy ocupada como para arreglarle los pies—. Supongo que sí. Al menos no soy el cadáver. —Hace un gesto de pesar al notar lo mal que ha sonado eso, pero ¿hay una mejor manera de decir algo así?—. No sé. Es solo que... —Busca las palabras correctas y hace un gesto de pena ante las únicas que encuentra—. No me lo esperaba.

El inspector asiente y Rebecca agradece que lo acepte sin más, en vez de pedirle explicaciones, porque en ese momento cualquier pregunta parecería formar parte del interrogatorio.

—Cuando le pasen el caso a otro, es probable que el nuevo inspector quiera hablar contigo.

—Sí, me lo he imaginado.

—Si necesitas cualquier cosa...

—Te aviso cuando asignen al nuevo inspector.

Corby y los policías se ríen.

—Intenta dormir un poco —dice—. Y ten el móvil a mano.

Claro, porque será fácil dormir en un momento como ese. Pero los policías se han portado muy bien, así que decide no burlarse de él con ellos delante.

Cuando los tres se van, Rebecca sube corriendo hacia su habitación para ayudar a Kerry y Hafsah a acostar a las borrachas de sus amigas.

Oye a Ellie discutiendo y las primeras notas de la versión de Susanna de *Signore, ascolta!* , pero quiere..., necesita...

Coge el móvil del escritorio y vuelve a la escalera. Puede que sea egoísta, pero necesita más tiempo. Tiempo antes de tener que

preguntarse si es cosa de Ellie, si debería decir algo al respecto. Si ese algo debería decírselo a Ellie o a la policía. Tiempo antes de que tenga que preguntarle a Ellie qué ha pasado con los vaqueros que se ha puesto después de la cena como premio de consolación porque Rebecca se negara a salir con ella.

Se estira de los pantalones cortos para que al sentarse sus nalgas no toquen el suelo frío y se acomoda en el último escalón antes del cuarto piso, manteniendo una buena distancia con la puerta. Revisa sus últimas llamadas, selecciona una y presiona el icono para llamar. Su rodilla rebota mientras oye la señal.

—¿Qué diablos haces despierta a esta hora un sábado?

La voz ronca, calurosa y llena de afecto exasperado de Gemma casi la hace llorar. Traga saliva y encima tiene que aclararse la garganta para poder hablar.

—¿Te acuerdas del tipo que me atacó en el bar? Está muerto. Alguien lo ha matado esta noche.

Con el silencio sepulcral de la escalera, Rebecca puede oír cómo Gemma se sirve un café en vez de responder de inmediato.

—¿Tienes miedo... —dice al fin su hermana— por tu amiga, la que siempre está enfadada?

—Sí.

—Cuéntame.

Rebecca toma aire y, sin dejar de mirar hacia la puerta, comienza a hablar.

16

Santos es un problema.

No lo era, lo sigue siendo. O sea, sigue siendo un problema a pesar de estar muerto.

O justo porque está muerto, supongo. La cosa es que es un problema.

Cada muerte se vuelve más arriesgada y las cosas se complican más. La gente está más atenta, hace más preguntas, nota cuándo alguien no encaja. Me he preparado para que cada víctima sea la última por si la atención se vuelve excesiva. No pasa nada; forma parte del cálculo de los asesinatos, pero Santos...

Él no entraba en los planes.

Santos es un desafortunado imprevisto.

Recorro la fiesta con una cerveza en mano de la que no bebo. Es más que nada parte de mi camuflaje, en especial por lo barata que es. Preferiría beber pis de caballo que acabarme esta botella. Aunque Halloween aún queda lejos, la fraternidad de la fiesta ha decidido que tuviera temática de superhéroes. Cualquiera que no haya traído disfraz puede coger una máscara de plástico barato de los contenedores que hay en la entrada. Los invitados pueden escoger entre el Joker, Batman, Superman, el Joker, la Mujer Maravilla, Aquaman, el Joker, Flash, Linterna Verde, Catwoman y, para quien busque algo nuevo y diferente, el Joker.

¿Vale la pena el riesgo? Está claro que la gente está alerta, que no es lo que quería, pero tampoco es necesariamente un problema si no cometo estupideces.

Y entonces veo la razón por la que he venido, la razón por la que llevo una máscara de Catwoman tan barata que me preocupa terminar intoxicada por el olor del plástico. El tipo está en la

barandilla del porche, con unas bermudas que le llegan por la rodilla y muestran el tatuaje de su espinilla, que le sube por el muslo hasta casi llegar al pantalón. Las enormes letras están tan adornadas que son casi ilegibles, con su nombre de la fraternidad escrito con el tono verdoso típico de la tinta barata. Con un grito, se baja de un salto de la barandilla hacia los brazos de los chicos que están frente al porche, quienes, lamentablemente, lo atrapan y lo acercan al barril de cerveza, sosteniéndolo en vertical mientras él se introduce la manguera en la boca.

Lo observo mientras agito la cerveza dentro de la botella. Se oye un trueno y los mosquitos y las luciérnagas luchan por un mayor espacio en el aire denso. En cierto sentido, este chico es la razón por la que han muerto los demás. Era el primero en la lista, pero habría sido muy sospechoso si solo él hubiera fallecido.

Se está ahogando con la cerveza, pero no suelta la manguera ni intenta retirarse. La cerveza le baja por la nariz y por sus ojos cerrados y su cabello, pero él sigue riéndose e intentando tomársela. Si sus compañeros lo soltaran, ¿la manguera podría hundírsele en la garganta y ahogarlo antes de que alguien se diera cuenta? Sería conveniente. Un accidente, una verdadera pena.

Un coche se detiene frente a la casa y tres chicos salen del asiento trasero. Uno ondea unas bragas que tienen la entrepierna desgarrada. Creo que la prenda lleva algo escrito, veo algo negro entre el gris y los arcoíris de la tela, pero no distingo bien qué es. Es obvio quiénes son los miembros de la fraternidad: dejan lo que están haciendo para flanquear la entrada coreando «¡Bragas! ¡Bragas! ¡Bragas!», mientras el portador se dirige con paso ceremonioso hacia la entrada de la casa.

Observo el coche que se está yendo, no hay señal de ninguna chica dentro.

Lo encuentro en la fila, con su máscara del Joker sobre el cabello, como la llevaba durante su intento fallido de tragarse toda la cerveza del barril. Está rodeando con el brazo a uno de sus amigos, y ambos se ríen a carcajadas. Con un enorme estruendo, la lluvia comienza a caer.

—¡Concurso de camisetas mojadas! —grita. Él y otros chicos comienzan a correr por la fiesta, tomando vasos de cerveza llenos para lanzárselos a cualquier mujer que lleve una camisa de color claro, por si no tuvieran suficiente con la lluvia.

Si fuera más inteligente y cuidadosa, lo dejaría en paz. Disimularía. No llamaría la atención. Me rendiría y aceptaría que no puedo encargarme de todos los que se lo merecen.

Pero a la mierda la precaución. Vale la pena correr el riesgo solo por escuchar como sufre.

Me llevo la cerveza y la máscara para deshacerme de ellas en otro lado, y regreso al campus bajo la lluvia. Lo he estado observando durante varios meses, pero siempre sin que se dé cuenta. Sé de él tanto como su propia madre, o quizá más. Conozco sus costumbres y sus rutinas. Sé adónde va cuando quiere tener más privacidad de la que le ofrece la casa de la fraternidad.

Sé lo que hizo.

Santos sigue siendo un problema, pero este chico... No puedo seguir adelante mientras él respire.

17

Rebecca está sentada sobre el tablero de la lavandería para doblar ropa. Desde el pequeño altavoz que tiene detrás sale la música de un chelo y un piano. Se ha traído el portátil para revisar sus suscripciones y ver qué dicen los periódicos y blogs sobre las muertes por los caimanes, pero pronto cambia su ordenador por el ganchillo. Es una actividad que la ayuda a mantener las manos ocupadas mientras su cabeza le da vueltas a las cosas.

—¿Rebecca?

—Espera. —Contando entre dientes, no levanta la vista hasta que termina de repasar la fila de ganchillo. Jules está en la puerta, con una bolsa de malla llena de ropa sucia cargada en un hombro, vestida con una camiseta enorme, *leggins* y calcetines mullidos—. Hola.

—¿Te molesta si te acompaño?

—Adelante.

No se dicen nada mientras Jules se prepara para poner dos lavadoras, separando su ropa con agilidad. Cuando las máquinas están en marcha, se sube al tablero para doblar la ropa. Es demasiado bajita como para que su salto sea elegante, pero lo logra. Se saca el móvil de la cintura de sus *leggins* , lo pone en silencio y empieza a jugar a Candy Crush.

Rebecca no intenta llenar el silencio. Se concentra en sus manos y en el ovillo que poco a poco va tomando la forma de una colcha para el futuro bebé de una prima. Ya ha corrido el rumor, probablemente gracias a Ellie, de que Jules encontró el cadáver de Santos. Ha pasado casi un día entero y aún hay pocos detalles, y además Jules no ha querido decir nada al respecto, pero eso no ha evitado que los demás la presionen para sacarle información.

No sabe cuánto tiempo ha pasado, pero su lavadora ya ha terminado el ciclo. El hilo es mucho más ligero del que suele usar y se mueve con más facilidad, y Rebecca ya ha perdido la noción del tiempo entre el vaivén del ganchillo y la sensación del hilo corriendo entre sus dedos. Está tan absorta en eso que se sobresalta y suelta el ganchillo cuando Jules se aclara la garganta.

—Perdón —masculla la otra chica.

—Creo que puedo recuperar los puntos. —Es una tarea difícil, y no está segura de que no se vaya a notar, pero le basta si logra recuperarlos. Llega a una puntada en la que puede detenerse y se vuelve hacia Jules.

—¿Qué pasa?

—No me has preguntado nada. —Jules vuelve a mirar el móvil, moviendo el dedo sobre la pantalla para avanzar en su juego.

—Creía que ya te lo habían preguntado suficientes personas.

—Ellie dice que él te atacó.

—Ellie estaba viendo si te podía sacar información. —Como Jules no dice nada, Rebecca suspira y le cuenta su encuentro con Santos fuera del bar. No diría que Jules tiene derecho a saberlo, pero sí que ha sido quien ha encontrado el cuerpo. Si esos hechos están conectados, aunque espera con todo su corazón que no sea así, la curiosidad de su amiga está justificada. La curiosidad de la misma Rebecca tampoco carece de razón, pero como tanta gente ha estado atormentando a Jules con preguntas, ella no quiere ser una más.

Aunque sí lo quiere saber.

Jules asiente, escuchando la historia. Rebecca ha visto esa misma expresión en el rostro de su amiga en clase, como si estuviera escuchando con cada uno de los poros de su piel para absorber cada palabra.

—¿Cómo te sentiste después? —pregunta cuando Rebecca deja de hablar.

—Bastante bien. Nerviosa, claro, y un poco dolorida, pero... Ya sabes. No es nada nuevo. Solo fue un poco más directo de lo normal.

—No estaba en Tom and Tabby. El cadáver.

Ese es uno de los pocos detalles que Rebecca ya conocía, pero no lo dice. Si Jules está lista para hablar, si quiere hablar, no necesita esas aclaraciones. Los rumores sobre el cadáver que encontraron en el aparcamiento del Durty Nelly han corrido por todo el campus. A la misma Rebecca le han hecho varias preguntas sobre las historias que circulan por el campus.

Esos rumores le han hecho saber que no fue la única con la que Santos se quiso propasar, pero sí que fue una de las pocas que por casualidad recibió ayuda a tiempo.

—Solo me había tomado una copa —continúa Jules—. Salí con mis amigas, pero le había dicho a mi novio que después iría a su casa. Estaba en perfectas condiciones para conducir.

Rebecca asiente, no para darle la razón, porque no tiene ni idea de cómo le sienta a Jules una copa, sino para demostrarle que le está prestando atención.

—Iba caminando entre los coches con las llaves en la mano, y estaba tan concentrada en vigilar los alrededores por si salía alguien a atacarme que no bajé la mirada. Y me tropecé con él. ¿Te lo puedes creer? Había un tipo muerto en el suelo, y me tropecé con él.

—No lo viste —murmura Rebecca.

—Al menos no me caí encima, supongo. Me agarré a los coches que tenía a ambos lados. Casi le arranco el retrovisor a uno. Y luego tomé mucho aire, como cuando tienes que repetirte que podrían haberse cumplido tus peores temores, pero no. Y fue ahí cuando me llegó el olor.

—¿A sangre?

—Muchísima sangre. Y abrí los ojos y... He visto autopsias. Fui becaria en los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades. He leído y visto de todo. Puedo enfrentarme a enfermedades y epidemias horribles, y no pasa nada. Pero abrí los ojos, lo vi y grité. Sentí que nunca iba a dejar de gritar.

Hay algo en su expresión, no exactamente como si estuviera a la defensiva, pero sí distante, que hace que Rebecca sienta que un abrazo o algunas palabras de consuelo podrían no sentarle bien, así que solo le da un empujoncito en el hombro con el suyo.

Jules le responde con una pequeña sonrisa.

—Estaba muy mal. O sea, no me acerqué a comprobarlo, pero estoy casi segura de que tenía la entrepierna destrozada. Yo no me podía ni mover. Me quedé ahí, como una estúpida, gritando e intentando no vomitar.

—Me parece una reacción bastante razonable.

—No es el primer cadáver que veo.

—Pero sí el primer cadáver con el que te has encontrado por casualidad —señala Rebecca—. Con los otros ya ibas mentalizada, tuviste tiempo para prepararte. Ya los esperabas al entrar a la sala de autopsias. No te cruzaste con ellos de pronto, mientras estabas de fiesta.

—Supongo que tienes razón. —Mira la pantalla de su móvil mientras el juego cambia de nivel—. La gente no deja de hacerme preguntas.

—La gente es horrible.

—Ellie no deja de hacerme preguntas.

—Ellie es horrible. Ya deberías saberlo.

Eso hace reír a la otra chica y, como en un acuerdo tácito, dejan la lúgubre semana de lado para ponerse a comparar apuntes sobre su proyecto final para la clase de Redes Sociales. Jules se ha pasado casi todo el semestre rastreando tuits virales y mapeando su propagación a partir de los vectores tradicionales para enfermedades. Rebecca está investigando la procedencia probatoria de las publicaciones en redes sociales y los pros y contras de utilizarlas en los juicios. Ha sido interesante, pero en realidad no es nada nuevo, como lo demuestran todas las obras de las que ha tomado citas, pero al profesor le gustó la propuesta y por eso decidió no cambiarla.

—¿Son las dos de la madrugada y estáis hablando sobre deberes? Ñoñas.

Ambas miran hacia la puerta y, al encontrarse a Ellie, Rebecca puede sentir cómo Jules se tensa.

—¿Qué tiene de malo? —pregunta Rebecca con tono tranquilo, pese a que siente que se le va a salir el corazón. Aún no le ha

preguntado qué ha pasado con los vaqueros que Ellie tomó prestados. Y no está segura de querer saberlo.

—Uf. Qué aburridas sois. —Ellie se acerca, empapada por la tormenta, y al subirse de un salto al tablero, su cuerpo emana un olor muy característico.

Rebecca arruga la nariz en un intento por no estornudar.

—Apestas a marihuana.

—Vengo de una fiesta. —Ellie se acomoda en el tablero y estira una mano para darle un tironcito a un rizo de Rebecca—. ¿Tú por qué estás mojada?

—No podía dormir, y he pensado que un baño con agua fría podría ayudarme. No ha funcionado, así que aquí estoy. —Quita la mano de su amiga antes de que gotee sobre el hilo que tiene en su regazo—. Ya lo tengo casi seco.

—No puedo creer que estéis hablando de cosas de la universidad cuando podrías estar preguntándole a Jules sobre Santos el Imbécil.

Rebecca cierra los ojos. Ya han conocido a la inspectora asignada al caso, una mujer de estatura media y facciones serias que se ha presentado como la inspectora Gratton. Ellie se ha portado muy... como es Ellie durante la segunda ronda de entrevistas, y Luz le ha dicho a Rebecca que la inspectora parecía estar especialmente interesada en cuántas veces se habían perdido de vista unas a las otras durante mucho rato esa noche. Si hubiera alguna prueba, ya la habrían arrestado. O sea que quizá no fue ella quien...

Ni siquiera en la intimidad de su propia mente Rebecca puede terminar esa frase con sinceridad. No admitirlo es una cosa, pero no tiene la costumbre de mentirse a sí misma.

Todos sienten curiosidad por el asesinato, porque parece... ¿casi normal? Es raro decirlo, pero es más fácil que los estudiantes entiendan un asesinato a la antigua usanza que la avalancha de ataques de caimanes que cada vez es más difícil creer que sean accidentales. La gente quiere aprovechar la distracción, pues la emoción apaga de manera temporal el miedo.

—Jules no tiene la obligación de contarle a nadie más que a la policía lo de Santos el Imbécil —comenta al fin—, y le haría bien no

decir más. Estoy segura de que hay detalles que la policía aún no quiere que se hagan públicos.

Jules no dice nada. Pero sí se apoya en el hombro de Rebecca.

—Qué chorrada. —Ellie se quita la camisa y se gira para localizar las lavadoras en marcha.

—No te atrevas —le advierte Rebecca—. Están a punto de terminar el ciclo.

—Bueno. —Refunfuñando, Ellie introduce su camisa, los vaqueros, el sostén y los calcetines en una lavadora vacía—. Pero voy a usar tu detergente.

—El detergente, sí. Mi tarjeta de la lavandería no, porque ya solo queda crédito para las secadoras.

Ellie sacude una mano con gesto desinteresado y sale del lugar en bragas. A Rebecca le gustaría poder sorprenderse de que su amiga se sienta tan cómoda andando casi desnuda por todo Sledd Hall. Es casi como si lo hiciera para retar a la gente a tocarla, y así poder castigarla.

Por su parte, Jules no está tan acostumbrada a Ellie, así que se queda con la boca abierta y la mirada fija en la puerta por la que ha salido.

—¿En serio va a...?

—Sí.

—Pero ni siquiera...

—Traerá más ropa cuando vuelva con su tarjeta de la lavandería.

Jules niega con la cabeza.

—¿Sabes que corre un rumor de que ella mató a Santos? —pregunta en voz baja.

Rebecca suspira y baja la mirada hacia la colcha que está tejiendo.

—¿Ellie empezó el rumor?

—Eh...

Niega con la cabeza para indicar que la pregunta no iba en serio. O al menos no es una pregunta que espera en serio que Jules pueda responder.

—Santos atacó a una chica de mi clase de Historia de Rusia —dice Jules, pasando los pulgares por los bordes del móvil—. Cuando él vio que tenía la regla, le dio asco, así que le pegó un par de bofetones y

la dejó tirada en un rincón con la ropa rasgada. Ella no lo denunció porque había estado bebiendo. «Quizá si no hubiera estado borracha...» —Jules suelta un resoplido burlón—. Puede que el hecho de que estés borracha les facilite un poco las cosas a veces, pero nunca las justifica. Eso sí, entiendo por qué no lo denunció. Yo tampoco lo hice.

—Ni yo. Él no iba a perder ni yo podía ganar. ¿Para qué exponerme a eso?

—Exacto. Pero hoy esa chica le ha regalado una bebida en el Starbucks a Ellie.

Rebecca frunce el ceño y se coloca para quedar frente a Jules.

—¿En serio?

—Y le ha dado las gracias.

Ay, Dios, por favor, que eso no llegue a oídos de la inspectora Gratton.

—¿Quién más cree que es cosa suya?

—¿En serio crees que esa es la pregunta más importante?

Rebecca analiza la expresión de Jules: solemne, preocupada y... ¿expectante? Han estado juntas en varias clases de Periodismo y, aunque tienen instintos diferentes, les han enseñado las mismas técnicas y patrones.

—¿Tú cuál crees que es?

—Si fue ella.

Pero Rebecca niega de nuevo con la cabeza.

—Puede que esa sea la pregunta de otras personas, Jules, pero no es la tuya.

Se miran en silencio hasta que las lavadoras de Rebecca avisan de que ya han terminado. Ambas se bajan del tablero y van hacia las máquinas para pasar las cargas a las secadoras. Rebecca enciende la primera y luego le da su tarjeta a Jules para que programe la segunda. Jules pasa la tarjeta por el sensor y se la devuelve de inmediato.

—¿Cuál es tu pregunta, Jules? —insiste Rebecca entre el gruñido seco de las máquinas.

Jules se le acerca y pone las manos sobre la secadora como apoyo.

—¿Sería tan terrible si lo hubiese hecho?

Rebecca maldice entre dientes y por instinto estira la mano para tocar la pulsera de Daphne que lleva en el tobillo, hasta que se acuerda de que está de pie, así que solo da unos golpecitos nerviosos sobre la máquina con la tarjeta.

—Desde una perspectiva moral —continúa Jules—, ¿es distinto a pegar a nazis?

—¿Hay alguna diferencia entre pegar y matar? —pregunta Rebecca con mordacidad.

—Lo que quiero decir es... —Jules hace un gesto de pesar y niega con la cabeza—. Bueno, ha sido un mal ejemplo. Pero la pregunta sigue siendo la misma.

—Al margen del hecho de que sea ilegal...

—Es legal no vacunar a tus hijos. La ley no siempre tiene la razón.

—Eh... ¿En serio quieres que alguien tome decisiones de vida o muerte basándose en los rumores que corren por el campus? —pregunta como si Jules no la hubiera interrumpido.

—Hay una diferencia entre los rumores y la red de secretos.

—¿Y con eso basta? ¿Pondrías tu vida en juego por eso?

Jules se apoya en la secadora, con el mentón sobre los brazos cruzados.

—Dicho así, no.

—Puede que quien haya matado a Santos tenga una buena razón. Pero eso no hace que la acción sea correcta. Estamos hablando del asesinato de una persona. Puede entenderse, incluso puede justificarse, pero no puede ser inherentemente buena. —Rebecca se pasa los dedos entre el cabello, dándose unos tironcitos en las puntas, donde los rizos le informan que en cuanto vuelva a casa tendrá que cortárselos—. Con una cosa así... Me preocupa el efecto que pueda producir en los demás.

—¿En qué sentido?

—No siempre es bueno que los hechos te inspiren.

—¿No? Esta persona está que echa humo. Todas deberíamos estar igual.

—Todas estamos igual —la corrige Rebecca con brusquedad—, pero ¿adónde se va esa rabia? Los sombreros rosas y las marchas no

han funcionado. Las protestas no han funcionado. Y ahora alguien ha decidido que matar es la solución.

—Pudo haber sido en defensa propia.

Rebecca solo la mira, y Jules se ruboriza y desvía la mirada.

—Tú has visto el cuerpo; ¿parecía que fuera en defensa propia?

—No —reconoce con un suspiro—. Parecía que quisiera que significara algo. Que sirviera de algo.

—¿Tendría más significado si fuera obra de Ellie?

—¿Quizá? O quizá solo hablan mis deseos. —Jules juguetea con los bordes de su jersey. El esmalte negro de sus uñas está desportillado y en partes se ve tan transparente que parece que haya usado un rotulador para rellenar los espacios que se han quedado sin esmalte—. ¿Te sientes más segura ahora que está muerto?

—No. Y tampoco siento que se me haya hecho justicia. —En realidad no ha pensado mucho en cómo se siente al respecto. Está muy confundida, y hablarlo con Gemma no le ayudó como esperaba para aclarar sus ideas—. Hablamos sobre él desde la perspectiva de las chicas a las que hizo daño —continúa al fin—. Pero no es así como lo van a recordar, sino como a un joven al que le arrancaron la vida o alguna estupidez así. A nosotras no se nos mencionará ni en las notas a pie de página. Cuando los asesinos son hombres, la gente los recuerda a ellos y no a sus víctimas. Y cuando los hombres son las víctimas, la gente sigue recordándolos a ellos. No podemos ganar. Aunque estemos frente a un micrófono en el Senado, no podemos contar nuestras historias con la fuerza suficiente para cambiar el *statu quo* . Ahora hay alguien gritando, ¿y si eso hace que otras mujeres quieran gritar? No podemos hacer grupos y salir a matar a los que nos han hecho daño. La sociedad se colapsaría.

—Quizá le vendría bien.

—Y por eso quieres que haya sido Ellie. Porque es difícil pensar en tu propia rabia como algo que no es razonable si estás cerca de alguien que está mucho más llena de ira. No se trata de si lo hizo o no, sino de que podría haberlo hecho. Es algo que nos hace sentir mejor respecto a la rabia que llevamos dentro. Nos dice que

podríamos lograr algo maravilloso si nos permitiéramos estallar y soltar toda esa furia.

—¿Y no es verdad?

—¿Has visto fotografías de Krakatoa? —pregunta Rebecca, negando con la cabeza—. Esa rabia no es lo que promete. Solo puede ser destructiva.

—Tienes miedo de que haya sido Ellie.

—Tengo tanto miedo como tú tienes esperanzas de que sí que haya sido ella. ¿Qué clase de personas somos?

No parece que Jules tenga una respuesta para eso. Y probablemente sea lo mejor porque un par de minutos después vuelve Ellie, por suerte vestida, cargando una cesta de prendas para lavar.

Rebecca vuelve al tablero para doblar ropa con su labor, agradecida de conocer el patrón pese a la ligereza del hilo. Quiere creer que algo bueno puede salir de la muerte de Santos. Es más, quiere creer que los vengadores bien intencionados pueden lograr algo, que pueden marcar un cambio para bien en la sociedad. Ha crecido con historias de Robin Hood y de héroes de ese tipo, con las moralejas que han ido moldeando a cada uno de sus primos: haz lo correcto, aunque te digan que no lo hagas.

Pero era más fácil cuando lo correcto era evidente. Ahora es mucho más complicado definirlo.

Nota que sus vaqueros robados no están en la cesta de Ellie. Teme que sí haya sido ella, lo reconoce. Pero ahora tiene una nueva preocupación: ¿y si no ha sido ella? ¿Qué efecto tendrá la mezcla de sospechas y de apoyo en su temperamental amiga?

Si Ellie no es ya una asesina, ¿habrá algo en el mundo que pueda evitar que se convierta en una si cree que la gente se lo va a agradecer?

18

La tormenta había anunciado la llegada de un frente frío que ha hecho que la temperatura descienda hasta los veintiún grados, lo que ha provocado que el césped se llenara de estudiantes para comer y estudiar con ese maravilloso clima. Está soleado, pero hay brisa; es la clase de día hermoso que casi no se ve en los largos veranos de Florida.

La única señal que queda de las recientes muertes es la escasez de personas tomando el sol o haciendo ejercicio cerca del lago Alice. Solo se ha encontrado un cuerpo ahí, pero los caimanes siguen presentes. Rebecca y sus compañeras de estudio están tumbadas sobre un par de mantas extendidas en el suelo. Delia está de rodillas, disfrutando de la brisa con los brazos abiertos, los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, de frente al sol. Keiko la ayuda a estirarse, apoyándose en las rodillas de Luz.

Los chicos con el flotador de caimán han vuelto, y de nuevo intentan asustar a las chicas, pero esta vez lo que reciben son risas. Para pesar del inspector Corby, piensa Rebecca, los estudiantes ya han sacado sus propias conclusiones sobre la relación entre las víctimas de los caimanes. Casi todos en el campus se han sentido más tranquilos desde que han empezado a circular esos rumores. ¿Y los que no? Pues si tienen alguna razón para seguir nerviosos, tienen motivos para estar asustados. El evidente ensañamiento en la muerte de Santos ha cambiado temporalmente la percepción general de las cosas.

Ellie está tumbada de espaldas, con su cabello como un río de lava que corre desde su cabeza. Sus piernas envuelven la cintura de Rebecca, con los pies a cada lado de su cadera, y uno de los libros

de Rebecca descansa sobre las piernas de Ellie. Es más cómodo de lo que parece. Ellie le da un golpecito con el pie a su amiga.

—¿Te has enterado de que el inspector Corby tiene un nuevo puesto?

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí, ahora es el dirigente sindical de los caimanes.

Rebecca cierra los ojos y se aguanta el gesto de molestia.

—¿Porque los caimanes no lloran?

—Basta, por favor.

—Porque nadie se cree sus lágrimas de cocodrilo.

Susanna se ríe. Rebecca abre un ojo y la mira con odio.

—No le des cuerda.

—¿Cómo se llamaría un superhéroe cocodrilo? —pregunta Ellie.

—Basta, en serio.

—¡Caimanman!

—¿Te ha dado por inventar chistes o qué?

—Una de las de segundo ha imprimido folletos y los está vendiendo a un dólar —responde alegremente Ellie—. ¿Qué obtienes si cruzas un caimán con una flor?

—No lo sé, pero no lo voy a oler —masculla Rebecca.

—¿Cuál es el bollo favorito de los caimanes?

—Los *caimantecados* —dicen todas a coro.

—Supongo que esa era un poco obvia —acepta Ellie un poco molesta.

—¿En la Universidad de Florida, donde los mantecados son desayuno y cena de campeones? Qué sorpresa —dice Hafsah con tono neutro.

Por las risas de Susanna, Rebecca supone que Ellie le ha respondido con una seña obscena, pero no lo va a preguntar.

Un grupo de chicos, uno de ellos con una camiseta de la fraternidad, pasa por la acera. En el césped, tres muchachas se levantan y empiezan a tirarles unos pequeños caimanes de plástico.

—¡Eres el siguiente, Tom! —grita una—. ¿Ha valido la pena?

Los otros lo rodean para protegerlo. Rebecca nota que parecen asustados, y se pregunta si es por los ataques de los caimanes o

porque ahora la gente tiene el valor de acusarlos en público. Y ¿eso cuándo empezó?

Encima de uno de los carteles más grandes, alguien ha puesto un enorme peluche de caimán sobre el hormigón, con una corona de cartón de Burger King pegada con cinta adhesiva en su cabeza. A lo largo del día se ha ido sumando una colección de flores, velas y notas a su alrededor. Susanna ha ido a leer algunas de las notas un rato antes, cuando le empezaba a doler la espalda tras su siesta en el césped. Ha vuelto para informar al resto que entre las felicitaciones y buenos deseos había nombres, y algunos iban acompañados de sus historias. Pese a la incomodidad que le genera el tono festivo del asunto, ha tomado algunas fotografías para analizarlas después.

Rebecca supone que ahí hay una historia. Una ofrenda de dolor para los vengativos dioses caimanes. Sus padres estaban en la Universidad de Florida cuando ocurrieron los asesinatos de 1990, y le han hablado de la tensión que reinó en el campus y que se mantuvo viva un tiempo después de los hechos. Rebecca pensaba que la gente estaría más asustada al enterarse de que es probable que haya un nuevo asesino en serie en la ciudad.

Pero parece que la mayoría de las personas solo se han quitado un peso de encima. Muchas chicas aparentan estar abiertamente felices. Por primera vez no son ellas los blancos potenciales. La escuela ha enviado varios correos para recordarles a todos que la presencia de los caimanes sigue siendo un peligro y que deben mantener toda precaución. Cualquiera que haya tenido que pasar cerca de los lagos de noche sabe que es verdad, pero el miedo generalizado que se apoderó del campus ya casi ha desaparecido. Es raro.

Y con seguridad las celebraciones no están facilitando en nada el trabajo del inspector Corby.

—¿Sabías que los caimanes pueden crecer hasta los quince pies? —pregunta Ellie.

—¿En serio? Creía que solo tenían cuatro patas. —Rebecca suelta el aire cuando Ellie le aprieta la cintura con las piernas.

—¿Cuántas extremidades tiene un caimán?

—Te lo acaba de decir —señala Hafsah, dándole a Ellie un empujón que también sacude a Rebecca.

—Depende de a cuántos se haya cenado.

Eso no genera ni siquiera protestas, pues todas se quedan en silencio, un poco asqueadas, con esa imagen en mente. Ellie se ve feliz.

—¿Cómo se llama a un caimán que usa Crocs? —pregunta una chica que está a unos metros.

—¡Traidor! —responde Ellie.

El césped se llena de risas, y a su grupo se empiezan a sumar más chicas dispuestas a compartir sus peores chistes de caimanes. Este debe de ser el infierno personal del inspector Corby. ¿Cómo distingues a un culpable entre la alegría generalizada? Rebecca llega a la conclusión de que todas están mal.

Y también ella, porque cuando se giran para mirarla, termina por entrar en el juego.

—¿Cómo se llama un caimán al que le falta una pata? —pregunta tras soltar un suspiro.

Tras algunas sonrisas e intentos, Rebecca se encoge de hombros.

—Caimanco.

El grupo se echa a reír y los chistes siguen saliendo.

Pero poco después Rebecca recuerda que tiene que estudiar. Está segura de que su profesor no va a cambiar la fecha del examen porque haga muy buen día y haya buenas noticias de dudosa procedencia. Ella y Hafsah se levantan, cogen sus cosas y se van a la biblioteca. Por más que les encantaría estudiar fuera, sabe que será mejor hacerlo sin las distracciones y la modorra que genera el sol. Se ha pasado casi toda la noche despierta hablando con Jules sobre temas muy diversos que dependían de si Ellie estaba en la habitación con ellas o no. La idea de echarse una siesta le resulta increíblemente atractiva.

Una de las chicas de su piso las detiene en la acera.

—¿Ya habéis jugado a la quiniela de la muerte?

Rebecca y Hafsah solo la miran con gesto confundido.

—¿La qué? —pregunta Rebecca al fin.

—Para apostar quién creéis que será la próxima cena de los caimanes. Hay una hoja en el salón por si os apetece jugar.

Rebecca está segura de que no va a apetecerle, pero le da las gracias y sigue caminando con Hafsah a su lado.

—Qué mal gusto, ¿no? —pregunta en voz baja—. ¿Cómo les alegra pensar que habrá más muertes?

—Es asqueroso —reconoce su amiga—. ¿Hacer apuestas sobre la muerte? Sobre asesinatos, más bien —corrige—. Entiendo que les alegre que por una vez sea gente horrible la que está cayendo, pero se están pasando.

—Tal vez Kerry la quite.

—Y después de eso la hoja terminará en una habitación, y quién sabe cuántas más hay por el campus. Si yo fuera el inspector Corby, estaría agotada intentando encontrarlas todas.

—¿Cómo? ¿Crees que quien cometió los asesinatos haría sus apuestas para ganar con alguien que nadie se espere?

—O sacaría provecho infundiendo sospechas sobre otros.

Rebecca se ríe, aunque no quiere.

—Y yo que creía que Ellie y yo éramos las únicas que pensábamos así.

—Me habéis convertido en lo que soy. ¿Estás contenta?

—Muchísimo.

Buscan una mesa en la fría biblioteca, mientras casi todos los alumnos están fuera, disfrutando del respiro que les ha dado el calor. Se instalan en la más lejana, donde no las molestará nadie que venga con sus quinielas o chistes malos.

A Rebecca le encanta investigar y reunir la información. Pero odia estudiar. Más que nada porque se le da muy mal. Ha probado con varios métodos y ninguno le ha servido de gran cosa. Sabe que valerse de su memoria le puede funcionar como estudiante, pero no la ayudará en la vida real.

En algún momento, decide que ya ha aprendido todo lo que ha podido antes del examen de mañana y cierra su libro y sus apuntes con un suspiro. Hafsah hace lo mismo y deja caer la cabeza sobre su libro.

—No creo que sea Ellie —suelta Hafsah de golpe.

—¿Qué?

—Quien ha estado provocando lo de los caimanes. No creo que haya sido Ellie.

—De acuerdo. ¿Por alguna razón en especial? —pregunta Rebecca —. No solo quiero saber por qué lo crees, sino por qué lo mencionas.

—Lo menciono porque ya habíamos hablado más o menos de ello.

—Pero hablamos de si había matado o no a alguien, no sobre estas muertes en concreto.

—Ya lo sé, pero... —Hafsah se pasa un dedo por debajo del borde de la gorra de algodón que lleva cubierta por el hiyab para rascarse. Luego se incorpora, mira a su alrededor y se estira sobre la mesa tanto como puede sin ponerse de pie. Rebecca hace lo mismo para que la conversación sea lo más privada posible.

—Lo de Santos fue distinto.

—Fue personal —agrega Rebecca, pensando en lo que Jules le dijo —. Fue rápido, descuidado y descarado.

—Que es como lo haría Ellie.

Rebecca hace un gesto de pesar, pero asiente. Es exactamente la clase de crimen que se imagina que cometería Ellie, y varios en el campus de hecho creen que lo hizo.

—Pero lo de los caimanes... Es una forma extraña de matar a alguien. Más allá de todos los aspectos prácticos que se deben considerar, depende en gran parte de la suerte, ¿no? Porque ¿qué pasa si los caimanes no tienen hambre? ¿O si deciden comerse a la víctima y al asesino? ¿Y si la víctima no termina muerta sino solo...?

—¿Mordida?

Ahora es Hafsah quien efectúa un gesto de pesar.

—Si Ellie decide hacer algo, lo hace. Puede que espere un poco, porque sí que logra ser paciente cuando quiere, pero siempre va al grano. ¿En serio crees que dejaría al azar algo que está decidida a lograr?

—Todos los asesinatos dependen de la suerte —murmura Rebecca, citando a uno de sus profesores. El comentario ofendió a varios en la clase, casi todos hombres, quienes al parecer creían que si ellos decidieran matar a alguien, lo harían a la perfección.

—Pero la suerte está en que no te descubran. En este caso la suerte tiene que estar presente para que se concrete el acto.

—¿Podemos volver a la parte en la que crees que ella mató a Santos?

—No he dicho eso.

—Claro que sí —comenta Hafsah con brusquedad.

Hafsah hace a un lado de la mesa sus pertenencias y se levanta para sentarse junto a Rebecca, tan cerca que sus rodillas casi chocan. Rebecca cree que podría parecer que hablan de cualquier cosa, de novios o de chismes o de sus aventuras sexuales. O de asesinatos. Lo normal.

—No salió del dormitorio con ese vestido.

—Sí. Dijo que lo llevaba en la bolsa.

—Pero entonces ¿y sus vaqueros y la camisa?

—Eran míos, y tenía la esperanza de que los trajera en la bolsa.

—Lo comprobé cuando la ayudé a irse a su cuarto. No estaban en su bolsa, y de todos modos no hubiesen cabido. Ninguna de nosotras tiene coche, y no salisteis con nadie que tuviese uno. Ellie es de la clase de personas que cargaría con la ropa sin pudor y le soltaría un insulto a cualquiera que le preguntara por qué. Ya lo ha hecho antes.

Muchas veces, de hecho, en las ocasiones en que han pasado de una actividad a otra que necesita otro tipo de prendas. Una vez se paseó por un bar con unos vaqueros como chaqueta porque venían de una protesta con sus compañeras, y cuando alguien se burló de ella, Ellie le arrojó una bebida en la cara.

—¿Dónde quedó la ropa? —continúa Hafsah.

Rebecca observa la expresión seria de su amiga y al fin cede. Es obvio que no hay forma de escapar del tema. Quizá Hafsah, que conoce a Ellie en persona y no por lo que Rebecca le cuenta, pueda ayudarla como Gemma no pudo hacer.

—O sea que crees que Ellie..., ¿qué? —pregunta—. ¿Se escapó del grupo, quién sabe cómo encontró a Santos, lo convenció para que la acompañara al aparcamiento, lo asesinó, se cambió de ropa y volvió con las chicas antes de que notaran que no estaba?

—Se pasaron la noche perdiéndose de vista, ¿no te acuerdas? El grupo se estuvo separando y reencontrando toda la noche, y no siempre se perdían en parejas. Pudo haberse ido a otra parte. Y en cuanto a lo de buscarlo a él...

Saca el móvil y abre Instagram para buscar el nombre de Santos, y luego se lo pasa a Rebecca. Hay muchas publicaciones en su memoria, y se supone que un amigo o familiar debe de estar moderándolos, porque casi todas parecen buenas. Cuando llega a la noche del asesinato, se encuentra con una foto de él con varios amigos y el letrero de Durty Nelly perfectamente claro de fondo.

—«Estaremos aquí toda la noche.» —Rebecca lee el pie de foto en voz alta—. «Venid a beber con nosotros si no sois unas nenazas.» —Con un gesto de desagrado, le devuelve el móvil a su amiga—. Qué encantadores.

—Anunció dónde estaba y su plan de quedarse ahí hasta que cerrara el local —señala Hafsah—. Y Ellie es la cotilla de Instagram por excelencia.

Es cierto. Rebecca ya ha perdido la cuenta de las veces que Ellie ha llenado de comentarios groseros las publicaciones de quienes acosaron a alguien en su presencia. Y desde la agresión a Kacey empeoró, cada vez más grosera, llegando a ser cruel y agresiva, con amenazas cada vez más descaradas. Rebecca se frota el puente de la nariz con un pulgar, intentando pensar.

—En la foto ya están las luces de la calle encendidas, no hay sol. Publicó la foto cuando las chicas ya se habían ido del dormitorio —dice al fin—. Ellie se llevó el vestido antes de saber dónde iba a estar Santos.

—Y lo que les dijo a los policías puede haber sido el plan original que tenía cuando salieron. Se llevó el vestido por si se lo encontraban en Tom and Tabby. Y luego vio dónde estaba y decidió ser un poco más proactiva.

—Pero ¿con qué? Ellie lleva espray pimienta en la bolsa, pero no un cuchillo, ni siquiera una navaja. Ni siquiera lleva tijeras. ¿O ya te has olvidado del incidente de las tijeras de podar, las de la marca Singer?

Hafsah hace una mueca de dolor. Nadie en su estudio se va a olvidar de esa noche. Ni tampoco volverán a usar las tijeras para tela de Keiko para cortar papel.

—Tal vez se haya comprado un cuchillo.

—Claro —acepta, analizando las posibilidades—. Pero no recientemente, o la policía lo hubiera sabido. Al menos de manera legal. O se lo compró hace tiempo, o ilegalmente. ¿Y dónde lo tendría entonces?

—En su habitación, supongo.

—Te aseguro que si Ellie tuviera un puto machete en su habitación, le habría llamado la atención a la policía cuando revisó nuestros cuartos.

—¿Qué?

—Cuando los encargados nos llevaron al vestíbulo para darnos una charla sobre seguridad, ¿no te diste cuenta? —Rebecca se encoge de hombros mientras Hafsah niega con la cabeza; parece perturbada —. No dejaron rastro, pero alguien llevaba una colonia muy fuerte, y encontré mi cajón de chucherías desordenado.

Hafsah hace una mueca.

—Oye, no quiero tener que andar buscando dónde están las cosas si se me antoja algo de comer. Dulce, salado, chocolate y chicles no pueden mezclarse. Así que sí, cuando se acercaban los exámenes finales, me di cuenta de que alguien había tocado las cosas de mi cajón mientras estábamos abajo. Y había otros detalles fuera de lugar. Como que la tapa de mi caja de trastos estaba abierta.

—¿Cómo pudieron hurgar en nuestras habitaciones sin decírnoslo? —pregunta su compañera—. ¿No necesitan una orden judicial para eso?

—*Nop* . Al vivir en el campus damos autorización a los directivos para hacer inspecciones cuando sea necesario. Si quieren permitir que la policía haga un registro, pueden hacerlo. Por eso todos los años les digo a los encargados que tengo un cuchillo.

Su abuelo le dio un cuchillo en su graduación. No es grande, y de hecho es lo suficientemente pequeño como para ser legal sin requerir un permiso. Él quería que Rebecca lo llevara a todas partes, pero, tras pensarlo bien, se decidió que no era lo más inteligente.

Una cosa es saber que un hecho ha sido en defensa propia y otra demostrarlo, y cada vez más parece que los jueces están decididos a castigar a las víctimas por sobrevivir en lugar de a los perpetradores por atacar. Si algo llegara a pasar, Rebecca no querría arriesgar su vida y su libertad por una minucia. Por eso siempre ha guardado el cuchillo en su funda, pegado con cinta a la parte trasera de su mesita de noche en cada habitación por la que ha pasado, donde pueda cogerlo con facilidad si alguien se mete en su cuarto. Aunque nunca ha tenido que usarlo, estuvo a punto cuando alguien cometió la estupidez de dejar entrar a unos de la fraternidad para un saqueo de bragas a las tres de la madrugada.

Rebecca tiene que reconocer que verlos correr y huir de Ellie y su bate de béisbol fue fascinante.

Cuando se dio cuenta de que se habían metido en el estudio para rebuscar entre sus cosas durante la charla de seguridad, revisó su cuchillo y, por supuesto, había huellas en el polvo del mango y la funda. Pero el cuchillo seguía ahí. Por la descripción de Jules sabía que estaban buscando algo más grande y largo. De preferencia, un cuchillo que no tuviera más de un semestre de polvo encima. Pero para estar segura examinó los cúteres de la caja de herramientas que tienen detrás de las bicicletas y la navaja, que no es un cuchillo como tal, pero tal vez podría usarse para lo mismo si estás muy enfadada, y que se encontraba en la caja de trastos junto a la de herramientas.

La usan para quitar el pegamento de pegatinas en las puertas y escritorios.

A Ellie no la hicieron salir de la charla y, hasta ahora, la policía no ha vuelto para formularle más preguntas, por lo que Rebecca cree que tampoco hallaron nada grave en su lado del estudio, pese a los muchos instrumentos afilados que forman parte de la parafernalia artística de Luz y Keiko.

—La verdad —dice Rebecca al fin—, me interesa menos dónde guarda el cuchillo que podría o no tener que el hecho de que estés convencida de que mató al menos a dos personas y aún no se lo hayas dicho a la policía.

19

—No tengo pruebas —le dice Hafsah con expresión severa.

Rebecca conoce ese gesto; es el que pone Hafsah justo antes de empezar a discutir con desconocidos en internet. Es la expresión que se imagina que apareció en el rostro de los músicos del Titanic justo antes de empezar a tocar mientras el barco se hundía. Es el gesto que dice: «No elegimos el lado ganador, pero lo defenderemos hasta la muerte si es necesario».

Es mucho más amable que cualquier expresión de la terca de Ellie, pero igual de irrefutable.

—Pero tienes sospechas razonables e información específica que los pueden ayudar en la investigación, Hafsah.

—No voy a entregar una amiga a la policía por sospechas razonables, Rebecca. ¿Y si me equivoco? ¿Si es inocente? No solo es nuestra amiga, vive con nosotras. ¿Cómo crees que se pondría el resto del semestre?

—Puedes pedirle a la policía que te mantenga en el anonimato —replica Rebecca, sin ganas.

Está buscándole tres pies al gato, y lo sabe, pero se siente obligada a señalarlo. Debería tener más fe en la ley que en sus amigas. No es así, pero debería. Cualquier sistema, cualquier jerarquía y cualquier autoridad tiene fallas y está corrompida de manera inherente por el infranqueable abismo entre lo ideal y lo real. Lo importante es que lo hagan lo mejor que puedan, y Hafsah no tiene muchas razones para creer que será así.

—Eso no significa que lo hagan y, además, es la clase de cosas que se saben. Ah, y encima, parte de esa información tiene que haber salido de alguien que vive con ella. En concreto, alguien que hubiese podido revisar su bolsa esa noche y que estuviera lo

bastante sobria como para recordarlo con claridad. Tú te quedaste abajo hablando con los policías y Kerry, así que cuando subiste ya todo estaba guardado. O sea que Ellie no tendría ni la más mínima duda de que fui yo.

—Kerry fue la que la ayudó a subir —la corrige Rebecca—. Podría haber sido ella quien revisó la bolsa antes de volver conmigo.

—¿Y tu cuchillo? ¿Kerry sabe que lo tienes?

—Sí.

Hafsah se queda con un gesto confundido por un instante, pero pronto recupera la compostura.

—Solo digo que no voy a denunciar a alguien a menos que tenga la seguridad de que es culpable. Sin importar lo que yo crea.

—No es nuestro trabajo determinar quién es culpable y quién inocente. Eso les toca a los jueces.

—Sí, y mira lo bien que lo hacen.

Rebecca realiza un gesto de dolor y, apoyándose en su silla, entrelaza los dedos y aprieta un pulgar contra otro, como si con eso fuera a encontrar un equilibrio que mágicamente se extrapolara a todo lo demás. Malos actos por buenas razones... No es algo para lo que esté preparado el sistema judicial. Los jueces pueden hacer uso discrecional de sus capacidades, los jurados pueden influir en los veredictos, pero en general es difícil resaltar los matices sin montar un espectáculo, y las cosas que pueden ayudar a buscar clemencia también podrían usarse para que se castigue.

Ya ha tenido esta conversación con Hafsah antes. Claro que eso fue cuando Santos apareció muerto, pero por alguna razón ese hecho, pese a parecer una prueba obvia, no ha comportado que Hafsah cambie de parecer. Y ahora ¿qué?

Hay muchas razones por las que el viejo predicador pudo haber desaparecido de la plaza Turlington. La primera es que ya era viejo. Quizá su cuerpo ya no aguantó más. Quizá una emergencia familiar hizo que se tuviera que ir. O tal vez se produjo un milagro de Navidad que lo convirtió en un ser humano decente y por eso dejó de escupir veneno y condenas a los estudiantes que pasaban por ahí. Y aunque sí haya muerto, hay que tener en cuenta que, de nuevo, era viejo. Existen muchas causas naturales o accidentes por

los que alguien puede morir y que no tienen nada que ver con un asesinato.

Siendo así, tendría sentido no ir a la policía por sospechas que no son más que un punto donde se cruzan varias coincidencias y un mal presentimiento. Pero luego ha pasado lo de Santos. Rebecca querría poder recordar su apellido, ¿o apellidos?, pero su cerebro siempre lo llama Santos el Imbécil, como si eso fuera a servirle de algo. Santos atacó a Rebecca, alguien lo atacó a él y a Ellie le falta ropa y está recibiendo bebidas de cortesía como agradecimiento de otras chicas a las que el chico hizo daño.

Bueno, de una chica. Rebecca no ha oído que haya habido otros regalos, aunque sabe que sí los ha habido. Según lo que se dice, Santos tenía la pretensión de hacer mucho daño, pero poca capacidad para cumplir su voluntad. Estuvo involucrado en varias tentativas de violación que siempre terminaron frustradas por una u otra razón, como que la chica estuviera menstruando, o que un policía pasara por ahí, o una llamada fortuita de su madre; y ninguno de esos intentos se denunció. Con lo imposible que es lograr que se haga justicia con los violadores que alcanzan su cometido, ¿qué podría pasarles a los que solo lo intentan?

Rebecca estuvo con Daphne en el hospital entre una cirugía y otra mientras los policías le hablaban sobre la noche de la fiesta, y le dijeron que sus padres habían aceptado que le hicieran el examen médico de violaciones cuando estaba anestesiada para la operación. Rebecca estuvo ahí mientras los doctores explicaban de modo atropellado por qué el ataque había provocado que fuera necesario hacerle una histerectomía y provocarle la menopausia a los quince, y que la serie de cirugías en su columna podría ayudarla, pero no la curaría. Esos policías y doctores eran mujeres, amigas de la familia, y su empatía era real, por lo que trataban de ser lo más delicadas posible con sus palabras. Y aun así fue una experiencia incómoda, humillante y profundamente invasiva.

Pasamos tanto tiempo enseñándoles a las chicas lo que tienen que hacer para que no las violen, piensa Rebecca, y luego las atacamos por hacer lo que se les enseñó. Si bebes, es tu culpa, pero si no bebes, eres una aguafiestas. Si enseñas demasiada piel, te lo estás

buscando, pero si vas muy tapada, eres una monja, e igualmente te lo estás buscando. O eres demasiado escandalosa, o no lo eres lo suficiente; o eres demasiado paranoica, o no lo suficiente. Es tu culpa. Es tu culpa. Es tu culpa. Es imposible no interiorizar al menos algo de eso.

Así fue como me lastimó, dice la declaración.

Pero ¿qué estabas haciendo?, preguntan la policía y la sociedad. ¿Qué llevabas puesto? ¿Habías bebido? ¿Ibas sola? ¿Le tiraste los tejos? Apuesto a que sí. Para las chicas como tú... es como respirar, ¿no? ¿Lo incitaste? ¿Estás segura de que dijiste que no? Pero ¿lo dijiste con ganas? ¿Estás segura de que quieres arruinar su vida por unos minutos de diversión sin consecuencias?

Y de algún modo pasas por todo eso y aun así quieres continuar, lo haces una vez, y otra, y otra, y otra. Lo haces con los abogados en sus despachos y en las salas de juntas, y luego subes al estrado y ves a tus padres mientras la defensa insinúa que eres una puta mentirosa con sed de venganza que solo quiere destruir la reputación y el futuro de ese joven/atleta/emprendedor/ hombre prometedor. Lo revives una y otra vez, y luego: inocente. O culpable de un cargo menor. Aquí va su breve condena, pero es un jovencito tan bueno que el juez la va a reducir hasta dejarla casi en nada, y es una pena lo de su beca, pero no os preocupéis, podrá entrar en otro lugar con las donaciones de la gente.

Mantenerlo en secreto no lo hace menos traumático, pero al menos lo disimula. Con razón tantas mujeres no denuncian. Desde muy joven intentan echar un montón de mierda a las niñas, que si con esa camisa se le ve la clavícula, el hombro o el abdomen y distrae a los niños, aunque tenga cinco años. Por mucho que logres superar todo eso y entiendas que no es culpa tuya y que nunca lo ha sido, siempre habrá hordas de mastuerzos listos para decirte por qué sí lo es.

Rebecca estaba fuera, sola, de noche, en un bar. Llevaba un vestido corto y un poco escotado. ¿Qué esperaba? Si estaba parada ahí como si se estuviera anunciando; tuvo suerte de que no le pasara algo peor. Y lo más jodido es que sí tuvo suerte, pero está segura de que no necesita que nadie más se lo diga.

Mira a Hafsah, pues algo en esa idea comienza a hacer ruido en el fondo de su cabeza. Deja que avance hasta que se vuelva más claro, pues si intenta agarrarlo ahora solo provocará que las piezas se dispersen por doquier. ¿Por qué Hafsah no ha confesado sus sospechas?

¿Por qué la misma Rebecca no lo ha hecho?

¿Por qué casi ninguna mujer denuncia que la violaron?

—No quieres contarles tus sospechas porque estás de acuerdo con lo que ha hecho.

Un largo silencio llena el espacio entre las dos, tan largo que el rumor del aire acondicionado y el golpeteo de las tuberías se vuelve evidente.

—Todo el mundo tiene una línea —dice Hafsah al fin.

—Entre la capacidad y la probabilidad, sí.

—Quizá haya un punto medio, donde estás dispuesta a apoyar algo, pero no a hacerlo tú misma.

—No es un punto con una moral impecable.

—No. Pero quizá no haya una moral impecable para esto.

A Rebecca le cruje un pulgar, y ahí es cuando se da cuenta de que sigue haciendo presión de un dedo contra el otro. Sacude las manos y se masajea los músculos de la palma.

—Entiendes que estás confiando en que yo tampoco tenga una moral impecable, ¿verdad? Porque me lo estás contando con la obvia esperanza de que yo tampoco se lo cuente a la policía.

—No te voy a pedir que no lo cuentes.

—Pero no me contarías casi nada de esto si creyeras que lo voy a hacer.

—Los reporteros tienen que mantener sus fuentes anónimas, ¿no?

—Esto... no es lo mismo. —Rebecca suspira y siente que comienza a nacerle un dolor de cabeza en la nuca.

—Pero no se lo vas a contar a nadie.

Pese a la seguridad en su tono, Rebecca se da cuenta de que Hafsah se tensa mientras ella reflexiona su respuesta.

—No —replica Rebecca al fin, y ve que su amiga exhala de manera escandalosa—. Por ahora. Tienes razón en lo de que parte de la

información solo podría haber salido de nosotras, y eso... lo complica todo. Pero tienes que empezar a considerar otras líneas.

—¿Como cuáles?

—¿Qué pasa si mueren más personas? ¿Cargaremos con el peso moral de eso? ¿El peso legal? Ten en mente que tan solo con lo que ya sospechamos, un abogado decente podría decir que somos cómplices por no denunciarlo. Si estás dispuesta a no contarle esto a la policía, ¿también estás dispuesta a mentirles? ¿Estás dispuesta a estar frente a un juez y jurar sobre el Corán para luego mentir?

—No —reconoce Hafsah. De algún modo logra decirlo en dos sílabas, y cada parte la pronuncia con pesar—. No voy a mentir. Eso no significa que tenga que recompensar a los policías por no hacer las preguntas correctas.

—¿Estás preparada para terminar en la cárcel por esos detalles?

Hafsah frunce el ceño y se cruza de brazos sobre la mesa para descansar una mejilla sobre ellos, aunque sigue mirando de frente a Rebecca.

—¿Cuántas mujeres tienen que ser agredidas o asesinadas antes de que la gente trate de cambiar en serio las cosas? ¿Por qué tenemos que sufrir y tener miedo siempre mientras ellos viven en la ignorancia y el privilegio? ¿Es esta la forma correcta de buscar un cambio? No, tal vez no, al menos no en el sentido de lo que es moralmente correcto. Pero ¿funciona? Quizá. Quizá si a ellos también les pasan cosas horribles durante un tiempo, al fin empiecen a vigilarse unos a otros para estar a salvo.

—El mundo no funciona así.

—Pues quizá debería.

—Además, no tienes evidencias que sugieran que el asesino está buscando que se produzca un cambio —señala Rebecca—. Eso solo es la interpretación general de esta semana. El castigo y la venganza no son equivalentes a la justicia, y sin duda no son un sustituto. ¿Qué está logrando esta persona más allá de asesinar gente?

—Esos chicos ya no podrán hacerle daño a nadie más. No es poca cosa, Rebecca.

—No —reconoce en voz baja—. Supongo que no.

Y se quedan en silencio. No sienten que la conversación haya llegado a su fin, pero tampoco saben por dónde seguirla. Solo está ahí, como una pesada cortina entre las dos que les impide hablar de cualquier otra cosa que pueda romper la tensión.

20

No queda más que abandonar la esperanza de hacer algo productivo. Sin decir nada, recogen sus cosas, rellenan sus botellas de agua y salen de la biblioteca hacia el ocaso. En vez de sacar sus llaves con anticipación, Rebecca se cuelga el asa de la botella de agua en un dedo. Es un objeto pesado, de acero sólido, que puede funcionar para defenderse en caso de que alguien quiera atacarla. Su padre se la compró cuando vio que no iba a andar por ahí con el cuchillo de su abuelo.

Piensa que hay tantas formas de decirles a las chicas que deben protegerse, pero ¿qué les dicen a los hombres? Su madre y sus tías han mantenido a raya a sus primos a lo largo de los años, diciéndoles una y otra vez que no existe una sola cosa que pueda hacer alguien para merecerse una violación, pero sabe que son una minoría relativa. Una parte del equipo de béisbol de bachillerato fue a un evento escolar con una camiseta que decía «No es no, excepto cuando no es así», y ni siquiera los de la dirección los regañaron.

No recuerda cómo es vivir sin tener en mente siempre la posibilidad de que te hagan daño, pero sabe que lo tiene más fácil que otras. Suele tener miedo por su seguridad y su bienestar, pero en general no teme por su vida. Hay muchas otras mujeres que ni siquiera tienen ese consuelo.

—Maldita sea —masculla Hafsah a su lado.

—¿Qué?

—Viene una bicicleta. Creo que no seré capaz de aguantar la caballerosidad del oficial Kevin hoy.

Rebecca sigue la dirección de la mirada de su amiga y ve la luz de una bicicleta que se aproxima.

—Es un machito, ¿no? Pero quizá no sea el oficial Kevin. Hay otros ciclistas en el campus.

—¿Tenemos tanta suerte?

—Vivimos con una posible asesina y seguimos vivas.

—Desde luego, sería más impresionante si nos identificáramos como hombres y estuviéramos en la lista de sus posibles víctimas.

—Tengo curiosidad por saber cómo ordena esa lista. ¿Cómo decide quién va primero? —pregunta Rebecca con tono travieso—. ¿Por la cercanía? ¿Por lo reciente de su ofensa? ¿Por oportunidad? ¿Hay cosas que la enojan más que otras? ¿El color de su cabello? ¿Les da puntos extra si son parte de una fraternidad?

Hafsah esconde unas risitas detrás de su mano libre.

—Te reto a que se lo plantees.

—¿No eras tú la que me estaba diciendo lo horrible que sería vivir con ella si supiera que creemos que anda matando gente?

—No, he dicho que sería horrible si le dijéramos a la policía que creemos que anda matando gente.

—Claro, es muy distinto. —Se siente mal por burlarse del asunto, pues sabe que no tiene nada gracioso, pero tampoco tiene ganas de oír a un hombre diciéndole que sonría, y si es el oficial Kevin quien se acerca, seguro que es la clase de hombre que hace algo así. Es difícil apreciar la intención estando de buenas, al menos con esa orden gastada e insoportable. Peor ahora que está de malas.

El ciclista se acerca hasta llegar a un espacio alumbrado. Es el oficial Kevin. Rebecca lo observa con mirada suspicaz mientras se aproxima.

—Tiene la cámara del uniforme apagada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no está encendida la lucecita roja. El departamento pidió las cámaras con luz para que no quedara duda de que están grabando. La oficina del *sheriff* se había vuelto loca con eso el verano pasado, cuando estuve de becaria ahí, intentando decidir si un departamento puede pedir distintos tipos de cámaras para cuando se necesitara grabar sin ser descubierto.

—Interesante, pero quizá tengamos un problema.

—¿Por el hecho de que el oficial cree que vivimos en Thomas? —pregunta Rebecca—. ¿Y que no vivimos ahí?

—Así es.

—¿Por la vez que le mentiste a un policía?

Hafsah la mira con gesto de fastidio. Quizá se lo merezca.

—¿Alguna idea?

—Ya se me ocurrirá algo —masculla su amiga.

—Pero rápido, porque no estamos tan lejos. —Cuando el hombre de la bicicleta se detiene a unos metros de ellas, Rebecca levanta una mano para saludarlo—. Oficial Kevin.

—Becky, ¿verdad? —dice el policía a modo de saludo.

—Rebecca —lo corrige ella.

—Claro, claro. —Le lanza una mirada a Hafsah bajo la tenue luz de la farola, pero, quizá porque recuerda su último encuentro, no le pregunta su nombre—. ¿Cómo os va, señoritas?

—Bien.

—¿Siempre andáis deambulando por la noche? —pregunta.

—No andamos deambulando, sabemos adónde vamos.

—Bueno, bueno. —El oficial espera a que ella diga algo más. Pero Rebecca no dice nada. Quiere darle tiempo a Hafsah para pensar en algo, o al menos para que no se contradiga si luego comenta que van a buscar algo de cenar.

La sonrisa amigable del policía empieza a tensarse.

—¿Las puedo acompañar adonde van, jovencitas?

—Si decimos que no, ¿nos va a seguir otra vez?

Él no parece tan avergonzado como ella esperaría; por lo visto, la carta de la timidez solo la usa la primera vez que lo pillan.

—La universidad es un momento en el que estáis aprendiendo a abrir las alas. A veces, las señoritas como vosotras estáis más interesadas en disfrutar de vuestra independencia que en vuestra seguridad.

Rebecca se clava las uñas en la palma de la mano al apretar el puño. El problema es que él podría refutar cualquier cosa que le responda sacando el tema de cómo Santos el Imbécil la molestó fuera del bar.

Hafsah sostiene su botella de agua en la mano, y aunque sea menos sólida que la de Rebecca, tiene dos filas de picos a cada lado. Son lo bastante afilados como para darle un susto al atacante, pero no tanto como para que le salga sangre.

—Vamos juntas y además tenemos protección, y no nos vamos a desviar —dice con tono amable.

—Eso no siempre es suficiente. Además, Becky fue alumna de Corby. A él no le gustaría nada que os pasara algo. Tendríais que haber visto cómo se puso cuando el chico ese te molestó.

Por mucho que le gustaría centrarse en la emoción de saber que el inspector Corby se preocupa por ella, la mayor parte del cerebro de Rebecca se fija en la forma en que el oficial Kevin las llama «señoritas» y «jovencitas», pero a Santos simplemente le dice «chico». No solo es despectivo, sino degenerado. Mientras las halaga otorgándoles una especie de madurez, pues no son chicas, son «señoritas», recalca su juventud y falta de experiencia. Una de sus tías les dio una charla a todos los primos sobre las señales y frases que deben hacerles saltar las alarmas cuando su prima de dieciocho años presentó a su novio de treinta y seis con la familia.

Además, advirtió a los adolescentes que, en especial en el sur, los hombres pueden tener tan arraigada la caballerosidad machista que ni siquiera se dan cuenta cuando cruzan la línea hacia lo perverso. Les dijo que no pueden dar por hecho las cosas sin más; el contexto es importante.

Rebecca se pregunta si el oficial Kevin será uno de esos. No nació en Gainesville, pues su acento es más del sur y no suena como la mezcla diluida que tienen los que son de ciudades universitarias. Quizá sea de Panhandle o de Alabama. De por ahí.

—Espero que también se ofrezca a acompañar a los chicos —dice ella con un tono tranquilo—. Sé que no suele ser necesario, pero últimamente se los ve muy nerviosos. Seguramente se sentirían más protegidos si los acompañara un policía.

—Estamos aquí para todos los estudiantes —responde él—. Solo tienen que pedirlo.

Y al parecer las chicas solo tienen que respirar, pero Rebecca duda si señalarlo en ese momento. El móvil de Hafsah vibra, pues no le ha

vuelto a poner volumen al salir de la biblioteca.

—Dice Ellie que nos apuremos porque si no se va a comer nuestra cena —anuncia.

—¿Ha pedido algo para nosotras?

—Lo han hecho Susanna y Delia. Ellie solo es una cerda que quiere que corramos.

—No se diga más. Vámonos, señoritas —replica el oficial Kevin. Coge su bicicleta y la gira hacia el otro lado, y luego las mira con gesto expectante—. ¿A Thomas Hall?

—Sí que se acuerda —señala Hafsah.

—Los policías del campus estamos aquí para los estudiantes. Es difícil hacer nuestro trabajo si no conocemos a los alumnos.

Hafsah sonríe, mostrando los dientes casi como una amenaza velada. Es la sonrisa de Ellie en el rostro de Hafsah, y da miedo. O al menos le da miedo a Rebecca, porque el oficial Kevin no parece ni darse cuenta.

—Le estamos muy agradecidas.

El oficial se yergue, orgulloso, sacudiéndose ligeramente para que sus hombros parezcan más anchos.

Caminan con prisa. Rebecca no tiene nada en contra del oficial Kevin, salvo por la molestia que le causa su insistencia en acompañarlas sin haberlo pedido, pero la conversación con Hafsah, y las preguntas que se ve obligada a plantearse, la tienen con las emociones a flor de piel, y no le apetece nada estar cerca de un policía ahora mismo... Ni de ningún hombre... En especial si ese hombre es policía. Tal como se siente, ni siquiera haría una excepción con el inspector Corby, como es habitual.

Cuando ya están muy cerca de Thomas, y del problema de que no tienen tarjeta para entrar a ese edificio, una voz las llama desde la acera.

—¡Rebecca! ¡Por fin te encuentro!

No conoce la voz, pero Hafsah le da dos apretones en la mano, así que sonríe y le devuelve el saludo a quien la está llamando.

—¡Perdón! Se nos ha echado el tiempo encima.

Cuatro chicas llegan hasta donde está el trío. Una de ellas lleva un hermoso hiyab con un diseño batik en tonos bronce e índigo. Es la

que la ha saludado.

—Hemos ido al salón para que no se quede el olor en los cuartos —dice, sonriendo.

Llegan juntas hasta la puerta, con el oficial Kevin detrás de ella, y la chica escanea su carné y les abre la puerta.

—¡Gracias por acompañarlas! —se despide con alegría.

—No hay de qué —responde el oficial. Tras lanzarle una última mirada a Rebecca y Hafsah, le da la vuelta a su bicicleta, se sube y se va pedaleando.

Cuando ya están dentro del edificio, con la puerta bien cerrada, Hafsah exhala con fuerza.

—Eres mi heroína, Yasmin.

—Te la debía por cuidar de mi cartera.

Con una sonrisa sincera llenándole el rostro, Rebecca coge el móvil de Hafsah y lee los últimos mensajes.

—Te llevas todo el crédito por pensar rápido.

—Gracias.

Se queda un rato en Thomas, charlando con Yasmin y sus amigas, pero los gruñidos del estómago de Rebecca las invitan a despedirse. Ella y Hafsah llegan a la siguiente puerta sin contratiempos y saludan a la encargada del turno. El salón del tercer piso está extrañamente lleno de gente; casi todas las chicas y unas cuantas personas más intentan acercarse al par de pósteres pegados en una esquina. Rebecca supone que se trata de la quiniela de la muerte. Al menos uno de los pósteres, pues el otro parece ser una colección de toda la información disponible sobre las muertes y las víctimas, con detalles añadidos que se van sumando en notas adhesivas pegadas por todos lados. Algunos estudiantes están enfrascados en una discusión sobre si deben o no contar a Santos, pues a él no se lo han comido los caimanes.

Hafsah se queda ahí y Rebecca se va al estudio para dejar sus cosas en el escritorio. En la puerta de Susanna y Delia hay una nota que avisa que han salido a cenar con su grupo de estudio para prepararse para una excursión de su laboratorio. Al pasar por el baño asume, dada la avalancha de ropa que se puede ver por la puerta abierta de Keiko y Luz, que la exposición de la galería les ha

ido bien. No iban a presentar nada, eso es cosa de los del último año, pero siempre van para dar apoyo y coger ideas para el año en que les toque participar a ellas.

Para su sorpresa, Ellie está en su habitación, acurrucada con la cabeza cerca del pie de la cama, abrazada a una almohada y mirando fijamente la enorme foto de Kacey en la pared. A su alrededor, los artículos impresos tiemblan con el ventilador, que sopla de aquí para allá. Rebecca se sienta en el borde de la cama de Kacey y se pone otra almohada en el regazo.

—¿Estás bien? —pregunta con voz baja, observando la expresión triste de su amiga.

Ellie niega con la cabeza.

—Echo de menos a Kacey —susurra. Sus palabras apenas se oyen con el ruido del ventilador.

Rebecca mira la foto en la pared, toma aire y suspira.

—Sí —dice—. Yo también.

—Era la mejor de nosotras. —Ellie parpadea y las lágrimas le corren por las mejillas hasta caer sobre una manchita húmeda en la colcha—. Hafsah es valiente, tú eres comprensiva y Delia es dulce... Yo soy la única mala. Pero Kacey era... Ella era...

—Kacey era buena —apunta Rebecca con voz suave.

Piensa en que hay historias en las que todo el mundo está en peligro por un supervillano o un dios malvado, o lo que sea, y casi siempre el Elegido sobrevive con una espada y un discursito simpático, tal vez motivado por el sacrificio de una mujer. Pero hay otras historias que quizá son más difíciles de creer en las que el héroe no tiene ni una espada ni magia, en la que con cada paso que da, su bondad e inocencia van creando pequeños cambios, y de alguna manera eso se multiplica para combatir el mal. El mundo se salva, claro, y encima se vuelve un poco mejor.

Kacey formaba parte de la segunda clase de héroes. Hacía el mundo mejor con solo su presencia, pero nunca les pidió a los demás que fueran como ella. Nunca sermoneaba a nadie ni se ponía de ejemplo, nunca intentó dejar en ridículo ni hacer sentir menos al resto de los mortales. Nunca hizo un esfuerzo consciente por atraer la atención a su bondad; solo era algo que emanaba de ella, como

un resplandor que casi se podía tocar. Rebecca conoce bien la tentación de convertirla en un mito, pero se sentía igual cuando Kacey estaba con ellas todos los días, tan llena de risas, luz y dulzura. Su optimismo sincero hacía que todo se sintiera menos pesado, incluso en los peores días.

Es imposible ver a su amiga llena de vida cuando mira a la chica postrada en una cama de hospital, atrapada entre el coma y la muerte cerebral. Para ella no hay esperanza. Nunca va a despertar, nunca va a ver a su familia y amigos, pero tampoco morirá. Rebecca espera que lo que sea que la hiciera ser Kacey, ya se haya ido. No soporta la idea de que ahí, perdida en alguna parte, su amiga esté sufriendo. Basta con el dolor con el que sus seres queridos cargarán el resto de sus vidas; algunos días, en especial durante el último semestre, pedir que se le concediera esa misericordia era lo único que evitaba que Rebecca se hundiera en lo más profundo de su pena.

Ahora ya ha aprendido a vivir con ello, aunque el semestre pasado no parecía posible. Mantenerse ocupada la ayuda un poco. El tiempo, y que Gemma haya estado recordándole que Kacey hubiera querido que sus amigas estuvieran bien, la ha ayudado a salir adelante.

Pero a Ellie lo que la ayudó fue el coraje. No, coraje no: rabia. Las palabras tienen significado, y a Kacey —quien leía el diccionario por gusto porque le encantaba aprender palabras nuevas; su favorita, *efervescencia* — le habría parecido importante marcar esa diferencia.

—No puedo ir a verla —dice Ellie—. Lo he intentado, incluso he ido al centro de cuidados, pero cuando llego a la puerta, no puedo...

—Duele —reconoce Rebecca—. Verla así, ver lo que está provocando en sus padres, es..., bueno. No eres mala persona por no poder verla.

—Tú sí lo haces.

—Es mi penitencia.

Ellie solloza y se acomoda para apoyarse sobre un hombro, quitándose el cabello de la cara. Junto a la cama, en el suelo, hay un montón de clips y pasadores. Ellie, Rebecca y Kacey eran el Trío

Tiziano, como les decía la encargada de planta en primero, aunque cada una tenía un tono de rojo completamente distinto al de las otras.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Kacey me invitó a esa fiesta —dice en voz baja—. La organizaron unas amigas suyas del bachillerato, ¿te acuerdas? Una estaba en Periodismo y yo no la soportaba. En segundo nos tocó hacer un trabajo juntas y siempre fantaseaba con empujarla a la carretera cuando se acercase un camión. —Rebecca se ríe al ver que Ellie suelta una carcajada—. Y era algo mutuo. Linsey Travers. Era una perra. No quería echarle a perder la fiesta a Kacey obligándola a evitarla toda la noche, así que le dije que tenía deberes. Me deseó buena suerte y dijo que nos veríamos por la mañana; tenía planeado quedarse con sus amigas.

—Lo que le pasó a Kacey no fue por tu culpa.

—Lo sé. —Y es cierto. Eso es lo raro: sabe que no es culpa suya, así como lo de Daphne tampoco lo fue, pero al remordimiento que se anidó en su pecho no le interesa la lógica. Rebecca se quita los zapatos y sube las piernas a la cama para entrelazar los dedos en la pulsera del tobillo—. Tampoco fue tuya.

—Yo estaba en otra fiesta —masculla Ellie—. Estaba bailando, bebiendo y riéndome cuando...

—No había manera de que supieras que al otro lado de la ciudad algo horrible iba a ocurrir. Carga con tu remordimiento si es necesario, Ellie, pero no con la culpa.

Su amiga se deja caer sobre la cama y se echa a llorar. Rebecca cruza el espacio que las separa y sus dedos se enganchan en el brazalete por un instante hasta que los libera de un tirón. Se coloca junto a Ellie para pegarse a su espalda, abrazándola, con el rostro sobre el hombro de su amiga.

—Estoy contigo —murmura Rebecca—. Estoy contigo.

Ellie sigue llorando y solo se detiene de vez en cuando para soltar palabras sin mucho sentido y entre jadeos sobre las amigas del bachillerato de Kacey, sobre los chicos que le hicieron daño, sobre quemar el mundo porque ya no hay nada que valga la pena salvar. Luego se queda sin palabras y simplemente vuelve a berrear.

Hafsah llega corriendo y se lleva una mano al pecho al ver la escena. Jadeando, le hace una seña a Rebecca con la mano para que se haga a un lado y mueva también a Ellie. Hafsah se acomoda en el borde de esa cama que no fue pensada para tres personas, con Ellie en medio, temblando por la fuerza de su rabia y pena.

Rebecca entiende que es por eso. Por eso, pese a todo, pese a lo que es razonable, ella y Hafsah no le han contado a la policía sus sospechas. Por eso no lo harán mientras puedan evitarlo. Porque se trata de Ellie, y Ellie es suya, toda ella, pese a su imprudencia y esas partes afiladas en ella que podrían cortar a cualquiera. Mira a Hafsah a los ojos y, como ve que está pensando lo mismo, parpadea como quien asiente ante un acuerdo silencioso.

Nunca podrán proteger a Ellie de sí misma, pero lo intentarán con todo lo que tienen.

21

Algún día, cuando esté a salvo y cómodamente establecida en algún país del que no me puedan extraditar, debería escribir un libro sobre esto. *Pensar con el pene: Cómo los hombres caminan directos a su muerte porque creen que nunca les podría pasar nada* . Una pequeña burbuja de miedo que pronto se revienta, y luego vuelven a sus mierdas, ignorando a los que ya han muerto.

No es solo estupidez; es arrogancia. Como si fueran especímenes superiores y nada pudiera causarles daño.

Por Dios, universitarios conocidos por hacer daño a mujeres aparecen muertos tras ser hechos trizas por los caimanes. Por supuesto que yo, un universitario conocido por agredir a mujeres, te voy a llevar a la casa de mis abuelos junto al río, ahora que es verano y se han ido al norte.

Dillon McFarley, o Dillon el Descerebrado, como lo llaman sus hermanos de la fraternidad, sobresale por su imbecilidad entre una horda de candidatos.

El frente frío ya pasó, y los enjambres de mosquitos y el calor sofocante están de vuelta. Aunque hace rato que se ha puesto el sol, el calor emana de la tierra y las piedras que forman el camino hacia el muelle privado de los McFarley. Dillon está en la orilla, con los dedos de los pies curvados sobre el último tablón y las piernas muy separadas mientras orina en el río. Qué elegante.

Lo más interesante son las lucecitas rojas en la oscuridad. Uno de los vecinos tiene un farol antiguo en su patio trasero, hecho de hierro forjado y cristal. Las luces rojas vienen en pares, y son muchas. Es verdad que los caimanes parecen demonios si te los encuentras de noche.

Cuando Dillon se da la vuelta con torpeza y queda de frente a mí, veo que aún no se ha guardado el miembro. Es un espectáculo lamentable.

—Nunca me he follado a una pelirroja —comenta, arrastrando las palabras.

Y no lo hará.

—Yo creo que sí —le digo, mostrándole los dientes en un gesto furioso—. ¿Qué me dices de Kacey?

—¿Quién?

—Kacey Montrose. Bajita, guapa... ¿Con el cabello muy pero que muy largo, rojo anaranjado?

Me mira sin comprender nada. Puedo ver cómo su mente da vueltas, luchando por aclararse entre el alcohol y las drogas recreativas. Quizá sea un fallo mío. Con los otros no me tomé el tiempo de explicarles por qué iban a morir. Yo sabía por qué estaban condenados y pronto la gente se dio cuenta de por qué habían muerto. Esos imbéciles no necesitaban saberlo. Ya habían dejado claro que no les importaba.

Pero Kacey se merece más. Lo de Kacey es personal. Kacey es luz y vida, llena de perdón y misericordia. Y ahora es un frágil cascarón sobre la cama de un hospital, con el cerebro tan dañado por la asfixia que nunca va a despertar.

Por culpa de Dillon.

Ella no lo entendería, tampoco lo aprobaría, mucho menos porque esto es en su nombre. Pero me perdonará. Hasta perdonaría al diablo si le pidiera perdón; y si no lo hiciese, también. Kacey habría perdonado hasta al mismísimo Dillon.

Yo no soy Kacey. No me interesa perdonar.

Le sonrío y me bajo de la barandilla del muelle para avanzar hacia la casa. Los McFarley tienen un lazo de captura a un lado del muelle, supongo que por si ven a alguien ahogándose detrás de su casa. El ahogamiento es una especie de asfixia. Pero en realidad a los McFarley eso no les preocupa. Si alguien se ahoga en su patio trasero, ellos serían los responsables.

Lograron desentenderse de cualquier responsabilidad cuando Dillon drogó a Kacey en una fiesta. Cuando le ató con cinta gris

manos y piernas, e incluso el cuello, lo que le dificultaba respirar. Cuando le metió su miembro hasta lo más profundo de su garganta y no se lo sacó pese a que se estaba ahogando, pese a que se había desmayado; pese a que le había hundido la cara en su entrepierna de modo que el cuerpo desesperado de ella ni siquiera podía respirar por la nariz. Sus amigos estaban demasiado ocupados riéndose y grabándolo como para ayudarla. Luego le quitó la cinta, pero no limpió el residuo que le quedó en la piel. La dejó ahí, tal cual, en una habitación de la casa donde se celebraba la fiesta, para que la gente pensara que se había quedado dormida borracha, y no fue hasta que las anfitrionas intentaron despertarla al día siguiente cuando se dieron cuenta de que había un problema.

Pero Kacey era menor de edad y las anfitrionas se asustaron, así que la llevaron al hospital y la dejaron en un banco cerca de la entrada de urgencias. La dejaron ahí para que alguien más la encontrara, quién sabe cuántas horas después, cuando cada segundo importaba para salvar tanta capacidad cerebral como se pudiera. Pero nunca despertó.

Eran sus malditas amigas, y la dejaron ahí. Y nunca va a despertar.

Tanta alegría, tanta luz y tanta nobleza robadas en un instante porque este tipo pensó que su placer era más importante que la vida de ella. Sus amigos borraron el vídeo, pero no antes de que se supiera que existía. El condado se negó a levantar cargos porque, según dijeron, no había forma de saber que Kacey no había dado su consentimiento; quizá no se tuvo en cuenta que tenía asma, y la verdad es que era una tragedia, pero no constituía una razón para arruinar la vida de un joven por un accidente. El abogado increíblemente caro que su familia le consiguió pudo tener algo que ver con eso. La familia de Kacey está hasta las cejas de deudas por el coste de la atención médica, por lo que nunca podrán pagar a un abogado que les ponga una demanda civil.

—Te voy a tratar mejor que tú a Kacey —le digo con voz suave mientras tomo el lazo de captura.

Con la soga rodeo una de sus muñecas, solo una, y le doy una vuelta para que se le enrede más, como quedaría si te quedaras atrapado en ella. Nada sospechoso. Nada que parezca un asesinato.

Solo un imbécil borracho lo bastante estúpido como para querer chinchar a los caimanes con un palo. Él mira la soga en su muñeca e intenta liberarse, pero el alcohol tiene a su cerebro tan atontado que no logra descifrar cómo sacar la mano de ahí. En el camino hasta aquí nos hemos tenido que detener dos veces para que vomitara, pero los beneficios del vómito no han durado ni un suspiro, ya que ha seguido bebiendo. A estas alturas, ya debe de estar al borde de la intoxicación etílica.

—Te va a doler, claro, pero se te pasará pronto. Y eso es mejor que lo de Kacey.

—¿Quién eres? —pregunta, con el rostro pálido y los ojos muy abiertos. Nervioso pero no asustado. No tiene miedo.

Aún no.

—Alguien que está harta de dejar que los chicos se comporten como bestias mientras que a las chicas nunca las dejan ser nada. —Le acerco el mango y por inercia lo coge entre las manos, lo cual me permite empujarlo más y más al agua. Cuando comienza a tambalearse en la orilla del muelle, se aferra al palo. Las lucecitas rojas se están acercando, y cada vez son más—. Ojalá pudiera hacerte lo que tú le hiciste a ella, para que supieras lo que se siente. Para que sufrieras exactamente igual. Pero no puedo. Tendré que conformarme con esto.

Él solo me mira con la boca abierta. Está claro que no lo entiende. Y no tengo tiempo para esperar a que se le pase la borrachera y explicárselo mejor.

Retrocedo algunos pasos, me doy la vuelta y le doy una patada al palo del lazo de captura. Él se abalanza hacia atrás, soltando una maldición antes de caer al agua. Mientras me pongo los guantes de piel, camino por el muelle para observar la situación. No estoy a una distancia del todo segura. Los caimanes bien podrían subirse al muelle. Puede que por eso sus abuelos decidieran irse al norte un poco antes este año.

Dillon chapotea un momento, con la boca llena de agua. Pero el alcohol le dificulta la coordinación y el palo pesa más de lo que parece. Es difícil moverlo cuando intentas mantenerte a flote, y estás

demasiado asustado, distraído o borracho para darte cuenta de que solo tendrías que ponerte de espaldas y flotar.

Pero el ahogamiento no siempre es como se ve en las películas. Los manoteos no duran mucho y el cuerpo se va quedando laxo por la falta de oxígeno. Pronto, Dillon se pierde bajo la superficie y no vuelve a aparecer. Bajo el farol del vecino, las lucecitas rojas se encuentran en un punto y, de repente, el agua comienza a burbujear y sacudirse.

Sitúo mi bicicleta en el muelle, desde donde puedo ver a los caimanes, por si deciden salir a buscar un segundo plato. Termino antes de que el agua deje de agitarse, mientras los rugidos ahogados de los caimanes acallan a los grillos y las ranas. Me pongo la mochila, llevo la bicicleta al frente de la casa y me pongo a andar.

No miro hacia atrás.

No es suficiente.

Maldita sea, no ha sido suficiente ni por asomo. Ha faltado tiempo, dolor, vergüenza. Se suponía que con él iba a bastar, pero no. Ha pasado demasiado rápido, se ha muerto y fin. ¿Por qué le ha resultado más fácil que a Kacey?

¿Por qué permitimos que estos desgraciados sufran menos dolor que el que han causado?

La rabia y el resentimiento no desaparecen durante el largo camino de vuelta a la ciudad, no como antes. ¿Porque era algo personal? Todos son algo personal.

Siempre es personal.

22

Rebecca tira la sábana empapada de sudor al pie de la cama, suelta un quejido y se incorpora, con el cabello pegado a la piel de manera asquerosa. El aire acondicionado de Sledd Hall, que nunca ha funcionado bien, se terminó de estropear ayer por la tarde. Ahora, pese a que no son ni las cinco de la madrugada, el calor y la humedad llenan los pasillos y las habitaciones. Aunque no tuviera el rumor constante de las preguntas y la ansiedad en su cabeza, no había podido dormir en estas condiciones.

No se mueve de puntillas ni intenta ser discreta para no despertar a Hafsah. Tras casi tres años compartiendo cuarto, sabe bien que casi nada despierta a Hafsah, salvo Hafsah y la alarma elegida con cuidado por ella misma. Ha oído las historias sobre cómo Hafsah y su madre entrenaron su cuerpo para responder a esa alarma, y por lo visto se vieron involucrados varios cubos de agua helada.

Supone que eso cuenta como terapia de aversión. Si te despiertas con la alarma, no te echan agua fría.

Sin encender ninguna luz, Rebecca se pone unos pantalones cortos, un sujetador deportivo y un top de Ellie que no ha devuelto porque está esperando a lavarlo. Guarda las llaves, el móvil y la cartera en una bolsa que se cuelga cruzada y, de pronto, se le ocurre llevarse su cámara. Tiene que ahogar un gemido al estirarse para alcanzar la bolsa en la que está su bicicleta, en una repisa alta de la habitación, con una mano sobre la caja de trastos para evitar que se le caiga encima. Piensa que quien haya inventado las bicicletas plegables se merece un lugar especial en el cielo. No cabe duda de que le ha facilitado mucho la vida, y Ellie, Luz, Keiko y Susanna también tienen las suyas. Delia no tiene permiso para ir en

bici porque de niña se rompió varios huesos intentando aprender y fracasando, y a Hafsah no le gustan.

Casi siempre se mueven a pie por el campus porque es más fácil que cargar con las bicicletas, pero cuando necesitan ir más lejos que a los bares que hay al otro lado de la avenida, las bicicletas son una bendición.

El dormitorio permanece en silencio mientras recorre el pasillo y baja la escalera. Puede oír el zumbido de los ventiladores y unos cuantos ronquidos que le recuerdan por qué nunca se llevaría un rollo al dormitorio. No quiere convertirse en una de las muchas personas a las que saludan con imitaciones de los sonidos que hacen durante el sexo.

El exterior es... decepcionante, pues no la hace sentir tan aliviada como esperaba. El ambiente está denso y húmedo, con el ligero hedor a aceite de coche hirviendo en el pavimento. Le recuerda al año pasado, cuando el humo de los incendios de Sawgrass en los Everglades corrió hacia el norte por la interestatal. De vez en cuando sus padres y hermanos cuentan historias sobre los incendios forestales del verano de 1997, cuando parecía que tres cuartas partes del estado estaban en llamas. Algunos miembros de su familia ya formaban parte de la policía, y todos recuerdan los turnos dobles como voluntarios con los bomberos o para dirigir el tráfico en caminos o áreas recién cerradas.

Cuando se agacha, le cruje una pierna y, aunque es más fuerte el sonido que el dolor, se sobresalta igual. Hace un gesto de molestia y se estira. Le duele todo cuando intenta dormir y no lo logra porque siempre termina tensa, como si solo pudiera conciliar el sueño concentrándose con todas sus fuerzas. Porque es un plan sin fisuras. Niega con la cabeza, despliega su bicicleta y revisa que todo esté en su lugar antes de montar en ella.

En realidad no tiene un destino en mente. Casi nunca sabe adónde irá cuando está así; solo tiene que mover el cuerpo para que vaya al ritmo de su cerebro, que no deja de dar vueltas. Pedalea lentamente bajo la mañana gris, disfrutando de la poca brisa que hay. Le gusta cuando el campus está lleno de vida, pero también hay algo agradable en esto. La luz gris del alba suaviza los bordes de los

edificios más nuevos y llena las sombras entre los ladrillos maltrechos de los viejos. Es más fácil ver la historia cuando todo lo demás está inmóvil.

Durante un momento, una familia de mapaches se distrae de su saqueo a unos cubos de basura que hay detrás de un edificio. Desde los escalones estrechos cerca de la puerta, un gato callejero los observa con el pelo erizado, pero sin bufarles. Cuando Rebecca llega al confín del campus, sigue adelante y luego gira en la Treinta y cuatro, pedaleando en paralelo a un muro lleno de grafitis. Un cartel la hace detenerse y dejar la bici en el césped para que no estorbe a nadie mientras se para a verlo.

El muro se usa para toda clase de cosas. Felicitaciones de cumpleaños, el Día del Orgullo, anuncios de graduación, propuestas de matrimonio, homenajes, mensajes de apoyo a equipos deportivos, promoción de eventos. Los mensajes políticos suelen desaparecer pronto, igual que las cosas ofensivas. O sea que esos carteles o son nuevos o nadie ha sentido la necesidad de taparlos.

En uno se muestra el famoso tablón de bragas, y el dibujo de cada una tiene el nombre de una chica. Rebecca frunce el ceño, preguntándose si las chicas han dado su consentimiento o si es una violación más para ellas..., y esta vez mucho más pública. También están los nombres de los chicos en una columna alta con un marco de caimanes. Otro cartel muestra la caricatura de un caimán en una mesa, con tenedor y cuchillo y una servilleta a manera de babero. En el plato que tiene enfrente hay más nombres. Sobre la cabeza del caimán se lee *BON APPÉTIT* . Rebecca reconoce un par de nombres, pero no porque ya se los hayan comido los caimanes. Cerca del centro del muro, no exactamente al lado de la valla fija, pero cerca, hay una sección que al parecer empezó como homenaje a Santos. Aún se distingue algo bajo las letras pintadas encima con espray, y el original sin duda contrasta mucho con las palabras escritas en fucsia sobre su cara, en las que se lee GRACIAS . Debajo hay más nombres.

Rebecca descubre con sorpresa que su nombre está ahí. Quizá no debería haber tenido la esperanza de que el ataque que sufrió a

manos de Santos no se volviera un chisme, pero de todos modos se sorprende. Observa las letras escritas con cuidado que dan forma a su nombre, pero es solo su nombre de pila, gracias a Dios, y los músculos del pecho se le tensan al recordar sus dedos.

¿Hay catarsis aunque sea otra persona la que hable por ti? Quizá sí, aunque esté perdida en un mar de sentimientos.

Tras asegurarse de que no vienen coches, cruza el refugio de la calzada para ver mejor el muro. La hierba húmeda le hace cosquillas en el tobillo cuando se arrodilla para sacar la cámara de su bolsa. Varias asignaturas de Periodismo implicaban el uso de la documentación con fotografías, por lo que requerían que los alumnos tuvieran un buen equipo. Fueron semanas pesadas, pues aún no le había llegado el cheque con lo que había sobrado de su beca al terminar el semestre e iba asfixiada económicamente. Cuando acaba de revisar que todo esté en orden toma varias fotografías de cada cartel que está relacionado con las muertes recientes. Como es tan temprano, aún no se refleja la luz en ellos y no hay calor emanando de la calle que distorsione las imágenes.

A esa distancia es más fácil notar los distintos estilos de los carteles. Puede ver las diferencias entre unos y otros, que demuestran que ha sido el resultado de un trabajo en equipo, pero también que son de varios grupos. No estamos hablando de una chica enfadada, sino de una manada.

Mira a través del lente, pensando en que le gustaría que la distancia también le diera claridad metafórica. Por más que una fotografía pueda trasladarte a un lugar, la naturaleza de la foto te ubica en el exterior de los hechos. Se lleva la inmediatez porque es un medio que se extiende mucho más allá del momento.

Al parecer, la teoría le está fallando.

¿Qué provoca que un grupo de chicas salga en mitad de la noche para expresar su rabia y sus denuncias en un muro? ¿Por qué vale la pena, si hay tantos peligros? No suele pasar mucho por ahí, pero puede sentir esos peligros, puede sentir las lágrimas de rabia. ¿Fue diferente para las que llegaron primero, el valor y la fuerza para gritar en tecnicolor, que para las que llegaron después, las que

pudieron ver pruebas de que no estaban solas? ¿O se superpusieron, hombro sobre hombro, bajo la luz de las farolas?

Sostiene la cámara con ambas manos y la baja para observar el muro con sus propios ojos. Sin la distancia. Son tantos nombres. Tantas historias.

Está suscrita a las ediciones digitales de varios periódicos nacionales y revistas, y ha leído lo que han escrito sobre los acontecimientos recientes. El hecho de que involucre caimanes lo hace llamativo, así que le dedican una buena parte a eso, y a partir de ahí suelen desviar el tema hacia la urbanización y la destrucción del hábitat, de modo que ya ni queda claro si están del lado de los caimanes o de los constructores; en cualquier caso, ven a los chicos como un triste daño colateral. Casi siempre reenvía esos artículos a Susanna y a Delia.

Los otros se centran en los chicos como víctimas. Fulano de Tal estudiaba esto y quería ser aquello. Nacieron aquí y esta es su familia. Estos son sus amigos. Estas son sus aficiones y estos, sus logros y todo su potencial. Pocos artículos mencionan las historias que corren por el campus. Hasta los que las han mencionado de manera velada, con miedo hasta de usar la palabra *presuntamente* para no dañar ciertas reputaciones, se refieren a los chicos como «personajes posiblemente polémicos».

El tablón de bragas es el legado más importante de Jordan Pierce, un dedo en la herida de incontables víctimas, pero Rebecca no ha visto que lo mencionen ni una vez. ¿Es porque los periódicos tienen miedo de que los demanden? ¿O porque los periodistas no lo consideran relevante? Es solo una diversión sin consecuencias. Cosas de chicos. Después de todo, tenían tanto potencial.

Después de guardar la cámara en su bolsa, vuelve a donde está su bicicleta y empieza a pedalear en dirección al campus, en concreto hacia el letrero de hormigón con el peluche de caimán con corona y su colección de notas y baratijas. La universidad ordenó a los de mantenimiento que lo quitaran y cinco minutos después ya había aparecido uno nuevo. Ella sabe que hay más por el campus, haciendo una parodia macabra de las estatuas de caimanes de los negocios locales que los patrocinan por toda la ciudad. Puede que el

muro sea más grande, pero también es más fácil ignorarlo porque los paneles cambian con tanta frecuencia que las personas se olvidan de mirar qué hay de nuevo. Pero los caimanes decorativos son distintos: llaman mucho la atención y es imposible no verlos.

Alguien ha añadido un tendedero desde la última vez que Rebecca pasó a verlo. Unas pinzas de plástico sostienen varios calzoncillos con nombres e historias escritas con rotulador, una versión confesional del tablón de bragas de la fraternidad. En la base hay un recipiente con rotuladores, pinzas y paquetes de calzoncillos nuevos para quien quiera dejar su testimonio. Rebecca toma aire y valor y saca su cámara.

Con estas fotografías busca más detalles que con las que tomó el otro día con el móvil. Primero se aleja unos pasos para capturar la imagen completa y luego toma fotos individuales de las notas. No recuerda que antes estuvieran las fotografías pegadas que está viendo ahora. Son imágenes de chicas en fiestas o, peor, en salas de urgencias o en sus habitaciones, heridas y llorando. Saca una foto a una composición impresa de un antes y un después sin fijarse bien en el contenido.

Baja la cámara y se la pega a la barriga para que no se le caiga mientras observa el papel pegado al cemento con cinta adhesiva gris por los cuatro bordes para que no resulte fácil arrancarlo ni que se lo lleve el viento. En la primera mitad de la foto, la chica parece feliz, con una diadema de orejas de gato y una camiseta de un refugio de animales que organiza el maratón bianual de esterilización. La segunda mitad muestra a la misma chica, apagada, tendida en una cama de hospital, con los ojos cerrados.

—Kacey Montrose —dice la voz de un hombre a una distancia respetuosa de donde está Rebecca, quien se sobresalta, aunque sabe que es la voz del inspector Corby—. Lo que le pasó fue terrible.

Rebecca asiente, aunque le parece un gesto inadecuado. Aún se acuerda de cuando iba al hospital con flores y los apuntes de todas sus clases para que Kacey pudiera ponerse al día cuando la dieran de alta, y cómo sintió que el mundo se le desmoronaba encima cuando la madre de Kacey le dijo entre lágrimas que los doctores no creían que eso fuera a pasar. Recuerda que salió del hospital, llamó

a su padre llorando y él viajó dos horas en coche para ir a buscarla y llevársela a casa para que pudiera pasar unos días con su familia. Recuerda cómo pasó el resto del semestre a la deriva, intentando ayudar a los padres de Kacey.

El día que se supo que no se le imputaría ningún cargo, que no habría juicio, que no habría justicia, el inspector Corby la llevó a Steak 'n Shake y se quedó con ella toda la noche en el asiento de vinilo maltratado, cogiéndole las manos mientras ella lloraba y maldecía.

De pronto, Rebecca piensa en Ellie en la cama entre ella y Hafsah, hundida en ese mismo mar de sentimientos.

—¿Qué andas haciendo tan temprano? —Rebecca se aclara la garganta para deshacer el nudo que se le ha formado al recordar así a su amiga. Algún día podrá hablar de Kacey sin sentir que está a punto de llorar. Aunque no está segura de que eso vaya a ser algo bueno.

—No podía dormir —responde él—, así que he decidido empezar temprano y echarle un vistazo a esto ahora que no hay nadie.

—¿Quieres que me vaya?

—No, tranquila. No es nada oficial. —La mira con gesto intrigado, pero no le devuelve la pregunta.

—Hace demasiado calor en la habitación como para dormir. Iba en bicicleta por la Treinta y cuatro y me he acordado de esto.

Él hace una mueca de pesar y se pasa una mano sobre el cabello castaño.

—Las nuevas secciones.

—Son impresionantes.

—En una he visto tu nombre.

—Habérmelo dicho antes —señala ella con tristeza—. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ahí.

—¿Lo han escrito sin tu permiso?

—No tengo ni idea de quién lo ha puesto ni de cómo se ha enterado. —Eso la hace pensar en el resto de los nombres. ¿Quiénes se sentirían aliviadas? Y ¿quiénes traicionadas? ¿Sirve de algo o solo hace daño? Él se inclina para leer un pósit turquesa plastificado y

con algunas partes pegadas con cinta, porque al escribir se debió de romper el papel.

—Para serte sincero, nunca había visto un caso como este.

—¿Estabas acostumbrado a interrogar a otra clase de animales, pero nunca a caimanes?

—¿A qué hora es tu primera clase?

—A las diez, pero tengo que volver a mi cuarto para cambiarme y recoger la mochila.

El inspector la mira como si acabara de darse cuenta de lo que lleva puesto, y sus ojos se detienen por un instante en sus pantalones, un poco más cortos que cualquier otra prenda con la que la haya visto hasta ahora. Rebecca sonríe con discreción al notar que él se ruboriza y desvía la mirada.

—Te invito a desayunar.

—Cómo te gusta darme de comer —señala ella mientras guarda la cámara—. ¿Es algo tipo Hades y Perséfone, o es solo que te parece que estoy demasiado flaca?

Es imposible no reírse ante la respuesta atropellada del inspector, pero Rebecca lo intenta. Cuando al fin se le escapa la risa, él deja de hablar, la mira y vuelve a ruborizarse.

—Qué mala eres —dice al fin.

—Quizá. —Rebecca pliega la bicicleta y la guarda en su mochila. No es ligera, pero tampoco incómoda si se la pone bien sobre la espalda.

Se siente bien al caminar con él. Mantienen el mismo ritmo, y el inspector no intenta caminar más rápido ni dar zancadas más largas como suelen hacer algunos hombres. Su mano roza la de Rebecca un par de veces, lo que la hace pensar que si fuera un poco más valiente, podría mover la palma para que se pegara a la suya y entrelazar los dedos para ver cómo reacciona. Pero mejor no. Aunque su cumpleaños es pronto, sigue teniendo veinte, sigue siendo estudiante y sigue estando conectada tangencialmente con un asesinato. Aunque él sienta la misma atracción, también debe ser cuidadoso.

Rebecca se lamenta por un momento y luego se lo quita de la cabeza. Valora su amistad y su compañía, y no va a permitir que sus

deseos de que haya algo más arruinen lo que ya tienen.

—Me ha sorprendido no recibir una segunda visita de la inspectora Gratton —le dice mientras caminan—. Cuando me dijo que me llamaría, pensé que sería pronto.

Él se ríe y niega con la cabeza.

—Gratton valora mucho el tiempo, tanto el suyo como el de los demás. Si te vuelve a buscar será porque tiene preguntas específicas para ti, no para ver cómo vas. Pero ¿lo hizo bien?

—Fue muy amable y profesional. Puede que estuviera un poco abrumada por las entrevistas que hizo antes.

—Conozco la sensación.

—Aún no ha hablado con Ellie.

El resoplido burlón que se le escapa lo obliga a cubrirse la boca mientras sus hombros se sacuden por unas carcajadas que no logra disimular.

—No me refería a eso, pero tienes razón.

—Entonces ¿a qué te referías?

—Hay un ambiente raro en la ciudad últimamente, ¿no te has fijado? —pregunta.

—No he salido mucho, pero me queda claro que la universidad está revolucionada.

—Algo así, aunque debe de ser más visceral en el campus. La gente reacciona de formas muy dispares ante la muerte, eso ya lo sé. La satisfacción al sentirse vengada es una reacción posible, y es algo que he visto antes. Pero nunca había trabajado en un caso con tanta..., tanta... celebración pública. No sé si me explico. Y por supuesto, nunca había trabajado en un caso con altares en los que se proponen a las próximas víctimas.

—Están plasmando en palabras su dolor frente a un universo que al fin parece que las está escuchando —murmura ella. Piensa en las chicas que le lanzaron caimanes pequeños de plástico a un chico. Es algo más temporal que el muro, pero lo mueve lo mismo.

El inspector detiene sus pasos un instante y mira a Rebecca antes de volver a caminar.

—¿Cómo estás? —le pregunta tras un momento—. Con lo que le pasó a Santos.

Ella se toca el pecho por instinto y luego baja la mano al ver cómo el inspector frunce el ceño, preocupado.

—Físicamente estoy bien —dice con honestidad, pero...—. Supongo que todo esto me ha hecho reflexionar mucho sobre los contratos sociales.

—Contratos sociales —repite él, con tono neutral.

Rebecca no sabe si está intrigado o solo lo dice por ser amable, pero ella asiente.

—Todos esos acuerdos no verbales sobre cómo debemos interactuar unos con otros, los buenos modales y esas cosas. Pero muchos de esos contratos suelen usarse para mantener... Pues bueno, no exactamente el *statu quo* , sino..., más bien sí —decide—. Justo el *statu quo* . Esos contratos sostienen el sexismo, el racismo, el clasismo y toda clase de *ismos* que son sistemas inherentemente defectuosos. Mantener el dominio del *statu quo* depende de los contratos sociales que alientan algunas conductas y condenan otras.

—Vale, por ahora te sigo.

—Los contratos sociales suelen ser contradictorios —continúa ella —. Muchos están diseñados de modo que solo beneficien a la gente que ya tiene poder. Por ejemplo, si un hombre le dice a una mujer que es guapa, algunos contratos señalan que ella debe dar las gracias, mientras otros prefieren que sea modesta. Ninguno le da la posibilidad de que se sienta incómoda, o que esté ocupada o trabajando. Ninguno permite que la atención sea indeseada. «Gracias» o «¿Quién, yo?» son las respuestas aceptadas, y no hay forma de saber qué contrato quiere ese hombre que se cumpla, o sea que elijas lo que elijas te pueden castigar por igual. O puedes negarte a cumplir con el contrato y rechazar la atención, algo por lo que también te van a castigar. —Cuando nota que su mano vuelve hacia el pecho, la baja.

Él asiente, mirando entre ella y los pocos coches que pasan por la carretera. Parece cansado, rendido.

—Sucede todo el tiempo —agrega Rebecca con voz baja—. Cuando un hombre insiste en pagarle a una mujer una bebida que ella no quiere, pero por alguna razón es ella la grosera por no aceptarla. Se usa para obligarnos a bailar, a tener citas y sexo

porque nos hacen sentir que estamos fallándole a la sociedad. —Piensa en la noche en que Ellie salió del bar furiosa porque las habían educado para ser amables—. Lo ves cuando personas con críticas y quejas legítimas son reprimidas por no ser cordiales o amables con el pretexto de «elevar el discurso» o vigilar el tono, porque vigilar el contenido es un caso perdido. Si intentas convencer a la gente de que no hay forma correcta de decir algo, tal vez logres que ya no lo digan.

—Y tú rompiste el contrato social al rechazar a Santos.

—No pienso aceptar un contrato que subordine mis deseos a cualquier imbécil que crea tener derechos sobre mí —aclara ella—. Nos victimizan por nuestros buenos modales y nos castigan por los malos, pero ahora... —Señala hacia el altar—. Están rompiendo los contratos, diciendo todas las cosas que la sociedad les ha dicho que deben avergonzarlas; las están sacando a la luz y ya no les da vergüenza. No están reprimiendo su trauma para cumplir con las exigencias sin sentido de ser prudentes. Y eso es maravilloso, pero...

—¿Pero?

—¿Y luego qué?

—Algo bueno, sin duda.

—¿Eso crees? —Rebecca se encoge de hombros—. Quizá. Tal vez los contratos puedan romperse. Quizá la conversación pueda cambiar. Es algo que a la gente no se le da muy bien. Me pregunto si es un movimiento autosuficiente.

—¿Autosuficiente? —Sacude la cabeza y se acerca a ella y los dorsos de sus manos se tocan al caminar—. Aquí ya me he perdido.

—Esto está pasando por las muertes —señala Rebecca—. Quien sea que lo esté haciendo, la razón por la que lo está haciendo solo la conoce esa persona. Pero las acciones crean una historia, intencionada o no, que dice que se trata de una venganza. De una advertencia. Por primera vez son los violadores y los desgraciados los que deben tener miedo y no las chicas, y eso les da a ellas el valor para hablar, y hacerlo a gritos. Para romper con los contratos y saber que, por una vez, los chicos podrían tener miedo de castigarlas por ello. ¿Crees que tiene suficiente fuerza para mantenerse así, sin más muertes?

El inspector parece abrumado y Rebecca se arrepiente por un momento de sus palabras. Pero solo por un momento, porque él lo ha preguntado, y además es uno de los buenos.

—No lo había pensado así —reconoce él.

—¿Qué piensa tu capitán?

Con un gesto burlón, el color comienza a regresarle al rostro.

—Ya está empezando a creer que no fueron accidentes. Por un lado, están las coincidencias, pero por otro, la quiniela de víctimas. Ha pasado de asegurar que yo estaba perdiendo el tiempo al intentar investigar algo que no era real a asegurar que necesito apurarme para resolverlo antes de que mueran más jóvenes prometedores.

—¿Jóvenes prometedores? —repite ella incrédula—. ¿Ha leído algo sobre las víctimas?

—Sí. Y también intervino para que algunos de ellos no recibieran un castigo —dice. Rebecca agradece que intente hablar con tacto o ser profesional, pero de todos modos le cuesta trabajo controlar la rabia que le arde dentro—. Seré honesto contigo: los «jóvenes prometedores» me importan mucho menos que encontrar a quien está haciendo esto antes de que muera alguien inocente por error o que se pierda todo el control y se desate una masacre.

—¿No es ya una masacre?

—Hasta ahora, tiene un tipo específico en mente. ¿Qué pasará cuando eso le deje de importar?

Se detienen en el bordillo de la acera y miran la farola que hay frente a ellos. O más bien el caimán de carne y hueso que se aguanta sobre sus patas traseras, apoyándose en el poste como si trepara una pared o un árbol, mientras la señal para peatones queda enterrada en la mandíbula inferior. Su cola se tuerce hacia una esquina. Rebecca piensa que no está tan curvada como la de los gatos, sino solo un poco. El resto de su mente le está gritando que retroceda despacio.

—¿Y si mejor no vamos a Starbucks? —dice el inspector Corby, demasiado tranquilo.

—¿Y si mejor llamamos a control de animales?

—Me parece bien.

Rebecca no le quita la vista de encima al caimán mientras el inspector hace la llamada. No le alegra estar tan cerca del animal, pero al mismo tiempo agradece un poco que su presencia haya puesto fin a la conversación. Es diferente hablar de esas cosas con Hafsah, pues con ella puede ir soltando ideas y dándoles forma hasta convertirlas en una opinión sólida, pero al tratarlas con alguien más tiene la triste tendencia a tropezar con las palabras y termina mordiéndose la lengua.

En serio, ¿las chicas podrían ser tan valientes si los chicos dejaran de morir...? Eso no era para nada lo que quería decir.

¿O sí?

Bueno, en cualquier caso, probablemente no era la mejor idea para compartirla con un inspector involucrado en la investigación. Para hacer su trabajo, él no puede empezar a dudar si resolver el crimen va a causar más daño que bien.

Rebecca lo mira. El inspector está viendo al caimán con el ceño fruncido, golpeteando el suelo con un pie y con el móvil pegado a la oreja. Cuando lo ve levantando la otra mano para mostrarle el dedo corazón al reptil, Rebecca tiene que contener la risa.

Va a estar a salvo.

23

En la cabeza de Rebecca dan vueltas las partes de un reportaje, pero aún no ha logrado unirlas para darle forma. Es frustrante, pero sabe que si intenta forzarlo no solo no saldrá nada útil, sino que además ya no le quedará tiempo para empezar de nuevo y convertirlo en algo bueno. Por desgracia, tampoco puede concentrarse en hacer cualquier otra cosa.

Molesta y agotada, busca qué hacer en su dormitorio. El ganchillo está descartado, pues no puede quedarse quieta tanto tiempo. No puede estudiar, no puede leer, no puede echarse una siesta.

¿Podrá comer?

No, porque hace tiempo que nadie va al súper y ya casi no queda nada ni en el minibar ni en la alacena.

Genial.

Cómo odia cuando su cerebro se pone en ese plan.

Repasa la lista de sus compañeras de habitación para ver si debería invitar a alguna o preguntarles si necesitan algo. Hafsah está en clase, y Susanna y Delia han ido a un río a tomar muestras, pero no sabe dónde están las otras tres. En vez de mandarles un mensaje, va al baño que conecta sus habitaciones y se para en seco al encontrarse a Ellie sentada entre dos lavamanos, en sujetador y bragas, y leyendo algo en el móvil.

—¿Hola?

—¿Qué quieres?

A ver qué tal.

—Voy a la tienda. ¿Necesitas algo o quieres venir?

—Claro que sí, joder.

—¿Qué haces sentada en el baño? —le pregunta, intrigada, y se acerca a ella—. No se está más fresco aquí.

—Luz y Keiko están follando, y la pared es demasiado fina como para que no las oiga desde mi cuarto —responde Ellie—. Y no quería oírlas.

—Lo entiendo, pero ¿por qué en el baño?

—Tampoco quería vestirme.

Rebecca está a punto de decirle que podría haber ido a su cuarto o al estudio, pero se calla. Ellie hace las cosas a su manera, no pasa nada.

—Pues vas a tener que vestirte si quieres ir al súper. Tienen normas. —Estira una mano y toca una roncha en el muslo de Ellie—. Podemos comprar loción de avena para las picaduras de mosquito que tienes.

Ellie suelta unos quejidos y apoya la cabeza en el hombro de Rebecca como un gato.

—Gracias. Me acribillan por la noche. ¿Vamos a ir a pie o en bicicleta?

—En bici. Tráete tu nevera.

—Nos vemos abajo.

Rebecca sale del baño y va a por unos calcetines, busca su bolso, su bici y una bolsa para la compra. Todas las chicas en el estudio tienen una, fue un regalo que les mandó la madre de Susanna en primero, después de las vacaciones de invierno. Se lleva como mochila, su base es aislante y la parte de arriba puede adaptarse a distintos tamaños. Cuando la madre de Susanna se las llevó, vio cómo su hija lo celebraba por lo ecológica que era y que iban a gastar mucho menos plástico porque podrían usarla siempre. Cuando al fin logró callarse, su madre simplemente dijo que le parecía más práctico que cargar con varias bolsas normales.

Rebecca aún no sabe si lo dijo en serio o solo quería chinchar a su hija.

Una vez fuera, se va a un lugar con sombra para dejar su bici. Quizá es solo la huella que han dejado en su memoria las fotografías que tomó por la mañana o la conversación con el inspector Corby mientras tomaban un café, pero le abruma la cantidad de chicas que andan por ahí con caimanes pintados en las mejillas. Es algo que solo suele pasar durante la temporada de fútbol y a veces en la de

baloncesto. Pero no forma parte del día a día. Ha oído historias sobre una estudiante de diseño gráfico que tiene una máquina de serigrafía, pero ahora ve los resultados: un grupo de chicas llevan camisetas con la caricatura de un caimán bajo la leyenda «Si se te antoja algo rico, llama a». Debajo, hay distintos nombres escritos con rotulador. Algunas camisetas tienen más de uno.

Piensa en la conversación que mantuvo con Hafsah, suponiendo, o quizá deseando, que el asesino en realidad esté intentando forzar un cambio con sus acciones. Castigar a los violadores por sus actos, hacerlos sentir el mismo miedo que sienten todas, quizá hasta hacer que la gente los vea de otra forma. Se pregunta quién puede ser tan inocente como para pensar que puede funcionar.

Uno de sus tíos sigue mandándole mensajes diarios a las 6.37 de la mañana diciéndole: «¡Recuerda moverte en zigzag!». Pero ahora su esposa le manda otro mensaje a las 6:38 diciendo: «O empuja el chico que tengas más cerca hacia el caimán y huye». Como conoce bien a su tía, sabe que lo dice porque se preocupa por ella, pero lo hace a su manera, con ese humor que la convierte en la mejor compañía en las bodas, bautizos, funerales y otras ocasiones solemnes, pero el mensaje ha producido una expresión extraña en el rostro del inspector Corby al recibirlo esta mañana.

¿Cómo reaccionarían si las muertes no hubieran tenido nada que ver con los caimanes? ¿O si las víctimas fueran mujeres? O, de hecho, cualquier persona que no fuera un hombre blanco. Los hombres blancos heterosexuales creen que no corren ningún peligro, ya sea consciente o inconscientemente. ¿Qué reacción causaría si las víctimas no fueran unos completos imbéciles y desgraciados?

Recuerda el miedo que se apoderó del campus cuando se produjeron las primeras muertes, las que parecían accidentes. Cuando todos pensaban que solo era una consecuencia de invadir el hábitat y no se hablaba de un asesino en serie, un vengador o como lo hayan bautizado en Twitter. Le interesa más lo que dicen las noticias que las redes sociales, y han salido tantos hashtags que es imposible revisarlos todos y tener tiempo para hacer algo más.

—¡Listo! ¡Andando, perra!

Rebecca hace un gesto de fastidio y suspira.

—¿En serio?

Ellie solo le sonríe y se sube a la bici.

—Y te compraré una galleta.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Por fortuna, la tienda no está lejos. Y además no se encuentran con ningún caimán en las intersecciones. Por la mañana, Rebecca ha pagado el café, pues el inspector Corby tenía que vigilar al caimán hasta que llegara alguien del control de animales. Luego han ido a sentarse en un muro bajo y han visto, agobiados, cómo algunos coches casi perdían el control al cruzarse con la bestia. Aún se siente agradecida de que el caimán haya estado más interesado en abrazar el poste, o tal vez en intentar trepar a ese árbol extraño, que en atravesar la calle, porque podría haber sido una mañana mucho más accidentada.

Sabe que si atropellas a un venado, tu coche puede quedar muy maltrecho, pero le alegra no tener ni idea de cómo quedaría si atropellaras a un caimán.

Cuando llegan a la tienda, Rebecca hace que Ellie pague su galleta de inmediato para poder comérsela mientras recorren los pasillos. No tiene ninguna lista en mente. Tal vez no sea tan malo como ir de compras con hambre, pero sí las obliga a volver por donde ya han pasado conforme se van acordando de las cosas que faltan. Es la clase de situación que suele poner de malas a Ellie. Pero hoy, quizá porque es obvio que Rebecca está atontada, solo la hace reír, y apuestan cuántas veces tendrán que recorrer la tienda antes de tener todo lo que necesitan.

Cuando se acercan a la sección de farmacia por octava o novena vez, Rebecca se mete en uno de los pasillos más estrechos, toma un ungüento y lo echa al carrito.

Ellie lee la etiqueta y luego mira a su amiga.

—¿Esto me va a ayudar con las picaduras?

—Eso y el Benadryl te aliviarán un poco los ocho millones de picaduras de mosquito que tienes.

—Ay, como si los mosquitos nunca te hubieran comido viva a ti.

—Casi nunca me molestan. Al parecer no tengo buen sabor, así que nada me quiere picar.

En cuanto lo dice, se da cuenta de cómo suena, y obviamente Ellie lo entiende y se echa a reír tan alto que pierde el equilibrio, el carrito se le resbala y ella termina en el suelo. El carrito sale volando y Rebecca apenas alcanza a detenerlo antes de que se estrelle contra una estantería. Al sentir las miradas de la gente, se ruboriza; algunas son solo de curiosidad, pero hay otras muy despectivas.

Podría ser peor. Podrían estar frente a los condones y el lubricante. O que el inspector Corby lo hubiera oído todo. Aún siente el calor en sus mejillas y pecho, pero se apoya en el carrito y le sonríe a Ellie, que sigue en el suelo y está a punto de ahogarse de la risa, con un brazo sobre el estómago. Aunque sea a su costa, le alegra ver que Ellie está disfrutando de algo que no involucra violencia.

Cuando vuelven a Sledd, sigue siendo temprano. Lo llevan todo bien guardado, salvo por una bolsa de plástico que cuelga del manillar de Ellie porque no han sabido cómo guardar dos bolsas de patatas sin aplastarlas. Cada una lleva una botella de dos litros en los pantalones cortos, con la tapa metida en el sujetador, entre los pechos, para que no se caiga. Como han dejado las bicicletas fuera mientras estaban en la tienda, ambas llevan guantes para protegerse del metal hirviendo bajo las protecciones del manillar. Bienvenidos a Florida, donde puedes terminar con quemaduras de segundo grado al abrir una puerta.

Rebecca le dice a Ellie que suba con las cosas que hay que poner en el minibar lo antes posible, pues el milagro de la nevera portátil tiene sus límites, y se queda para plegar ambas bicicletas. Mientras, piensa que les urge hacer una colada e intenta no mancharse con los restos de césped de sus ruedas o el barro de las de Ellie. Quizá haya un servicio de lavado de coches que también acepte bicicletas; tendrá que preguntar.

Cuando termina de guardarlas en sus respectivas bolsas se levanta y coge su bolso para sacar su carné. A lo lejos oye su nombre y se da la vuelta, pero de entrada no ve a nadie. No es raro, pues al ser alta y tener la cabeza de color zanahoria, la gente suele verla antes de que ella ubique quién le habla.

Detrás de un grupo plantado en medio de la acera aparece el inspector Corby, pero no ha sido su voz la que ha oído, a menos que alguien le haya dado un tirón de calzoncillos. Luego ve a una ayudante del *sheriff* detrás de él, con un brazo sobre la espalda de Delia, y Susanna al otro lado de su amiga. Las dos parecen aterradas.

Rebecca coge las bolsas con las bicicletas y corre hacia donde están.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado?

En cuanto está lo suficientemente cerca, Delia se pone a llorar y se echa a los brazos de Rebecca para abrazarla con todas sus fuerzas.

—¡Yo no quería esto! —berrea contra el pecho de Rebecca—. ¡Si quisiera tocar a un muerto, habría entrado en Medicina! ¡Solo quería coger una muestra para ver si había taninos! ¡No esperaba encontrar un cadáver!

—Parte de un cadáver —aclara Susanna.

Delia suelta otro gemido y se echa a llorar con tal fuerza que la camiseta de Rebecca pronto queda empapada por delante. Dirigiéndole una mirada enfadada a Susanna, Rebecca baja las bolsas con las bicicletas tratando de no mover a Delia, y luego la abraza y la mece de un lado a otro para darle consuelo. Mira a la ayudante del *sheriff* y después al inspector Corby.

—¿Puedo pedir más detalles?

—Delia estaba sujetándose a las raíces de unos cipreses para coger una muestra de agua —le dice Susanna sin esperar a que los oficiales respondan—. Ha tocado algo con la mano. Pensaba que era hierba, pero al sacar la mano ese algo ha salido a la superficie. Era una pierna. O parte de una pierna. Como de la rodilla para abajo o algo así.

Susanna parece estar a punto de derrumbarse. Lleva sus bolsas y las de Delia entre mochilas y maletas con equipo de laboratorio para las muestras, pero en cuanto Rebecca le extiende un brazo, Susanna se lanza hacia ellas y hunde la cara en el cabello de Delia. Se ha mantenido de una pieza por Delia, pero eso no significa que el acontecimiento la haya impactado menos.

Mira a los inspectores controlando las náuseas.

—Y... eh... ¿habéis encontrado algo más? —pregunta.

Corby sacude una mano. No, Rebecca nota que no es Corby, sino el inspector Corby. Si han encontrado un cadáver, está trabajando.

—¿Más? Sí. ¿Todo? Aún no. Vamos a estar peinando el río con una red.

Rebecca cierra los ojos.

—Bueno, pues es oficial: no vamos a ir al Ichetucknee para mi cumpleaños.

Delia y Susanna asienten y la abrazan con más fuerza. Con todo lo que ha pasado, nadie en el estudio ha tenido tiempo de cumplir con sus planes. Se les ha pasado su viaje previo a la vuelta a clases porque lo tenían previsto para el fin de semana en que agredieron a Kacey. Siempre planeaban un viaje en primavera para celebrar tanto el cumpleaños de Rebecca como el fin del semestre, pero este año... pueden esperar. Ya podrán planearlo cuando pase la temporada de cortejo de los caimanes.

—Ha sido en el río Santa Fe, lejos de las aguas del Ichetucknee, así que no será problema. Pero, bueno... —El inspector se calla por un segundo, que basta para que Rebecca lo mire con intensidad—. Si en vez de allí vais a un manantial, mejor que mejor.

—¿Porque son más frescos?

—Así es.

—No vuelvo a acercarme al agua en mi vida —masculla Delia, y sus palabras se ahogan en la camiseta.

Se entiende. Es exagerado, claro, y poco probable que pase, pero se entiende.

Rebecca se pregunta si han encontrado las partes necesarias para identificar a la persona, pues con el cadáver del lago Alice les costó trabajo, pero no lo menciona. Además de ser una pregunta macabra, no podrían decirle quién es, aunque lo supieran. Necesitan confirmar su identidad y luego avisar a la familia. Una pregunta se impone a las demás: ¿qué pasará con la investigación si no es uno de los nombres escritos en el muro, en las camisetas o en las ofrendas? Frunce el ceño, intentando darle una forma más coherente a esa idea.

—La próxima semana empiezan los finales —dice Susanna en voz baja—. Después de eso la facultad estará casi vacía.

Rebecca mira al inspector Corby, que asiente con solemnidad. Todos han estado tan concentrados en lo que pueda pasar cuando termine la temporada de apareamiento que nadie se ha preguntado qué sucederá con la investigación cuando tanto las potenciales víctimas como los sospechosos se dispersen durante el verano.

¿Qué significará eso para el inspector?

—Vamos —les dice a sus compañeras—. Subimos y os dais un baño. Ellie acaba de guardar helado en la nevera, y cerraremos las puertas del pasillo para que nadie entre a molestaros con preguntas cuando corra la noticia.

La asistente del *sheriff* se aclara la garganta. Su cabello rubio oscuro está recogido en un moño bien apretado.

—Señorita...

—Nosotras no vamos a decir nada —aclara Rebecca de inmediato —. Pero era una excursión de una asignatura. No han ido solas. Y... ya sabe, todo el mundo está muy interesado en lo que está pasando.

—Aún no sabemos si está relacionado con la situación actual.

Delia suelta un resoplido burlón y el inspector Corby pone un gesto angustiado.

—Un bebé ha muerto este mediodía en el condado de Broward —dice él con voz suave—. Todos los condados tienen la orden de compartir cualquier información sobre incidentes relacionados con los caimanes.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Rebecca, intentando no imaginarse a ninguna de sus sobrinas en el lugar de ese bebé.

—Su abuela la dejó unos minutos en el patio trasero, en una piscina infantil, mientras iba a por un aperitivo y algo de beber. De pronto ha oído los gritos de la niña y ha salido corriendo con un arma que no ha hecho más que enfurecer al caimán. Un vecino ha visto lo sucedido y ha llamado al número de emergencias. La niña ha muerto por el camino y la abuela está grave. Ya ha perdido una pierna y podría perder la otra.

Delia comienza a llorar de nuevo. Claro, ha sido ella quien se ha encontrado con una pierna. Rebecca acaricia la espalda de su amiga

en círculos y toma nota de abrazar a todos sus primitos al menos tres veces en cuanto los vea. No puede ni imaginarse cómo sería perder a alguno de ellos.

—No podemos dar nada por hecho —agrega el inspector con incomodidad.

Rebecca asiente.

—¿Necesitan algo más de las chicas?

—Por el momento, no. Queríamos asegurarnos de que llegaran bien a casa.

—Y ahora volverán al río. —Para buscar las partes que faltan y posibles pruebas. Rebecca lo sabe, pero no lo dice. ¿Cómo sabes por dónde empezar cuando todo puede estar por cualquier parte? Es evidente que los caimanes deben haber esparcido todo lo que pretenden encontrar.

El inspector se encoge de hombros y juega nerviosamente con su corbata.

—Poneos crema solar.

Él la mira confundido, pero pronto su expresión se transforma en una sonrisa cansada.

—Cuídalas, Rebecca.

—Así lo haré. —Les da un apretoncito a sus compañeras y le devuelve la sonrisa—. Gracias por traerlas. Gracias a los dos.

La mujer desvía la mirada de las chicas al inspector Corby, pero solo asiente en un gesto cordial que no revela mucho sobre lo que está pensando en realidad. Rebecca se recuerda que no han interrogado a nadie en su estudio sobre los ataques de caimanes, y él no está trabajando en el caso de Santos, así que no hay razón para que lo acusen de falta de profesionalidad.

Tras un respiro, Rebecca se separa de Delia para coger las bolsas de las bicicletas y las coloca para servir de soporte a su amiga. Susanna sostiene a Delia del otro lado.

—Entremos.

24

Pasan horas antes de que Delia y Susanna se tranquilicen, y Rebecca está segura de que la única razón por la que lo logran es porque ya a ninguna de las dos le queda energía para seguir en crisis. Hafsah, Luz y Keiko siguen en la habitación con ellas, todas hechas una bola en una cama demasiado pequeña para cinco mujeres adultas. Han echado a Ellie en la primera media hora, cuando su buen ánimo, que ha mejorado aún más al saber que ha habido otra víctima de los caimanes, la ha llevado a enumerar todas las identidades posibles, haciendo que Keiko y Delia empezaran a llorar. Rebecca no la ha visto desde ese momento.

Por su parte, Rebecca aún tiene un reportaje en mente. Con una libreta entre su portátil y la cámara, se va al salón del tercer piso, donde estará a sus anchas y quizá hasta pueda hablar sola sin despertar a sus amigas traumatizadas, que al fin se han dormido. La mesita de centro se mueve con facilidad y, tras buscar en todos los sillones, encuentra dos almohadas para acomodarse. No está del todo cómoda, pero basta.

El portátil hace un sonido cuando reconoce la cámara y abre las fotos tomadas durante el día. Rebecca las revisa y lee cada nota del extraño altar. ¿Es para un dios vengativo? ¿O para uno sanador? Una de las fotografías llama su atención, por lo que la amplía y espera a que la imagen gane definición. ¿Qué hay ahí? ¿Por qué le parece conocida? La analiza con las rodillas contra el pecho y las manos en los tobillos.

Es la letra. Alta y delgada, con delicadas curvas en todos los lugares donde se pueden poner curvas; sabe que ha visto esa letra antes. Cuando se ha sentado, de hecho: está en la quiniela de la muerte que Kerry decidió no quitar, porque si se queda en un lugar

público al menos puede vigilarla. Esa nota es de alguien de la misma planta que Rebecca.

—¿Qué haces?

Como está tan concentrada en la pantalla, se sobresalta con la voz y las uñas se le clavan en los tobillos. Al levantar la vista se encuentra con Jules, que lleva el cabello café oscuro enredado por la espalda.

—Me has asustado.

—Ya lo he visto. —Jules sonríe y se instala de un salto en el sofá más cercano—. ¿Qué haces?

Tras pensarlo un momento, gira el portátil para que Jules pueda ver la pantalla.

—Quien haya escrito esto vive en nuestra planta.

—Sí. —Cuando Jules está teniendo un debate interno, no se muerde el labio inferior como la mayoría de la gente, sino el de arriba, lo que hace que, dependiendo de su humor, parezca un shih-tzu enfadado o un bulldog manso—. Es la letra de Lori.

—¿Lori, la que siempre lleva sudadera sin importar que los demás nos estemos muriendo de calor?

—Esa misma. Compartimos estudio el año pasado, pero luego nos cambiaron.

Rebecca mira de nuevo la pantalla. «Me dijo que me lo merecía», dice la nota con letras delicadas y casi frágiles. «Dijo que qué esperaba si iba vestida como una puta. Iba en camiseta y con unos vaqueros. Ahora dicen que soy una monja. Nunca ganamos. No podemos.»

No hay ningún nombre, ni el suyo ni el de él. Rebecca no se pregunta por qué es anónimo, la mayoría lo son, pero sí por qué no lo nombra a él. ¿No se trata de eso? ¿De que sientan vergüenza al ser acusados? Revisa otras fotos y se da cuenta de que casi la mitad no tienen los nombres de sus perpetradores.

—Tu expresión...

—¿Qué le pasa a mi expresión? —pregunta, mirando a Jules.

—Es la que pones en clase cuando vas a destrozar un argumento. Si fueras una gata, estarías meneando el trasero en el aire. ¿Qué vas a atacar?

—¿Por qué las chicas comparten sus historias en los baños?

—Para poder cuidarnos unas a otras cuando sea posible —responde Jules sin dudarlo—, y para que las demás sepan que no están solas cuando no podemos protegerlas.

—Y ¿por qué ahora estamos contándolo en público?

—Porque... Mierda. —Jules suelta una carcajada, con las manos en las mejillas—. Porque sabemos que alguien nos escucha. No sabemos quién, pero obviamente hay alguien. Al fin alguien nos escucha y... y...

—¿Cuántas veces hemos leído artículos en los que un policía, abogado o juez dice que no podemos permitir que «una noche de diversión» le arruine la vida a un joven prometedor?

—Demasiadas. —Jules pasa al suelo, junto a Rebecca, estira un brazo por encima de ella y le da clic a la siguiente fotografía—. Sus becas, sus títulos, sus futuros... A nosotras nunca se nos tiene en cuenta. No quieren escuchar nuestras historias porque ya han tomado una decisión.

«Era novio de mi compañera —dice otra nota—. Insistía en acostarse también conmigo, o se asomaba cuando me estaba bañando. Cuando se lo dije a ella, él le aseguró que era yo quien se estaba insinuando y ella me echó.»

—No denunciamos porque nadie nos escucha —dice Rebecca—. A nadie le importa. No denunciamos porque lo mejor que nos podría pasar es que nos ignorasen. Y suele pasar que nos castigan, no como a ellos. Ahora sabemos que alguien nos escucha. A alguien le importa. Es más fácil ser valiente si hay posibilidades de que algo bueno salga de eso.

—¿Valor de cocodrilo?

—Algo así.

«Greg Samuels se ofreció a acompañarme a casa al salir de clase porque estaba lloviendo. Luego dijo que si no le hacía una mamada me iba a dejar tirada a medio camino. Tuve que caminar más de nueve kilómetros bajo una tormenta eléctrica, y de todos modos les dijo a sus amigos que se la había chupado. Ahora sus amigos no paran de mandarme mensajes porque creen que soy una facilona.»

—No solo le hablan al asesino —prosigue Rebecca despacio, pues aún está uniendo las piezas—. Se están hablando entre ellas. Son las historias que se cuentan en el baño, pero al fin las están diciendo en público. Son advertencias y palabras de consuelo. No estamos solas. Y más... —Se muerde el labio, pensando en su nuevo descubrimiento—. Has leído los artículos que entregan en clase; ¿cuántos mencionan a los chicos como violadores? Ni uno —se responde, y Jules se limita a negar con la cabeza, frunciendo el ceño —. Pero los ojos de todo el país están puestos en Gainesville por las muertes, y quienes hayan comenzado los altares y los carteles en el muro les están dando algo más en que fijarse. Están hablando, y exigen ser escuchadas.

—Recuperamos nuestras voces.

Rebecca asiente, pensando en cómo lo dice como un esfuerzo colectivo, literal y metafóricamente. Si las demás chicas no hubieran hablado, si el susurro no se hubiera convertido en rugido, ¿quién lo habría notado?

—Por eso parece tan diferente. No es solo que al fin son los chicos los que están asustados, sino que ahora nosotras somos las que hablamos.

—Dios mío. —Jules apoya la cabeza en el hombro de Rebecca y suelta un escandaloso suspiro—. ¿Cómo vas a convertir eso en un reportaje?

—Hablando con personas que hayan dejado ofrendas, si aceptan. Será anónimo por completo si así lo quieren. A ver si podemos servir de altavoz para estudiantes de otras universidades. —Sus dedos están ansiosos por coger el bolígrafo y el cuaderno y, cuando lo hace, de inmediato saca una página en blanco. No le importa lo horrible que le salga la letra o si se salta letras o hasta palabras completas; solo quiere anotar todo lo que acaban de decir.

—Voy al cuarto a por el móvil —anuncia Jules mientras se levanta —. Lo traigo para enviar algunos mensajes.

—Jules. —Espera a terminar de escribir una idea y luego mira a su paciente amiga—. No presiones a nadie que no quiera participar, pero si les interesa, promételes que seré respetuosa. Cuéntales lo de

Santos si crees que servirá de algo. No me interesa explotarlas ni exhibir su dolor.

—Rebecca, si han escrito una de esas notas es porque están dispuestas a hablarlo en público. Contártelo en privado no será distinto que las historias en el baño.

Ella asiente con gesto reflexivo y sigue escribiendo mientras Jules se va a su cuarto.

Un par de minutos después llega Lori al salón, con una enorme sudadera que le cubre la mitad del cuerpo y unos pantalones de algodón anchos. Viene acompañada de otra chica, bajita y morena. Rebecca la reconoce: fue la que les habló de los primos Cooper cuando dieron la noticia en la televisión. Quiere preguntarle su nombre, pues le sabe mal no saberlo, pero es consciente de que no es un buen momento. Si promete anonimato y así lo quieren las chicas, ella no puede ser ninguna excepción.

—¿En serio crees que esto servirá de algo? —pregunta Lori en vez de saludarla.

—Creo que, sirva o no, tenemos poco tiempo para averiguarlo.

—Y ¿vas a hacer esto en vez de estudiar para tus finales?

—A estas alturas ya tengo claro que no voy a estudiar —responde Rebecca, encogiéndose de hombros—. Esto es más importante.

Lori no parece del todo convencida, pero la otra chica va al sillón y se sienta con las manos entre las rodillas.

—¿Podré leerlo cuando lo termines? ¿Antes de que lo des a conocer?

—Por supuesto.

—De acuerdo. —Toma aire y mira a Rebecca a los ojos—. Yo dejé una de las velas. Imprimí una foto de los Cooper, la pegué ahí y escribí «Gracias». Sentí como si por primera vez en mucho tiempo pudiera respirar. Mis cicatrices no van a desaparecer, pero ahora ya no temo encontrármelos por el campus, no tendré que aguantar los ataques de pánico durante las dos primeras semanas del semestre por la sola idea de que me toquen de compañeros en alguna clase. Es una bendición.

Rebecca se pasa casi diez minutos hablando con ella, viendo cómo los hombros de la chica se van relajando poco a poco al entender

que Rebecca no la va a presionar para que dé detalles. No tiene fotos de su vela porque la quitaron al retirar el primer altar, pero la chica conoce a alguien que sí la retrató y le promete que se las pedirá. Lori también empieza a relajarse al ver cómo va la entrevista, y cuando la primera ya no tiene nada más que decir al respecto, ella accede a contar su historia. Termina llorando, pero también nota que se ha quitado un peso de encima.

Rebecca le coge a Lori las manos, pues no sabe si un abrazo estaría fuera de lugar, pero quiere transmitirle algún gesto de consuelo y de gratitud por su fortaleza. Lori le responde con una sonrisa entre las lágrimas.

Después llega una chica de Thomas Hall que acompaña a otro par de Murphree. Y luego llegan más, siempre en parejas si no son de Sledd, aunque no tengan siempre una historia que contar. De una de las casas en Row sale una manada entera de chicas que llevan camisas con sus letras. Rebecca las recuerda, son las mismas que le contaron lo de Jordan Pierce. Solo dos le explican sus historias personales mientras sus compañeras las abrazan para demostrarles su apoyo, pero todas declaran haber pintado uno de los carteles del muro de la calle Treinta y cuatro. A Rebecca no le sorprende enterarse de que se trata del que mostraba el tablón de las bragas. Le aseguran que todos los nombres se pusieron con el pleno consentimiento de quien era nombrada, y Rebecca siente cómo uno de los nudos en su estómago al fin se deshace.

Hay fraternidades que funcionan perfectamente bien, Rebecca es consciente, pero... se suele saber mucho menos de ellas que de las que son horribles. Es difícil no pensar que todo el sistema es corrupto. Quienes entran en una fraternidad deben ser conscientes, aunque se comporten con toda rectitud, de la impresión que pueden dar a las personas que no forman parte de la fraternidad. Para los que aman su sección, los que trabajan para que sea algo de lo cual enorgullecerse, la mancha que representan algunas casas en Row son un golpe al corazón. Estas chicas aman a su hermandad y se la toman muy en serio, es evidente. Lo que Pierce y sus amigos hacen no solo las ofende como mujeres, sino como integrantes de casa.

Rebecca no acepta la fotografía del muro con toda la sororidad posando en ambos lados que las chicas le ofrecen. Tiene una foto bastante buena que tomó ella misma, y quiere hacer todo esto sin exhibir a ninguna de las mujeres involucradas. Le parece que cobra más fuerza si puede tratarse de cualquiera. De vez en cuando oye a Jules hablando en el pasillo, como la secretaria más extraña del mundo, intentando organizar a la gente para que las chicas puedan conversar en privado con Rebecca. No a todas les importa la privacidad, pero están de acuerdo con respetar los deseos de aquellas a las que sí les importa.

A nadie parece molestarle que todo eso se haga en mitad de la noche, ni que los finales empiecen el lunes, ni que la mayoría no conozca a Rebecca ni sepa si en realidad tiene principios. Alguien les promete escuchar, dejarles sacar toda la rabia que tienen y luego compartirla con el mundo.

La cabeza le da vueltas entre tantas historias, y sin importar cuántas notas tome, sus dedos están desesperados por escribir. Sospecha que no dormirá hasta que termine, sea lo que sea que eso provoque en sus exámenes.

Al oír que alguien va a entrar levanta un dedo para indicar que la atenderá en cuanto termine de garabatear las notas sobre el grupo que se acaba de ir. En el suelo, frente a ella, aparece un vaso de papel del que sale vapor y un calor que le llega a la rodilla. Levanta la vista para ver a una chica que va a sentarse en el borde del sofá, como si planeara salir corriendo en cualquier momento.

Linsey Travers.

Rebecca la mira confundida, pues su cerebro aún sigue atascado en la historia anterior. Termina sus notas, se coloca el bolígrafo sobre una oreja y estudia a la chica, que era una de las amigas del bachillerato de Kacey. La vio cuando ya habían pasado un par de semanas de agresión de su amiga. De pronto había desaparecido de las clases, y las pocas que la conocían dijeron que se había dado de baja para quedarse en su casa durante un semestre. En ese momento, Rebecca no estaba en condiciones de interesarse en eso, pues estaba concentrada por completo en Kacey, su familia y su propia rabia y dolor.

Linsey se aclara la garganta.

—Te gusta el chocolate caliente, ¿verdad? Siempre pedías eso cuando trabajamos en aquel proyecto.

Rebecca asiente, toma la bebida e inhala el vapor. Una parte de ella, la que se pasó casi todo el verano de segundo curso queriendo empujar a la chica debajo de un camión solo porque le caía mal, le dice que no debería confiar en ella, pero ¿todo esto no trata justo de confiar las unas en las otras? Le da un trago y distingue el sabor a vainilla, caramelo y canela. Cuando le da otro trago más grande, Linsey parece relajarse y se apoya en el respaldo del sofá. Rebecca intenta no hacer la obvia comparación con la chica que le compró una bebida a Ellie como agradecimiento.

—No sabía que ya habías vuelto a la facultad —dice al fin. Linsey asiente y envuelve su vaso con todos los dedos.

—Volví, pero... yo, eh..., dejé Periodismo. Me cambié a Trabajo Social.

Rebecca piensa en Daphne y se pregunta cuántas trabajadoras sociales elegirán esa carrera por sus propios traumas.

—Yo no estaba en la fiesta —suelta Linsey de pronto, con tono apurado—. En esa fiesta. Yo no estaba.

Rebecca no sabe qué decir al respecto.

Pero, claro, quizá Linsey no necesita que diga nada porque tras una fracción de segundo continúa.

—Kacey me dijo que te había invitado y yo... La verdad, no quería verte. Me pasé todo el tiempo que trabajamos juntas en el proyecto queriendo clavarte un lápiz en el ojo.

Como la risa la coge por sorpresa, Rebecca casi se ahoga con la bebida y tiene que tragársela como puede para no escupir sobre los papeles y el ordenador. Luego se cubre la boca con una mano, aún entre risas, y mira a Linsey a los ojos.

La chica le responde con una sonrisa triste.

—Sí, siempre me pareció que era mutuo. No quería verte, y no quería que Kacey tuviera que elegir, así que no fui. Y luego... —La expresión divertida desaparece de su rostro—. Yo puse su foto —reconoce Linsey—. Me sentí tan culpable por no haber estado con

ella esa noche... Es una estupidez, y lo sé; durante horas y horas de terapia me han dicho una y otra vez que es una estupidez.

—Estoy bastante segura de que tu terapeuta no te llamó estúpida.

—Quizá con otras palabras. Lo pasé muy mal, y por eso mis padres me llevaron a casa. Cuando me enteré de lo que le sucedió, me enfadé tanto que perdí el control. ¿Cómo pudieron...? —Niega con la cabeza e intenta recuperar la compostura—. Nuestras amigas la dejaron fuera del hospital. ¿Cómo pudieron? ¿Cómo fueron tan egoístas? Y luego mis padres me dijeron que estabas con los Montrose, ayudándolos, y me sentí todavía más culpable porque prácticamente yo había crecido en la casa de los Montrose. En esa casa hicimos fiestas, fiestas de pijamas, trabajos en grupo y reuniones de las Girl Scout; yo siempre estaba ahí e incluso bromeaba con que les empezaría a decir mamá y papá a sus padres, y no pude... Ni siquiera fui al hospital. —Mira su bebida, que debe de ser un moca de avellana, si la memoria de Rebecca no se equivoca. Decidieron comprarse sus bebidas favoritas durante el proyecto porque era la única forma de hacerlo soportable—. No podía ir al hospital y ver a Kacey o a sus padres en esa situación, así que fui a su casa. Limpié, lavé la ropa, preparé comida que terminaron tirando porque se echó a perder, ya que casi nunca iban a la casa. Cuidé a sus perros y gatos. Recogí el correo.

—Estaban agradecidos por todo lo que hacías —señala Rebecca en un susurro. Y es cierto; recuerda que mencionaron lo mucho que los ayudaba cuando Rebecca lograba convencerlos de que se fueran a casa unas horas.

—Por un tiempo te odié todavía más. Estabas haciendo lo que yo no podía hacer.

—Pero tú estabas haciendo aquello de lo que sí que eras capaz.

Los ojos de color café de Linsey se cubren de lágrimas, y asiente.

—Necesité tiempo. Todavía lo necesito, de hecho. Sigo en terapia. Me estoy adaptando a la nueva carrera y haciendo nuevos amigos. Y ahora he recibido el mensaje de Jules.

Rebecca lanza una mirada al pasillo, desde donde Jules la observa con una ceja enarcada. Rebecca tiene que controlar el impulso de hacer un gesto de fastidio porque sabe que no sería bien recibido (o

que se podría malinterpretar), pero bueno. Prometió escuchar sin juzgar, y nunca dijo que lo haría teniendo en cuenta quién le cae bien y quién no.

—No estaba segura de venir —dice Linsey—, pero... he pensado que a Kacey le habría gustado. Si... O sea, ya sabes...

Si hubiera podido saberlo, sí, a Kacey le habría gustado. Rebecca sonríe para hacerle saber que la entiende.

—La gente debería recordarla —señala.

—Kacey ayudaba a las personas. Le gustaba hacerlo. Por eso me cambié de carrera. Quiero ayudar en su nombre.

Rebecca extiende una mano y, tras un instante, Linsey la toma.

—Te deseo mucho éxito —dice Rebecca con sinceridad.

—Gracias. Y yo a ti. O sea, con esto. —Linsey se pone de pie y, con un extraño saludo militar con la mano con que sostiene su vaso, abandona el salón.

Jules está apoyada en una pared, con los brazos cruzados y el móvil en una mano.

—¿Ha servido de algo?

—No la culpaba, Jules —responde en voz baja, por si viene alguien por el pasillo—. Ya sabía que no estuvo en la fiesta.

Jules abre la boca, la cierra y pone gesto de confusión.

—¿En serio?

—Sí. Si ella necesitaba contármelo, me alegra que lo haya podido hacer. Pero nunca la he culpado por lo que pasó. —Sonríe con tristeza y le da otro trago a su chocolate—. Reconozco lo irónico que es que ninguna de las dos hubiésemos acompañado a Kacey porque no queríamos vernos, pero... no es nuestra culpa.

—Estás haciendo mucho trabajo emocional esta noche —indica Jules—. ¿Vas a seguir? ¿O quieres que mande a las siguientes a sus habitaciones?

—No las mandes a ningún lado. —Toma aire, se sacude y se quita el bolígrafo de encima de la oreja—. Voy a escuchar a todas las que quieran hablar.

—Bueno. Pero te voy a dar cinco minutos para que vayas al baño y te estires, venga.

Rebecca la obedece con una sonrisa. Aprovecha para ver cómo están Delia y Susanna, pero siguen profundamente dormidas en la cama con Hafsah, Luz y Keiko rodeándolas. No tiene ni idea de dónde está Ellie. Pero por una noche, con tantas historias dándole vueltas en la cabeza, no le apetecen más preocupaciones. Cuando vuelve, ya hay tres chicas en el sillón, apoyándose unas contra otras. Reconoce a la de en medio, no porque la conozca, sino porque hay una fotografía suya en el altar, bailando con unos pantalones cortos y una camisa de cuadros atada por debajo de los pechos, con una banda sobre uno de ellos que dice «Madrina». Ahora la misma cinta está sobre su regazo, pero manchada y desgarrada. Rebecca se sienta y se prepara para escuchar.

En cuanto hay luz, va con Jules a revisar que no haya nadie más y se retira para arreglarse. Cuando sale de Sledd para ir a uno de los salones privados de la biblioteca, aún es bastante temprano. Ahí podrá estar tranquila con sus pensamientos y todas las voces de las chicas que hablaron con ella. La mesa queda cubierta de papeles, páginas y páginas de notas, listas de los muertos con la fecha en la que fueron encontrados, una hoja con las fotos que quiere usar y cómo las colocará. Se acomoda en la silla frente a su portátil, se ajusta los auriculares sin música para bloquear cualquier sonido que no sea el de sus propios latidos y empieza a trabajar.

Casi ni se entera de la visita de Jules, que va a llevarle café y un par de dónuts recién hechos, tan calientes que el glaseado todavía se está derritiendo por encima. Hafsah le lleva el almuerzo y come con ella, haciéndola prometer que no se irá caminando sola al dormitorio si termina de noche. Rebecca escribe y reescribe con desesperación, equilibrando el tono y la estructura, intentando con todo lo que tiene asegurarse de que la historia plasmada en el papel sea la que quiere contar y no otro montón de estupideces que ensalza las supuestas virtudes de los muertos. Ella quiere hablar de las que están vivas.

Ellie le lleva la cena, y en algún momento se pregunta por qué a nadie le ha llamado la atención que tanta gente haya llevado comida a la biblioteca, pues no estaba al corriente de que las bibliotecas relajaban sus reglas durante la semana de finales. Mientras Rebecca

devora las quesadillas con patatas fritas, Ellie lee el borrador del artículo. Si tuviera menos hambre, le preocuparía la manera en que Ellie vuelve al inicio del texto en cuanto termina de leer, sin mostrar ninguna reacción aparente. Pero precisa los carbohidratos y las proteínas y el refresco para que su cerebro reciba el azúcar que le falta.

—Necesita un par de ajustes —dice Ellie al fin—, pero creo que es lo mejor que has escrito hasta ahora.

Rebecca se ruboriza. Es muy raro recibir un halago de parte de Ellie, especialmente sobre algún trabajo.

—¿En serio?

—Sí. Has logrado capturar algo importante. Algo difícil de atrapar. No sé cómo lo has hecho, pero has señalado cómo las chicas han sido vengadas sin decir que esos imbéciles merecían morir, lo cual es muy prudente si quieres que lo tomen en serio. ¿Lo vas a mandar a algún lado o se lo entregarás al blog de crimen?

—Voy a pedirles a algunas personas que lo lean esta noche, por si tienen comentarios al respecto. Quiero aprovechar que es el tema del momento; los textos sobre estas cosas no tienen muchas oportunidades de salir a la luz. Las noticias lo van a olvidar muy pronto.

—¿Aunque siga habiendo muertos? —pregunta Ellie con tono casual, como si no fuera nada de lo que tuviera que preocuparse.

—La gente se acostumbra a las cosas —responde en voz baja—. Aunque sean terribles. Los medios solo están dispuestos a prestarle atención a un tema durante cierto tiempo, antes de que se convierta en una nota al pie en un artículo de la página cuarenta y seis.

La hoja con los correos electrónicos de las participantes está doblada y sellada con cinta para proteger su privacidad, pero Rebecca ha tenido que agregar otras direcciones en el dorso conforme las ha ido recordando. Ellie revisa la lista y se detiene en uno de los nombres, dándole unos golpecitos con el dedo.

—¿Se lo vas a mandar a Corby?

—Es el inspector del caso. Sé que hay muchos ojos puestos sobre él...

—¿Porque no hay pistas?

—Y no es mala idea hacerle saber que voy a contribuir a la locura mediática. O sea, no creo que esto vaya a desatar más caos, pero...

—Si lo mandas al medio correcto, sí lo podría desatar. —Ellie vuelve a dar unos golpecitos sobre el nombre—. Sé que has estado leyendo tuits y artículos porque te conozco. Lo del Hombre de Florida ha sido un chiste popular en todo el país durante... ¿décadas? ¿Desde cuándo existen las redes sociales? Pero la gente está asustada por la reacción del campus a... todo esto. —Hace una seña que de algún modo engloba tanto las muertes como los altares —. Tu texto les ofrece una explicación que tiene sentido y no minimiza las dos emociones principales, que son tan opuestas: miedo y alegría al sentir que se ha hecho justicia. A menos que necesites hacer cambios fundamentales, deberías mandar este borrador a tus primeros lectores. Puedes agregar las correcciones menores mientras esperas su respuesta.

—De acuerdo. Gracias.

Tarda un buen rato más en darle forma para que las fotos queden justo donde ella quiere. Tiene un programa para eso, pero esta vez necesita agregar especificaciones personales y no conformarse solo con las que le asigna el profesor. Cuando al fin envía los correos, lo hace uno a uno a pesar de que hay muchos destinatarios. Quiere cumplir sus promesas.

—¿Ya has terminado? —le pregunta Ellie al verla cerrar el portátil.

—Por ahora. Solo necesito recoger y avisar a Hafsah de que estás aquí y que no volveré sola a casa, como le he prometido.

—De hecho, me ha escrito hace rato. Su grupo de estudio no se ha presentado a la reunión, así que ya se iba.

—¿Sola?

—No me lo ha especificado.

Rebecca se levanta y hace un gesto de dolor al sentir cómo sus músculos se estiran tras estar inmóviles durante un buen rato. Lo guarda todo en una carpeta, pensando que ya ordenará después sus papeles.

—Vamos a buscarla por el camino, por si acaso. Aún quedan imbéciles y descerebrados en el mundo.

—Tienen las horas contadas.

Rebecca niega con la cabeza mientras se acomoda la mochila.

—Por favor, no digas esas tonterías en voz alta. No mientras haya tantas investigaciones de asesinato en curso.

Ellie solo se ríe y recoge la basura.

—¡Por eso! ¿Quién va a notar uno más?

El muerto, sus amigos, su familia, la policía...

—Eres una chica con mucha suerte —dice Rebecca en voz baja mientras se acerca a la puerta. Aún no la ha abierto, pero ya puede sentir la electricidad de la atención de Ellie como una tormenta a punto de estallar—. Pese a todas las veces que la policía te ha llevado a comisaría, pese a todas las veces que has agredido a gente, aunque sea por una causa noble, nunca te han levantado cargos. Y por tu bien espero que así sigan las cosas.

—¿Pero? —pregunta Ellie, con tono y expresión desafiantes.

Como Rebecca la conoce mejor que nadie, puede ver que hay algo más detrás de ese gesto: confusión, intriga y un poco de algo que casi parece esperanza.

—Pero. No eres intocable, y un día de estos, si no andas con cuidado, te vas a meter en algo que no te va a hacer tanta gracia.

—Quieres decir que...

Rebecca se pasa la lengua por los labios y luego se muerde el inferior durante un buen rato. Ni ella ni Ellie desvían la mirada. Al fin, Rebecca toma aire.

—Solo te pido que vayas con mucho cuidado. —Abre la puerta y la sostiene para que Ellie salga primero.

25

Andar por el campus de noche con Ellie es una experiencia completamente distinta que con cualquier otra persona. No es que pase nada impresionante o que la gente las vea y salga corriendo en dirección contraria. Es solo que Ellie tiene un aura tan poderosa que transmite el mensaje de «Peligro: aléjate» y casi parece que nada pudiera pasarles. Da la impresión de que si alguien planeara atacarlas, sopesaría el riesgo en el que estaría poniendo su propia vida y su cuerpo y decidiría retractarse.

Pero el paseo no es tan relajante como debería. Quizá se debe a que le acaba de decir «creo que eres una asesina, pero estoy contigo» en otras palabras. Habría sido genial que su cerebro exhausto no se hubiese ido de la lengua. Por suerte, Ellie parece perdida en esa idea que no debería haberse dicho, por lo que no intenta continuar con la conversación. Gracias a Dios.

A solo unos días de los finales, hay más gente en la calle de lo normal, desesperada por aprovechar los últimos minutos con sus compañeros de estudio. Pero también hay zonas donde Ellie y Rebecca son las únicas personas a la vista. Si anda alguien más por ahí, está detrás de los edificios o de los árboles.

Llegan hasta McCarty Hall sin ver a Hafsah. Lo cual debería ser normal y tal vez significaría que el grupo de estudio sigue dentro si no fuera porque... las puertas están cerradas y las luces del vestíbulo, apagadas. Eso no necesariamente implica que no esté dentro, pero sí que no podrán entrar a comprobarlo.

Rebecca saca el móvil y le manda un mensaje a Hafsah para preguntarle dónde está. No recibe respuesta ni le aparece como leído.

—Las mejores rutas hacia Sledd pasan por el camino que hemos seguido.

—Puede que se haya puesto nerviosa y haya tomado una ruta no tan buena —señala Ellie, dándose unos golpecitos en el muslo con su botella de agua. Al igual que la de Hafsah, es pesada, de acero, y tiene dos bandas de plástico con picos en el asa. Mira a su alrededor.

—O puede que alguien se la haya llevado.

—Cínica.

—Vamos a buscarla, ¿de acuerdo? —Rebecca está cansada, lo sabe, y se siente agotada y con las emociones a flor de piel, lo cual la tiene de los nervios, pero quiere saber dónde están sus amigas. Quiere encontrar a Hafsah, volver al dormitorio, ver cómo están las otras y quedarse dormida escuchándolas hablar para saber que toda su gente está sana y salva en un mismo lugar. La hace sentir como si fuera un pequeño dragón que protege a su manada, pero al menos es un sentimiento familiar. Cuando Daphne volvió a casa del hospital, Rebecca iba de su patio al de ella cada noche antes de acostarse porque no podía dormir sin saber que su prima estaba a salvo y protegida. Mientras avanzan, le va mandando más mensajes a Hafsah con la esperanza de que le responda, pero nada. Abre un mapa del campus en el móvil. No tiene clases en McCarty, pero está cerca tanto del estadio como del dormitorio, así que no hay muchos lugares donde pueda estar.

—Tal vez deberíamos ir al estadio —dice—. Tiene muchos recovecos y ranuras por fuera.

—¿Hay alguna razón en particular por la que estés tan preocupada por Hafsah hoy?

Rebecca aún puede sentir las historias dándole vueltas en la cabeza, despertando una desesperación inusual por saber dónde está su amiga.

—Sigo pensando en el artículo —replica, y como Ellie también la conoce bien, solo asiente—. Además, mi cerebro reptiliano me pide que estemos juntas en el nido.

—Y no queremos decepcionar a tu cerebro reptiliano.

Siguen caminando y Rebecca masculla furiosa sobre las promesas y la hipocresía de Hafsah y cómo le va a poner una correa para

niños durante un día entero por causarle tanta preocupación.

Ellie le da un golpecito en el brazo.

—Oigo voces —susurra.

Reducen la velocidad y pisan con más cuidado. Rebecca también las oye, una es de hombre y la otra de mujer, y vienen de uno de los pasillos de arriba del estadio. Las sombras sobre el camino impiden ver con claridad hasta que se acercan más. Se asoman sobre el muro que separa la acera del césped y el campo. Hafsah está con la espalda contra un respaldo, con las manos arriba y las palmas hacia fuera. Frente a ella, en una postura imponente, un hombre tiene su hiyab en un puño y la otra mano sobre su hombro. Parece tan engreído, tan seguro de sí mismo... Ella, en cambio, está aterrada. Es el oficial Kevin.

Rebecca lo mira con el estómago revuelto. El oficial Kevin, que es un poco machista y muy paternalista, pero siempre está dispuesto a acompañar a las chicas a su casa.

Mierda.

Junto a ella, Ellie parece estar igual de impactada, pues los mira con la boca abierta.

—Tengo que irme —dice Hafsah con voz temblorosa. Habla lo más fuerte que puede sin gritar, intentando que se la oiga; con la excepción del miedo, es la voz que Rebecca le ha oído incontables veces mientras practica sus presentaciones—. He quedado con unas amigas para volver juntas al dormitorio.

—En un rato te podrás ir a casa, nena —le dice él, y todavía se atreve a reírse—. Solo tendrás que ganártelo. Con todo lo que hacemos para que las señoritas estéis a salvo, nos merecemos un poco de atención de vez en cuando.

Rebecca retiene a Ellie al notar cómo su amiga está a punto de lanzarse contra él.

—¿Quieres que le dispare? —susurra—. ¿O a ti? ¡Tiene un arma!

—¿Vas a dejar que...?

—Claro que no, pero ¡finjamos que somos capaces de pensar! —Llama a Hafsah en vez de mandarle un mensaje y eleva una oración para que no tenga el móvil en silencio.

Y no lo tiene en silencio. Hafsah se sobresalta al oír cómo el timbre rebota en el hormigón, pero luego parece recobrar un poco la fuerza y la seguridad.

—Son mis amigas —dice—. Me están buscando.

—Te pueden buscar un rato más. —El oficial la suelta del hombro para sacarle el celular del bolsillo y lanzarlo sobre el muro. Ellie salta para atraparlo y luego tira su botella de agua para que suene como si el móvil hubiera caído al suelo.

—Una nenita tan amable como tú no querría ser grosera, ¿verdad?

Mierda.

Rebecca se agazapa detrás del muro y tira de Ellie para que haga lo mismo.

—Ve hacia el lado de la calle —susurra—. Yo iré a la puerta de cristal y gritamos su nombre como si la estuviéramos buscando hasta encontrarnos en el medio, donde están. Rápido.

Ellie parece estar a punto de protestar, pero asiente y coge su botella de agua como si fuera un bate mientras avanza. Rebecca se va corriendo hacia los árboles, junto a la entrada más elegante del estadio, que es un enorme arco de cristal y metal entre dos secciones de ladrillo. Apenas puede oír a Hafsah desde ahí.

—¡Hafsah! —grita—. ¿Dónde estás?

De entre las sombras sale una expresión de sorpresa, seguida de un golpe seco y un gemido ahogado de dolor que hace que a Rebecca le hierva la sangre y se sienta lista para mandar a la mierda el plan, aunque haya sido idea suya.

Pero de pronto oye a Ellie.

—¡Hafsah! ¡Venga, perra, contesta el teléfono!

El oficial Kevin maldice y suelta el hiyab de Hafsah mientras Rebecca se acerca, usando el móvil como linterna.

—¡Hafsah! Hafsah, ¿dónde...? ¡Ah! —Enfoca la luz directa a los ojos del desgraciado—. ¡Ahí estás! ¿Estás bien?

La luz se refleja en la lágrima que corre por el rostro de su amiga.

—Se asustó un poco, es todo —dice el oficial con una sonrisa encantadora, y sus pulgares en el cinturón.

—Ellie también te está buscando —dice Rebecca, mirando de reojo al oficial. En concreto hacia la mano izquierda, que está muy cerca

de su pistolera—. Déjeme avisarla. —Y antes de que el oficial decida si quiere intentar silenciar a dos chicas en vez de a una, Rebecca le grita a Ellie.

—¡Está dentro!

—¡Voy!

Ellie corre y trepa el muro para dejarse caer en la hierba.

—Este es tu móvil, ¿no? —Se lo muestra—. ¿Has visto a algún caimán o algo así?

—Algo así —responde Hafsah con voz ronca—. Suerte que lo has encontrado.

Ellie no avanza para entregárselo, sino que se queda con él en la mano, con la cámara apuntando hacia el oficial y su amiga. Rebecca se da cuenta de que está grabando, y da gracias por su voluble amiga.

—Qué suerte que te hayas encontrado con un ciudadano tan honorable como el amigable oficial Kevin.

—¿Sabe qué? Debería pedirle a algún técnico que le eche un vistazo a la cámara de su uniforme, señor —añade Rebecca, intentando, quizá sin éxito, sonar inocente—. Al parecer pasa más tiempo apagada que encendida.

Él se cubre la cámara con una mano, aunque da lo mismo. Ya han visto todas que no tiene la lucecita roja encendida.

—Vámonos, Hafsah. Creo que voy a pedir la cena a domicilio para todas, invito yo. Una última alegría antes de los finales, ya que no podremos ir al río la semana que viene. —Ellie muestra los dientes con una sonrisa obviamente amenazante—. ¿Lo sabía, oficial Kevin? Ayer encontraron otro cadáver. Otro descerebrado que les hizo daño a chicas del campus. Supongo que los caimanes se han hartado de que traten así a las *caimanas* .

Sin duda, las *caimanas* sí que se han hartado.

Rebecca se acerca a Hafsah con una mano extendida, y su amiga la coge con mucha fuerza, temblando.

—¿Dónde está tu mochila?

—Se le ha caído aquí —dice el oficial, que sigue fingiendo que no pasa nada. Rebecca nota que no deja de mirar a Ellie, aunque es

difícil saber si en realidad está viendo a su amiga o al móvil que sigue apuntado hacia él.

Rebecca cuelga la botella de agua en una correa de su mochila y coge la de Hafsah antes de avanzar junto a su amiga.

—Lo dejamos para que siga patrullando, oficial. Nosotras nos encargamos de que llegue a casa entera.

—Dejad que vaya a por mi bicicleta, os puedo acompañar...

—Y una mierda —dice Ellie con indolencia.

Hafsah y Rebecca hacen un gesto de miedo al ver la mano del policía cerca del arma, por lo que Rebecca se pone delante de su amiga.

—¿Que no me ha oído, oficial Kevin? —Con una risita maliciosa, Ellie avanza despacio hacia las otras, tratando de no perderlo de vista—. Las *caimanas* del campus ya están protegidas. Pero estoy segura de que los desgraciados y los violadores le agradecerán la escolta. Que pase buenas noches, ¿me ha oído?

Las chicas siguen retrocediendo hasta llegar a un espacio bien iluminado.

Rebecca le pasa la mochila de Hafsah a Ellie, pues solo lleva la bolsa de su bicicleta.

—¿Puedes ir rápido? —susurra.

—¿Y si mejor corremos? —pregunta su amiga, casi llorando.

—Sí. No estamos lejos.

Se ponen a correr con Hafsah entre las otras dos. Rebecca vigila el área frente a ellas mientras Ellie va vigilando la retaguardia. Como ya son tres, es probable que el oficial no intente propasarse, pero igual podría seguirlas para amenazarlas para que no digan nada, o simplemente para ver adónde van. Es arriesgado ir directo a Sledd, pero Rebecca no quiere perder tiempo buscando a alguien que las deje entrar a Thomas.

Ellie golpea su carné en el lector y casi las empuja al interior en cuanto la puerta se abre. Cuando al fin están seguras dentro y con la mínima protección extra que les da la puerta cerrada, Hafsah casi se desploma sobre Rebecca. Las tres se van a los sillones y se dejan caer encima mientras Hafsah se echa a llorar con desesperación.

Kerry se asoma detrás del escritorio de la recepción, alarmada.

—¿Está bien?

—Espera. —Ellie observa el móvil de Hafsah con el ceño fruncido. Hafsah usa un código de desbloqueo en vez de su huella digital o su rostro para que no la puedan obligar a abrirlo, pero todas las del estudio se lo saben por si hay una emergencia. Un poco después, el móvil de Ellie anuncia un mensaje recibido—. Voy a mandar el vídeo.

—No, por favor —exclama Hafsah—. No servirá de nada.

—Claro que sí. —La pelirroja se pone de rodillas frente a sus amigas y abraza las piernas de Hafsah—. Esta vez no es tu palabra contra la de él. Tenemos pruebas en vídeo. Eso marcará la diferencia.

—¿Cuándo ha servido de algo? —pregunta con pesar. Rebecca acaricia la espalda de Hafsah en círculos.

—El oficial Kevin ha acorralado a Hafsah —le dice a Kerry, quien ha abandonado el mostrador para acercarse a los sofás, preocupada—. Ha intentado obligarla a... —Aprieta los labios, pero es la clase de silencio que se explica solo.

La otra chica se sienta en el brazo del sofá con gesto angustiado.

—¿Necesitas que te lleve al ambulatorio o a urgencias?

Hafsah niega con la cabeza.

—Solo me ha hecho algunos moratones. Ellie y Rebecca han llegado a tiempo.

—Debí preguntarte si alguien del grupo te podía acompañar de vuelta o hacerlo yo —masculla Rebecca—. Me has hecho prometértelo, pero yo no he hecho lo mismo por ti, y mira lo que ha pasado.

—No ha sido tan grave —indica Hafsah con una sonrisa nerviosa. Por más desganado que es el gesto, se ve peor por el camino de lágrimas en sus mejillas—. Ya sabía que no debería andar sola.

—No tendría por qué ser así. —Pero Rebecca no insiste más. Hafsah ya lo está pasando suficientemente mal, no necesita cargar también con la culpa de su amiga. Hay otras formas de ayudarla—. Vamos a revisar tu calendario de exámenes en la habitación y lo compararemos con todas las del estudio. Si no logramos que haya alguien para acompañarte a cada uno, buscaremos a otras chicas.

—No hace falta durante el día. Él hace sus rondas por la noche.

—¿En serio confías en eso? —pregunta en voz baja.

—Pues... no.

Ellie se acuclilla y escribe mensaje tras mensaje en el móvil.

—Con esto van a despedir a ese cabrón. Rebecca tiene razón, deberemos escoltarte hasta entonces, pero va a funcionar.

Rebecca mira a Kerry, que parece tan incrédula como ella. Piensa que lo peor que podría pasar es que le pusiesen una sanción o que lo suspendieran de manera temporal por llevar la cámara apagada, pero no cree que vaya a pasar nada más. Aunque Ellie ha empezado a grabar en cuanto ha cogido el móvil de Hafsah, no cree que haya captado nada grave en realidad.

Ellie las mira y hace un gesto enojado.

—¿Qué? Lo tenemos grabado atacándola.

—Veamos el vídeo —sugiere Kerry—, para comprobar bien qué es lo que tienes.

Gracias a Dios que está Kerry. Ha sido una gran supervisora, en especial después de lo sucedido con Kacey. Rebecca va a extrañar su paz, su sensibilidad y su incapacidad para tolerar la mierda de otros. Hasta Ellie parece respetarla, al menos cuando no está cegada por la furia.

El vídeo es...

Quizá se vería mejor en una pantalla grande, pero por lo que se ve en el móvil, con Hafsah apoyada en Rebecca con los ojos cerrados, está demasiado oscuro para observar bien de lo que se trata. Se ven sombras moviéndose un poco y se oyen los gritos de Hafsah, pero aparte de eso, es solo el oficial Kevin dándole el hiyab y estando demasiado cerca de ella. La verdad es que queda peor Ellie que el policía.

Kerry niega con la cabeza.

—Lo siento, Ellie, pero eso no va a servir de nada.

Al ver cómo Hafsah se lleva la mano al hiyab, masajeando el lugar donde la ha agarrado el oficial Kevin, Rebecca niega con la cabeza.

—Vamos arriba. Te vas a sentir mejor cuando te cambies de ropa.

Hafsah la mira con una expresión de pura gratitud, pero Ellie suelta un sonido burlón.

—Claro. Otra ropa lo arreglará todo.

—De las tres, ¿a quién han atacado este mes y por tanto sabe qué hace sentir mejor? —Rebecca y Hafsah levantan la mano.

Ellie las mira con rabia.

—¿Y la justicia? ¿Eso no os haría sentir mejor?

—¿Qué clase de justicia crees que va a haber? —suelta Rebecca—. Los policías se protegen entre ellos, ya lo sabes. Haya hecho algo malo o no, hay un muro azul que se interpone entre tú y la justicia que crees que se podría hacer con ese vídeo. Ya lo sabes.

—¡Todo tiene su límite!

—Esto no —le dice Rebecca, muy a su pesar—. No un intento de violación. Ni tampoco una violación consumada. A veces ni un asesinato. Los agentes se apoyan entre ellos estén bien o mal, porque los han entrenado para ser ellos contra el mundo, y si van contra eso, los buenos son expulsados. No dejes que la adrenalina te engañe haciéndote pensar que un vídeo en el que se ve un intento de abuso a medias va a cambiar algo.

Kerry le da unos golpecitos a Hafsah en el hombro.

—¿Cómo lo haces para vivir con estas dos?

—Las mantengo en lados opuestos del estudio. —Su sonrisa parece tener más fuerza, como si ver a Ellie y Rebecca discutiendo hubiera restaurado un poco el orden natural de las cosas.

Ellie las ignora.

—¿Y qué? ¿Crees que vas a cambiar el mundo con tus artículos? Esto es lo que la policía ha hecho bien, pero ¡ay, caray!, acaban de matar a alguien a sangre fría, esa parte se podría mejorar.

—Por supuesto, no como la gente que grita «¡A la mierda la policía!»; a ellos sí que les van a hacer caso. —Rebecca suspira—. No digo que no lo denuncies, Ellie. Solo digo que no va a tener la clase de consecuencias que esperas. Me apuesto lo que sea a que en el Departamento de Policía de Gainesville saben que el oficial Kevin es un problema, y sin duda lo sabe también la policía de la universidad, pero sigue aquí, con su placa y su uniforme. Esto no será el punto de inflexión que esperas.

—Pues entonces ¡deberíamos matarlo! —grita Ellie, y luego se pone de pie para empezar a dar vueltas de un lado a otro entre los sofás como una fiera enjaulada—. Si no podemos hacer que

responda por sus actos, lo matamos antes de que pueda dañar a alguien más. ¡Sería por el bien de todas, joder!

Kerry parece alarmada, Hafsah, agotada, y Rebecca se limita a negar con la cabeza y suspirar.

—Ellie.

—Estoy segura de que a los caimanes les encantaría. Puede que lo noten un poco fibroso por la bici, pero la comida es comida, ¿no? Y más en temporada de apareamiento.

—Ellie.

—¿Por qué limitarse a los estudiantes cuando hay tantos imbéciles en el mundo que deben morir? —Su cabello se sacude por la fuerza de sus movimientos. Se ha convertido en un huracán de rabia—. Si es de la policía de la universidad, igual ayuda a limpiar el campus.

—¡Ellie! —Cuando al fin se da la vuelta para quedar de frente al sofá, Rebecca la mira con severidad—. ¿Es que nunca has oído hablar sobre la negación plausible?

Ellie la mira confundida por un instante y luego se echa a reír a carcajadas, tan volátil como siempre.

—Por Dios, Rebecca, hasta parece que quieras que lo mate.

—Si te van a arrestar y a interrogarte por algo, preferiría que fuera después de los finales —señala Rebecca, con una voz tan fingida que logra sacarle una risita a Hafsah—. Será difícil conseguir donaciones para pagar tu fianza si todo el mundo está centrado en los exámenes.

Ellie se deja caer en un sillón y se echa a reír con las manos sobre la barriga.

—Igual lo mato.

—Y dale con eso... —Mira a su amiga con severidad. Está siendo demasiado temeraria.

Una alerta hace que Ellie mire su móvil.

—Dice el inspector Corby que llega en diez minutos.

Rebecca se incorpora.

—¿Por qué?

—Porque le he mandado el vídeo.

Eso no explica por qué va a ir a hablar con ellas al respecto, a menos que Ellie haya adjuntado algún mensaje incendiario para

acompañar el vídeo. No hay mucho que pueda hacer un inspector de la policía de Gainesville por lo que respecta a las faltas de un policía de la universidad, en especial si es tan probable que su capitán interfiera en cualquier cosa que intente hacer. Pero ¿a qué se debe su visita? Seguramente está metido en la investigación del chico del río.

—¿Te quieres cambiar antes de que llegue? —le pregunta a Hafsah, pero su amiga niega con la cabeza.

—Creo que no debería. Y la verdad, cuando llegue al cuarto, no voy a querer volver a salir.

Rebecca la abraza de lado.

—Sé cómo te sientes.

El teléfono de la recepción suena y sobresalta a Kerry.

—Mierda. Bueno, debo volver al trabajo. Si necesitáis lo que sea...

—Te avisamos —le promete Rebecca—. Gracias.

Como Hafsah ya ha dejado de temblar, aunque sigue sollozando de vez en cuando, Rebecca se levanta y coge sus botellas de agua, incluso la de Ellie, que cuelga de su mochila.

—Ahora vuelvo. —Aunque el aire acondicionado haya muerto y les haya quitado a todas las ganas de vivir, al menos aún tienen agua fría. Llena las tres botellas en la fuente y luego mete un brazo bajo el chorro para mojarse la cara interna de la muñeca. Su abuela siempre le ha dicho que cuando tenga demasiado calor se centre en los puntos de pulso, pues eso le ayudará a que el resto de su cuerpo se enfríe más rápido. No sabe si es verdad, pero lo hace de todas formas.

Tras entregar las botellas a sus dueñas y sentarse en el sofá, pone la muñeca casi helada en la frente de Hafsah, quien gime y se pega más a ella.

—Qué maravilla —dice entre dientes.

Ellie se bebe el agua de golpe con tragos enormes y luego hace un gesto de dolor y se agarra el estómago. Rebecca niega con la cabeza. Una chica de Florida como Ellie debería saber bien que no hay que tomar agua tan fría así de rápido; es evidente que le va a doler el estómago.

—¿Cómo está Delia? —pregunta Rebecca.

Ellie resopla.

—Está escondida entre sus libros y se niega a dar detalles. Se ha encontrado un trozo de cadáver, pero se niega a hablar de eso.

—Yo creo que la policía le ha ordenado que no diga nada —señala Rebecca—, así que deja de molestarla. Está conmocionada y tiene que estudiar.

—Sí, seguro que está muy concentrada en su proyecto final, en el que analizará la estructura tánica de su agua de cadáver.

—El profesor le ha dado una muestra nueva hoy —aclara Hafsah —. Ha dicho que Delia ha tomado la muestra de forma correcta y que no es justo que el hecho de que la oficina del *sheriff* le haya quitado la muestra original repercuta en su nota.

—¿Por qué? —pregunta Rebecca con gesto confundido, intentando descifrar la ciencia que hay detrás de esa decisión, aunque debe reconocer que ese no es su fuerte—. El río está lleno de agua; ¿qué pueden obtener de la muestra de Delia que no se pueda encontrar en cualquier otra que tomen ellos mismos?

—No lo he preguntado.

Ellie se encoge de hombros.

—Se lo podemos preguntar al inspector Corby cuando llegue.

26

No tienen que esperar mucho. El inspector llama a la puerta al llegar y Kerry hace una seña a las chicas para que se queden donde están mientras va a abrirle. Tiene los brazos y las manos bronceados, pero su rostro y nuca tienen un color rosado por las quemaduras del sol. Rebecca sabe que podría ser peor, pues tanto ella como Ellie se gastan más dinero en crema solar que en champú, pero de todos modos parece bastante doloroso.

—¿Estás bien, Hafsah? —Son las primeras palabras que salen de la boca del inspector.

—Más o menos —le responde ella con una sonrisa insegura—. Me saldrán algunos moratones en los hombros y la espalda, pero fuera de esto, creo que estoy bien.

—¿En la espalda?

—No se llega a ver en el vídeo por la falta de luz —le susurra Rebecca a Hafsah—. Solo se oye tu grito.

Hafsah asiente.

—Cuando las chicas han empezado a gritar mi nombre, me ha empujado contra una columna de hormigón.

El inspector se sienta en el brazo del sillón donde está Ellie para no quedarse frente a Hafsah con postura amenazante. Rebecca nota con pesar que parece exhausto. Sin duda, su capitán lo está presionando para encontrar al asesino. Porque se trata de jóvenes prometedores y todo eso. El policía se frota el rostro con las manos y hace un gesto de dolor por las quemaduras del sol. Luego suspira y baja las manos al regazo, mirando a Hafsah con solemnidad.

—Cómo querría tener algo bueno que decirte.

Hafsah y Rebecca asienten, pues ya se lo esperaban, pero Ellie suelta un chillido y le da un golpe en la rodilla al inspector.

—¿Qué cojones, Corby?

—Antes que nada, Hafsah, doy gracias de que no te haya podido hacer nada más.

—Pero no es suficiente para condenarlo —dice ella—. Lo sé.

—¡Hafsah!

—Es lo que Rebecca intentaba decirte, Ellie. Aunque lo hubieras grabado todo, desde que me vio, ¿qué le podría pasar? ¿Le pondrían una amonestación?

—Tú decides si quieres denunciarlo a la policía de la universidad —continúa el inspector Corby antes de que Ellie pueda oponerse—. Tienes todo el derecho a hacerlo.

Con una mirada a Rebecca, quien solo se encoge de hombros, Hafsah se lo piensa, haciendo girar los pulgares uno contra otro bajo las mangas de su camisa.

—¿Qué probabilidades hay de que el resto del departamento tome represalias? —pregunta al fin.

—Quién sabe —responde él—. Las mujeres policía lo entenderán; lo odian, pero no han conseguido que lo echen del departamento. Con los hombres es más difícil saber su reacción. A muchos no les cae bien Kevin ni están de acuerdo con lo que hace, pero eso no significa que no lo vayan a proteger mientras esté en sus manos.

Rebecca suspira. La solidaridad es una droga dura. Le gustaría decir que su familia es inmune, pero también ellos han defendido a compañeros corruptos. Puede que los policías no estén de acuerdo y expresen sus quejas en privado, pero en público son un muro de apoyo impenetrable.

—Y no es jurisdicción del Departamento de Policía de Gainesville, ¿verdad?

—Si la policía de la universidad decidiera abrir una investigación, y si decidieran recusarse para evitar sesgos, podrían pedirle al Departamento de Policía de Gainesville o a la oficina del *sheriff* de Alachua que se encargasen. En resumen: no.

Rebecca espera que el inspector Corby sea sincero, pero de todos modos se lo agradece. No intenta suavizar sus respuestas, pero tampoco las presenta de una forma en la que puedan influir en Hafsah o asustarla. Solo está respondiendo, y lo hace con tanta

naturalidad como si estuviera hablando del clima, pese al terrible peso de sus palabras. Puede ver cómo Hafsah se va tranquilizando, se incorpora un poco en su lugar y su respiración recupera el ritmo. A su amiga le relaja la lógica.

—Entonces, al margen de ser un punto sin relevancia alguna en un historial que sin duda es extenso, ¿dar parte a la policía de la universidad no serviría de nada? —pregunta Hafsah.

—No sé qué decirte.

—No te ofendas, agradezco tu presencia, pero... ¿por qué estás aquí?

—Quería asegurarme de que estabas bien —dice él, con una sonrisa tímida—. Además de ofrecerme por si quieres gritarle a alguien.

—Creo que me has confundido con Ellie.

—Mientras no me sueltes una patada en los... —Sus mejillas se ruborizan, y no termina la idea.

Pero no hace falta. A Hafsah y Rebecca se les escapa la risa y Ellie parece estar indecisa entre si sentirse halagada u ofendida.

—Y también estoy aquí para decirte que vayas con cuidado —continúa él, con tono más serio—. Reconozco que, al ser hombre, tengo una perspectiva diferente sobre Kevin, pero te creo, y os creo a todas las demás que me habéis contado cosas similares sobre él. Y me han contado que cuando decide que tiene derecho a algo, es paciente e implacable.

Rebecca se pregunta, agobiada, que si el inspector ya tenía sospechas sobre el oficial Kevin, ¿por qué no las había avisado?

—Caza por persistencia —murmura Hafsah—. Así fue como el hombre primitivo se convirtió en un superdepredador. Si no atrapas algo corriendo, solo sigues caminando hasta que se canse y lo alcances.

—Cuando le dicen que no, su respuesta siempre es reagruparse y seguir trabajando en ello. —El inspector Corby extiende una mano hacia Hafsah, con la palma hacia arriba, sin exigirle que la tome, pero dándole la opción de hacerlo si necesita el contacto. Cuando Hafsah se la toma, entrelaza sus dedos con los de ella, de modo que pueda soltarse con facilidad si así lo desea—. Durante la próxima

semana, si vas a cualquier parte, aunque sea en grupo, no dejes de grabar con el móvil. Aunque lo lleves en el bolsillo. Es más fácil borrar un vídeo si no pasa nada.

—Es más fácil ignorar un vídeo si pasa algo —señala Ellie, cruzándose de brazos.

—Lo que has grabado muestra que es un tipo raro, pero no que sea un degenerado —responde Corby casi con paciencia. Aunque ya está empezando a cansarse. Es una reacción común a las conversaciones con Ellie—. Sí, es probable que haya más personas que podrían identificarlo como un degenerado. No se trata de lo que muestra el vídeo. ¿Necesito recordarte que te has grabado profiriendo algunas amenazas no precisamente veladas que comportan que el vídeo sea más problemático para ti que para él, si decides darlo a conocer?

Ellie mira con enojo a Rebecca.

—Deberías haberme dejado que lo atacara. Pero no, querías que fuéramos inteligentes.

—Y precavidas —agrega Rebecca.

—Gracias a Dios, porque de otro modo podríais haber terminado arrestadas por atacar a un policía. —El inspector Corby le devuelve la mirada molesta a Ellie. Rebecca se pregunta si le dolerá la cara al fruncir el ceño, con lo mucho que se tensa la piel cuando se quema —. Si lo hubieras atacado, sería su palabra contra la tuya, lo cual casi siempre va a terminar favoreciendo al oficial en un juicio. En este momento, y dado el extraño ambiente que hay en el campus, sin duda lo habría favorecido. Lo único que tendría que hacer es decir que las chicas del campus están provocando una cacería de brujas que solo se basa en rumores malintencionados. Así lograría desestimar las historias sobre él y tú quedarías como una potencial asesina sedienta de sangre a la que no le importa la reputación de los hombres.

—Es una potencial asesina sedienta de sangre a la que no le importa la reputación de los hombres —aclaran Rebecca y Hafsah a coro. A decir verdad, es la reacción esperada; sería raro que no aprovecharan la oportunidad para decirlo. Cuando se dan la vuelta

para mirar a Ellie, se la encuentran con una sonrisa y notan que está fingiendo enojo, pero en realidad se siente halagada.

Hafsah le da un apretón a la mano del inspector y luego la afloja; él de inmediato la suelta.

—No me voy a enemistar con la policía de la universidad si no hay esperanza de tener buenos resultados —anuncia—, y si no lo voy a denunciar, me gustaría darme un baño. Gracias por venir a ver cómo estaba, inspector. Te lo agradezco.

—Quisiera poder ofrecerte una buena solución.

—Yo también lo quisiera. Pero no te culpo por no poder. —Con ayuda de Rebecca, se levanta del sofá y coge su mochila—. Buenas noches, inspector. Ellie, no le gruñas mucho. Es de los buenos.

—Y por eso debería ayudarnos a acabar con los malos —responde, pero hace un gesto con la mano hacia Hafsah que indica que no debe preocuparse—. ¿Ya tenéis nombre para la parte del cadáver que ha encontrado Delia?

—Se llama pierna —le informa él, agitando una mano para despedirse de Hafsah mientras ella pone los ojos en blanco y se va hacia la escalera.

—Maldito listillo.

—En el vídeo le dices al oficial Kevin que el cadáver es de otro descerebrado que agredía a chicas. ¿Cómo lo sabes?

Rebecca se sorprende ante el cambio drástico de tema.

Con gran madurez, Ellie le suelta una pedorreta al inspector.

—Lo he supuesto. Por Dios, Corby, relájate.

—Descerebrado no es un insulto que uses mucho.

Rebecca lo mira. De nuevo, no es su amigo, no con ese tono de voz, no si está preguntando sobre una palabra en concreto y sin relación con la conversación anterior. Pero no dice nada, pues le intriga saber qué está pensando el inspector.

Ellie solo se encoge de hombros. Dado que ella es tan sutil como un ladrillazo en la cara, no se le da muy bien reconocer la sutileza en los demás.

—Unos tíos de una fraternidad iban por el campus preguntando si alguien había visto a su descerebrado. Seguro que se me ha pegado de ahí.

—¿Te acuerdas de qué fraternidad?

—¿Qué significa este interrogatorio, inspector? —pregunta Ellie, pasándose el cabello a la espalda—. ¿Cómo quieres que me acuerde de eso? Si no sé ni distinguirlas. Todas suenan a «Beta de Mierda» y «Alpha Chi Mira Mi Rabo». Solo a ellos les importa.

Es raro que Ellie diga eso porque se pasó varias semanas del primer año aprendiéndose todas las fraternidades y sororidades del campus para poder reconocer las letras a primera vista. Dijo que quería saber con quién tenía que ir a quejarse por la conducta de sus hermanos y hermanas. Rebecca se reacomoda en su lugar, inquieta. Esquivar preguntas no es nuevo en Ellie, pero ¿mentir de manera tan abierta? Eso no se había visto antes. Por lo general su problema es ser exageradamente sincera.

Antes de caer en el agujero de sus dudas, Rebecca piensa que puede que Ellie solo esté castigando al inspector Corby por no poder ayudar a Hafsah.

Ellie se levanta y coge su mochila y la de Rebecca, y se las lanza con tal fuerza sobre el hombro en una trayectoria circular que el policía tiene que esquivarlas de lado.

—Si vas a seguir con estas tonterías, mejor me voy a ver si Delia ya tiene ganas de hablar.

—O podrías ponerte a estudiar —sugiere Rebecca—. Dicen que está de moda.

—Una moda muy aburrida —responde Ellie—. No me has dejado atacar al oficial Kevin, así que tengo mucha energía. Necesito entretenerme.

—Pues ve a pegar a alguien.

—¿Al oficial Kevin?

—No. —Es difícil saber quién lo dice con más resignación, si Rebecca o el inspector.

Ellie les saca la lengua y se va hacia la escalera.

El inspector Corby suelta un quejido, se levanta y va a sentarse en el sillón junto a Rebecca. Apoya la cabeza en el respaldo tanto como las quemaduras de la cara se lo permiten. Su rodilla roza la de ella.

—Es una de las personas más agotadoras que he conocido en mi vida —le dice a Rebecca, susurrando—. Y lo peor es que me cae

bien.

—Creo que solo es agotadora para las personas a las que les cae bien; la verdad es que nadie más quiere aguantarla. —Rebecca se acomoda de lado en el sillón, con una pierna doblada frente a ella, entrelaza los dedos en su pulsera del tobillo y la mira. La anterior la rompió de tanto agarrarla, así que Daphne se pasó parte de sus vacaciones de Navidad haciéndole una nueva con colores que representan a Kacey: azul eléctrico, naranja atardecer y crema con un poquitito de naranja. Algunos de los hilos ya se han empezado a desgastar y otros ya se han roto. Si le pide otra a Daphne, ¿la va a preocupar?

Pero, claro, ha sido un mes difícil, aunque Daphne no lo sepa todo. Quizá no se sorprendería tanto.

Una mano cálida cubre la suya y detiene sus movimientos nerviosos. Sus mejillas se llenan de calor.

—¿Estás bien? —pregunta el inspector con tono suave.

Ella se encoge de hombros y deja de jugar con la pulsera para jugar con los dedos de él, siguiendo el camino de sus durezas. Le preocupa lo de Hafsah y el oficial Kevin, lo que ha pasado y lo que podría pasar, pero es Ellie quien ocupa gran parte de sus pensamientos en este momento, aunque no sepa bien cómo verbalizarlo. Además, no está segura de querer hacerlo. Es seguro compartir teorías y miedos con Hafsah, pues ambas quieren proteger a su amiga, pero decírselo a un inspector es la antítesis de eso.

—Ya han identificado al chico del río, ¿verdad?

Él pone un gesto sorprendido y luego asiente.

—¿Es tan obvio?

—Quizá no para Ellie. Pero te has burlado de ella por su talento para recabar nuevos insultos, y nunca te habías interesado en ninguno en especial.

—¿Podrías no decírselo a Ellie?

Ella enarca una ceja.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Los de la fraternidad lo llamaban Descerebrado. Tenía un tatuaje debajo de la rodilla. Y hemos conseguido la última radiografía que le

hizo su dentista antes que su cabeza.

Con gesto tenso, Rebecca se aclara la garganta, como si con eso pudiera desaparecer la imagen en su cabeza. Recuerda un vídeo que circuló por Twitter hace tiempo, una de esas cosas que se vuelven virales sin razón aparente, sobre un caimán que iba nadando lentamente en un depósito con una sandía en las fauces. Cómo le gustaría que su mente no relacionara esas imágenes.

—Qué fuerte.

—Perdón.

—No, si te lo he preguntado yo.

—Mañana vamos a revelar su nombre.

—Me atrevo a suponer que tiene un largo historial.

—Tu amiga Kacey, entre otras.

Lo siente como un golpe en el pecho. Siente el recuerdo de Kacey como una herida abierta tras haber hablado con Linsey Travers por la mañana, y sus dedos vuelven a la pulsera, girándola con desesperación mientras intenta respirar. Puede sentir la mano del inspector en la suya, mientras con la otra le toca la mejilla con suavidad, apenas rozándola con las yemas de los dedos.

—Estoy contigo, Rebecca —susurra él—. Respira. ¿Puedes hacerlo?

Tras un momento incómodamente largo, al fin puede tomar aire. Sus mejillas enrojecen casi tanto como las tiene él por las quemaduras del sol. Pero en vez de perderse en su pena continúa respirando hasta que logra recuperar un poco la calma. Tras un largo día y una noche aún más larga, tantas emociones le provocan dolor de cabeza. Oye cómo él se arrellana frente a ella, pero tiene los ojos cerrados y no los quiere abrir de nuevo, no todavía. Luego siente cómo una tela se posa sobre su frente. Debe de ser la camisa de él. Rebecca suspira y se acomoda, hundiendo el rostro en su pecho, y él la abraza con un gesto que le da consuelo sin dejar de ser respetuoso. Se ha pasado toda la noche escuchando los traumas de otras chicas, los ha estado repasando todo el día y luego ha ocurrido lo de Hafsah... El mundo no es un lugar seguro.

Pero se siente segura cuando está con él.

—Perdóname —dice al fin el inspector—. Debería habértelo dicho de otro modo.

Ella niega con la cabeza, pero siente que aún no puede decir nada.

—Después de informar a la familia de la víctima he ido a ver a los Montrose para contárselo en persona —continúa—. No se podían enterar a través del comunicado de prensa. He querido darles esta noche para que pudieran procesarlo antes de que se desate todo.

—Gracias —masculla ella en su camisa. Huele a crema solar, sudor, ciprés y un poco de agua de pantano. No es que sea muy agradable, pero no quiere alejarse de él.

—Cambiando de tema, he leído tu artículo.

Aunque aún no está lista para soltarlo, considera que es importante verle la cara. Sin ganas, se incorpora y sube la otra pierna al sillón para cruzarlas y poner las manos sobre el regazo.

—¿Cómo? —pregunta ella—. Te lo he enviado hace como una hora.

—Nos hemos ido del río en cuanto se ha puesto el sol. Nadie tenía ganas de pasearse de noche cerca de un lugar infestado de caimanes. Al regresar me he puesto al día con el correo mientras cenaba. Lo he leído desde el móvil. —Estira un brazo sobre el respaldo del sofá y se acomoda para verla mejor—. Siempre disfruto y admiro todo lo que escribes, Rebecca, pero este artículo juega en otra liga.

—¿En el buen sentido? —pregunta al ver que él no añade nada más.

—En el mejor sentido —dice él con una carcajada—. Logra... encapsular la atmósfera extraña que hay en el campus últimamente. Además has conseguido un equilibrio perfecto. No ignoras a los muertos, pero dejas claro que son parte de una historia mayor, y esa es la que vas a contar. Espero que la gente lo entienda —agrega, con un gesto de pesar—. No creo que un hombre pudiera haber escrito una historia así.

Ella asiente.

—Tiene sentido.

—He estado recibiendo incontables llamadas de los medios de comunicación desde que salió la primera noticia. Si me das permiso, me gustaría ponerte en contacto con algunos de ellos. Piden mucho más de lo que yo les puedo ofrecer; mientras esperan la información

oficial, creo que tu historia es exactamente lo que están buscando algunos.

Rebecca sonríe, pero luego le viene otra idea a la cabeza. Se muerde el labio.

—Si publico esto en... donde sea..., ¿podría causaros problemas a ti o a la investigación?

Él niega con la cabeza y le sonríe.

—Lo dudo. No expones información confidencial en el texto, y ni siquiera hablas de la investigación. Además, nunca me mencionas de manera directa.

—¿Y eso te hace sentir menos importante? —pregunta ella, con tono burlón.

—Un poco —responde, y le da un golpecito a Rebecca en la punta de la nariz, provocando que se ponga bizca—. Es un buen texto, y si le das a la gente una explicación para eso que la tiene tan asustada, mi departamento recibirá menos llamadas de personas con pánico porque están matando a sangre fría a todos los hombres del campus.

—No a todos. Yo diría que un treinta por ciento se salva.

—Auch.

—Estoy casi segura de que tú serías uno de los que se salvarían.

—De todos modos es triste que sea un porcentaje tan bajo.

—En una noche como esta, me sorprende que sea tan alto —dice ella, con solemnidad.

Él asiente y le acaricia la mejilla con un dedo; Rebecca se recuerda que tiene que respirar.

—Ya te dejo para que estudies y vayas a ver cómo está Hafsah. De aquí a un rato te envío los contactos de la prensa.

—Me parece bien. —Se levanta del sillón y estira una mano para ayudarlo a levantarse. Se tiene que obligar a no ponerse roja al notar que él no la suelta de inmediato—. Estoy esperando los comentarios de un par de profesores y de las chicas con las que he hablado. Ojalá lleguen pronto, aunque estemos con los finales.

—Teniendo en cuenta el tema, me imagino que no tardarán. Buenas noches, Rebecca. Por favor, cuídate.

—Tú también. —Lo mira hasta que desaparece por la puerta y, porque es un poco patética, no desvía la mirada hasta poco después.

De pronto, Kerry suelta una carcajada y Rebecca se asusta. Ay, Dios, se le había olvidado que Kerry estaba en la recepción.

¿Cómo se le ha podido olvidar que había alguien más con ellos? La supervisora está doblada sobre el escritorio, casi ahogándose de la risa. Por un par de jadeos que suelta, da la impresión de que hasta le está doliendo.

O que le ha dolido tener que aguantarse la risa.

—Ay, Rebecca —dice al fin, y se limpia las lágrimas de los ojos. Sigue riendo—. No te iría mal un cubo de agua fría.

Roja como un tomate, Rebecca decide que una retirada estratégica no será indigna, por lo que coge sus cosas y se va corriendo hacia la escalera.

27

En los tiempos en que *verdugo* era un trabajo y no un epíteto, había una especie de ritual. Tú le pagabas, tal vez con tu propio dinero, o bien con el de la Corona, dependiendo de las órdenes del juez, y el verdugo preguntaba: «¿Me perdonas?». Siempre me ha llamado la atención ese pequeño detalle. «Son gajes del oficio, no es que quiera matarte, pero la justicia ha decidido que debes morir. ¿Me perdonas?»

En otras palabras: no es personal.

Pero hay algo personal en la muerte, en ser quien la provoca. No importa el método que se use. Ya sea de cerca, de lejos o, por supuesto, con los caimanes; es profundamente personal. Aunque no te quedes a ver cómo la vida se apaga en su mirada, eres el vehículo por el que han abandonado este plano de existencia. Una persona ha llegado a su fin por ti.

Durante las semanas de finales siempre parece que todo el mundo esté conteniendo el aliento. A los residentes permanentes les urge que los demás tengan sus vacaciones de verano y se vayan, y es obvio que los estudiantes están al borde de la locura. Hay un pico de zonas en obras durante el verano, pues hay trabajos que resultan más fáciles cuando no hay tanto tráfico. Las escuelas locales no empiezan las vacaciones hasta dentro de un mes, así que la locura por los exámenes aún no ha invadido todo el condado, y falta una semana para los exámenes de selectividad.

Este es un vecindario antiguo junto a la Treinta y seis. Sus casas, bien separadas las unas de las otras, están distribuidas en parcelas cuidadas, pero no demasiado. Todo se ve un poco decaído, desde los techos, pasando por los coches, hasta las mujeres en bata que salen a recoger el periódico. No es una zona problemática, para nada,

pero tampoco es raro oír un disparo de vez en cuando para asustar a los mapaches.

Me pregunto si alguien habrá intentado asustar a los caimanes a tiros. Creo que es probable que eso solo los enfade más.

El reconocimiento siempre es una parte de lo que hago. Los caimanes no son las criaturas más predecibles y, pese a algunos indicios que apuntan a lo contrario, tampoco lo son los universitarios. En otras palabras: son estúpidos, sobre todo si van borrachos. Es decir, los chicos. Pero si vas a hacer algo sin que te vean, sin que te atrapen, tienes que asegurarte de que no vas a dar el cante.

Y por eso hago un reconocimiento previo. Descubro sus patrones y costumbres. ¿Cuándo son más vulnerables? ¿Cuáles son las debilidades de las que puedo aprovecharme? ¿Dónde hay cámaras, qué lugares están demasiado a la vista de la gente, dónde están los puntos ciegos? Hasta ahora, me ha funcionado muy bien.

También hay reglas. Tiene que haberlas porque si no las hay, no eres más que un monstruo. Eso también es parte de la investigación: ¿qué han hecho esos imbéciles?, ¿en qué se han salido con la suya?, ¿a quién han hecho daño? Nadie es inocente por completo, pero cuando decido satisfacer mis instintos, me pongo parámetros muy estrictos: se lo tienen que haber ganado. Nadie muere por tonterías. Nadie muere si parece que en realidad está intentando cambiar.

Con estas reglas en mente, cuando la investigación y los preparativos quedan concluidos, es momento de ponerse manos a la obra. No puedes dudar, eso es fundamental. O lo haces, o te rajas; cualquier punto intermedio solo logrará que la cagues.

Hay un silencio absoluto en la zona; la mayoría de sus habitantes deben de estar durmiendo. No suele haber mucha gente que salga de fiesta un martes. Queda demasiado lejos de la universidad. Hay un centro de estudios superiores cerca, pero no tiene residencias propias. Los edificios próximos que aceptan estudiantes están rodeados de centros geriátricos y de cuidados para enfermos, como Kacey, de modo que cualquier escándalo nocturno termina pronto

entre regaños. En otras palabras: el barrio está tranquilo todas las noches entre semana desde bien temprano.

La casa del final del callejón está flanqueada por propiedades vacías. Al oeste se ve un letrero de SE ALQUILA mal colocado en el suelo reblandecido por la lluvia. Al este, la casa tiene puertas y ventanas blindadas con láminas de madera, lista para hibernar, pues sus habitantes, que vuelan hacia aquí persiguiendo el calor invernal, han regresado al norte en busca de un verano más fresco. Eso es algo que me confunde un poco. Entiendo que prefieran un clima más cálido, y si tienes los recursos para comprar una segunda residencia, ¿por qué no hacerlo? Pero ¿por qué en Gainesville? Quizá tengan nietos aquí o algo parecido, pero es la única razón que tendría sentido. Sea cual sea el porqué de su extraño amor por Gainesville, basta con pagarle a un vecino para que les pode el jardín y se asome de vez en cuando a la casa para asegurarse de que no haya sucedido ningún desastre.

O al menos así lo hacían. De acuerdo con los periódicos de hace dos semanas, el hijo mayor de los vecinos tomó las llaves sin permiso para hacer una fiesta cuando sus padres no estaban en casa y tuvieron que llamar a los bomberos cuando el grupo de adolescentes borrachos decidió prender una fogata en el patio trasero. El artículo decía que los chicos estarán castigados hasta que entren en la universidad, pero si fueran mis vecinos reconsideraría la elección de la persona que cuida la propiedad.

La casa de en medio está un poco más maltratada que las otras. Se ve suficientemente cuidada, pero no con el mismo amor que el resto, y sin orgullo. Es la casa de alguien que hace el mínimo esfuerzo posible y se conforma con eso. Además, es fácil espiarla desde el techo de la casa tapiada. El patio trasero tiene un jardín, y se nota dónde termina una propiedad y empieza la otra por la hierba crecida en contraste con el césped perfectamente cortado. No hay ninguna reja que las separe. Desde ahí, la escalera de madera que la persona que se cuida de ella ha dejado fuera lleva al tejado, donde uno se puede estirar en el gablete y queda a más de un metro por encima del área que lo rodea.

Me he pasado las últimas noches allí, observando. Corroborando lo que las encantadoras personas en la aplicación del vecindario habían dicho sobre la casa de en medio. También había información más general que me ha resultado útil.

Por ejemplo, el número de quejas por los garajes. Los residentes dicen que, a menos que te tomes la molestia y asumas el gasto de cambiar la puerta original, hay varios mandos que tienen la capacidad de abrir casi la mitad de los garajes del barrio. Como es obvio, no lo he intentado con todos, pero sí con un par usando los mandos baratos que encontré en algunas tiendas de productos para el hogar. Con las nuevas cajas de autoservicio, si pagas en efectivo y no levantas la cabeza, puedes lograr que nadie repare en tu presencia.

La casa de en medio se abre con la tercera frecuencia y sin problemas. Claro está que me he deshecho por separado de los otros dos.

Como el habitante de la casa de en medio aún no ha regresado y las vecinas están desocupadas, no hay nadie lo suficientemente cerca como para que le llame la atención el sonido de la puerta del garaje abriéndose y cerrándose. Y, aunque lo hubiera, seguro que ya están acostumbrados a que el ocupante llegue de madrugada. Aunque, si la aplicación es de fiar, también están acostumbrados a que mientras va borracho suelte balazos a la nada, pero ¿hasta qué punto puede resultar un problema una ventana rota entre amigos? (Al parecer hay toda una discusión al respecto en la aplicación de los cotillas.)

El oficial Kevin Frasier, del Departamento de Policía de la Universidad de Florida, es un hombre de costumbres. Les insiste a sus víctimas potenciales hasta que les resulta casi imposible decirle que no. Se quita el uniforme en la comisaría, cuando termina de trabajar. Se bebe casi una botella entera de un vodka que se podría confundir con gasolina y se va a su casa en su camioneta vieja y maltrecha. Hay un lapso entre el momento en que se cierra la puerta del garaje y el momento en que se enciende la luz de la cocina; me parece que se queda en su coche para terminarse la botella. Cuando entra en la casa, pasa junto a la pila de platos sucios en el fregadero

y se acomoda en un sofá reclinable rodeado de un papel de pared setentero, descolorido y en algunas partes despegado, y se toma unas cuantas cervezas hasta que se queda dormido con el televisor encendido.

Me encantan las criaturas con rutinas. La gente predecible hace que todo sea mucho más fácil.

Cierro la puerta del garaje y me escondo entre las sombras, junto a una nevera rota; tiene la puerta a medio abrir y el interior está lleno de botellas con su bebida, que está a un grado de ser aguarrás. Anoche, mientras esperaba a que volviera a la casa, dejé unas cuantas botellas de la misma marca en el estante más alto sobre las que ya tenía. El oficial Kevin es demasiado alto como para que le queden a la altura de los ojos, pero es parte de la naturaleza humana coger lo primero que vemos. Con un par de golpecitos de martillo y una de las agujas para hacer diseños de fieltro de Luz, he logrado abrir unos agujeritos en las tapas para inyectarles más vodka mezclado con las pastillas de los violadores pulverizadas que encontré en el coche de Forrest. Luego he cubierto los agujeros con unas pegatinas rojas, del mismo tono que el resto de la tapa. En la penumbra del garaje es difícil distinguir entre las botellas adulteradas y las que no lo están, en especial si coges una sin fijarte mucho. Tras contar las pegatinas, corroboro que falta una botella.

Cuando sale a hacer algún recado se asegura de aparcar de culo en el garaje al volver, de modo que su coche esté listo para salir a toda velocidad si lo llaman. Pero cuando termina su turno en el trabajo está cansado y borracho, por lo que hasta entrar de frente al garaje le resulta complicado. La nevera, la caja de herramientas y la podadora aplastada tienen muescas que demuestran que no siempre logra aparcar con éxito.

Hay una ventana de unos veinte minutos respecto a la hora en la que suele volver del trabajo; la puerta del garaje comienza a abrirse como a los trece. Aunque esté borracho, por lo general conduce razonablemente bien, sin duda por los años de práctica, pero hoy lo está haciendo peor que nunca. Apenas logra esquivar el buzón de un vecino y casi se estrella con el suyo, pero, tras un volantazo, al fin

mete su coche en el garaje, en un ángulo que le va a dificultar sacarlo.

Deja el coche encendido, con la radio a todo volumen. Parece que ya se ha terminado la botella de vodka, a juzgar por la cerveza que lleva en la mano. Es fácil enfadarse, más fácil que no hacerlo, pero Dios mío, es un maldito hipócrita. La botella vacía está en el asiento del copiloto, apoyada en la palanca de cambios.

Si el oficial Kevin se ha pimplado toda la botella, y súmale las pastillas, se entiende que haya conducido tan mal.

Salgo de entre las sombras y me apoyo en la puerta del conductor. Ha dejado las ventanas bajadas, pues no hay que preocuparse de la lluvia dentro del garaje, aunque yo no me confiaría con los insectos. No hay nada que nos separe. Tarda un minuto en darse cuenta de que estoy ahí.

—¿Qué? —es lo único que logra decir.

—Se ha portado muy mal, oficial Kevin.

Se pone bizco por el esfuerzo de enfocar la vista en mí.

—¿Qué? —repite, arrastrando la palabra.

—Es evidente que no soy un caimán. —Tras revisar una vez más mis guantes, tomo la botella vacía y dejo en su lugar una que tenía en la basura. No es bueno dejar pruebas. Cuando la botella adulterada ya está segura dentro de la bolsa a mis pies y acompañando al resto de las que había en la nevera, me estiro para apagar el coche y coger el arma que lleva en el portavasos. Entiendo que no debe de ser muy cómodo conducir con una pistola colgada a la cadera, pero dejarla en el portavasos es a la vez ridículo y perturbador.

El oficial suelta un gemido mientras se le empiezan a cerrar los ojos.

—Es una vergüenza para su oficio —le informo, casi temblando de rabia. «Contrólate.» Ya me desfogaré luego—. Hace daño a las personas a las que debería proteger y pone en peligro otras vidas con sus vicios. Usted es una de las razones por las que tanta gente desconfía de quienes se supone que están ahí para ayudarnos. Usted es parte del problema. Y no es que yo crea que formo parte

de la solución, pero sin duda soy un apaño, y hoy voy a remendar esta situación.

—No puedes... —Su boca se sigue moviendo, pero sus palabras ya no son más que balbuceos.

—No se preocupe, oficial Kevin; algo bueno saldrá de su muerte. Mucho más de lo que hacía en vida. No solo es que las chicas del campus estén más seguras sin usted, sino que además va a ayudar a sus compañeros y compañeras uniformados. —Pongo con cuidado su mano izquierda sobre la pistola y se la llevo a la sien. Su rostro se deforma por el miedo, aparte de los efectos del alcohol y las drogas, pero esa clase de miedo impotente, que nada logra contra su cuerpo anestesiado por los químicos—. Los policías tienen unas tasas de suicidio alarmantes. Con la presión del trabajo y las cosas que ven... Y a veces con los problemas que causan. Los policías y los soldados. Muchas veces se llevan a sus seres queridos a la fuerza, pero usted no tiene seres queridos, ¿verdad, oficial Kevin? Está completamente solo en el mundo. Qué bien.

El hombre mueve la mano derecha con torpeza, intentando agarrar algo. El móvil, quizá.

—Les va a hacer un gran favor a sus compañeros y compañeras policías, oficial Kevin, pues estará creando conciencia sobre el suicidio. Es una muerte más digna de la que merece, pero me ha ido bastante bien con los caimanes y no quisiera arruinar el patrón. Verá, usted encaja por los pelos, pero encaja. Será rápido y, cuando lo encuentren, la gente dirá que fue una pena. Imagínese. La gente sentirá pena por su muerte. Creerán que fue demasiado y se hablará sobre la falta de apoyo emocional para la policía.

¿Quién sabe? Quizá alguno de sus compañeros podría salvarse gracias a esos servicios. Morirse será la primera cosa buena que haga en la vida.

Un lamento sale de lo más profundo de su pecho, aunque no logra controlar la boca lo suficiente como para darle forma completa. Por lo visto, la droga de Forrest Cooper era de la buena.

—Pero en este momento —continúo— usted y yo sabemos la verdad. Ambos sabemos que es un hijo de puta, una basura humana que acosa a chicas vulnerables, que le pone cachondo abusar de su

poder y obligarlas a hacer cosas que no quieren. Ambos sabemos que es tan repugnante como los imbéciles que se han convertido en comida para los cocodrilos. No debió lastimar a ninguna de las chicas a las que había jurado proteger, pero su último error ha sido hacer daño a una de las mías. Eso no se lo voy a pasar. Si existe el infierno, espero de todo corazón que arda en él. Esto va por Hafsah y todas las chicas a las que haya lastimado.

El disparo resuena por todo el garaje, y antes de que mis oídos logren asimilar el ruido, la sangre y los sesos ya han regado todo el asiento del copiloto. Su mano, con un dedo aún en el gatillo, cae dentro del coche y se atasca en el volante mientras su cuerpo resbala en el asiento, inclinado un poco a la derecha.

Es una muerte mucho más digna de la que se merece.

Lo reviso todo para asegurarme de que no me haya caído sangre. O, aún más importante, que no haya bloqueado la trayectoria de las salpicaduras de sangre. Su muerte pierde fuerza si no se ve por completo como un suicidio.

Cuando quedo satisfecha con mi aspecto y el del cretino muerto en el coche, abro la puerta del garaje por última vez y la cierro tras salir. Va a llover con ganas; dudo que logre volver sin mojarme. La lluvia servirá para limpiar las huellas que haya podido dejar en la entrada de la casa. Tomo mi bicicleta de entre las sombras de la casa del vecino y me voy pedaleando bajo el cielo aún oscuro de la madrugada.

El oficial Kevin tiene libres los próximos dos días, ¿y luego? Bueno. Es poco probable que el departamento no sepa que tiene problemas con la bebida. No sé si ya han hecho excepciones con él en el pasado, pero deben de saberlo, y las cosas han sido complicadas para él en el campus desde que ha salido a la luz el vídeo. A diferencia de la policía de la universidad, a las chicas del campus no les importa que lo que se ve en el vídeo pueda explicarse. Les importa que saben lo que lo precede. Lo que algunas saben que habría pasado después, si no lo hubieran detenido a tiempo.

Teniendo en cuenta la cantidad de huevos que se le han lanzado al oficial Kevin mientras hace sus rondas en bicicleta, puede que el departamento agradezca que aparentemente se haya tomado unos

días libres de más. Quién sabe cuánto tiempo pasará antes de que alguien lo vaya a buscar.

Sigo pedaleando en dirección al campus mientras el cielo estalla en truenos que anuncian la tormenta. Las botellas que llevo en la mochila chocan unas contra otras, como si quisieran recordarme que están ahí. Cuando esté lo bastante lejos las vaciaré y las tiraré por ahí. Luego buscaré otro lugar donde tirar el mando para la puerta del garaje. Tal vez cuando llegue al campus esté empapada, pero no habré dejado ninguna prueba.

El reconocimiento es muy importante.

28

Rebecca piensa que debería haber alguna regla que estipule que, si un profesor pone muchos deberes para la semana de finales, no pueda ponerles encima un examen dificilísimo. Sabe que no encaja en ninguna definición legal de castigo cruel e inusual, pero de todos modos es horrible.

Claro que no le ayuda en nada que Ellie esté en el escritorio que tiene detrás dando golpecitos con su bolígrafo, su lápiz o lo que sea que esté usando para escribir sus respuestas, al ritmo de distintas canciones. El ruido es molesto por sí solo, pero la forma en que la mente de Rebecca intenta identificar por inercia cada nueva canción es una distracción insoportable.

Ahora es la de *La familia Addams* .

Bosteza e intenta concentrarse en el examen de Historia de la Justicia Criminal en Estados Unidos. Le ha encantado la asignatura pese a que ha tenido demasiados deberes, y el profesor no ha temido confrontar a los estudiantes y hacerlos cuestionarse sus puntos de vista. Tampoco eludía los temas delicados. El presente, decía, es la historia que está siendo escrita, y la estudiamos de la misma manera.

Ojalá pudiera sintetizar las clases de un semestre en ciento veinte preguntas de tipo test, cuarenta respuestas breves y dos redacciones. Al inicio del examen hay escrita la recomendación de que se le dedique una hora a cada sección.

Está casi segura de que el profesor es un sádico.

En primera fila, en una esquina, uno de los pupitres se inclina hasta caerse al suelo. La de último año que estaba sentada ahí se apoya en la pared y se echa a llorar escandalosamente. Rebecca hace un gesto de dolor, pero vuelve la vista a su examen mientras el

profesor va a ver qué ha pasado. No les va a dar más tiempo solo porque una persona haya sufrido un ataque de nervios.

Rebecca termina diez minutos antes y aprovecha el tiempo que le queda para leer sus redacciones mientras se masajea la mano entumecida. No podrá hacer gran cosa si ve algo que no le guste; la parte de tipo test se hace a lápiz, pero las respuestas de desarrollo tienen que escribirse con un bolígrafo azul, así que solo puede hacer algunos ajustes en lo que ya está escrito. Se siente más o menos orgullosa de sí misma y sus respuestas, en especial teniendo en cuenta que casi todo su tiempo de estudio lo ha dedicado a revisar las respuestas que le han llegado por correo electrónico sobre su artículo. Bosteza de nuevo, escondiendo la boca tras una mano. No se arrepiente de todas esas noches casi en vela, no del todo, pero aparte de Ellie y los lloriqueos de la que se ha caído, el aula está en silencio y el sonido de los bolígrafos sobre el papel es tan soporífero que solo quiere acurrucarse y dormir.

A dos minutos de que se acabe el tiempo, Ellie concluye su última canción, la de *Misión imposible* , y cierra su libreta azul y el examen mientras suelta un largo gemido. Al estirarse, le da una patada al respaldo de Rebecca y, por si esta ha creído que ha sido sin querer, la patada se repite unos segundos después.

Rebecca la ignora. El profesor tiene opiniones muy estrictas sobre copiar, y no va a arriesgarse a que le invaliden el examen por girarse a ver qué quiere su amiga.

El aviso de que ha finalizado el tiempo despierta un escandaloso coro de quejas por toda la sala, pues al menos la mitad de los alumnos asegura que no han terminado aún. El profesor Inglesbee se apoya en su mesa y se encoge de hombros.

—Cada examen de este semestre ha sido diseñado para enseñaros a priorizar lo que sabéis —les dice—. Si no sabéis algo, si no estáis seguros de algo, pasad a lo que sí sepáis y luego volved a lo que os falte. Si no lo habéis aprendido durante el semestre, tal vez no os haya enseñado nada, y eso se verá en vuestros exámenes.

Ellie suelta unas risitas y coge su mochila y la botella de agua con una mano para agarrar las cosas del examen con la otra.

—Vámonos, Rebecca. Mami tiene hambre.

Rebecca hace una mueca.

—Por favor, no te llames «mami». Suena fatal.

—Dentro de un minuto mi estómago te va a llamar maldita bruja si no nos vamos.

Rebecca guarda sus útiles, se pone la mochila y va a entregar el examen junto con su amiga.

—Vaya, la Pandilla Pelirrojilla —dice él, sonriendo—. ¿Cómo creéis que os ha ido?

—¡Esa es una pregunta capciosa! —responde Rebecca, riéndose.

Ellie le sonríe con cierta malicia.

—¿Cuántos habéis llegado a las últimas treinta de tipo test y habéis entrado en pánico porque eran demasiado fáciles?

—Me gusta recompensar a los que saben contestar sus exámenes de forma inteligente. ¿Ya te han respondido algo los del *Washington Post* , Rebecca?

—Como he tenido el móvil en el bolsillo durante todo el examen, no tengo una respuesta distinta a la que te he dado cuando me lo has preguntado hace tres horas. —Saca el móvil para revisar el correo—. Mierda.

La barbilla de Ellie choca con la de su amiga cuando se acerca para intentar leerlo ella también.

—¿Mierda qué? ¿Mierda buena o mierda mala?

—La mejor mierda de todas. ¡Quieren publicarlo el viernes!

Ellie hace un bailecito feliz alrededor de su amiga.

—¡Te van a publicar en el *Post* ! ¡Felicidades, perra!

—Felicidades, Rebecca —dice el profesor Inglesbee—. Es un texto increíble, y me alegra que haya encontrado un espacio.

—Gracias por sus sugerencias —responde Rebecca. Ya le están doliendo las mejillas de tanto sonreír—. Me han ayudado mucho a darle fuerza a la última parte.

—Disfrutad de las vacaciones, chicas. Espero veros a ambas el próximo semestre en la clase de Asuntos Contemporáneos.

—Buen verano, profesor —dicen a coro. Otros estudiantes las miran con recelo, pero es difícil saber si lo hacen en respuesta a su celebración o a lo que Ellie ha dicho sobre el examen.

Rebecca revisa una vez más el correo mientras todos salen del aula.

—Tienen algunas notas y comentarios, y van a comprobar con su equipo legal si podemos o no mencionar las fraternidades, pero en general creen que es un buen texto y tienen ganas de darlo a conocer. Mierda.

—¿Estás hablando de tu examen?

Ambas levantan la vista hacia la voz que las ha cogido por sorpresa.

—¿Corby? —dicen al unísono. A Rebecca le da un vuelco el corazón.

Se lo ve pálido y tenso, y solo levanta una mano a manera de saludo. Junto a él, uno de los inspectores más veteranos pasa la mirada de él a las chicas, con gesto intrigado. O sea que no es Corby, sino el inspector Corby.

Por un presentimiento, Rebecca apaga la pantalla de su móvil y baja la mano con la que lo sostiene.

—No habéis venido a desearnos buena suerte con nuestros finales, ¿verdad?

—No. —El inspector Corby se aclara la garganta y se gira para mirar al otro—. ¿Alguna de las dos ha oído hablar de Dillon McFarley?

Rebecca frunce el ceño y niega con la cabeza, pero la reacción de Ellie es muy distinta.

—Claro que sí, conozco a ese hijo de puta. Es el desgraciado que atacó a Kacey.

Con el estómago revuelto, Rebecca pasa la mirada entre Ellie y los inspectores de gesto adusto.

—Está muerto, ¿verdad? —pregunta, con tiento, más que nada por hacerle un favor a Ellie. No le ha contado lo que le dijo Corby tras el ataque a Hafsah, ni quiere meterlo en problemas por compartir información confidencial.

—Ya hemos identificado al chico en el río.

—¡Joder! —exclama Ellie—. ¿Y Delia encontró a ese desgraciado? Y no dijo ni pío la tía.

Rebecca casi se estrella el móvil en la cara al llevarse la mano a la frente.

—Tenemos que llevarte a comisaría para hacerte algunas preguntas, Ellie —dice el inspector Corby con tono severo—. Como somos amigos, estaré presente, pero será el inspector Washington quien te haga las preguntas.

Rebecca toma aire y puede sentir cómo su corazón se acelera, latiendo casi dolorosamente contra su pecho.

Pero Ellie es Ellie.

—¿En serio? —Con un suspiro teatral, Ellie se echa el cabello hacia atrás sobre el hombro y le da un golpecito a Rebecca—. Oye, ¿te acuerdas del abogado que me conseguiste por lo de la redada de bragas? ¿Puedes contactar con él?

Rebecca hace un movimiento vago con la mano.

—Sí, ahora lo llamo, pero no creo que él trabaje en casos de, eh...

—¿Asesinato? —sugiere Ellie sin pena.

Rebecca hace un gesto de pesar, mirando con nerviosismo a su amiga y a los oficiales.

—Voy a llamar a su oficina para consultarlo. Si no, se lo preguntaré a mi tía para ver a quién me recomienda.

—Genial. Vete a trabajar en tus correcciones.

Sí. Por supuesto, esa es su prioridad. Cualquiera diría que unos policías se están llevando a su amiga. Claro.

Ambos hombres miran a Rebecca y asienten. El inspector Washington, que debe de ser uno de los hombres más altos que ha visto en su vida, le da una tarjeta con su nombre, teléfono, correo electrónico y la dirección de su oficina.

—Quizá también tengamos que hacerte algunas preguntas a ti —anuncia—. Supongo que el inspector Corby tiene tus datos.

Ella solo lo observa durante un momento.

—Eh, sí, señor, sí que los tiene. Yo, bueno, debería... Ellie tiene otro examen esta mañana. ¿Debería avisar a su profesor?

—Si puedes mejor mandarme un correo a mí con el horario y la información del profesor, te lo agradecería. Y también tu información, por favor.

—Sí, señor —dice Rebecca, y traga saliva con dificultad. Se siente como una niña de cinco años intentando explicarle un problema a su geniuda tía abuela Cloris.

Los hombres se van con Ellie en medio. Ninguno la toca ni intentan esposarla. Rebecca se tiene que recordar que no han dicho que esté bajo arresto. Solo tienen que hacerle algunas preguntas. Y también se las harán a ella en algún momento.

Aún tiene el nombre y el número del abogado en el móvil; le pareció buena idea guardarlos, dado que vive con Ellie. Llama a su oficina y le responde una secretaria apenada que le explica que el abogado está fuera por una emergencia médica familiar. Le ofrece pasarle con el otro socio, pero Rebecca lo recuerda como un hombre mayor y refunfuñón al que le caen mal los estudiantes en general y Ellie en particular, y no va a confiar el bienestar de su amiga en la esperanza de que ese hombre sea profesional.

Así que, en el camino hacia McCarty para esperar a que Hafsah salga de su examen, llama a su tía Becky, quien se casó con uno de sus tíos de sangre unos meses después de que naciera Rebecca y decía en broma que le pusieron el nombre en su honor. Su tía es la razón por la que no quiere que la llamen Becky, pues la familia no necesita dos, pero las otras abreviaciones que reciben las Rebeccas nunca le han gustado. Su madre se reía diciendo que eso era otra prueba de que Rebecca nació vieja.

—Hola, niña. ¿Estás emocionada por volver a casa unas semanas?

La voz de su tía hace que el corazón le dé un vuelco. Es una mujer que transmite alegría y seguridad, incluso a través del teléfono.

—Solo una semana, tía Becky, pero no te llamo por eso.

—Oh, no. Espera. —Se oyen unas voces ahogadas, como si su tía hubiera puesto la mano sobre el micrófono, y luego los sonidos del fondo desaparecen tras el chasquido de una puerta al cerrarse—. Dime. Parece algo serio.

—Se acaban de llevar a Ellie para hacerle unas preguntas sobre lo de los caimanes.

—¿Sobre lo de los caimanes o sobre los asesinatos?

—En este caso, son lo mismo.

—¿Ha sido ella?

Rebecca toma aire.

—No tengo idea.

Su tía suspira con tal fuerza que suena como un silbido a través del altavoz.

—Qué cosa. Es una de tus mejores amigas, ¿no puedes apoyarla con un «claro que es inocente»?

—Conoces a Ellie. ¿Tú podrías afirmarlo?

—¿Ya has llamado a Grable?

—Está fuera de la ciudad y no se sabe cuándo volverá. Además —continúa, con voz ligeramente temblorosa—, los inspectores han dicho que quizá me hagan preguntas a mí más adelante.

—¿Por Ellie o porque tú también podrías ser sospechosa?

—Mmm... No lo han dicho, pero supongo que por Ellie. Si sospecharan de mí también, ¿no me hubieran llevado ya?

—Tal vez. Bueno, pues que sean dos abogados. Van de camino. ¿El inspector te ha dado alguna dirección?

Tras leerle la información de la tarjeta, le pasa el contacto de Ellie. También le da el nombre y el número telefónico de la madre de su amiga. Becky promete enviar a alguien a la comisaría para que ayude a Ellie. Lo que no dice, aunque Rebecca la conoce lo suficiente para saberlo, es que va a elegir con mucho más cuidado a quien represente a su sobrina.

—Mantenme informada, niña, y yo aviso al resto de la familia. Si necesitan que te quedes en Gainesville durante las vacaciones, iremos a por tus cosas y te conseguiremos un hotel.

—Gracias, tía Becky.

—Te quiero, niña.

—Yo también te quiero.

Media hora después recibe un mensaje con el nombre, teléfono y correo electrónico del abogado de Ellie. Rebecca se lo pasa a su amiga sin esperar que le conteste, pero pronto recibe un «hostia, gracias» como respuesta. No puede estar tan mal si la dejan usar el móvil, piensa.

Termina rápido las modificaciones que le ha solicitado el *Post* y lo envía de inmediato. También lo manda a todos en su lista para que vean el texto final y sepan la fecha en la que va a salir. Si alguien

cambia de parecer sobre su participación, tal vez aún esté a tiempo de arreglarlo. O eso espera.

Nada de eso logra que deje de pensar en Ellie. Ellie, que aceptó las bebidas que le regalaron como agradecimiento. Ellie, que siempre sabía los rumores de lo que cada chico había hecho. Ellie, que no deja pasar ni dos segundos de sorpresa antes de ponerse a celebrarlo.

Hafsah sale de su examen antes de lo esperado, cansada pero contenta.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunta Rebecca mientras guarda sus cosas.

—Bastante bien, la verdad. Dudo que vaya a ser de las mejores, pero creo que voy a sacar buena nota. ¿Y a ti?

—Bien. Creo. El *Post* ha aceptado mi artículo y la policía se ha llevado a Ellie para interrogarla.

Puede ver cómo Hafsah se mueve con incomodidad, intentando asimilar toda esa información.

—¿Por Santos? —pregunta al fin.

—Por los caimanes.

—¿En serio? —Hafsah niega con la cabeza, abre la puerta y salen hacia el horrible calor del exterior—. ¿Qué prueba tendrán tan sólida como para interrogarla?

—¿Además de cómo se porta siempre y de que conocía la causa probable por la que había muerto cada uno de ellos?

—Ya. ¿Y está bien?

—Está encantada. Mi tía le ha conseguido un abogado. Seguramente haya lágrimas.

—¿Del abogado o de la policía?

—Todas las anteriores.

—¿Por qué somos sus amigas?

—Terapia de exposición.

Hafsah suelta una carcajada y entrelaza un brazo con el de Rebecca. Avanzan unos cuantos metros antes de recordar que no pueden caminar de esa forma, pues la diferencia de estatura entre ambas lo impide.

—Ellie va a estar bien, ¿verdad? —pregunta Hafsah mientras retira el brazo para que ambas puedan andar con normalidad. Pese a que intenta sonar tranquila, se le notan los nervios a flor de piel—. O sea, si alguien puede librarse de esto, es Ellie.

—Supongo que pronto lo descubriremos —murmura Rebecca—. El inspector Corby parece destrozado.

—¿Cómo afectará a su imagen que una de sus exalumnas sea una asesina?

—Que pueda ser una asesina —corrige con pesar.

—Que probablemente sea una asesina —contraataca Hafsah—. Con o sin caimanes, no estoy segura de que tenga las manos limpias.

—Pero seguimos sin decir nada.

—Es por el bien de todas.

—Y volvemos a lo mismo.

—Y seguiremos volviendo. Pero bueno, ¿así que van a publicar tu artículo? ¡Qué guay!

Rebecca niega con la cabeza. Sabe que Hafsah intenta hablar de algo más positivo, pero Ellie está en un cuarto en comisaría y con lo irascible e imprudente que es, ¿cómo no se va a preocupar?

—Muy discreto tu cambio de tema —dice sin ganas. Hafsah le da unos golpecitos en el brazo.

—No le va a pasar nada. Es Ellie.

¿Bastará con eso ahora?

—Y, en serio, me enorgullece mucho que vayan a publicar tu artículo —continúa Hafsah—. Es un logro increíble. Me alegra que todas esas chicas hayan podido hablar contigo.

—Gracias. —Rebecca sonríe, y un poco de la alegría de la noticia vuelve a correrle por las venas. No ha tenido ni dos minutos para disfrutarlo cuando se ha enterado.

Cuando vuelven a su dormitorio, Susanna y Delia siguen en un examen, pero Luz y Keiko ya han regresado. Keiko llora al saludarlas, por lo que se giran para mirar a Luz.

—Es por el alivio —traduce—. Le ha ido muy bien la presentación de su portafolio, y el único examen que le falta es facilísimo.

—Qué bien. Felicidades, Keiko. —Rebecca se asoma a la habitación de Ellie. A diferencia de las demás, que al menos han hecho el esfuerzo por empezar a empaquetar sus cosas, todo sigue en su lugar. Observa el espacio, considerando si le serviría la distracción—. Escuchadme, como están interrogando a Ellie, ¿debería aprovechar para buscar lo que me ha robado, o lo dejo todo ahí?

—¿Están interrogando a Ellie?

Lo explica todo a Luz y Keiko mientras intenta contar con la mirada cuántas prendas de ropa suyas han terminado en la habitación de Ellie. Ella se lo devolvió todo hace dos días, limpio y perfectamente doblado en una bolsa de lona. Estaría bien ponerse a guardar cosas, no solo porque ya toque, sino porque la ayudaría a moverse y a deshacerse un poco de la tensión que tiene.

Tras pasar un largo rato pensándolo, les manda un mensaje a sus tíos para que debatan entre ellos si debería o no sacar sus cosas del cuarto de Ellie o si eso interferiría en un posible registro de la policía. Luego se pone a empaquetar el resto de sus cosas, pues como la noticia ya ha corrido por todo el estudio, ha perdido toda esperanza de poder estudiar. Algunas personas hablan de Dillon McFarley y su muerte, pero el resto se centran en Ellie. Alguien ya ha empezado una campaña para reunir fondos para sus gastos legales. Rebecca y el resto se turnan para vigilar las puertas y les explican a las demás chicas que no, no pueden entrar al cuarto de Ellie para dejarle regalos. A unas cuantas les explica con más paciencia que tampoco pueden dejar una ofrenda frente a la fotografía de Kacey, aunque agradece el gesto. Más vale no complicar las cosas si es probable que la policía quiera examinar la habitación de nuevo.

Al fin se disipa su energía nerviosa y el cansancio gana terreno a sus ansiedades, al menos por un rato. Un poco más tarde de las tres de la madrugada, Rebecca se despierta al oír que la puerta de su habitación se estampa contra la pared. Aún sin lograr abrir los ojos del todo, se da la vuelta y busca el cuchillo que sigue pegado detrás de su mesita de noche. De pronto oye la risa de Ellie.

—Perra —masculla Rebecca, volviéndose a tumbar sobre la cama. Hafsah ni siquiera se ha movido un poco. Se frota los ojos y lentamente enfoca a Ellie—. ¿Ya has vuelto?

—Ya he vuelto —responde Ellie con alegría, y se echa sobre la cama, casi encima de Rebecca—. Muchas, muchísimas, muchísimas preguntas, pero me han soltado cuando les he contado dónde estaré cuando terminen las clases y cómo contactar conmigo. Además, la abogada quiere hablar conmigo cuando terminen los exámenes. Dale las gracias a tu tía de mi parte, es la mejor.

—¿Mi tía o la abogada?

—Las dos. —Ellie se quita los zapatos para acomodarse en la cama y abrazarse a su amiga por la espalda—. Creo que soy su única sospechosa.

—¿Y eso te emociona? —pregunta Rebecca, bostezando. Algo en ella se relaja al tener a Ellie de vuelta al estudio. Su cerebro reptiliano descansa al saber que su gente está ahí, sana y salva. Ya pensará en la escasez de sospechosos cuando esté más desvelada.

—Me siento un poco mal por el inspector Corby.

—¿Solo un poco?

—Tenías razón; su capitán lo está presionando para que encuentre al repartidor de comida a domicilio para los caimanes.

—Ay, Dios. —Rebecca esquiva la saliva que sale con la carcajada de Ellie—. Qué macabro suena cuando lo dices así.

—No creo que a su capitán le importe si arresta a alguien inocente —continúa Ellie cuando recupera la compostura—. Pero a Corby sí.

—Claro que le importa —dice Rebecca.

—Pero quizá, y dado que yo soy sospechosa, le vayan a pasar todo el caso a Washington. Y así no tendrá que preocuparse más por eso.

—Por supuesto, no le va a preocupar que alguien a quien considera su amiga sea la única sospechosa hasta ahora de varios homicidios.

—¿Me considera su... amiga?

—¿Creías que no era así?

—Bueno. Siempre había creído que solo me toleraba porque tú le caes bien y a veces vamos juntas. —Se abraza más a su amiga y le hunde el rostro en el cuello—. Qué dulce.

Rebecca le da unos golpecitos en el brazo. La noche en que mataron a Santos durmieron así, pero esta vez Ellie está de buenas y claramente feliz, pese a lo peligrosas que son las sospechas de los

inspectores. ¿Cómo se las arregla para no sentir que tiene la soga al cuello? Rebecca suspira y le da otras palmaditas en el brazo.

—Hay algo de lo que no hemos hablado —susurra Ellie, solemne de pronto.

Y no van a hablarlo a las tres de la madrugada. O nunca, si depende de Rebecca. Sean cuales sean los miedos de Ellie, sus teorías, sus sospechas... Ella prefiere ignorarlo todo. No quiere tener la seguridad de saber cuáles son. Quiere la negación plausible que a Ellie no parece interesarle.

—Duérmete —dice—. Tengo un examen a las nueve.

Ellie se queda callada y quieta durante un buen rato y luego se pega más a Rebecca y sonríe.

—Vamos a salir de fiesta el viernes por la noche, ¿verdad?

—Sí, pero primero tenemos que sobrevivir al jueves y el principio del viernes.

—Aguafiestas.

—Di buenas noches, Ellie.

—Buenas noches, Ellie.

Rebecca lanza una patada hacia atrás que le da en la espinilla a Ellie y la hace gritar.

29

El jueves por la tarde, después de su examen, a Rebecca le piden que vaya a comisaría, donde se encuentra con Natalie McKinney, la abogada que le ha conseguido su tía. Es una mujer alta y de piel muy clara, con cabello blanco sedoso recogido en una trenza y unas gafas de sol que no se quita ni en interiores. Es reservada pero no grosera; su presencia tranquila y segura ayuda a Rebecca a calmarse mientras hablan con el inspector Washington. El inspector Corby está a un lado, escuchando y observando, pero sin pronunciar más palabra que el saludo al recibirlas.

Mientras el inspector Washington le hace las preguntas, a Rebecca le da la sensación de que en realidad no tiene nada contra Ellie. Sospechan porque la actitud de Ellie siempre es sospechosa, y el inspector Washington intenta descubrir si su sospecha es fundada o infundada. Ya hacia la mitad de la entrevista hacen un breve descanso para ir al baño y tomar agua, y Rebecca le escribe a Hafsah para contarle cómo va. Como respuesta recibe un mensaje molesto informándole que, otra vez, están registrando sus cuartos, y que los policías están arrancando todos los papeles que hay en las paredes de Ellie.

Como Hafsah tenía planes de recoger sus cosas, le sorprende que no esté más enfadada. Tienen hasta el sábado al mediodía para dejar limpios los dormitorios y ninguna quiere repetir el desmadre del semestre pasado, cuando Ellie, Delia y Luz estaban desesperadas por encontrarlo todo y meterlo en bolsas para llevárselas a sus familias, que las esperaban abajo, impacientes, mientras Keiko lloriqueaba intentando meter las cosas más delicadas en bolsas en las que no cabían. Los padres de Rebecca llegaron a las seis de la mañana; entre los tres guardaron todas sus cosas en el maletero y

luego se burlaron de ella y se fueron a desayunar con unos amigos de Gainesville mientras Rebecca ayudaba a las demás. Cuando se reunió con sus padres para comer, su madre le lanzó una mirada, le dio unas palmaditas en la mano y le prometió un cóctel al llegar a casa.

Si su madre estaba dispuesta a darle una bebida alcohólica, debía de tener un aspecto desastroso.

El resto de la entrevista es menos enervante, pues ya sabe por dónde van los tiros. El inspector no intenta asustarla ni engañarla para sacarle información, y hace sus preguntas con amabilidad pero sin sonar condescendiente. Cuando le pide información adicional o que revisiten algún tema que ya han mencionado, no parece que esté intentando enredarla o descubrirla si miente. Aunque Rebecca aún no está del todo relajada, al menos ya no le tiemblan las manos.

Después de confirmar su información de contacto y dónde va a estar la semana siguiente, antes de volver al campus para sus clases de verano y su trabajo como becaria, dejan que se vaya. La señorita McKinney le dice que lo ha hecho muy bien y que la mantenga informada de cualquier cosa que pase. Luego se despide deseándole buena suerte en su último examen.

Pero ya es viernes, y ese examen ya ha pasado. Al entrar al salón se ha encontrado al profesor leyendo su artículo en el *Washington Post* . Pero aún faltan varias horas antes de que el resto de las chicas sean libres. Rebecca y Hafsah tienen la regla de que las fiestas de cumpleaños no pueden comenzar si no están todas presentes, así que no, Ellie, las otras no se unirán a la fiesta cuando lleguen. Tras insistirle mucho, logra que Ellie empaquete sus cosas, menos lo que necesitará para la noche.

De malas, Ellie empieza a hacer montones sobre su cama. Rebecca le pasa la ropa y aprovecha para coger lo que pudo haber saltado de su armario al de Ellie.

—¡Ah! —dice Ellie de pronto—. Eso me recuerda que... —Se agacha, saca una bolsa de debajo de la cama y se la entrega a Rebecca.

—Los regalos no se dan hasta la noche, ¿no te acuerdas?

—No es un regalo.

Confundida, Rebecca coge la bolsa y ve lo que hay adentro. Son unos vaqueros nuevos, con etiqueta y todo. Es la misma marca que los que desaparecieron y tienen un corte bastante parecido. Son de un azul un poco más oscuro y tiene unas calaveras hechas de tachones en los bolsillos traseros en lugar de los adornos que tenían los suyos, pero la talla y la forma son la misma.

Con un suspiro, se sienta en el borde de la cama de Kacey y se pone los pantalones sobre el regazo. Ellie la mira por encima del hombro con gesto desafiante. Rebecca no está segura de qué quiere decir con eso. ¿Quiere que diga algo? ¿O quiere que se quede callada?

—Las calaveras son como de mal gusto —dice Rebecca al fin. Ellie se ríe y se sienta en el suelo con la espalda contra la cama.

—A veces me cuesta trabajo entenderte, Rebecca de la Granja Sol.

—Rancho —la corrige—. Tenemos caballos.

Ellie se limita a mirarla.

Rebecca sonríe. Es raro ver que su amiga se queda sin palabras.

—Mira —dice tras un momento, ya sin el gesto divertido—. Sobre esa conversación que no sé por qué quieres que tengamos: no la vamos a tener.

—¿Por qué no?

—Porque no necesito que me des explicaciones. Todos tenemos nuestros límites y distintas reacciones cuando alguien los cruza. Hacemos lo que tenemos que hacer. Pero... —Toma aire, nerviosa, y se humedece los labios—. No puedo protegerte si conozco la verdad —susurra, pues sabe que la puerta está abierta y que pueden llegar las demás—. No importan mis sospechas, pero no puedo saberlo y mentir. Tú haces mucho por protegernos, más de lo que Delia, Susanna, Luz y Keiko se imaginan; ¿podrías protegernos un poco más dejándonos en la ignorancia?

La pelirroja se muerde una uña. Rebecca nota que ya le están sangrando las cutículas. ¿Cuándo ha empezado a hacer eso?

—O sea que ¿Hafsah...?

—Lo sospecha —reconoce—, pero tampoco debe confirmarlo. Su fe es algo muy importante para ella; por favor, no la obligues a elegir

entre tu amistad y lo que le haría tener que jurar sobre un libro sagrado y mentir.

—Te veo demasiado tranquila.

—Ha sido un mes muy complicado —responde con teatralidad, y Ellie se ríe. Rebecca recorre los tachones que forman una calavera con la punta de un dedo—. No estamos buscando razones para hacer de tu vida un infierno. Si quieres devolvernos el favor, por favor, no nos las pongas en la cara.

—Os escudaréis en la ignorancia.

—Si nos lo permites.

Rebecca y Ellie se miran durante un largo rato en un silencio tenso. Luego Ellie señala con la mano hacia sus cosas.

—No veo por qué no podría dejar todo esto para mañana.

—Porque la mudanza de invierno literalmente me robó años de vida. —Tras guardar los pantalones en la bolsa, se levanta—. Me voy a llevar esto a mi cuarto y luego volveré para guardar las almohadas. Tú ponte con tus cosas. Y cuando termines, si es que lo haces rápido y queda tiempo antes de que vuelvan las demás, vamos a hacer algo solo tú y yo.

—¿En serio?

—En serio, serio.

Ellie recibe el soborno con una sonrisa y se pone a guardar sus cosas, esta vez con más ganas.

Unas horas después todavía quedan pertenencias sin colocar, pero han avanzado lo suficiente como para que Rebecca se sienta cómoda para salir. Aún falta un rato para que las otras terminen sus exámenes, regresen y recojan lo suyo antes de que empiece la reunión.

Pese a las protestas entre risas de Ellie, Rebecca no le dice adónde van. Montan sus bicicletas y hacen una parada en la floristería para recoger un pedido especial. Mete la caja con cuidado en su mochila casi vacía y rellena los huecos con papel para que vaya mejor protegida. Ellie se está divirtiendo muchísimo en su papel de la niña quejumbrosa, tanto que no se da cuenta de dónde están. Cuando se detienen, Ellie alza la vista, mira la puerta y se pone pálida.

—Dijiste que no podías verla —comenta Rebecca en voz baja mientras encadena su bicicleta a un poste—. No tienes que entrar si no quieres o no estás lista, pero he pensado que... —Se levanta y se sacude el polvo de manos y rodillas—. Que quizá si no estás sola, te podría resultar más fácil.

Ellie traga saliva y observa la puerta.

Mientras su amiga lo piensa, Rebecca encadena la otra bicicleta y luego la espera al lado de la puerta, mirando sobre su hombro de vez en cuando. Tras algunos minutos, Ellie va a su lado con pasos nerviosos y entran juntas en el fresco interior del centro de cuidados especiales. La recepcionista las saluda con una sonrisa mientras sostiene un móvil entre la oreja y el hombro. Rebecca guía a su amiga por la escalera y los pasillos hasta detenerse frente a una de las puertas. No parece distinta de las demás, a decir verdad. Si no sabes lo que hay detrás, no hay nada terrible en ella. Se quedan ahí durante un rato. Rebecca coge a Ellie de la mano y nota que está temblando. Tras darle un suave apretón, entrelaza sus dedos con los de su amiga y no hace nada más, dándole a Ellie todo el tiempo que necesite.

—Siempre he pensado que una parte de ella debe de odiarme —susurra Ellie.

—¿Por qué?

—Porque nunca he venido.

Pero Rebecca niega con la cabeza.

—Si aún queda suficiente Kacey en su cuerpo para sentir algo, lo último que sentirá es odio. Creo que entendería que algunas cosas son demasiado difíciles. Es... doloroso verla así —reconoce—. En especial porque se superpone a la Kacey feliz y animada que conocimos. Pero ella entendería que no has podido hacerlo antes y que ahora sí.

—Mi madre no quiere que traiga las almohadas de Kacey el próximo semestre. Cree que debería donarlas. Y que debería aceptar una compañera nueva el año que viene.

La chica a la que asignaron en su estudio cuando volvieron de las vacaciones de invierno no tenía nada de malo. Ni las tres que pusieron después. Ni las dos que llegaron el otoño pasado, cuando

los padres de Kacey la dieron de baja de la universidad. No tenían nada de malo salvo que no eran Kacey, y ni siquiera Keiko ni Delia se quejaron cuando Ellie las obligó a irse. Rebecca no cree que ninguna se vaya a sentir cómoda con una nueva compañera el próximo año, ni cree que esa nueva compañera pueda ser feliz si las demás ya están tan unidas. O «aisladas», que es una palabra que les queda mejor.

—Tal vez si dejas el póster de Kacey en casa —dice al fin—. Podrías quedarte con una foto normal en la mesita de noche. La mitad de las almohadas se pueden quedar en tu casa y, en vez de llenar toda la cama, pones las otras contra la pared como si fuera un sofá. Así no sería exactamente una cama ni el espacio de nadie más, pero...

—Sería un punto intermedio.

—Sí. Y un paso más para sanar.

Ellie toma aire, nerviosa, y asiente.

—Bueno. Creo que lo podré soportar. Y quizá a mi madre le parezca bien.

Pasan casi diez minutos frente a la puerta y, al fin, Ellie toca la manilla de metal con la punta de los dedos.

—¿Cómo concilias el echarla tanto de menos y a la vez tenerla justo enfrente?

—Porque no es ella. Es solo su cuerpo, Ellie. Kacey ya no está ahí. —Al menos, eso espera.

Ellie abre la puerta.

No hay forma de ignorar que la habitación tiene un aspecto clínico; Kacey no puede cuidarse de sí misma, y hay varios recordatorios de eso. Pero se ha hecho todo lo posible para que el lugar parezca acogedor. Aunque no sea exactamente un hogar, al menos está personalizado. Las fotografías que llenaban su lado del cuarto en el dormitorio están en las paredes entre pósteres y litografías. Las paredes mismas están pintadas de un rosa oscuro, con cortinas del mismo color, pero más claro, sobre las ventanas y cubriendo el espacio para los utensilios de la enfermera. Es obvio que la cama es de hospital, pero está cubierta con las sábanas de su casa, hasta tiene la colcha de retazos que hizo su bisabuela.

Unas pilas de libros y CD demuestran cuánto tiempo pasan ahí sus padres. Junto a la cabecera de la cama hay una mecedora con una cesta de costura y un bolso de punto a un lado. Cerca de ahí hay un sillón reclinable y un escritorio para un portátil. Las cosas se ven más suaves, menos duras que cuando llegaron en noviembre. Todo parece menos lúgubre por el uso.

El cabello de Kacey ha ido perdiendo el brillo y ya no le cae por la cara y los hombros con la fuerza de sus gestos, sino que está recogido en una trenza de lado y mucho más corto que como solía llevarlo. Es más fácil cuidar el cabello corto, pero sus padres no se atrevieron a cortárselo del todo. Kacey amaba su cabello; hasta donde Rebecca sabía, nunca pasó por la clásica etapa de pelirroja a la que le incomoda su color. Su rostro está más redondo como efecto de los esteroides para sus pulmones. Los brazos descansan sobre la colcha, con las manos hacia arriba y los dedos ligeramente curvados.

Rebecca cruza la puerta y deja su mochila en la mecedora. Tras sacar la caja de la floristería, deshace el lazo, la abre y pone un florero azul sobre la mesita de noche, el cual se llena con flores de azahar entrelazadas con rosas color melocotón y óxido. Se las pidió hace meses a la florista, pues sabe que la temporada de esas flores se acaba mucho antes que el semestre. Ha valido la pena el trabajo que le ha costado encontrar un invernadero que pudiera enviarle las flores fuera de temporada a la florista. Gemma le dio el dinero, pues se salía de su presupuesto.

A Kacey le encantaban las flores de azahar. Su madre tenía amplias extensiones de naranjas y Kacey solía llevar cajas llenas de esa fruta o zumo recién exprimido al estudio. Su abuelo tejía coronas con las flores para ponérselas sobre el cabello.

Como Ellie sigue petrificada en la puerta, Rebecca se sienta en el borde de la mecedora y coge a Kacey de la mano, que está fría y con la piel seca. Se pregunta si debería sacar un poco de crema para ponérsela, pero decide que quizá no le haga bien a Ellie ver eso. Luego se aclara la garganta y empieza a hablar en voz baja, contándole a Kacey lo que ha pasado desde la última vez que la vio. Los Montrose la hicieron prometer que vendría menos a menudo en temporada de exámenes para no perjudicar sus notas. Rebecca vio

que era una buena idea, pero sobre todo, notó el alivio en los padres de Kacey cuando ella aceptó.

Le habla a Kacey sobre los caimanes, sí, pero también que Hafsah se irá a pasar el verano en Houston como becaria de la NASA, que Luz y Keiko tienen planeado hacer un viaje por carretera a Nueva York para estar días enteros en los museos. Le cuenta que una mañana Delia se despertó temprano para poner un tinte semipermanente en la botella de acondicionador de Susanna, con lo que su cabello rubio se volvió verde brillante, y cómo Susanna se vengó echando una purpurina superfina en todos los botes de crema de Delia.

Ellie se va acercando mientras Rebecca habla, hasta quedar justo frente a ella. Las manos le tiemblan, pero coge la de Kacey y reclina el cuerpo hasta tocar con la frente los dedos de su amiga. Tras un rato, Ellie se aclara la garganta y se incorpora parpadeando para sacudirse las lágrimas de los ojos.

—Rebecca no te lo ha contado todo —le comenta a Kacey—. Le falta decirte lo del inspector Corby.

—Ay, no.

—Así está la cosa...

Rebecca niega con la cabeza, pero no la interrumpe ni le pide que se calle. Solo están las tres en la habitación; no se va a morir de vergüenza.

Pasan casi una hora con Kacey, bromeando y contándole historias cada vez más ridículas a su amiga. Pero al fin el reloj le avisa a Rebecca de que casi es la hora de que una enfermera le dé su baño a Kacey.

—Debemos irnos —dice—. Seguro que las otras ya han terminado sus exámenes.

—¿Y de guardar sus cosas?

—La fiesta no empieza hasta que todo esté guardado.

—Estirada. —Ellie se inclina para darle un beso en la mejilla a Kacey—. Te echo de menos —susurra.

Rebecca mete la mano en su mochila. Sin las flores, está casi vacía, salvo por una carpeta con el artículo del *Gainesville Sun* . Está plastificado con cinta adhesiva, porque era lo que tenía. Lo observa

un momento y luego lo pone bajo la mano de Kacey. El rostro de Dillon el Descerebrado las mira entre sus dedos.

A diferencia de los muchos artículos que salieron antes sobre las víctimas, este lo ha escrito alguien que conocía a Kacey, una de sus primas políticas, a la que no le importó tanto la posibilidad de que la demandaran como contar la verdad sobre Dillon McFarley. Salió por la mañana. De camino a su examen, Rebecca se encontró con una copia del artículo y otra del suyo en el altar al caimán, cerca de su dormitorio.

Ellie la observa y hace un gesto de asco al ver el rostro de Dillon.

—Me alegra que esté muerto.

—Yo también.

Sin quitar los ojos de la foto en blanco y negro, Ellie niega con la cabeza.

—Ojalá supiera quién lo hizo, para estrecharle la mano.

Rebecca hace un gesto sorpresa y abre la boca para hablar, pero pronto cambia de opinión. Hay cosas que es mejor no decir. Ella lo entiende, aunque Ellie no.

Fuera, mientras Ellie quita las cadenas a las bicicletas, Rebecca saca el móvil para activar el sonido y se encuentra con una inesperada cantidad de mensajes. Al menos la mitad corresponde a números que no conoce. Intrigada, abre el de Jules con la esperanza de que le aclare algo. Lamentablemente, casi todos son signos de exclamación y palabras sin sentido. Dando un clic sobre la información del contacto, llama a su amiga en vez de mandarle mensaje.

—¿Dónde diablos estás? —exclama Jules en vez de saludarla—. ¡Tienes que ver esto!

La última vez que Rebecca oyó esas palabras fueron de boca de alguien que estaba tocando en todas las puertas a las seis de la mañana para reunirlas en el salón; fue la mañana en que se enteraron de la muerte de los primos Cooper en la granja de caimanes.

—¿Ver qué?

—¿Estás en el campus?

—Estoy de camino. ¿Por qué?

—Ve a Row. Te prometo que valdrá la pena. ¡Date prisa!

Rebecca se separa el móvil de la oreja y mira la pantalla con la notificación de que la llamada se ha acabado.

—¿Qué te parecería pasar por Row antes de ir a casa?

Ellie se lamenta.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero al parecer todo el mundo quiere que vaya.

—Y no queremos decepcionar a todo el mundo, ¿verdad? —Ellie se encoge de hombros y guarda las cadenas en su mochila.

No pueden ir a demasiada velocidad porque hay muchos semáforos y pasos de cebra, pero van lo más rápido que pueden. La mitad de la gente del campus se marcha hoy, para adelantarse al caos del sábado, así que el tráfico está peor que nunca. Tras pasar Sledd Hall, se guían por los vítores y los sonidos de celebración. Se miran una a la otra, confundidas, y siguen avanzando.

Hay una enorme multitud fuera de una de las casas de Fraternity Row, tan densa que Rebecca y Ellie no pueden ver qué es lo que causa tanto alboroto. Rebecca mira a su alrededor y encuentra un grupo de chicas de una sororidad conocidas. Están abrazándose y dando saltitos mientras se ríen como locas. Tras plegar su bici y guardarla en la bolsa, se abre paso hacia ellas.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—¡Por fin llegas! —grita una de las rubias—. ¡Lo has logrado! ¡Ven! —Ella y sus compañeras cogen a Rebecca por los brazos y la empujan entre la gente. Ellie las sigue, hasta que llegan al letrero con el nombre de la fraternidad. Jules está encima de este con cámara en mano, junto a un periodista que lleva una enorme cámara en el hombro.

—¡Ya ha llegado! —anuncia la chica de la sororidad—. No te preocupes, nosotras vigilamos tus cosas.

Desconcertada, Rebecca deja que la suban hasta llegar al letrero. Ella y Ellie tardan un poco en recobrar el equilibrio y luego miran hacia el césped, donde ven un contenedor viejo de metal verde sobre la hierba. Los miembros de la fraternidad llevan camisetas con letras enormes y máscaras de superhéroes que les tapan el rostro.

Aunque busca a los Jokers, porque a los de las fraternidades les encanta el Joker por razones perturbadoras, no encuentra ni uno.

—¿Qué hacen? —le pregunta a Jules.

—Mira.

La puerta principal de la casa está abierta de par en par, con dos chicos corpulentos montando guardia para que no pase nadie. Hay más alrededor del contenedor, vigilando a la multitud. Otro grupo entra y sale del edificio cargados con madera para echarla en el contenedor. Unos cuantos trozos golpean contra el metal, pero casi todos caen sobre los que ya están adentro. Después, una trompeta ceremonial resuena desde los altavoces que hay repartidos en el porche y da inicio a un nuevo desfile de chicos que salen de la casa por parejas, sosteniendo unos tablones de los que cuelgan pedazos de tela con clavos y grapas industriales.

Rebecca se sobresalta cuando una mano la agarra por el brazo con tanta fuerza que es posible que le deje un moratón. Cuando recupera el equilibrio, se da la vuelta y ve que es Ellie, quien no quita la vista de encima a los chicos ni aunque esté aferrada al brazo de su amiga.

—¿Qué pasa? —susurra.

—Es el tablón de las bragas —responde Ellie—. Van a quitar el marcador.

—¡No solo lo van a quitar! —añade Jules, dando saltitos en su lugar—. ¡Mirad!

Los chicos lanzan los tablones al contenedor y se oyen golpes con cada uno. Rebecca está casi impactada con la cantidad de tablones que hay. ¿De qué tamaño era el marcador? Con las manos vacías, los chicos se colocan a ambos lados del basurero formando una fila hacia la puerta. Otro chico sale de la casa con una enorme caja de cartón. Se detiene frente al contenedor, abre la caja y la vacía sobre la madera. De su interior cae un aluvión de fotografías.

La multitud ya ha aumentado tanto que llega hasta la carretera y obstruye el tráfico.

Tres chicos más salen de la casa, con paso lento y ceremonioso, cargando unos cestos de ropa sucia llenos hasta los topes con ropa interior de mujer. Los vítores aumentan cuando vacían los cestos en

la basura con todo lo demás. Uno de los chicos se sube a un borde del contenedor y levanta las manos para pedir silencio. Aunque resulte increíble, lo obedecen.

Cuando se quita la máscara de Linterna Verde, una exclamación de sorpresa recorre a la multitud. Tiene sentido que haya mantenido el anonimato, aunque con un poco de esfuerzo no era tan difícil descubrir la identidad de cada miembro de la fraternidad. Pero, bueno... Esto podría producir un impacto aún más fuerte que la misma quema.

—Me llamo Thomas Wyatt —dice con toda la potencia de su voz—. Soy presidente de esta división.

Los abucheos son la única respuesta, y él los acepta con estoicismo.

—Debería haberme opuesto al tablón cuando lo propusieron hace tres años —continúa cuando los insultos le permiten volver a hablar —. Debería haberme opuesto en cada oportunidad que tuve desde ese día. Cuando mis compañeros me eligieron como presidente, debería haber acabado con él con mis propias manos de haber sido necesario. Ha sido una vergüenza y una falta de carácter. Lo siento. —Espera a que los murmullos vuelvan a apagarse—. A todas aquellas que han sido violadas por los chicos de esta fraternidad, a todas aquellas a quienes han hecho daño y humillado, primero por las acciones y luego por aparecer en el tablón, os ofrezco mis disculpas. Nunca podremos compensarlo. Pero hoy el tablón arderá.

A Rebecca le duelen los oídos por la fuerza de los hurras y gritos.

—Hoy nuestra sección acepta un nuevo código de conducta para todos los hermanos en el futuro —anuncia cuando el público se lo permite—. En los últimos años, ese tablón y la conducta que ha provocado han definido nuestra reputación. Hemos sido tan estúpidos por creer que era algo bueno... De ahora en adelante no habrá segundas oportunidades. Cualquier violador o agresor, cualquiera que intente traer de vuelta el tablón, cualquiera que use drogas, la fuerza o la intimidación... será expulsado sin derecho a defenderse. Hemos lastimado a demasiada gente, y eso no volverá a pasar. Lo haremos mejor. Seremos mejores. Y este es el comienzo.

Uno de sus compañeros le pasa una antorcha encendida. Los chicos que rodean el contenedor reciben otras. Dos hermanos vierten combustible líquido sobre la madera y la tela.

—¡Diez! —grita Thomas. Con el siguiente número, la gente empieza a corear junto con él. Al llegar al ocho, parece que la mitad de la ciudad lo esté gritando. Rebecca mira a las chicas de la sororidad, que están riendo, llorando y bailando en su lugar mientras gritan los números con todos los demás—. ¡Uno! —suelta la multitud, y los chicos lanzan las antorchas a la basura. Thomas baja del contenedor de un salto justo cuando el combustible se enciende con un sonido seco y una columna de humo.

Entre los gritos y hurras, Rebecca oye el clic constante de la cámara de Jules a su derecha. A su izquierda, Ellie observa las llamas con los ojos muy abiertos y llenos de luz.

—Estás llorando —murmura Rebecca.

—Es por el humo.

Pero el humo va hacia arriba; lo poco que se escapa de ese camino no va en dirección a ellas. Rebecca no discute, simplemente abraza a Ellie por la cintura, apoya la cabeza contra la de su amiga y ven el tablón de las bragas arder.

30

Rebecca y Ellie vuelven a sus dormitorios oliendo a humo y con la cara dolorida de tanto sonreír. El encuentro en la fraternidad se ha convertido en una fiesta, incluso había pirámides de latas, pero no de cerveza, sino de un refresco de marca blanca. Por supuesto que no se ha alcanzado la paz mundial, pero algo es algo. Han vuelto porque ya tenían planes en Sledd Hall.

Pasan por un aparcamiento lleno de estudiantes que cargan sus coches de cosas y chocan unos con otros. Dos chicas se están gritando, rodeadas de cajas abiertas y cubetas con pertenencias esparcidas a su alrededor.

—Supongo que no volverán a vivir juntas —dice Ellie.

—Espero que no.

Al pasar por el altar al caimán de siempre, Rebecca estira una mano y roza con los dedos su artículo plastificado. No era lo que buscaba, pero es bonito que la reconozcan.

Sus compañeras de estudio las esperan impacientes y solo se tranquilizan a medias con la explicación hasta que Ellie adopta una pose dramática y grita «¡La quema del tablero!» siguiendo el ritmo del conocido himno de graduación. Eso hace estallar en carcajadas a las chicas, y hasta Rebecca, que lo ha presenciado, se está riendo tanto que casi se le saltan las lágrimas.

Se da un baño rápido mientras las demás terminan de empaquetar sus cosas. No quiere ir a su fiesta de cumpleaños oliendo a humo, aunque le encante la razón por la que huele así. El tablero de las bragas ya no existe y una fraternidad entera se ha asustado tanto por estar en el punto de mira que se ha comprometido públicamente a enmendarse. Aunque quién sabe si lo van a cumplir o no; es el último año de Thomas Wyatt como presidente. ¿Qué elegirá la

fraternidad de otoño hacer? Pero es un inicio..., un inicio hermoso, inesperado y totalmente extraño.

—¿Adónde vamos? —pregunta Hafsah cuando Rebecca vuelve a la habitación, envuelta en toallas, para buscar en la pequeña maleta lo que necesitará para la noche—. Nadie sabe qué ponerse.

—Vamos a cenar, a comprar alcohol y luego volveremos al salón.

—¡Nooo! ¡Serás zorra! —grita Ellie, que está tumbada en la cama de Hafsah—. ¡Se suponía que iríamos a un club! ¡A bailar! ¡A beber!

—Salvo por lo del club, todo lo demás lo podemos hacer aquí, y no voy a beber en otro lado —responde Rebecca—. Y no solo por seguridad; Jules me ha dicho que varias chicas de las que han hablado conmigo para el artículo quieren pasar a saludarme. Es mi cumpleaños y yo elijo, y lo que quiero es estar cómoda.

Ellie hace un gesto de enojo, pero no discute más. La chica del cumpleaños siempre elige, y no puede exigir que eso se respete en su cumpleaños si no lo aplica para las demás.

Todas se ponen pantalones vaqueros y una camisa informal para salir, salvo Hafsah, que lleva una camiseta de manga larga. La cena es en Moe y luego van a la licorería más cercana, donde se pasan cerca de media hora divirtiendo al cajero con sus discusiones sobre qué comprar. Rebecca se niega a permitir que compren el vodka asqueroso de Ellie. Con un bidón de gasolina se marearían igual y se intoxicarían menos. Ellie no para de intentar colar su botella en la cesta, Rebecca no para de sacarla para devolverla a su lugar. Al final, esa cosa horrible no termina en la caja registradora y el cajero, que se está divirtiendo de lo lindo, les hace un veinte por ciento de descuento en la compra por su cara bonita.

Delia suelta un gritito de emoción y corre a buscar un par de botellas de ron para aprovechar el descuento.

Las botellas tintinean en sus bolsas mientras caminan de vuelta a Sledd, lo cual las hace reír a carcajadas. Rebecca aún no ha bebido ni una gota de alcohol, pero ya se siente medio borracha por el huracán de emociones que le ha traído el día. Keiko y Delia intentan bailar al ritmo de las botellas chocando entre sí, lo que les sale mejor cuando Delia se quita las sandalias. Hafsah y Susanna se ríen

y caminan a lado y lado de las bailarinas para evitar que se caigan de la acera.

Al llegar a Sledd suben corriendo la escalera y hacen una breve parada en su estudio para ponerse ropa más cómoda. Rebecca se cambia los vaqueros, que son los que Ellie le ha comprado, los de las calaveras, por unas mallas, y aunque se va a asar, se pone la sudadera de los Royals que aún no le ha devuelto al inspector Corby. Hasta Hafsah se burla de ella por eso.

Cuando llegan al salón, un estruendoso grito de «¡Sorpresa!» asusta tanto a Rebecca que casi se le caen las botellas que lleva en las manos. El salón está lleno de chicas, aunque la mayoría de ellas ni siquiera vive en Sledd, pero Rebecca reconoce a un ochenta por ciento de aquella larga noche que se pasó escuchando sus historias. Algunas, incluidas las chicas de la sororidad que ya debería saber cómo se llaman, llevan unas rayas hechas con ceniza en las mejillas, como una extraña mezcla entre jugadoras de fútbol americano y católicas practicantes en miércoles de ceniza. No necesita preguntar nada para saber que la ceniza procede de la quema del tablón de bragas.

En la mesita de centro hay un enorme pastel rectangular con un caimán hecho de *frosting* que cubre casi toda su superficie. Sobre el caimán, con la tipografía más parecida a la de los periódicos que se puede lograr con una manga pastelera, se lee un titular que dice LAS *CAIMANAS* CONTRAATACAN y en letras más pequeñas debajo de REBECCA SORLEY .

—Mi artículo no se llama así —dice ella, riéndose.

—Encargamos el pastel antes de que se publicara —responde Jules —. Teníamos que ponerle algún título.

El resto de la mesita y la encimera de la cocina contigua están cubiertos por bolsas y cuencos llenos de aperitivos, y hay elementos decorativos de caimanes por todas partes. Es ridículo y a la vez maravilloso, y Rebecca no puede dejar de reírse de todo lo que ve. Linsey Travers se le acerca con una coronita plateada de plástico con las gemas pintadas de verde y se la pone en la cabeza a Rebecca. Por un momento, ella considera ir a su habitación para coger los

aros de diente de cocodrilo que le envió Gemma. Pero solo por un momento, pues no quiere pasar el resto de la noche protegiéndolos de Ellie.

Además de los regalos y la comida, las chicas han traído todo tipo de bebidas. Con o sin alcohol, todas tienen su botella o lata. De todos modos lo comparten todo y prueban las bebidas de las demás, pero no hay nadie que las pueda drogar. Sintiéndose a salvo entre sus amigas y las personas que confían en ella, con puertas y escaleras que la separan del mundo exterior, Rebecca bebe, y la fiesta sube de nivel cuando alguien conecta su iPod a unos altavoces portátiles.

La cantidad de gente que hay en el salón no para de fluctuar, pues algunas chicas se van para terminar de empaquetar sus pertenencias o ir a más fiestas, y otras llegan. Rebecca está sentada en el respaldo de uno de los sofás largos, con la espalda apoyada en la pared, y sonríe cada vez que ve que alguien nuevo se acerca al pastel.

Ellie abre una botella de whisky y se la pasa a Rebecca.

—¡Bebe! —le dice—. ¡Hoy tu artículo está por todo el país! ¡Bebe!

El salón se llena de gritos alegres y todas las que llevan bebida en mano la levantan para brindar. Rebecca hace lo que le pide su amiga y tiene que toser un par de veces para no ahogarse con lo que claramente ha sido mucho más que un traguito.

—¡Por Ellie! —dice—. ¡Porque de alguna forma ha logrado que no la arrestaran! —Todas se ríen mientras le pasa la botella a Ellie, que le da un trago.

—¡Por Keiko! —grita Ellie, levantando la botella—. ¡Para que nunca te deshidrates, por más que llores!

Con cada brindis, le van pasando el whisky a la siguiente compañera de estudio, y cada uno es más ridículo que el anterior. Hasta Hafsah entra en el juego, aunque ella le da un trago a su botella de Gatorade.

—¡Por Jules! —anuncia Rebecca, y la chica levanta su botellita de agua con gas y vodka con sabor—. ¡Por conocer a medio mundo!

Jules sonríe y le da un trago a su bebida.

—¡Y por Kerry! —continúa Rebecca. La chica parece sorprendida, pero igualmente levanta su trago—. ¡Por ser la mejor supervisora de Sledd Hall, joder! —El brindis es recibido por una oleada de hurras, aunque casi la mitad viene de chicas que ni siquiera viven ahí.

Tras un par de horas, la fiesta está formada por unos cuantos grupitos que charlan en los sillones mientras se acaban las bolsas de patatas fritas. Eso no le molesta a Rebecca; le ha gustado la sorpresa con toda la gente, pero también le gusta estar tranquila con sus amigas, riéndose de las historias y bromas internas que han ido acumulando a lo largo de estos últimos tres años. Al oír un sonido extraño, pone cara de confusión.

—¿Alguien más oye esa cancioncita? —pregunta.

—Es tu móvil, borracha.

—No estoy borracha —le aclara a Ellie, y luego le saca la lengua. Cuando logra sacárselo del bolsillo de la sudadera sin caerse del sillón se siente orgullosa de sí misma, y de pronto suelta un gritito al ver el nombre en la pantalla—. ¡Es nuestro Corby!

La risa masculina que sale del altavoz le informa que ha respondido la llamada sin darse cuenta. Con cuidado, enciende el altavoz para que todas lo puedan oír.

—Conque nuestro Corby, ¿eh? Al menos esta vez no me has llamado inspector.

—Pero es que eres inspector —señala ella—. Hola.

—Hola. —Todavía se está riendo, pero qué más da. Rebecca podrá desahogar su vergüenza en casa, donde solo Gemma sabe de su flechazo tonto—. Si quisiera hablar contigo y tus amigas, ¿adónde debería ir?

—¿Has visto que alguien ha puesto mi artículo en el altar?

—¿En el altar? ¿Te vas a casar?

—No en ese tipo de altar, el altar del caimán —le aclara.

Hafsah se acerca al teléfono y le informa que están en el salón de la tercera planta y que Kerry se ofrece a acompañarlo hasta arriba. De todos modos, ya le toca irse a la cama porque le espera una mañana pesada intentando ayudar a todas con la mudanza.

—¿Cuánto tardarás? —pregunta Kerry, fijándose en la cerveza que le queda.

—Un par de minutos —responde él, con voz distorsionada—. Como es la última noche de la semana de exámenes, hay muchos policías. Esta noche se harán varias rondas extra.

—¡No me digas! —grita Susanna—. ¿Y el oficial Kevin? ¡No estamos lo suficientemente sobrias como para proteger a Hafsah de ese asqueroso!

Hay un trágico silencio al otro lado del teléfono.

—Ahora nos vemos —se despide Corby.

—¡Por el inspector Corby! —dice Ellie cuando cuelga—. ¡El mejor policía de esta puñetera ciudad!

A Susanna se le escapa un hipo y de pronto empieza a canturrear *Tanto amore segreto* . Delia le tira la almohada en la cara para que se calle.

Al oír unos pasos rítmicos que avanzan por el pasillo, Rebecca se da la vuelta y ve al inspector Corby acercándose a ellas. Vuelve a llevar chaleco. Le gusta cómo le queda. Keiko asoma la cabeza sobre el sillón con los ojos muy abiertos.

—No has venido con el oficial Kevin, ¿verdad? —pregunta, nerviosa.

—No —le responde él—. De hecho, por eso estoy aquí. —Mira con curiosidad la botella de vodka de vainilla en la mano de Rebecca, que ha ido bebiendo mientras la de whisky estaba en otras manos—. Hoy el oficial Kevin no se ha presentado al trabajo y esta tarde lo han encontrado muerto en su casa. Al parecer, se ha suicidado.

—Uy, qué pena —exclama Ellie alegre, y le da un enorme trago al whisky. Rebecca hace lo mismo. Le da un trago a su vodka, pero no lo celebra. Puede que no deba hacerlo, pero ganas no le faltan.

—¿No puedes fingir, Ellie?

—Se ha muerto un degenerado. A los únicos a los que les entristece eso es a otros degenerados. ¡Un brindis por todas las chicas que ya no tendrán miedo del oficial Kevin!

Las otras parecen un poco apenadas mientras se van pasando la botella. Ellie se mete entre Rebecca y el inspector Corby para interceptar la botella de manos de Luz.

—Tú no puedes beber, eres demasiado joven —le dice al inspector.

—¿Demasiado joven, yo? —masculla él, negando con la cabeza. Luego le sonríe a Rebecca—. Felicidades —dice con tono cariñoso—. El *Washington Post* es un periódico de los grandes.

—Solo los domingos —aclara ella—. El resto de la semana es de tamaño normal.

—¿Vas muy borracha?

—No estoy borracha. ¡Estoy contenta! ¿Quieres saber cómo lo sé? —Levanta las piernas y se da la vuelta en el respaldo del sofá para quedar de frente a él, pero no calcula bien sus movimientos y pierde el equilibrio. Hafsah rescata la botella y el inspector Corby rescata a Rebecca, riéndose y abrazándola para evitar que se caiga—. A mí, cuando bebo me da sueño —susurra demasiado alto. Tras apoyar la cara en el cuello de Corby, respira hondo—. Hueles mucho mejor sin agua de pantano.

—Agua de río —corrige Delia.

Rebecca siente la calidez de las enormes manos del inspector Corby en los costados, donde la sudadera se le ha levantado por el movimiento. Sus dedos rozan las costillas de ella. Si se olvida de que está borracha, y es muy buena para eso cuando está borracha, parecerá como si la estuviera abrazando, pero esta vez no es triste.

—No te vas a meter en problemas por estar aquí, ¿verdad? Por lo de que Ellie es una asesina y eso.

—¡Oye! Presunta asesina, si me haces el favor.

—Me han apartado del caso como medida de precaución —dice él —. Pero sí, mejor que Ellie pase el verano en su casa.

—Apuesto a que ya no habrá más muertes —comenta sin dudarlo Susanna.

Ellie le da otra vez con la almohada.

Rebecca se mira la sudadera y hace un gesto de sorpresa.

—¡Es tu sudadera! Debería devolvértela. —Cuando se acomoda para quitársela, él la detiene con manos suaves.

—Quédatela —le dice—. Te queda bien.

Sonríe, aunque Ellie se burla de ella haciendo un gemido de asco.

—Hace demasiado calor para salir —confiesa Rebecca, casi gritando—. Pero hace rato, cuando estábamos, ya sabes...

—¿Fuera?

—¡Sí! Había luciérnagas, y eran preciosas. —De algún modo logra partir la palabra *preciosas* en cinco sílabas y alargarla diez segundos —. Eso significa que va a llover. Las luciérnagas salen antes de las tormentas eléctricas; eso dice mi abuela.

—No sé si es verdad, pero el canal meteorológico le da la razón con su pronóstico —le informa Hafsah.

—¡Un brindis por tu abuela! —grita Ellie e intenta pasar la botella de nuevo.

—¿No podríais esperaros a no tener a un policía delante que sabe que sois menores de edad?

Rebecca se ríe con tal fuerza que casi pierde el equilibrio, y de pronto los brazos de él son lo único que evita que se caiga.

—¡Es mi cumpleaños! Hoy, hace veintiún años, Gemma se convirtió en mi abuela, así que ¡brindemos por Gemma! Dale la botella al Corby inspector. Digo, al Corby agente...

—¿Y si me llamas Patrick? —pregunta él, tan cerca de Rebecca que casi le roza la oreja con la nariz.

—¿Ahora que soy legal?

Él se ruboriza y se aleja un poco, lo que hace que Ellie suelte una carcajada. El inspector no coge la botella que le ofrece Luz.

Pero Rebecca sí, y luego se la devuelve a Ellie. Corby se aclara la garganta.

—Feliz cumpleaños, Rebecca.

—Igualmente.

—Creo que quieres decir «gracias» —aclara Hafsah.

—También.

Ellie se apoya en el respaldo del sillón, con su cabello rojo alborotado como llamas, y mira al inspector con una sonrisa.

—Le habrás traído un regalo, ¿no?

—¡Es que no sabía que era su cumpleaños! —lo defiende Susanna.

Mientras ella y Ellie discuten si eso es una excusa o no, y Keiko esconde las almohadas antes de que vuelvan a usarlas para golpear a Susanna, Rebecca bosteza y se abraza al cuello del inspector Corby, acurrucándose en él. El problema de estar borracha es que si no mantiene el ritmo, le da sueño.

—Este es mi regalo —susurra—. Es el mejor regalo.

Puede sentir más que oír la risa de él. Cuando retira la mano del costado de Rebecca, ella se entristece, hasta que vuelve a sentirla, esta vez en su mejilla. El inspector se acerca y le planta un beso suave en la comisura de la boca.

—Feliz cumpleaños —repite—. Espero que te lo hayas pasado en grande.

Ella le planta un beso en la mejilla, mucho menos suave y elegante.

—Con esto, sí.

Ellie silba y Susanna intenta hacer lo mismo, pero solo termina escupiéndole a Keiko, quien se echa a llorar porque es Keiko, y Luz corre a consolarla. En ese movimiento se le cae una botella abierta y se derrama por todo el suelo. Hafsah se limita a hacer un gesto de fastidio y Rebecca se ríe y se acurruca más en el hombro y cuello del inspector.

El tablón de las bragas ya no existe, el oficial Kevin está muerto y las chicas del campus han podido contar sus historias para un periódico de tirada nacional. Rebecca está orgullosa de sus logros. La verdad es que ha sido un cumpleaños maravilloso.

31

Yo no maté a Santos el Imbécil.

Siento que es importante aclararlo.

Aunque haya matado a muchas personas en el último mes, Santos Caraculo-Melasuda III no está en mi lista. Hay una diferencia entre tomarse algo como personal y hacerlo personal y, a diferencia de Ellie, yo respeto ese matiz y su importancia.

Me tomo como personal que tantos desgraciados hagan que el mundo no sea un lugar seguro para las mujeres.

Pero no lo hago personal; no ataco a los que me atacan, eso levantaría sospechas. El oficial Kevin es lo más cerca que he estado de esa línea, pero mi cerebro reptiliano es demasiado fuerte, y atacó a Hafsah, así que valía la pena correr el riesgo de escuchar a la rabia. Dillon le hizo daño a Kacey, pero eso fue hace meses, tantos que ya había lastimado a otras, tantos que la mayoría de la gente no lo conectaría de inmediato con una venganza de nuestro grupo.

A los dos días de haber vuelto a casa para mi semana de vacaciones, recibo una llamada de Ellie para informarme de que se la van a llevar de nuevo para interrogarla, esta vez por Santos. Es una conversación breve y sospecho que desde el asiento trasero de un coche de policía, pero no suena preocupada ni asustada. No creo que sea inocente, pero es tan buena esquivando obstáculos que ya ni los ve como problemas.

La mecedora cruje cuando mi abuela se sienta en ella para hacerme compañía en el porche trasero. Estoy sobre la barandilla, apoyada en un poste, contemplando el paisaje. Nuestra tierra es técnicamente un rancho enorme, pero mi familia ha ido entregando partes de forma no oficial como regalos de bodas para varias generaciones de hijos que se han casado, dejándoles que construyan

ahí sus propias casas. Ahora ya rodeamos casi todo el lago. Hay familia por todas partes.

Me llega una voluta de humo. Gemma suele salir con su primer cigarro ya encendido. Algunas personas llaman «Abu», «Nana» o «Tita» a sus abuelas. A raíz de que uno de nuestros primos mayores no podía pronunciar bien *abuela* de bebé, la empezamos a llamar «Gemma» que era parecido en pronunciación a ma«má», que es como ahora todos la llamamos. Nos quedamos un rato en silencio, salvo por el chirrido rítmico de su mecedora.

—Quiero hacerte una pregunta, chiquilla.

Me acomodo para dirigirle la mirada sin perder el equilibrio o tener que torcer el cuello.

—¿Qué vas a hacer si les echan la culpa a tus amigas de lo que hiciste?

Casi siempre nos aseguramos de que no haya familiares cerca, pero es mediodía y casi todos están trabajando, y los que no, están durmiendo porque trabajan de noche. En cuanto a los primos pequeños y mayores que aún tienen vacaciones de verano, quién sabe dónde están, pero no en la casa que comparto con mis padres y Gemma, y no están a la vista. Es seguro hablar.

—Tal vez nada —reconozco—. Nunca fue mi intención incriminar a Ellie ni despertar sospechas sobre ella. Eso lo hace sola.

—¿Pero?

—Pero a caballo regalado, no le mires el diente. No es culpa mía que la gente piense en ella de inmediato con los homicidios.

Suelta otra voluta de humo. Sus labios están un poco deformes porque el tejido ha cambiado literalmente de forma por la frecuencia con la que fuma. Elaine Sorley, en honor a quien me pusieron mi segundo nombre, solía ser una mujer hermosa. Aún es bella, pese a las arrugas que le han dejado los años de fumadora. Su cabello rojizo ya está blanco casi por completo, y lo lleva recogido en una trenza que le cuelga por la espalda, pero sus ojos grises azulados siguen llenos de vida. En sus mejores años era pelirroja de verdad, no castaña rojiza como yo. Una vez, cuando me estaba quejando de mi universo de pecas, me dijo que ella tiene exactamente tres pecas,

y todas están en su trasero, así que yo debería agradecer tener tantas que nadie me pide que se las muestre.

Amo a toda mi familia, y casi todos me caen bien, pero mi abuela es especial. Ella me ha enseñado todo lo que sé sobre las luciérnagas, los puntos de pulso y qué drogas son indetectables en el cuerpo tras morir y, por tanto, seguras para asesinar a alguien.

Soy muy parecida a mi abuela.

Antes de apagar la colilla del cigarro la usa para encender el siguiente.

—Me sorprendió ver el artículo. ¿Crees que es seguro escribir sobre tus propios homicidios?

—Pero no he escrito sobre ellos. He escrito sobre las chicas del campus.

Mi abuela lo piensa por un momento y luego asiente. Junto a mis pies, la barandilla tiene una caja enorme con los frascos de té que pone a macerar al sol. Tengo un vaso con hielos y el producto terminado bajo las rodillas.

—La temporada de reproducción no termina hasta el final del mes —me dice al fin—. ¿Vas a seguir cuando vuelvas?

—No. Si paro durante una semana y luego vuelvo a comenzar, sería demasiado evidente que se trata de alguien del curso de verano. Más vale dejarlo así, como la posibilidad de que haya sido alguien del último año que ya se ha graduado.

—¿Te ha ayudado a sacarte esa espinita?

Levanto una mano y la sacudo de un lado a otro.

—Al principio. —Apoyo la cabeza en el poste e intento condensar mis emociones en algo que tenga sentido. «La espinita», así llama Gemma a su impulso de matar, y me habló de eso durante el verano previo a mi último año en el instituto, cuando el ataque a Daphne me convirtió en una criatura llena de rabia. Siempre he sido la más parecida a Gemma, pero solo cuando me enseñó cómo distinguir los cotilleos y rumores de la verdad para encontrar a los jugadores de fútbol que atacaron a mi prima pude ver hasta qué punto tenemos cosas en común. Ella me ayudó a descubrir las rutinas de los chicos. Durante dos años, juntas o por separado, nos vengamos de los infelices que hicieron tanto daño a Daphne.

Eso también me enseñó que la venganza directa es peligrosa, adictiva, y es muy probable que la cagues. Lo del oficial Kevin fue personal. Dillon McFarley fue personal. La rabia es tan seductora, tan deliciosa que es difícil mantenerte a suficiente distancia de ella como para que no termines cometiendo alguna estupidez. Hay que tener cuidado, como siempre le digo a Ellie. La lista de personas que podría matar sin derramar ni una lágrima es... larga. Pero eso no significa que las pueda matar a todas.

Por eso Gemma lo llama «la espinita». Es algo que te molesta, algo que puedes elegir sacarte o no, por mucha comezón que te dé. Las picaduras de mosquito dan comezón, la varicela da comezón, las heridas que están sanando dan comezón. Y no significa que debas rascarte. O como dice Gemma: «Que un hombre tenga comezón en los huevos no significa que deba rascárselos en público, y algún día el tonto de tu tío Gabe lo entenderá». Gabe es un tío político, por eso a Gemma no le molesta criticar la forma en la que lo educaron.

A fin de cuentas, no siento menos rabia que Ellie. Solo soy más buena canalizándola, entendiendo cuándo está bien sacarla y cuándo es mejor no hacer nada. Esperar. Es tentador entregarse a la furia, pero cuanto más te entregas a ella, más te vuelves su esclava. Y así es como terminas delatándote.

—No quería volverme la heroína del pueblo —digo sin emoción.

Gemma suelta una carcajada ronca y me lanza una sonrisa traviesa.

—Ay, cariño. Es lo que pasa cuando eres vigilante: si todos saben por qué mueren los que mueren, más de uno le agradecerá a quien los mata. Elegiste una buena razón. ¿En serio creías que nadie iba a atar cabos?

—No me esperaba los altares. Estoy acostumbrada a que las chicas contemos nuestras historias entre susurros, no a gritos para que todos las escuchen.

—Pero es algo bueno, ¿no? Que las compartan en público.

—Por ahora. —Suspiro, y tomo mi vaso para estirar las piernas y cruzarlas por los tobillos, dejando el que lleva atada la pulsera de Daphne por encima. Aún no va a volver de Pensilvania, pero me ha prometido que me dará una nueva en cuanto nos veamos. No me ha

querido decir de qué color—. La gente olvida, Gemma. Sigue adelante y olvida, y las chicas inteligentes se darán cuenta de eso y volverán a susurrar en los baños. Me preocupan las que no lo entiendan e intenten seguir gritando.

—Este mundo siempre va a lastimar a las mujeres, Rebecca. No puedes cambiar el mundo.

—Lo sé. Supongo que casi han logrado convencerme de que sí era posible.

—Y ese es el problema de los héroes del pueblo. No puedes creerte tu propia leyenda, cariño.

—Creo que lo mejor será que lo deje por un tiempo.

—Creo que sí.

Suspiro y vuelvo a apoyar la cabeza en el poste.

—No era mi intención que se convirtiera en una advertencia —reconozco—. No quería asustar a nadie para que actuase diferente; no quería inspirar a las chicas. Solo intentaba detener a los tipos que hacen tanto daño, no quería que pudieran seguir lastimando a nuevas víctimas. Eso era todo. No buscaba un cambio social ni ser la salvadora de nadie. Solo quería detenerlos. Y luego...

—No puedes elegir cómo se interpreta tu trabajo —me recuerda—. Quizá se vieron reflejadas en tus actos, vieron lo que querían ver, pero así somos los humanos, mi naranjita. Es algo que no puedes cambiar. Ni es algo de lo que puedas protegerte. Solo te queda hacer tu trabajo lo mejor que puedas, el resto no está en tus manos.

—Lo sé.

Tira la ceniza del nuevo cigarro que se está fumando y me mira con gesto intrigado.

—¿Ya le has plantado un buen beso al inspector?

—¡Gemma!

—Ay, mi niña. Luchar por lo que quieres no solo trata de matar, ¿sabes?

Hay algo curioso, ya sea tontería o absurdidad, en que me avergüence más que me guste un chico que matar gente. De eso hasta estoy orgullosa. No creo que esté bien y ni siquiera que sea justificable, pero me da satisfacción, y mientras tenga la espinita de matar que he heredado de mi abuela, junto con sus ojos, nariz y el

lunar en forma de corazón cerca del ombligo, puedo elegir dirigirlo a algo mejor que una matanza indiscriminada. Las acciones no son buenas, pero si conllevan algo bueno, es suficiente razón para seguir haciéndolas, ¿no?

De vez en cuando, claro. No quiero que me pillen.

Creo que Hafsah tiene razón al pensar que Ellie mató al maldito predicador que solía pasearse frente a los edificios y atacar a los estudiantes que pasaban por ahí. Creo que tiene razón al pensar que Ellie mató a Santos, porque fue un acto vengativo, desastroso y extrañamente engreído, y que le dio una satisfacción inmediata a quien lo haya hecho. Pese a que hice de abogada del diablo con Hafsah, nunca he dudado de que Ellie es una asesina. Somos tal para cual.

Lo que me pregunto es si Ellie reconoce lo mismo en mí. Aún no tengo una respuesta a eso ni sé si algún día la tendré. Pero al menos hace que las cosas se mantengan interesantes.

Agradecimientos

Por más triste que me resultase dejar a mi equipo del FBI y su numerosa familia, explorar esta historia ha sido una experiencia maravillosa. Y también dolorosa, indignante, pesada y muy repentina. Ha resultado ser una historia difícil de escribir en muchos sentidos y estoy profundamente agradecida con todos aquellos que me han dado unas palmaditas en la mano cada vez que me echaba a llorar porque no sabía qué diablos estaba haciendo y creía que nunca la iba a terminar de escribir.

Muchísimas gracias a las mujeres con quienes me reúno casi todos los jueves para escribir, que me han entendido a la perfección cada vez que me han preguntado cómo lo llevo y mi respuesta han sido carcajadas histéricas y golpes contra la mesa. Sufriendo juntas he sufrido menos, me habéis dado mucho más que eso. Por si no lo he dicho últimamente: Tessa Gratton, Natalie C. Parker, Amanda Sellet, Lydia Ash y todas las amigas que de vez en cuando vienen de Kansas City, sois el único motivo por el que ha valido la pena levantarme temprano. La comunidad de escritoras de aquí es maravillosa, con sus alegrías y sus penas, os estoy eternamente agradecida.

Mi hermano Robert ha tenido que aguantar muchos lloriqueos y manotazos en el teclado, recordándome de manera constante que ya lo he logrado antes y que lo volveré a lograr. Quizá no parezca un gran consuelo, pero sí lo es. También me ha ayudado a recordar (o me ha enseñado) cosas sobre la Universidad de Florida y Gainesville que hubiera preferido dejar en el olvido o no enterarme de ellas porque, pese a que viví ahí durante más de dos décadas, evitaba estar en el centro tanto como me era posible.

A mi increíble amiga y compañera de escritura C. V. Wyk: gracias a Dios que ya no tenemos que arreglárnoslas con planes de mensajes limitados, con todo lo que te escribo para no liarme a cabezazos contra la pared y llorar sin consuelo. Me has apoyado tanto que no sé cómo podría haber terminado ninguno de mis libros sin ti. ¿Cuántos años llevamos siendo amigas? ¿Doce? Y quiero que sean muchos pero que muchos más.

Muchas gracias a Jessica, mi maravillosa editora, quien siempre ha reaccionado de la mejor manera cuando le hablaba desesperada y no podía dejar de llorar. Gracias por sacarme del pozo del estrés y por emocionarte tanto con cada paso del proceso. Y este agradecimiento se extiende a todas las personas increíbles de Thomas & Mercer que han trabajado en este libro, en los otros y también han celebrado cada logro. Vosotros hacéis mis sueños realidad y no hay palabras para agradecéroslo.

Cualquiera que me conozca sabe que no puedo trabajar en silencio, así que gracias a Anaïs Mitchel y Ramin Djawadi por escribir *Hadestown* y la música de *Juego de tronos* , respectivamente; era lo único que podía escuchar mientras escribía. Y cuando me puse a editar, la televisión siempre tuvo en repetición infinita a *My Little Pony* : *La magia de la amistad* , *The Good Place* , *The Great British Baking Show* y *Los Tudor* ; sacad vuestras propias conclusiones. Por último, gracias a ti. Por seguir conmigo, por probar cosas nuevas, por hacer posible que siga escribiendo, por enseñar estos libros a más gente y por todo lo que hacéis tú y todos mis increíbles lectores. Sin vosotros, estos libros no existirían.

Peligro profundo
Dot Hutchison

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Deadly Waters*

Diseño de la cubierta, Caroline Teagle Johnson

© Dot Hutchison, 2020

© por la traducción, Graciela N. Romero, 2022

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2022

ISBN: 978-84-08-25902-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!